

LAURELL K. HAMILTON
PRESS
HERE
THE
LUNATIC
CAFE
AN ANITA BLAKE,
VAMPIRE HUNTER, NOVEL
ePUB

El negocio de levantar zombis desciende en diciembre, en ese momento, Anita Blake comienza a trabajar en algunos casos de bichos raros.

Dispone de una lista pulcramente mecanografiada entregada por Marcus de la desaparición de ocho licántropos, quien es el líder del grupo de hombres lobo local, que quiere que los encuentre. El problema es, el peludo novio de vez en cuando de Anita. Richard está centrado en la lucha por el poder contra Marcus. Jean-Claude, el maestro vampiro de la ciudad, tiene interés amoroso en Anita y también está celoso. Para colmo, Anita tiene que solucionar algunos asesinatos horrorosos e impedir que su amigo de caza, Edward, mate a Richard y a Jean-Claude.



eBooks con estilo

Laurell K. Hamilton

The lunatic cafe

Anita Blake, cazavampiros-4

ePUB v1.1
fenikz 11.01.13

más libros en epubgratis.me

Título original: *The Lunatic Cafe*
©Laurell K. Hamilton, 1996
Traducción «NO OFICIAL»

Editor original: fenikz (v1.0 a v1.1)
ePub base v2.1



UNO

Quedaban dos semanas para Navidad. Un mal momento del año para levantar a los muertos. Mi último cliente de la noche estaba sentado frente a mí. No había ninguna nota con su nombre. Ninguna nota que dijera: levantamiento de zombis o matanza de vampiros. Nada. Lo que probablemente significaba que quería que hiciera algo que no podía hacer.

La pre-navidad es la época muerta del año, no es un juego de palabras. Mi jefe, Bert, acepta cualquier trabajo que llega.

George Smitz era un hombre alto, de aproximadamente 1,80 m. Era amplio de hombros y musculoso. No la clase de músculos que se consiguen levantando pesas y corriendo alrededor de una pista interior.

Eran músculos de los que se consiguen con fuerza y trabajo físico. Habría apostado mi dinero a que el Sr. Smitz era obrero de la construcción, agricultor, o algo similar. Estaba amplio y firmemente constituido con mugre incrustada bajo unas uñas que el jabón nunca tocaba.

Se sentó delante de mí aplastando su sombrero, amasándolo en sus manos grandes. El café que había aceptado estaba enfriándose en el borde de mi escritorio. No había tomado ni un sorbo.

Yo bebía mi café en una gran taza de navidad que mi jefe, Bert, había insistido que trajera. La taza de navidad personalizada era para añadir un toque personal a la oficina. Mi taza tenía un reno en albornoz y zapatillas con luces de Navidad en la cornamenta, celebrando la alegre temporada con champán y una frase que decía «Bingle Jells».

A Bert, realmente, no le gustaba mi taza, pero lo dejaba pasar, probablemente, temiendo lo que pudiera traer. Se mostró muy contento con mi traje para la tarde. Una blusa de cuello alto, tan perfectamente roja que había tenido que usar maquillaje para no verme tan pálida. La falda y la chaqueta hacían juego, eran de un profundo verde oscuro. No me había vestido para Bert. Me había vestido para mi cita.

El contorno de plata de un ángel brillaba en mi solapa. Parecía muy navideño. La 9 mm Browning Hi-power no parecía muy navideña en absoluto, pero ya que estaba escondida bajo la chaqueta no importaba.

Podría haber molestado al Sr. Smitz, pero no parecía preocupado en eso como para preocuparme. Mientras no le pegara un tiro personalmente a él.

—Entonces, Sr. Smitz, ¿cómo puedo ayudarle? —pregunté.

Contemplaba sus manos, y sólo sus ojos se elevaron para mirarme.

Era un gesto de muchacho, un gesto incierto. Resultaba extraño en su rostro de hombre adulto.

—Necesito ayuda y no sé a quién más acudir.

—Exactamente ¿qué tipo de ayuda necesita, Sr. Smitz?

—Es mi esposa.

Esperé a que continuara, pero sólo contempló sus manos. Su sombrero algodonoso era una bola apretada. —¿Quiere que levante a esposa de entre los muertos? —pregunté.

Alzó la vista con los amplios ojos alarmados.

—No está muerta. Lo sé.

—Entonces, ¿qué puedo hacer por usted, Sr. Smitz? Levanto a los muertos y soy ejecutora judicial de vampiros. ¿Qué hay en esa descripción que pueda ayudar a su esposa?

—El Sr. Vaughn dijo que usted sabía todo sobre los licántropos. —Lo dijo como si lo explicara todo. No lo hacía.

—Mi jefe utiliza una gran cantidad de reclamos, Sr. Smitz. Pero ¿qué

tienen que ver los licántropos con su esposa? —ésta era la segunda vez que preguntaba sobre su esposa. Creía que hablaba en inglés, pero quizás mis preguntas eran realmente en Swahili y no me daba cuenta. O tal vez lo que había pasado era demasiado horrible para decirlo con palabras.

Pasaba mucho en mi profesión.

Se inclinó hacia delante, sus intensos ojos sobre mi cara. También me incliné hacía delante, no podría ayudarle.

—Peggy es mi esposa, es un licántropo.

Parpadeé.

—¿Y?

—Si se supiera perdería su trabajo.

No discutí con él. Legalmente, no se podía discriminar a los licántropos, pero pasaba muy a menudo.

—¿Qué clase de trabajo tiene Peggy?

—Es carnicera.

Un licántropo carnicero. Era demasiado perfecto. Pero veía por qué perdería su trabajo. Preparaba comida teniendo una enfermedad potencialmente fatal. Yo no lo creía. Yo sabía, y el ministerio de salud sabía, que la licantropía sólo podía ser transmitida por un ataque en su forma animal. La mayoría de las personas no creían eso. No puedo decir que las culpe. Tampoco quiero ser peluda.

—Dirige una tienda de carne especial. Es un buen negocio. Lo heredó de su padre.

—¿También era un licántropo? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—No, Peggy fue atacada unos años atrás. Sobrevivió… —se encogió de hombros—, pero usted ya sabe.

Realmente lo sabía.

—Entonces, su esposa es un licántropo y perderá su negocio si esto sale a la luz. Lo entiendo. Pero ¿cómo puedo ayudarle?

Luché contra el impulso de echar un vistazo a mi reloj. Tenía las entradas. Richard no podía ir sin mí.

—Peggy ha desaparecido.

Ah.

—No soy detective privado, Sr. Smitz. No busco desaparecidos.

—Pero no puedo ir a la policía. Podrían averiguarlo. —¿Cuánto tiempo lleva desaparecida?

—Dos días.

—Mi consejo es que vaya a la policía.

Sacudió tercamente la cabeza.

—No.

Suspiré.

—No sé nada sobre la búsqueda de desaparecidos. Levanto a los muertos, mato vampiros, eso es lo que hago.

—El Sr. Vaughn dijo que usted podría ayudarme. —¿Le contó usted su problema?

Asintió con la cabeza.

Mierda. Bert y yo íbamos a tener una larga conversación.

—La policía es hábil en su trabajo, Sr. Smitz. Sólo cuénteles que su esposa ha desaparecido. No mencione la licantropía. Verá cómo la encuentran. —No me gusta decirle a un cliente que oculte información a la policía, pero es mejor que no ir en absoluto.

—Sra. Blake, por favor, estoy preocupado. Tenemos dos niños.

Comencé a decirle todos los motivos por los que no podía ayudarle, después me detuve. Tenía una idea.

—Reanimators, Inc. tiene un detective privado en nómina. Verónica Sims ha intervenido en muchos casos preternaturales. Podría ser capaz de ayudarle.

—¿Puedo confiar en ella?

—Hágalo.

Me contempló durante un largo momento, después asintió.

—Bien, ¿cómo me pongo en contacto con ella?

—Déjeme hacer una llamada, a ver si puede verle.

—Sería genial, gracias.

—Quiero ayudarle, Sr. Smitz. Cazar a cónyuges desaparecidos no es mi especialidad.

Marqué en el teléfono. Sabía el número de Ronnie de memoria.

Entrenábamos al menos dos veces por semana juntas, sin contar alguna película ocasional, cenar… Las mejores amigas, un concepto que la mayoría de las mujeres no superan con la edad. Pregúntale a un hombre quién es su mejor amigo y tendrá que pensarlo. No lo sabrá. Una mujer lo sabría. Un hombre no sería capaz de pensar en un nombre, no para su mejor amigo. Las mujeres conservan la pista de esas cosas. Los hombres no lo hacen. No me preguntes por qué.

El contestador automático de Ronnie hizo clic.

—Ronnie, si estás ahí, soy Anita, cógelo.

El teléfono hizo clic, y un segundo más tarde hablaba sobre la genuina causa.

—Hola, Anita. Pensaba que tenías una cita con Richard esta noche. ¿Algo va mal?

Ves, las mejores amigas.

—No con la cita. Tengo aquí a un cliente que creo que es más de tu estilo que del mío.

—Dime —dijo ella.

Lo hice.

—¿Le has recomendado que vaya a la policía?

—Sí.

—¿No irá?

—¡No!

Suspiró.

—Bien, he buscado antes a desaparecidos, pero por lo general, después de que la policía hubiese hecho todo lo que podía. Tienen recursos que no puedo tocar.

—Soy consciente de eso —dije.

—¿No cambiará de idea?

—No lo creo.

—Entonces, soy yo o…

—Bert aceptó el trabajo sabiendo que era un desaparecido. Podría tratar de dárselo a Jamison.

—Jamison no sabe hacer un agujero en la tierra, salvo levantar a los muertos.

—Sí, pero siempre está impaciente por ampliar su repertorio.

—Pregúntale si puede estar en mi oficina… —hizo una pausa, mientras hojeaba su agenda. El negocio debe ir bien—. Mañana a las nueve de la mañana.

—Jesús, siempre fuiste una madrugadora.

—Una de mis pocas faltas —dijo ella.

Pregunté a George Smitz si a las nueve de la mañana estaba bien.

—¿Podría verme esta noche?

—Quiere verte esta noche.

Pensó en ello durante un minuto.

—¿Por qué no? No es como si tuviera una ardiente cita, a diferencia de algunas personas que podría mencionar. Sí, envíalo. Esperaré. La noche del viernes con un cliente es mejor que la noche del viernes sola, supongo.

—Realmente, has dado con una temporada de sequía —dije.

—Y tú has acertado con una temporada húmeda.

—Muy graciosa.

Se rió.

—Pensaré con mucha ilusión en la llegada del Sr. Smitz. Disfruta con *Guys and Dolls*.

—Lo haré. Te veré mañana por la mañana para nuestra carrera.

—¿Seguro que me quieres ahí tan temprano por si el barco de ensueño decide quedarse?

—Me conoces mejor que eso —dije.

—Sí, lo hago. Sólo era una broma. Te veré mañana.

Colgamos. Entregué una tarjeta de visita de Ronnie al Sr. Smitz, la dirección de su oficina, y lo puse en camino. Ronnie era lo mejor que podía hacer por él. Aunque todavía me molestaba que no fuera a la policía, pero oye, no era mi esposa.

«*Tengo dos niños*», había dicho él. No era mi problema. De verdad.

Craig, nuestro secretario nocturno estaba en el escritorio, lo que significaba que era más tarde de las seis. Llegaba tarde. Realmente, no era el momento de discutir con Bert del Sr. Smitz, pero…

Eché un vistazo a la oficina de Bert. Estaba oscuro.

—¿El jefe se ha ido a casa?

Craig levantó la vista del teclado del ordenador. Tiene el pelo castaño corto, fino como el de un bebé. Gafas redondas que combinan con una cara redonda. Es delgado y más alto que yo, pero ¿quién no lo es? Llevaba veinte años con esposa y dos críos.

—El Sr. Vaughn se marchó hace aproximadamente treinta minutos.

—Me lo figuraba —dije.

—¿Pasa algo?

Negué con la cabeza.

—Prográmame algo de tiempo para hablar mañana.

—No sé, Anita. Ya tiene reservado bastante.

—Encuéntrame algo de tiempo, Craig. O interrumpiré en una de las otras citas.

—Estás loca —dijo él.

—Apuéstalo. Encuentra tiempo. Si grita, dile que te apunté con un arma.

—Anita —lo dijo con una sonrisa, como si bromeara.

Le dejé hojeando la agenda tratando de hacerme algún hueco. Quise decirle. Bert hablaría conmigo mañana. Diciembre era nuestra temporada más baja para levantar zombis. La gente parecía pensar que no podíamos hacerlo tan cerca de Navidad, como si esto fuese magia negra o algo.

Entonces Bert programó otras cosas para pasar el período de poca actividad. Me había cansado de clientes con problemas sobre los que nada podía hacer. Smitz no era el primero este mes, pero iba a ser el último.

Con aquel alegre pensamiento me apretujé mi abrigo y me marché.

Richard esperaba. Si el tráfico cooperaba, podía llegar justo antes de que el número empezara. Tráfico de un viernes por la noche, seguramente no.



DOS

El Nova 1978 que conducía había muerto triste y trágicamente. Conducía ahora un Jeep Country Cherokee. Era de un verde tan oscuro que parecía negro por la noche. Pero tenía tracción en las cuatro ruedas, útiles para el invierno, y con suficiente espacio en el maletero como para transportar cabras. Habitualmente, uso pollos para levantar a los zombis, pero de vez en cuando se necesita algo más grande. Transportar cabras en el Nova era una putada.

Deje el Cherokee en la última plaza de aparcamientos en todo Grant. El abrigo de invierno, largo y negro, ondeaba a mí alrededor ya que sólo había abrochado dos botones. Si los abrochaba todos no podría alcanzar el arma.

Coloqué las manos en los bolsillos del abrigo, con los brazos acurrucando la tela a mí alrededor. No llevaba puestos los guantes. Nunca me ha resultado cómodo disparar con guantes. El arma es una parte de mi mano. La tela no debe interferir.

Corrí por la calle con mis zapatos de tacón alto teniendo cuidado con el pavimento helado. La acera estaba agrietada, con enormes secciones resquebrajadas, como si alguien le hubiera dado con un pesado martillo. Los edificios estaban tan desmejorados como la acera. Echaba de menos la multitud, pero como era tan tarde, tenía toda la calle para mí. Era un paseo corto, pero solitario, durante una noche de diciembre. Cristales rotos ensuciaban el suelo por lo que tenía que tener mucho cuidado por donde pisaba. Un callejón cortó los edificios. Parecía el hábitat natural del Muggerus Americanus. Observé cuidadosamente la oscuridad. Nada se movía. Con la Browning no estaba demasiado preocupada, pero aun así… No tienes que ser un genio para disparar a alguien por la espalda.

El viento era bastante frío, como para dejarte sin aliento, cuando me acerqué a la esquina y a la relativa seguridad. Usaba muchos suéteres en invierno, pero esta noche había querido algo más elegante, me congelaba el trasero, aunque esperaba que a Richard le gustara la blusa roja.

En la esquina había luces, coches y un policía dirigiendo el tráfico en medio de la calle. Nunca hay muchos policías en esta parte de San Luis, a menos que el Fox tenga una función. Una gran cantidad de personas adineradas vienen a esta zona baja usando sus pieles, diamantes y relojes Rolex. No haces un amigo en el ayuntamiento para asaltarlo. Cuando *Topol* vino para realizar su papel en «*El violinista en el tejado*» el auditorio era la *crème* de la *crème* y el lugar estuvo plagado de polizontes. Esta noche sólo lo habitual. Principalmente, delante del teatro y controlando el tráfico, pero también dando vistazos a las sórdidas zonas traseras de los edificios por si alguien adinerado preguntaba demasiado lejos de la luz.

Atravesé las puertas de cristal que daban a un pasillo largo y estrecho. De alguna manera estaba alegremente iluminado; brillante. Hay una pequeña habitación a la derecha donde se pueden adquirir las entradas. La gente salía en tropel desde allí apresurándose hacia las puertas interiores de cristal. No sería tan tarde como pensaba si aún había muchas personas comprando sus entradas. O tal vez, todos los demás iban tan retrasados como yo.

Vislumbré a Richard de pie en la esquina derecha más lejana. Con su metro ochenta y cinco es más fácil de ver a través de una habitación atestada de gente que yo con mi metro sesenta. Permanecía tranquilo, sus ojos seguían el movimiento de la multitud. No parecía estar aburrido o impaciente. Parecía pasarlo bien mirando a la gente. Sus ojos observaron a

una pareja entrada en años cuando pasaron por las puertas de cristal. La mujer usaba bastón. Avanzaban penosamente lento. La cabeza de Richard giraba despacio con ellos. Examiné a la multitud. Todos los demás eran más jóvenes, se movían a grandes pasos, o apresurados. ¿Buscaba víctimas Richard? ¿Presas? Después de todo era un hombre lobo. Había conseguido una partida mala de la vacuna para la licantropía. Uno de los motivos por lo que nunca me pongo a tiro. Si mi vacuna contra la gripe accidentalmente trae consecuencias, es una cosa, pero ser peluda una vez al mes… No, gracias.

¿Se daba cuenta de que estaba allí observando la multitud como un león que contempla una manada de gacelas? O tal vez la pareja mayor le había recordado a sus abuelos. Demonios, tal vez atribuía motivos que sólo estaban en mi pequeño y desconfiado cerebro. Esperaba que fuera así.

Su pelo era castaño. A la luz del sol brillaba con hilos de oro y rastros de cobre. Sabía que el cabello le llegaba hasta el hombro, casi como el mío, pero le había hecho algo, lo había retirado hacia atrás de alguna forma creando la ilusión de ser muy corto cerca de la parte superior. No debía ser fácil con un pelo tan ondulado cómo el de él.

Su traje tenía cierto matiz enriquecedor en verde. La mayoría de hombres habrían parecido *Peter Pan* en un traje verde, pero él se veía perfecto. Cuando estuve más cerca, pude ver que la camisa era de un pálido color crema casi dorado, con una corbata de un verde más oscuro que el traje, con diminutos árboles de Navidad en rojo. Habría hecho algún comentario mordaz sobre la corbata, pero con mi vestido rojo y verde con un ángel de Navidad en la solapa, ¿a quién debía quejarme?

Me vio y sonrió. Una sonrisa muy radiante que contrastaba con su piel permanentemente bronceada. Su apellido, Zeeman, es holandés, pero en algún punto atrás en su linaje había alguien que no era europeo. Nada rubio, nada atractivo, nada insensible. Los ojos eran de un perfecto marrón chocolate.

Extendió la mano y tomó las mías suavemente atrayéndome hacia él. Sus labios eran suaves sobre mi boca, un beso fugaz, casi casto.

Retrocedí tomando aire. No soltó mi mano y le dejé. Su piel se sentía muy cálida contra a mi fría mano. Consideré preguntarle si había pensado en comerse a esa pareja mayor, pero no lo hice.

Acusarlo de intento de asesinato podía fastidiar la tarde. Además, la mayoría de los licántropos no eran conscientes de que hacían cosas poco

humanas. Cuando alguien se lo indicaba, parecía herir sus sentimientos. No quería lastimar los sentimientos de Richard.

—¿Dónde está tu abrigo? —pregunté mientras traspasábamos las puertas interiores del atestado vestíbulo.

—En el coche. No quise traerlo, así es que, escapé de él.

Asentí. Era típico de Richard. O tal vez que los licántropos no sienten frío. Desde atrás podía ver que tenía trenzado el cabello, tirante y apretado al cuero cabelludo. La punta de la trenza le rozaba el cuello. Aún no podía entender cómo lo había hecho. Mi idea de arreglarse el pelo es lavarse, colocarse un poco de gomina y después, dejarlo secar. No estaba especializaba en alta tecnología de diseño de peinados. Aunque podría ser entretenido desentrañar pausadamente esos nudos después de la función. Siempre estaba dispuesta a aprender una nueva habilidad.

El vestíbulo principal del Fox es una mezcla entre un restaurante chino realmente agradable y un templo hindú, con un pequeño Art Deco para dar buen gusto. Los colores son muy deslumbrantes, como si el pintor hubiera colocado vidrios coloreados con pedacitos de luz atrapados en ellos. Los leones del restaurante chino, del tamaño de Pit-bulls con los ojos rojos encendidos, protegen el comienzo de las escaleras que conducen hasta el balcón del Club Fox donde por quince mil dólares al año puedes comer maravillosas comidas y tener un palco privado. El resto de nosotros, los peones, nos entremezclamos casi codo a codo en el alfombrado vestíbulo, con ofertas de palomitas de maíz, galletas saladas, Pepsis, y algunas noches, perritos calientes, muy distante del pollo de primera calidad o lo que fuera que ofrecen allí arriba.

Los pasillos del Fox trazan una línea maravillosamente fina entre la ostentación y lo fantástico. He amado ese edificio desde la primera vez que lo vi. Cada vez que vengo, hay una nueva maravilla que admirar. Un poco de color, una escultura o una estatua que no he notado antes. Cuando uno se da cuenta de que fue construido originalmente para ser un cine, se advierte cuanto han cambiado las cosas. Los cines ahora tienen alma de calcetines sin lavar. El Fox está vivo como sólo lo están los mejores edificios.

Tuve que soltar la mano de Richard para desabotonar el abrigo el resto del camino, pero oye, no estábamos pegados por la cadera. Estaba de pie tan cerca de él entre multitud y sin tocarnos, pero podía sentirle como una cálida línea contra mi cuerpo.

—Vamos a parecer los Gemelos Bobsey cuando me quite el abrigo —dije.

Levantó las cejas.

Desplegué el abrigo como un exhibicionista y se rió. Era una risa agradable, cálida y consistente, como un budín de Navidad.

—Es la temporada —me dijo. Me dio un abrazo con un solo brazo, como se lo daría a un amigo, pero el brazo permaneció sobre mis hombros. Recién comenzaba nuestra cita, pero este toque era nuevo; inesperado, estimulante. Seguimos buscando excusas para tocarnos, intentando parecer indiferentes. No nos engañábamos. No estaba segura de que nos preocupara. Deslicé el brazo alrededor de su cintura y me incliné sólo un poco. Era mi brazo derecho. Si fuéramos atacados ahora, nunca sacaría el arma a tiempo. Analicé por un minuto si valía la pena. Giré alrededor de él ofreciéndole la mano izquierda.

No sé si reconoció el arma o sólo lo entendió, pero sus ojos se ensancharon. Se inclinó hacia mí, susurrando contra mi pelo.

—¿Un arma aquí, en el Fox? ¿Piensas que los acomodadores te dejarán entrar?

—Lo hicieron la última vez.

Me miró extrañado.

—¿Siempre vas armada?

Me encogí de hombros.

—Después del anochecer, sí.

Sus ojos se mostraron perplejos, pero lo dejó pasar. Antes de este año solía salir desarmada después del anochecer, pero éste había sido un año agitado. Muchos habían tratado de matarme. Era pequeña, hasta para ser mujer. Corro, levanto pesas, tengo un cinturón negro en judo, pero todavía soy inferior a la mayoría de los tipos malos profesionales. Tienden también a levantar pesas, practicar artes marciales y superarme en peso por unos 45 kg o más. No podía luchar cuerpo a cuerpo con ellos, pero podía pegarles un tiro.

Además, la mayor parte de este año me había enfrentado a vampiros y otros bichos preternaturales. Podían levantar grandes camiones con una sola mano, o algo peor. Las balas de plata no matan a los vampiros, pero ciertamente, los vuelve más lentos. Lo suficiente como para correr como el demonio. Para escapar. Para sobrevivir.

Richard sabía lo que hacía para ganarme la vida. Incluso había visto

algunas de las sórdidas situaciones. Pero aún esperaba que protestara. Que comenzara a jugar al macho protector y la hembra desvalida por el arma o algo así. Es casi un dolor permanente en la tripa, en espera a que este hombre diga algo horrible. Algo que lo arruine todo, que lo destruya todo, duele.

Hasta ahora, todo bien.

La multitud comenzó a caminar hacia la escalera, separándose a ambos lados del pasillo que conducían al teatro principal. Caminamos al ritmo de ellos, tomados de la mano para evitar ser separados.

Una vez que el vestíbulo quedó atrás, la multitud fluyó hacia diferentes pasillos como agua que busca la ruta más rápida río abajo. La ruta más rápida era todavía bastante lenta. Saqué las entradas del bolsillo de la chaqueta. No tenía bolso. Un pequeño cepillo, una barra de labios, un perfilador de labios, la sombra de ojos, mi identificación y las llaves del coche llenaban mis bolsillos. Coloqué el busca discretamente hacia el costado entre los pliegues delanteros de la falda. Cuando no visto elegantemente uso una riñonera.

La acomodadora, una mujer mayor con gafas, iluminó con una diminuta linterna nuestras entradas. Nos llevó a nuestros asientos, señaló los lugares y volvió para asistir al siguiente grupo de personas que necesitaban de su ayuda. Los asientos estaban bien, cerca de la mitad, bastante próximos al escenario. Lo suficientemente cerca. Richard se apresuró a sentarse a mi izquierda sin haber preguntado.

Es rápido. Es uno de los motivos por los que todavía salimos. Eso, y el hecho de que sienta una terrible lujuria por su cuerpo.

Coloqué el abrigo sobre el asiento, extendiéndolo, así no sería muy voluminoso. El brazo de Richard se deslizo por la butaca, sus dedos tocaron mi hombro. Luché contra el impulso de poner la cabeza en el suyo. Muy malo, después pensé, «que demonios». Me acurruqué en la curva de su cuello justo para aspirar el aroma de su piel. La loción para después del afeitado olía a limpio y dulce, pero por debajo estaba el olor de su piel, su carne. Esa loción nunca olería igual en nadie más. Francamente, sin una gota de loción también amaría el olor del cuello de Richard.

Me enderecé, separándome de él sólo un poco. Me miró de manera inquisitiva.

—¿Algo está mal?

—La loción para después de afeitar es agradable —dije. No había

ninguna necesidad de admitir que había tenido un impulso casi irresistible de mordisquearle el cuello. Era demasiado embarazoso.

Las luces se atenuaron y la música comenzó. Nunca vi realmente *Guys and Dolls* excepto en el cine. La versión de Marlon Brando y Jean Simmons.

La idea de Richard de una cita era la espeleología, excursionismo a pie, cosa que hubiera requerido ropa más vieja y un par de buenos zapatos para andar. No había nada de malo en eso. Me gusta el aire libre, pero quise probar con una cita de gala. Quería ver a Richard con traje y dejarle verme en algo que no fueran vaqueros. Soy, después de todo, una chica, me guste o no admitirlo.

Pero habiendo propuesto la cita, no quería organizar el típico dúo; cena y película. Entonces llamé al Fox para saber qué representación había y le pregunté a Richard si le gustaban las comedias musicales. Le gustaban. Otro punto a su favor. Y ya que era mi idea, compré las entradas.

Richard no había discutido, ni siquiera para pagar la mitad. Después de todo, yo no había ofrecido pagar nuestra última cena. No se me ocurrió. Apostaría a que había pensado en pagar las entradas, pero lo había dejado pasar. Un buen hombre.

El telón se levantó y una inicial escena callejera apareció ante nosotros, colores brillantes, estilizados, perfectos y alegres, era lo que necesitaba.

«The Fugue for Tinhorns» invadió el luminoso escenario y fluyó hacia la feliz oscuridad. Buena música, humor, los bailarines en breve instantes, el cuerpo de Richard junto al mío, un arma bajo el brazo. ¿Qué más podía pedir una chica?



Algunos habían escapado antes del final del musical para salir antes que la multitud. Siempre me quedaba hasta el final. Parecía injusto escabullirse antes de que se pudiera aplaudir. Además, odio perderme el final de algo. Siempre he estado convencida de que el trozo que me perdiese sería la mejor parte.

Participamos con entusiasmo en la ovación. Nunca he vivido en ninguna ciudad que conceda tantos aplausos. Es verdad que a veces, como esta noche, el espectáculo es maravilloso, pero he visto el entusiasmo de la gente en otras producciones que no lo merecían. No estoy de pie a menos que lo quiera estar.

Richard se recostó después de que se encendieran las luces.

—Prefiero esperar hasta que la multitud disminuya. Si no te importa.

—Había una mirada en sus ojos marrones que decía que no lo pensaba.

No lo hacía. Habíamos llegado en coches separados. Cuando

abandonásemos el Fox la tarde estaría terminada. Por lo visto, ninguno quería marcharse. Yo sabía que no quería.

Me incliné en los asientos de delante mirándolo fijamente. Me sonrió, sus ojos brillaban con lujuria, si no con amor. Yo también sonreía. No me ayudaba.

—¿Sabes que éste es un musical muy sexista? —dijo él.

Pensé en ello un momento, luego afirmé con la cabeza.

—Sí.

—¿Pero te gusta?

Afirmé con la cabeza. Sus ojos se estrecharon un poco.

—Pensé que podías estar ofendida.

—Tengo mejores cosas de las que preocuparme que si Guys and Dolls reflejan una cosmovisión equilibrada.

Se rió con un breve sonido feliz.

—Bueno. Durante un minuto pensé que tendría que deshacerme de mi colección de Rodgers y de Hammerstein.

Estudié su cara tratando de decidirme si bromeaba. No lo creía.

—¿Realmente coleccionas bandas sonoras de Rodgers y Hammerstein?

Afirmó, sus ojos brillantes y risueños.

—¿Sólo Rodgers y Hammerstein o todas las comedias musicales?

—No tengo todos ellos, pero sí todas.

Negué con la cabeza.

—¿Qué pasa?

—Eres un romántico.

—Haces que suene como si fuera malo.

—Esa mierda de felices para siempre está bien para el escenario, pero no tiene mucho que ver con la vida real.

Volvió a estudiar mi cara. Claramente, no le gustó lo que vio porque frunció el ceño.

—Esta cita fue idea tuya. Si no apruebas todas estas cosas felices, ¿por qué me traes?

Encogí los hombros.

—Después de preguntarte por una cita formal no sabía a dónde llevarte. No quería hacer lo habitual. Además, me gustan los musicales. Sólo que no pienso que reflejen la realidad.

—No eres tan dura como pretendes ser.

—Sí —dije—, lo soy.

—No lo creo. Pienso que te gusta esa mierda de felices para siempre tanto como a mí. Sólo tienes miedo de creerlo.

—No es miedo, sólo cautela.

—¿Decepcionada demasiadas veces? —preguntó.

—Tal vez —crucé los brazos sobre el estómago. Un psicólogo habría dicho que era cerrada, poco comunicativa. Que se jodan.

—¿Qué piensas?

Me encogí de hombros.

—Dímelo, por favor.

Miré fijamente sus sinceros ojos marrones y quise irme a casa sola. En cambio…

—Felices para siempre es sólo una mentira, Richard, y ha sido así desde que tenía ocho años.

—La muerte de tu madre —dijo él.

Solamente le miré. Tenía veinticuatro años y el dolor de aquella primera pérdida todavía era muy crudo. Podías tratarlo, soportarlo, pero nunca evitarlo. Nunca creí realmente en un lugar mejor. Nunca creería que lo malo realmente no ocurriría y se lo llevaría todo. Prefiero luchar contra una docena de vampiros que contra un accidente sin sentido.

Apretó con fuerza su mano en mi brazo.

—No moriré por tu culpa, Anita. Lo prometo.

Alguien se rió, una suave sonrisita que me acarició la piel como las yemas de los dedos. Sólo una persona tenía esta risa casi tangible, JeanClaude. Giré y allí estaba, de pie en medio del pasillo. No le había oído llegar. No había sentido ningún movimiento. Apareció como por arte de magia.

—No hagas promesas que no puedas cumplir, Richard.



CUATRO

Me aparté de los asientos dando un paso hacia delante y dejando espacio a Richard para levantarse. Le sentí detrás, una presencia reconfortante si no hubiera estado más preocupada por su seguridad que por la mía propia.

Jean-Claude estaba vestido con un reluciente esmoquin negro completo, con faldón. Un chaleco blanco con diminutos puntos negros resaltaba la blancura reluciente de su camisa. El cuello era alto y rígido, con una corbata de suave tela negra atada alrededor de él y metida en el chaleco, como si nunca hubieran sido inventadas. El alfiler de la corbata estaba hecho de ónice negro y plata. Sus zapatos tenían polainas sobre ellos, como usaba Fred Astaire, aunque sospechaba que el conjunto entero era de un estilo mucho más antiguo.

Su pelo estaba a la moda, los rizos casi negros ribeteaban el cuello blanco. Sabía de qué color eran sus ojos, pero no los miré. Eran de un azul medianoche, el color de un zafiro realmente bueno. Nunca mires a un

vampiro a los ojos. Es una regla.

Con el maestro vampiro de la ciudad, esperando allí de pie, comprendí lo vacío que estaba el teatro. Habíamos esperado a que la multitud saliera, bien. Estábamos solos en el silencio resonante. El murmullo distante de la salida de la multitud parecía como el ruido blanco. Eso no significaba nada. Contemplé los brillantes botones de nácar del chaleco de Jean-Claude. Es difícil resistirse cuando no puedes encontrarte con los ojos de alguien. Pero yo podía.

—Dios, Jean-Claude, ¿no usas nunca algo que no sea blanco y negro?

—¿No te gusta, *ma petite*?

Dio una pequeña vuelta para que pudiera ver el efecto completo. El conjunto le sentaba maravillosamente. Por supuesto, todo lo que llevaba puesto parecía hecho a medida, perfeccionado, encantador, justo como él.

—En cierta forma, pensaba que *Guys and Dolls* sería de tu agrado, Jean-Claude.

—O del tuyo, *ma petite*.

La voz era enriquecedora como la crema, con una ardor que sólo dos cosas podían producirla, la cólera o la lujuria. Apostaba que no era lujuria.

Tenía el arma y las balas de plata le ralentizarían, pero no le matarían. Por supuesto, Jean-Claude no saltaría sobre nosotros en público. Era demasiado civilizado para eso. Era un vampiro de negocios, un empresario. Los empresarios, muertos o vivos, no van por ahí desgarrando las gargantas de las personas. Normalmente.

—Richard, estás inusualmente silencioso.

Clavó la mirada más allá de mí. No miré atrás para ver qué estaba haciendo Richard. Nunca quites tus ojos del vampiro que tienes delante para echar un vistazo al hombre lobo que tienes a la espalda. Un problema cada la vez.

—Anita puede hablar por sí misma —dijo Richard.

La atención de Jean-Claude regresó a mí.

—Seguro. Pero me he acercado para ver si les ha gustado la obra.

—Y los cerdos vuelan —dije.

—¿No me crees?

—No —dije.

—Vamos, Richard, ¿has disfrutado de la tarde?

Había un borde de diversión en su voz, pero bajo ésta todavía había cólera. Es mejor no estar cerca de los maestros vampiros cuando están

enojados.

—Era maravillosa hasta que has llegado.

Había una nota de ardor en la voz de Richard, un principio de cólera.

Nunca le había visto enojado.

—¿Cómo podría mi mera presencia estropear tu… cita? —Lo último fue escupido, abrasando ardientemente.

—¿Por qué estás tan enojado esta noche, Jean-Claude? —pregunté.

—¿Por qué? *Ma petite*, nunca estoy… enojado.

—Puro cuento.

—Está celoso de ti y de mí —dijo Richard.

—No estoy celoso.

—Siempre le dices a Anita cómo puedes oler su deseo por ti. Bien, puedo oler el tuyo. La deseas de una forma tan enfermiza —Richard hizo un sonido casi amargo—, que puedes saborearla.

—Y tú, *Monsieur* Zeeman, ¿no la codicias?

—Dejen de hablar como si no estuviera aquí —dije.

—Anita me invitó a salir en una cita. Dije que sí.

—¿Es verdad, *ma petite*? —su voz sonó muy tranquila. Aquella tranquilidad era más espeluznante que la cólera. Quise decir que no, pero él habría olido la mentira.

—Es verdad. ¿Y qué?

Silencio. Estaba de pie allí, completamente en silencio. Si no hubiera estado mirándolo, no habría sabido que estaba allí. Los muertos no hacen ruido alguno.

Mi busca sonó. Richard y yo brincamos como si nos hubieran pegado un tiro. Jean-Claude estaba inmóvil como si no lo hubiera oído. Oprimí el botón y el número que destelló me hizo gemir.

—¿Quién es? —preguntó Richard. Colocó la mano en mi hombro.

—La policía. Tengo que encontrar un teléfono.

Me apoyé contra el pecho de Richard. Su mano me apretó el hombro. Contemplé al vampiro ante mí. ¿Le haría daño Jean-Claude después de que me hubiera ido? No estaba segura.

—¿Te has puesto una cruz?

No me molesté en susurrar. Jean-Claude me habría oído de todos modos.

—No.

Di media vuelta.

—¡No! ¿Sales después del anochecer sin una cruz?

Se encogió de hombros.

—Soy un hombre lobo. Puedo cuidarme.

Sacudí la cabeza.

—¿No fue suficiente que te arrancaran la garganta una vez?

—Todavía estoy vivo —dijo él.

—Sé que te curas de casi todo, pero por Dios Richard, no de todo.

Comencé a sacar la cadena de mi crucifijo de plata de mi blusa.

—Puedes tomar prestada la mía.

—¿Es verdadera plata? —preguntó Richard.

—Sí.

—No puedo. Soy alérgico a la plata, recuerda.

Ah. Estúpida. Una experta preternatural ofreciendo plata a un licántropo. Metí la cadena dentro de mi blusa.

—No es más humano que yo, *ma petite*.

—Al menos no estoy muerto.

—Eso se puede remediar.

—Ustedes dos, paren.

—¿Has visto su dormitorio, Richard? ¿Su colección de pingüinos de juguete?

Respiré profundamente y solté el aliento. No me iba a aguantar aquí y explicar cómo había logrado Jean-Claude ver mi dormitorio. Realmente debería decir, en voz alta, que no había dormido con el muerto andante.

—Tratas de ponerme celoso y no funcionará —dijo Richard.

—Pero siempre queda el gusanillo de la duda, Richard. Te conozco. Eres mi criatura para convocar, mi lobo, y sé que dudas de ella.

—No dudo de Anita. —Pero había un tono defensivo en su voz que no me gustó en absoluto—. No te pertenezco, Jean-Claude —dijo Richard—. Soy segundo en la línea para liderar la manada. Voy una y otra vez a donde me place. El alfa rescindió sus órdenes de obedecerte después de que casi me mataras.

—Tu líder de la manada se mostró más molestó porque sobreviviste —dijo Jean-Claude dulcemente.

—¿Por qué querría el líder de la manada muerto a Richard? —pregunté.

Jean-Claude miró más allá de mí, a Richard.

—¿No le has dicho que estás en una batalla por la sucesión?

—No lucharé contra Marcus.

—Entonces morirás.

—Jean-Claude lo hacía parecer muy simple.

Mi busca sonó otra vez. Mismo número.

—Ya voy, Dolph —refunfuñé.

Eché un vistazo a Richard. La cólera brillaba intensamente en sus ojos. Sus manos cerradas formaban puños. Me encontraba de pie lo bastante cerca como para sentir la ondeante tensión que manaba de él.

—¿Qué pasa, Richard?

Realizó una rápida sacudida con la cabeza.

—Es mi asunto, no el tuyo.

—Si alguien te amenaza, es mi asunto.

Clavó la mirada en mí.

—No, no eres uno de los nuestros. No te implicaré.

—Puedo cuidarme sola, Richard.

Sólo sacudió la cabeza.

—Marcus quiere implicarte, *ma petite*. Richard se niega. Eres la… manzana de la discordia entre ellos. Una de muchas.

—¿Cómo sabes tanto sobre eso? —pregunté.

—Los líderes de la comunidad preternatural debemos tratar el uno con el otro. Para la seguridad de todo el mundo.

Richard simplemente le mantuvo la mirada. Por primera vez se me ocurrió que él parecía poder mirar a Jean-Claude a los ojos, sin efectos adversos.

—Richard, ¿puedes mirarle a los ojos?

Los ojos de Richard volvieron a mí, después regresaron a Jean-Claude.

—Sí. Soy un monstruo también. Puedo mirarle a los ojos.

Negué con la cabeza.

—Irving no puede mirarle a los ojos. No es sólo por ser un hombre lobo.

—Soy un maestro vampiro, entonces, nuestro hermoso amigo aquí presente es un hombre lobo maestro. Aunque ellos no lo llaman de esa forma. Machos alfa. Es así, ¿no? Líderes de la manada.

—Prefiero líder de la manada.

—Apostaría a que sí —dije.

Richard pareció herido, su cara derrumbándose como la de un niño.

—Estás enojada conmigo, ¿por qué?

—Tienes toda esa mierda con tu líder de manada y no me lo dices.

Jean-Claude insinúa que tu líder te quiere muerto. ¿Es verdad?

—Marcus no me matará —dijo Richard.

Jean-Claude se rió. El sonido pareció amargo, como si no fuera una risa en absoluto.

—Eres tonto, Richard.

Mi busca empezó otra vez. Comprobé el número y lo apagué. No me parecía que Dolph me estuviera dando mucho tiempo para llamar. Algo grave pasaba. Tenía que ir. Pero…

—No tengo tiempo para escuchar la historia entera en este momento.

Empujé un dedo en el centro del pecho de Richard, dándole la espalda a Jean-Claude. Había hecho el daño que quería.

—Me vas a contar hasta el final de lo que prosigue.

—No hago…

—Ahórratelo. O compartes conmigo este problema, o no salimos más.

Parecía impresionado.

—¿Por qué?

—O lo dejaste pasar para protegerme, lo que odiaría, o tienes alguna otra razón. Espero que sea una maldita buena razón y no simplemente alguna mierda de esas del ego masculino.

Jean-Claude se rió otra vez. Esta vez el sonido me envolvió como la franela, cálida y reconfortante, densa y suave sobre mi piel desnuda.

Sacudí la cabeza. La risa de Jean-Claude era una invasión a la intimidad. Me di la vuelta para enfrentarlo, y debió ver algo en mi cara porque la risa murió como si nunca hubiera estado allí.

—En cuanto a ti, puedes sacar el infierno de aquí. Has tenido tu diversión por esta noche.

—¿Qué quieres decir, *ma petite*? —Su hermoso rostro era tan puro y blanco como una máscara.

Sacudí la cabeza y avancé. Me marchaba. Tenía trabajo que hacer. La mano de Richard asió mi hombro.

—Déjame ir, Richard. Ahora mismo estoy enfadada contigo. —No le miré. No quería ver su cara. Tenía miedo de haberle hecho daño porque le perdonaría cualquier cosa.

—Ya la has oído, Richard. No quiere que la toques. —Jean-Claude había dado un paso más cerca.

—Déjanos en paz, Jean-Claude.

La mano de Richard me apretó suavemente.

—Ella no te quiere, Jean-Claude —había cólera en su voz, más cólera de la que debería haber. Como si tratara de convencerse más a sí mismo que a Jean-Claude.

Seguí avanzando, quitándome su mano de encima. Quise tratar de alcanzarlo, pero no lo hice. Había estado escondiéndome su mierda. Una mierda peligrosa. No podía permitirlo. Peor aún, había creído en algún oscuro rincón de su alma que yo podía haber cedido ante Jean-Claude.

—Qué lío.

—Jódanse los dos —dije.

—Entonces, ¿no has disfrutado? —dijo Jean-Claude.

—Ésa es una pregunta que debe contestar Anita, no yo —dijo Richard.

—Lo sabría si lo hubieras hecho.

—Mentiroso —dije.

—No, *ma petite*. Le olería en tu piel.

Quise aporrearle. El deseo de romper aquella hermosa cara era físico. Tensaba mis hombros, hacía doler mis brazos. Pero lo conocía mejor. No te ofreces voluntario para pelear a puñetazos con vampiros. Acorta tu esperanza de vida.

Me acerqué mucho a Jean-Claude, nuestros cuerpos casi tocándose. Le miré fijamente la nariz, lo que arruinó un poco el efecto, pero sus ojos me ahogaban y yo lo sabía mejor que nadie.

—Te odio. —Mi voz sonó seca por el esfuerzo de no gritar. En ese momento quería decírselo. Y sabía que Jean-Claude lo sentiría. Quería que lo supiera.

—*Ma petite*…

—No, ya has hablado bastante. Es mi turno. Si dañas a Richard Zeeman, te mataré.

—¿Tanto significa para ti? —había sorpresa en su voz. Genial.

—No, tú significas muy poco. —Me alejé de él rodeándole. Le di la espalda y se alejó andando.

Déjale hundir sus colmillos en aquel trozo de verdad. Esta noche quería decir cada palabra.



CINCO

El número de mi busca era del teléfono móvil del Sargento de la Policía Rudolf Storr. Un regalo de Navidad de su esposa el año pasado. Le había enviado una nota de agradecimiento. La radio de policía lo hacía sonar todo en un extraño lenguaje. Dolph respondió a la quinta llamada. Sabía que atendería finalmente.

—Anita.

—¿Y si hubiera sido tu esposa? —pregunté.

—Sabe que estoy trabajando.

Lo dejé pasar. No todas las esposas apreciarían que su marido contestara el teléfono a otra mujer por su nombre. Tal vez Lucille era diferente.

—¿Qué ocurre, Dolph? Se supone que ésta es mi noche libre.

—Lamentablemente, el asesino no sabía eso. Si estás demasiado ocupada, iremos tirando sin ti.

—Qué, ¿tienes los calzones retorcidos?

Fui recompensada con un pequeño sonido que podría haber sido una risa.

—No es culpa tuya. Nos dirigimos hacia Six Flags por la 44.

—¿Dónde exactamente en la 44?

—Cerca del Centro de Naturaleza Audubon. ¿Cuándo puedes llegar?

—El problema es, que no sé dónde diablos estás. ¿Cómo llego al centro de naturaleza?

—Es a través del camino del St. Ambrose Monastery.

—No lo conozco —dije.

Él suspiró.

—Demonios, estamos en el medio de la jodida ninguna parte. Esas son las únicas señales.

—Sólo dame las direcciones. Lo encontraré.

Me las dio. Eran demasiadas y no tenía pluma y papel.

—Espera, tengo que conseguir algo para escribir. —Posé el teléfono y aproveché una servilleta del área de descanso. Pedí una pluma a una pareja mayor. El hombre llevaba puesto un abrigo de cachemira. La mujer llevaba diamantes verdaderos. La pluma estaba grabada y podría haber sido oro auténtico. No me hizo prometer que se la devolviera. Confiado, o por encima de tales pequeñas preocupaciones. Iba a tener que abastecerme de mis propios utensilios de escritura. Se hacía embarazoso.

—Estoy de vuelta, Dolph, sigue.

No me preguntó qué me había llevado tanto tiempo. Dolph no es dado a preguntas extrañas. Me dio las direcciones otra vez. Yo se las releí para estar segura que las tenía bien. Las tenía.

—Dolph, este paseo es de al menos cuarenta y cinco minutos.

Por lo general soy la última experta en ser llamada. Después que la víctima ha sido fotografiada, grabada en vídeo, manoseada, pinchada, etc. En cuanto llego, todo el mundo regresa a casa, o al menos, abandonan la escena del crimen. A la gente no le gusta esperar impacientemente de pie durante dos horas.

—Te llamé en cuanto entendí que nada humano lo había hecho. Nos llevara al menos cuarenta y cinco minutos para concluir y estará listo para ti.

Debería haber sabido que Dolph lo tendría planificado de antemano.

—Bien, estaré allí tan pronto como pueda.

Colgó. Colgué. Dolph nunca decía adiós.

Le devolví al hombre su pluma. La aceptó amablemente como si nunca hubiera dudado de su devolución. La buena educación.

Me encaminé hacía las puertas. Ni Jean-Claude ni Richard la habían armado en el vestíbulo. Estaban en público, así que, realmente no pensaba que tuvieran una pelea a puñetazos, insultos pero no violencia. Así que el vampiro y el hombre lobo podían cuidarse solos. Además, si Richard podía preocuparse por mi cuando no estaba, al menos podía devolverle el favor. No pensaba que Jean-Claude, en realidad, quisiera empujarme tan lejos. No realmente. Uno de nosotros moriría, y comenzaba a pensar, que tal vez, no sería yo.



SEIS

El frío me rodeó al atravesar las puertas. Encorvé mis hombros pegando la barbilla al cuello. Un cuarteto muy alegre caminaba varios metros por delante de mí. Se esperaban los unos a los otros, amontonándose para protegerse del frío.

Los tacones altos producían un dramático e intenso repiqueteo. Oí una risa demasiado alta, demasiado chillona. Una primera salida de dos parejas que había salido bien, por ahora. O tal vez, estaban todos profundamente enamorados y yo estaba envidiosa. Tal vez.

El grupo se bifurcó como el agua alrededor de una piedra dejando ver a una mujer. Las parejas se volvieron a juntar detrás de ella, riéndose, como si no la hubieran visto. Lo que era probable.

De pronto lo sentí, una alteración apenas perceptible en el aire frío.

Una sensación que no tenía nada que ver con el viento. La mujer fingía ser invisible. Hasta que las parejas la habían intuido, que no advertido, yo

tampoco me había percatado. Lo que significaba que ella era buena. Muy, muy buena.

Estaba de pie bajo la última farola. Su pelo era como la mantequilla, amarillo y espeso, ondulado. Más largo que el mío, le llegaba casi hasta la cintura. El abrigo que llevaba abrochado hasta arriba era negro. El color era demasiado oscuro para ella. Empalidecía el tono de su piel, incluso maquillada.

Se mantenía de pie en el centro de la acera, de forma arrogante. Era de mi estatura, no imponía físicamente. ¿Por qué estaba allí de pie como si nada en este mundo pudiera hacerle daño? Únicamente tres cosas dan esa clase de seguridad: una ametralladora, la estupidez, o ser un vampiro. No vi ninguna ametralladora, y no parecía estúpida. Ahora que comprendí lo que miraba, parecía realmente un vampiro. El maquillaje era bueno. Hacía parecer su mirada casi viva. Casi.

Me sorprendió contemplándola. Miró fijamente hacia atrás tratando de atrapar mi mirada con la suya, pero yo era una experta en ese pequeño juego. Contemplar la cara de alguien sin centrarse en sus ojos es un truco que se vuelve más fácil con la práctica. Me miró con el ceño fruncido. No le gustó que no funcionase lo de los ojos.

Me puse aproximadamente a metro y medio de ella. Los pies separados, tan estabilizada como podía al llevar tacones altos. Mis manos estaban libres, listas para sacar mi arma si fuera necesario.

Su poder se deslizó sobre mi piel como si fuesen dedos, palpando en busca de alguna debilidad. Era muy buena, pero tenía poco más de cien años. Y cien años no son suficientes para conseguir nublar mi mente.

Todos los reanimadores tenemos una innata inmunidad parcial a los vampiros. En mi caso parecía ser más fuerte.

Su bonita cara estaba pálida por la concentración, como la de una muñeca de porcelana. Sacudió una mano como si lanzase algo contra mí.

Me estremecí y su poder me sacudió como una ola invisible cerniéndose de golpe sobre mi cuerpo. Me sorprendió.

Cogí el arma. No trató de abalanzarse sobre mí, sino que trató de desconcentrarme. Al menos tenía doscientos años. Había subestimado su edad por más de un siglo. Un error que no solía cometer a menudo. Su poder palpitó a lo largo de mi piel como haces de luz de diminutos clubs, pero nunca llegó a tocar mi mente. Me quedé tan asombrada como ella cuando vio que la apunte con el arma. Había sido demasiado fácil.

—¡Eh! —Se oyó una voz detrás de nosotras—. Deje el arma, ¡ahora!

Un policía, justo cuando lo necesitaba. Apunté al suelo.

—Ponga el arma sobre la acera, ahora —gruñó.

Sin necesidad de mirarle supe que había sacado la suya.

Los policías se toman muy en serio eso de sacar el arma. Levanté la Browning por la derecha, dejé la mano a la vista y me agaché para poner el arma en el suelo con suavidad.

—No necesito esta interrupción —dijo la vampiro.

La eché un vistazo cuando me incorporé, despacio, poniendo las manos sobre la cabeza, con los dedos entrelazados. Tal vez ganaría puntos por conocer las normas.

Ella fijó su mirada más allá de mí, en el policía que se acercaba. Su mirada no era amistosa.

—No le hagas daño —señalé.

Sus ojos volvieron a mí.

—No nos permiten atacar a la policía —su voz sonó dura, despectiva —. Conozco las reglas.

«¿Qué reglas?», quise preguntar, pero no lo hice. Era una buena regla, con ella el policía lograría vivir. Por supuesto, yo no era un poli y apostaría a que la regla no se me aplicaba.

El polizonte apareció por el rabillo del ojo. Su arma me apuntaba.

Empujó la mía fuera de alcance. Vi cómo rebotaba contra la pared del edificio. Una mano presionó mi espalda llamando mi atención.

—No necesita saber dónde fue.

Tenía razón, por ahora.

Me registró utilizando una mano, no era demasiado minucioso. Me pregunté dónde estaría su compañero.

—Suficiente —añadió la vampiro.

Sentí que el policía retrocedía.

—¿Qué sucede aquí?

Su poder se deslizó más allá de mí, me pasó rozando en la oscuridad como una gran bestia. Oí el grito ahogado del policía.

—No sucede nada —señaló la vampiro. Había un atisbo de acento en su voz, alemán o austriaco, quizás.

—No pasa nada —la oí decir—. Ahora, vuélvase en dirección al tráfico —añadió.

Me giré despacio, con las manos aún sobre la cabeza. El polizonte

estaba allí de pie, con su cara inexpresiva, sus ojos dilatados. Su arma apuntaba a tierra, como si se hubiese olvidado que la sostenía.

—Márchese —dijo ella.

Él se mantuvo de pie, paralizado. Portaba su alfiler de corbata con la cruz, y justo como suponía, con una cruz bendita, que estaba funcionando muy bien.

Retrocedí. Quería estar armada si ella dejaba de prestarle atención.

Fui bajando los brazos despacio, vigilando al policía. Si ella quitara su control de forma repentina y yo no estuviera dónde debería, él podría pegarme un tiro. Probablemente no, pero podría. Si me volvía a ver con el arma en la mano por segunda vez, casi seguro.

—Supongo que, ¿no se quitará la cruz para que pueda darle órdenes?

Mis ojos escudriñaron a la vampiro. Me observaba. El poli se movió, luchando como lo haría un soñador contra el agarre de una pesadilla. Ella volvió a mirarle y la lucha cesó.

—No lo creo —señalé.

Me arrodillé tratando de mantener mi atención sobre ambos. Tanteé la Browning y la rodeé con mis dedos helados. Mis manos estaban rígidas de haber estado expuestas al frío durante tanto tiempo. No estaba segura de la velocidad con la que podría disparar en aquel momento. Tal vez debería hacerme con unos guantes. Quizás de los que dejan al descubierto las yemas de los dedos.

La deslicé por el bolsillo del abrigo, sujetándola. Mi mano entraría en calor y podría disparar a través de mi abrigo en caso de necesitarlo.

—Sin la cruz podría hacer que se marchase. ¿Por qué no puedo controlarle con ella?

—Es afortunado, adivino.

Sus ojos me fulminaron. Él se movió de nuevo. La vampiro precisó observarle mientras se dirigía hacia mí. Era interesante ver cuánta concentración necesitaba. Era poderosa, pero tenía sus límites.

—Eres la Ejecutora —afirmó.

—¿Pasa algo?

—No creía las historias. Ahora creo en algunas.

—Para ti el premio gordo. Ahora, ¿qué quieres?

Una leve sonrisa curvó su boca maquillada.

—Quiero que te olvides de Jean-Claude.

Parpadeé, no estaba segura de haber escuchado bien.

—¿Qué quieres decir con olvidar?

—No quedes con él. No coquetees con él. No te dirijas a él. Déjale en paz.

—De acuerdo —contesté.

Me miró asustada. No se consigue sorprender a una vampiresa de doscientos años muy a menudo. Su cara, con sus ojos bien abiertos en un pequeño "o" de sorpresa, pareció muy humana.

El polizonte resopló y miró a su alrededor como un loco.

—¿Qué demonios?

Nos miró. Parecíamos dos mujeres que habían quedado para pasar la tarde. Le echó un vistazo a su arma y pareció avergonzado. No recordaba el porqué. Guardó el arma en su sitio, murmurando improperios y retrocedió. La vampiro le dejo ir.

—¿De verdad le dejarías? Así, ¿sin más? —preguntó.

—Puedes apostar.

—No te creo —añadió sacudiendo la cabeza.

—Mira, no me preocupa en qué creas. Si Jean-Claude te pone, te deseo suerte. He tratado que me deje en paz durante años.

Sacudió la cabeza de nuevo, deslizando mechones amarillos sobre su cara. Era un gesto muy infantil. Habría resultado encantador si no fuera un cadáver.

—Mientes. Le deseas. Cualquiera lo haría.

No podía discutirlo.

—¿Tienes nombre?

—Gretchen.

—Bueno, Gretchen, te deseo suerte con el maestro. Si necesitas ayuda para hundirle los colmillos en el cuello, avísame. Me encantaría que encontrase a una pequeña vampiro adorable y que se instalara con ella.

—Te burlas de mí.

—Un poco —me encogí de hombros—, pero es un hábito, nada personal. Quiero reafirmarme. No deseo a Jean-Claude.

—¿No piensas que es hermoso? —su voz denotaba una leve sorpresa.

—Bueno, sí, también pienso que los tigres lo son y aún así, no quiero dormir con uno.

—Ningún mortal se le puede resistir.

—Ésta de aquí, sí.

—Aléjate de él o te mataré.

Gretchen realmente no me escuchaba. Percibía las palabras pero no captaba su sentido. Me recordaba a Jean-Claude.

—Mira, me persigue. Me alejaría de él si me dejara. No me amenaces.

—Es mío Anita Blake. Soy peligrosa.

Ahora era mi turno de renegar con la cabeza. Tal vez no sabía que la estaba apuntando con un arma. O que tenía balas de plata. Quizás haber vivido un par de siglos la habían vuelto arrogante. Genial, probablemente era eso.

—Mira, ahora no tengo tiempo para esto. Jean-Claude es tuyo, ¿ok? Estoy conmovida. Mantenlo lejos de mí y seré la mujer más feliz del mundo, viva o muerta.

No quise darle la espalda, pero tenía que marcharme. Si ella no iba a saltar sobre mí, Dolph me estaba esperando en estos momentos en la escena de un crimen. Debía irme.

—Gretchen, ¿de qué están hablando Anita y tú?

Jean-Claude se acercaba hacia nosotras con paso majestuoso. Llevaba, y no es broma, una capa negra de estilo victoriano con cuello. Un sombrero de copa con una cinta de seda blanca completaba el conjunto.

Gretchen lo contempló. Era la única palabra para describir eso. La desnuda adoración que mostraba su rostro me enfermaba, era muy humana.

—Quería conocer a mi rival.

Yo no era su rival, pero me percaté de que ella así lo creía.

—Te dije que esperaras fuera para que no la encontraras. Lo sabías.

Sus últimas palabras fueron escupidas y lanzadas contra ella como pedradas.

—No tenía intención de hacerle daño esta noche —se estremeció.

Rozaba la mentira pero no comenté nada. Podía haberle dicho que me había amenazado, pero de alguna manera me pareció vano. Se había buscado muchos problemas para verme a solas. Para advertirme. Su amor por él era tan obvio. No podía pedirle ayuda a él. Estúpido, pero cierto. Además, no me gustaba deberle favores a Jean-Claude.

—Los dejaré a solas, tortolitos.

—¿Qué mentiras le has contado sobre nosotros? —sus palabras hicieron hervir el aire. Podía sentir su rabia ahogándome. Jesús.

Ella cayó sobre sus rodillas con las manos alzadas, no para evitar un golpe, sino implorándole, tratando de alcanzarle.

—Por favor, sólo quería conocerla. Ver a la mortal que te roba de mi

lado.

No quería mirar, pero era como un accidente de tráfico. En realidad, no podía marcharme.

—Ella no roba nada. Nunca le he amado.

El dolor se mostraba amargo en su rostro, y hasta con el maquillaje parecía menos humana. Su cara era una revelación, los huesos se le iban haciendo más visibles, como si su piel se encogiera. La agarró y la tiró a sus pies con brusquedad. Sus dedos, enfundados en guantes blancos, se clavaron en su brazo. Si fuese humana tendría contusiones.

—Domínate. Pierdes el control.

Sus labios mostraron los colmillos. Ella le siseó, sacudiéndose de su agarre. Se cubrió la cara con unas manos que parecían garras. Había visto a vampiros mostrar su verdadera forma, pero nunca de forma descuidada, ni al descubierto, donde alguien podía verles.

—Te amo —las palabras salieron ahogadas y distorsionadas, pero el sentimiento que mostraban era muy verdadero. Muy… humano.

—Sal de mi vista antes de que nos deshonres —le increpó Jean-Claude.

Alzó su cara, ya no era humana. Su pálida piel brilló con una luz interior. El maquillaje se igualó a aquella faz encendida. El colorete, la sombra de ojos y el carmín parecieron flotar sobre la luminosidad, como si su piel no los absorbiera. Cuando giró la cabeza, pude ver sus mandíbulas como sombras por dentro de su piel.

—Esto aún no ha terminado, Anita Blake —las palabras se filtraron entre los colmillos y los dientes.

—¡Márchate! —las palabras de Jean-Claude fueron como un resonante siseo.

Se lanzó hacia el cielo, no de un salto o levitando, sólo hacia arriba. Desapareció en la oscuridad con un remolino.

—Dulce Jesús —susurré.

—Lo siento, *ma petite*. La envié fuera para evitar que esto ocurriera.

Se encaminó hacia mí con su elegante capa. Una ráfaga de gélido viento sopló muy cerca y tuvo que sujetar su sombrero de copa. Era agradable saber que al menos su ropa no cumplía sus caprichos.

—Tengo que irme Jean-Claude. La policía me espera.

—No creí que esto fuera a ocurrir.

—Nunca se piensa que vaya a ocurrir nada, Jean-Claude. Pero aún así, ocurre.

Levanté la mano para detener su diálogo. No quería oír más.

—Tengo que irme —me giré y anduve hacia mi coche a través de la calle helada. Metí el arma en su funda en cuanto estuve fuera de peligro.

—Lo siento *ma petite*.

Me giré para mandarle al infierno. Ya no estaba allí. La farola iluminaba la acera vacía. Supongo que él y Gretchen no necesitan coche.



SIETE

Vislumbré unas majestuosas casas antiguas a la derecha, justo antes de dar la vuelta en la Carretera 44. Las casas estaban tras una valla de hierro forjado y un portón de seguridad. Cuando fueron construidas, estaban a la altura de la elegancia de la vecindad. Ahora eran casas urbanas, una isla en una creciente inundación de proyectos de alojamientos, y de niños con ojos vacíos que se pegaban tiros unos a otros por unas zapatillas de deporte agujereadas. Pero la alta sociedad permaneció, decidida a ser elegante aún si eso los mataba.

En Fenton, la fabrica Chrysler es todavía el patrón más grande. Una calle lateral acoge restaurantes de comida rápida y negocios locales. Pero la carretera pasa por encima de todos ellos. Una línea recta que va hacia adelante y no mira atrás. El edificio Maritz se extiende a lo largo de la carretera con un cruce peatonal cubierto que parece lo bastante grande para sostener oficinas. Consigue atención como una fecha demasiado agresiva,

pero conozco el nombre del negocio, y no lo puedo decir sobre otros muchos edificios a lo largo de la 44. A veces funciona ser agresivos.

Las Montañas Ozark se elevan a ambos lados del camino. Son suaves y redondeadas. Montañas apacibles. En un soleado día de otoño, con los árboles ardiendo de color, las montañas son impresionantes en su belleza.

En una fría noche de diciembre con sólo mis propios faros por compañía, las montañas parecen un asentamiento de apretados gigantes durmientes cerca del camino. Había bastante nieve para que resplandeciera blanca en los árboles desnudos. Las formas negras de las plantas de hoja perenne formaban sombras permanentes a la luz de la luna. Un acantilado de piedra caliza brillaba donde las montañas estaban agrietadas, creando un hoyo de grava.

Las casas se acurrucaban en la base de las montañas. Fantásticas haciendas con porches delanteros hechos sólo para esa visión. No haciendas construidas en madera sin pintar con oxidados tejados de hojalata. Los corrales se asentaban en campos vacíos sin granjas cerca. Un solitario caballo se mantenía en pie en la helada, su cabeza hacia abajo buscando los restos de hierba que no hubieran muerto por el invierno.

Mucha gente no mantenía fuera los caballos más allá de Eureka, la gente que no podía permitirse vivir en Ladue o Chesterfield, donde las casas cuestan más del doble un pequeño pedazo, pero conseguías graneros, gallineros y un corral en el patio de atrás. Aquí todo lo que conseguías era un cobertizo, un corral y kilómetros que conducir para visitar a tu caballo, pero al menos lo tenías. Demasiados problemas por un caballo.

La cabecera blanca de una señal de tráfico destelló en los faros. Reduje la velocidad. Un coche había chocado contra el poste y lo había partido como si fuera el tallo de una flor rota. La señal era difícil de leer en un ángulo de sesenta grados. Que era probablemente por lo que Dolph me había dicho que buscara la señal rota más que el nombre de la calle.

Cogí el estrecho camino. En St. Luis teníamos una nevada de unos 8 cm. Aquí se veía como algo más de 16cm. El camino no había sido arado y cambiaba bruscamente hacia arriba, subiendo las colinas. Las llantas de las ruedas dejaron dos líneas en la nieve. Los coches patrulla estaban aparcados encima de la colina. Así que también podría mi Jeep. En mi viejo Nova podría haber pasado trabajosamente a través de la nieve fresca aún con tacones altos. Aunque tenía un par de Nikes en el maletero. A pesar de eso, las zapatillas de footing no son una gran mejoría. Tal vez debería

comprar un par de botas.

No solía nevar tanto en St. Luis. Era una de las nevadas más intensas que había visto en cuatro años. Las botas parecían algo innecesario.

Los árboles se rizaban sobre el camino, desnudas ramas que arañaban los faros. Los troncos mojados, helados, se doblaban hacia la carretera. En verano, el camino sería un frondoso túnel, ahora sólo eran huesos negros que hacían erupción en la blanca nieve.

En la cresta de la colina había una pesada pared de piedra. Debía medir 3m de alto, y con eficacia escondía algo a la izquierda del camino.

Tenía que ser el monasterio.

Aproximadamente a cien metros más allá había una placa en la pared, al lado de un portón con púas. Monasterio St. Ambrose, estaba realizado en letras enarboladas, metal sobre metal. Una calzada encorvada y fuera de la vista alrededor de la curva de la colina. Y justamente frente a la entrada había un camino de grava más pequeño. Las huellas de los coches aparecieron en la oscuridad ante mí y desaparecieron sobre la siguiente colina. Si el portón no hubiera estado allí como una señal, podría haberme perdido. Sólo cuando giré el Jeep en un ángulo de forma que mis luces encontraron las huellas de los neumáticos que seguían a la derecha.

Me pregunté por todo el denso tráfico que había delante. No era mi problema. Me situé en el camino más pequeño. Las ramas rasparon el Jeep, arañando la reluciente pintura como uñas en un pizarrón.

Genial, simplemente genial.

Nunca antes había tenido un coche nuevo. Esa primera abolladura, donde había atropellado una lápida cubierta de nieve, había sido lo más duro. Después del primer destrozo, el resto fue fácil de llevar. De acuerrrrdo.

La tierra se abrió hacia ambos lados del estrecho camino. Un gran prado, con alta maleza muerta por el invierno, oprimida bajo la nieve.

Destellos relampagueantes de rojo y azul sobre la nieve, rechazando la oscuridad. El prado terminó repentinamente en una perfecta línea recta, donde la segadora lo había cortado. Una granja blanca completamente protegida por el porche se asentaba al final del camino. Los coches estaban por todas partes, como los juguetes derramados de un niño. Esperaba que el camino formara más o menos un recodo bajo la nieve. Si no, los coches estarían aparcados por todas partes sobre la hierba. Mi abuela Blake había odiado cuando la gente aparcaba sobre la hierba.

Muchos coches tenían los motores encendidos, incluso la ambulancia. Había gente sentada en los coches, esperando. Pero ¿para qué? Cuando llegaba a una escena del crimen todo el trabajo, por lo general, estaba hecho. Alguien esperaba a llevarse el cuerpo después de que hubiera terminado de estudiarlo, pero el resto de la gente de la escena del delito debería haber terminado y haberse ido. Algo pasaba.

Aparqué junto a un coche del Sheriff del Condado de St. Gerard. Un policía se encontraba de pie en la puerta lateral del conductor, apoyado en el techo. Había estado contemplando la maraña de hombres cerca de la granja pero se giró para contemplarme. No pareció feliz con lo que vio. El sombrero de Smokey Bear protegía su cara, pero dejaba sus oídos y la parte trasera de su cabeza expuesta al frío. Era pálido y pecoso, y medía al menos 1,80 m. Sus hombros eran muy amplios bajo la oscura chaqueta de invierno. Parecía un hombre grande que siempre ha sido grande, y esa idea le hacía parecer rudo. Su pelo era más o menos una pálida sombra que absorbía los colores de las luces, así que su pelo parecía alternativamente azul y rojo. Así como convertía su cara, la nieve y todo lo demás.

Salí del coche con cuidado. La nieve se derramó alrededor de mis pies, empapando mis medias, llenando mis zapatos de charol. Estaba fría y mojada, y agarré fuertemente la puerta del coche. Los tacones altos y la nieve no combinan. La última cosa que quería hacer era caerme de culo delante del Departamento del Sheriff del Condado de St. Gerard. Debería haber agarrado mis Nikes del maletero del Jeep y haberlos dejado en el coche. Ahora era demasiado tarde. El ayudante del sheriff andaba muy decididamente hacia mí. Llevaba botas y no tenía problemas con la nieve.

Se detuvo a mi alcance. Normalmente no dejo a los desconocidos acercarse demasiado a mí, pero para retroceder tendría que soltar la puerta del coche. Además, era policía se supone que no tengo miedo a la policía. ¿ok?

—Esto es asunto de la policía, señora, tendré que pedirle que se vaya.

—Soy Anita Blake. Trabajo con el Sargento Rudolf Storr.

—Usted no es policía. —Parecía muy seguro de ello. Me sentí resentida por su tono.

—No, no lo soy.

—Entonces va a tener que marcharse.

—Puede decirle al Sargento Storr que estoy aquí… por favor. —Nunca hace daño ser cortés.

—Se lo he pedido amablemente dos veces, ahora márchese. No me haga decirlo una tercera vez.

Todo lo que tenía que hacer era extender la mano y agarrarme el brazo para empujarme del Jeep, y nos iríamos. Por supuesto no iba a usar mi arma al poli cuando había otros polis a tan poca distancia. No quería que me pegaran un tiro esta noche. ¿Qué podía hacer? Cerré la puerta del coche con cuidado y me apoyé contra él. Si tenía cuidado y no me movía demasiado de un lado para otro, no me caería. Si lo hiciera, tal vez podría reclamar brutalidad policial.

—Ahora, ¿por qué ha hecho eso?

—Conduje cuarenta y cinco minutos y abandoné una cita para llegar hasta aquí. —Traté de apelar a su mejor carácter—. Déjeme dirigirme al Sargento Storr y si dice que tengo que marcharme, me marcharé.

—No me preocupa si llegó en avión desde fuera del estado. Digo que se marcha. Ahora mismo.

No tenía un mejor carácter.

Avanzó hacía mí. Retrocedí fuera de su alcance. Mi pie izquierdo encontró un pedazo de hielo y terminé con el culo en la nieve.

El ayudante parecía asustado. Me ofreció una mano sin pensar en ello. Me levanté usando el parachoques del Jeep y moviéndome más lejos del malhumorado ayudante al mismo tiempo. Él entendió eso. El ceño fruncido hicieron más profundas las arrugas de su frente.

La nieve se adhería en racimos a mi abrigo y se deslizaba en arroyuelos derritiéndose por mis piernas. Me estaba enojando.

Recorrió el Jeep a grandes zancadas.

Retrocedí usando mis manos en el coche como tracción.

—Podemos jugar a *Ring around the Rosie* si quiere, ayudante, pero no me marcho hasta que haya hablado con Dolph.

—Su sargento no es el responsable aquí. —Se acercó un poco más.

Retrocedí.

—Entonces, encuentre a alguien que lo sea.

—Usted no tiene que hablar con nadie que no sea yo —dijo él. Dio tres rápidos pasos hacia mí. Retrocedí más rápida. Si seguíamos así, corriendo alrededor del coche, sería como una película de los hermanos Marx, ¿o serían los Keystone Kops?

—Se está alejando de mí. —¿En estos zapatos? Ha conseguido bromear.

Estaba casi a la altura del maletero del Jeep, pronto estaríamos de vuelta donde comenzamos. Por encima del crepitar de las radios de policía podía oír voces enojadas. Una de ellas sonó a la de Dolph. No era la única que tenía problemas con los policías locales. Aunque parecía que era la única en ser perseguida alrededor de un coche.

—Alto, quieta donde está —dijo él.

—¿Y si no lo hago?

Hizo clic en la solapa de su pistolera. Su mano descansó en el extremo de su arma. Ninguna palabra más era necesaria. Este tipo estaba loco.

Podía ser capaz de sacar mi arma antes que él, pero era poli. Se suponía que era uno de los tipos buenos. Intento no pegarle un tiro a los tipos buenos. Además, trata de explicarle a un poli por qué le has pegado un tiro a otro poli. Se ponen irritables como el infierno con algo así. No podía sacar mi arma. No podía superarle. Forcejear era inútil.

Hice lo único que pude pensar. Grité.

—¡Dolph, Zerbrowski! ¡Traigan sus traseros aquí!

Las voces se detuvieron como si alguien hubiera hecho clic en un interruptor. El silencio y el crepitar de las radios eran los únicos sonidos. Eché un vistazo a los hombres. Dolph miraba en mi dirección. Con sus dos metros, Dolph sobresalía por encima de todos los demás. Agité una mano. No frenéticamente, pero quería estar segura de que me veía.

El ayudante sacó su arma. Me costó muchísimo no sacar la mía. Pero este insensato buscaba una excusa. No iba a dársela. Si me disparaba de todas formas, me iba a enojar.

Su arma era una mágnum 357, genial para cazar ballenas. Eso destruía por completo cualquier cosa sobre dos piernas. Eso era humano. Me sentí muy humana al fijar la vista en el cañón del arma. Mis ojos regresaron a su cara. Ya no fruncía el ceño. Parecía muy decidido y muy seguro de sí mismo, como si pudiera apretar el gatillo y no ser encarcelado.

Quise gritarle a Dolph otra vez, pero no lo hice. El tonto podía apretar el gatillo. A esa distancia y con ese calibre de arma, yo estaría en una situación desesperada. Todo lo que podía hacer era permanecer ahí, en la nieve, mis pies entumeciéndose lentamente, mis manos aferrando el coche. Al menos no me había pedido que levantara las manos. Supongo que no quería que me cayera otra vez hasta que salpicara con mis sesos todo el nuevo trabajo de pintura.

Fue el detective Clive Perry quien caminó hacia nosotros. Su cara

oscura reflejaba las luces como el ébano. Era alto, aunque no tan alto como el ayudante del demonio. Su delgada cara estaba enmarcada por un pálido pelo tipo camello. Un sombrero, que emparejaba perfectamente, se asentaba sobre su cabeza. Era un bonito sombrero, pero no podía bajarse lo suficiente para cubrir sus orejas. La mayoría de los sombreros bonitos no podían hacerlo. Tenías que conseguir un gorro de lana, algo que arruinaría tu pelo pero resguardaría tus orejas. Nada elegante. Por supuesto, yo no llevaba puesto un sombrero en absoluto. No quería desordenar mi pelo.

Dolph volvió a gritarle a alguien. No podría decir con exactitud el color del uniforme al que le gritaba, había al menos dos sabores para elegir. Vislumbré un poquito de uno que gesticulaba con su brazo como un loco, el resto del hombre se perdía tras la pequeña multitud. Nunca había visto a nadie agitar sus puños en la cara de Dolph. Cuando mides dos metros y estas constituido como un luchador, la mayoría de las personas te tienen un poco de miedo. Probablemente era sensato.

—Sra. Blake, no estamos completamente listos para usted —dijo Perry.

Siempre llamaba a cada uno por título y apellido. Era una de las personas más educadas que había encontrado alguna vez. De voz dulce, trabajador, cortés, ¿qué había hecho para terminar en la Santa Compaña?

El nombre completo del grupo era Brigada Regional de Investigación Preternatural. Se encargaban de todos los delitos relacionados con lo sobrenatural en la región. Una especie de permanente grupo de trabajo especial. No creo que alguien realmente planeara la brigada para que resolviera casos. Su tasa de éxitos era bastante alta, incluso Dolph había sido invitado a dar una conferencia en Quántico. Dar una conferencia para la rama de investigación preternatural del FBI no era nada deshonroso.

Seguí contemplando al ayudante y su arma. No iba a apartar la mirada una segunda vez. Realmente no creía que me pegara un tiro, pero no estaba segura. Había algo en su cara que me decía que lo haría, tal vez quería hacerlo. A algunas personas se les da un arma y se convierten en matones. Matones legalmente armados.

—Hola, detective Perry. Aquí el ayudante y yo, parece que tenemos un problema.

—Ayudante Aikensen, ¿ha sacado su arma? —La voz de Perry era suave, tranquila, una voz para disuadir a suicidas, o a locos con rehenes.

Aikensen giró la cabeza, recorriendo con la mirada a Perry.

—A ningún civil le está autorizado el acceso a la escena del crimen,

órdenes del sheriff.

—No creo que el Sheriff Titus le haya dicho que le pegue un tiro a los civiles, ayudante.

Echó un vistazo a Perry.

—¿Se está riendo de mí?

Pasó bastante tiempo. Podría haber sacado mi arma. Quise empujarlo en las costillas. Le quería desarmado, pero me comporté. Me costó más fuerza de voluntad de la que habría querido, pero no saqué mi arma. No estaba lista para matar al hijo de puta. Si juegas con armas, siempre existe la posibilidad de que alguien termine muerto. A menos que quieras a alguien muerto, no se juega, tan simple como eso. Pero me dolió profundamente cuando el ayudante se volvió hacia mí todavía con su arma. Hasta ahora mi ego estaba magullado, pero podía vivir con ello, y el ayudante Aikensen también.

—El sheriff dijo que no debía dejar pasar a nadie que no fuera policía en el perímetro.

El perímetro era una palabra bastante selecta para alguien tan estúpido. Por supuesto, era un término militar. Probablemente, durante años se habría estado muriendo por usarlo en una conversación.

—Ayudante Aikensen, es nuestra experta preternatural, Anita Blake.

Negó con la cabeza.

—Ningún traje de paisano, a menos que el sheriff lo apruebe.

Perry echó un vistazo atrás hacia Dolph y el que asumí era el sheriff.

—Él ni siquiera nos permite acercarnos al cuerpo, ayudante. ¿Qué le hace pensar que hay posibilidades de que el Sheriff Titus acepte que un civil pueda ver el cuerpo?

Aikensen entonces sonrió abiertamente, más desagradable.

—Pocas y ningunas.

—Todavía sostenía el arma muy firme apuntando al centro de mi cuerpo. Se divertía.

—Guarde en su sitio el arma y la Sra. Blake se marchará —dijo Perry.

Abrí la boca para decir «El infierno si me voy», pero Perry dio una pequeña sacudida de cabeza. Me callé. Él tenía un plan mejor que el que tenía yo.

—No recibo órdenes de ningún detective negro.

—Envidioso —dije.

—¿Qué?

—De que sea un detective de la gran ciudad y usted no.

—Tampoco tengo por qué aguantar tonterías de usted, perra.

—Sra. Blake, por favor, déjeme manejar esto.

—Usted no puede manejar una mierda —dijo Aikensen.

—Ha sido poco cooperativo y grosero, usted y su sheriff. Puede llamarme de todas las formas que se le ocurran, si eso le hace sentirse mejor, pero no puedo dejarle apuntar con un arma a uno de los nuestros.

Algo pasó por la cara de Aikensen. Podía verle pensar sobre la vida. Perry también era policía. Probablemente tenía un arma, y Aikensen le tenía a su espalda. El ayudante giró rápidamente, subiendo el arma a la vez que se movía. Su mano flexionada.

Saqué mi arma.

Las manos vacías de Perry se levantaron por encima de su cuerpo, mostrando que estaba desarmado. Aikensen respiraba con fuerza. Levantó el arma para mantener el nivel, a dos manos, firme, sin prisa.

Alguien se percató y gritó, «¿Qué diablos?». En efecto.

Apunté la Browning a la espalda de Aikensen.

—No se mueva, Aikensen, o le pego un tiro.

—No está armada.

Retiré el seguro sonando con un clic. En un enfrentamiento no tienes que hacerlo antes de disparar, pero ese dramático sonido era agradable.

—No me registró, idiota.

La gente corría hacia nosotros gritando. Pero no llegarían a tiempo. Esto era sólo entre nosotros tres en la psicodélica nieve, aguardando.

—Suelte el arma, Aikensen, ahora.

—No.

—Suéltela o le mataré.

—Anita, no tienes que disparar. No va a hacerme daño —dijo Perry.

Era la primera vez que usaba mi nombre.

—No necesito a ningún negro que me proteja. —Sus hombros tensos. No podía ver lo suficientemente bien sus manos para estar segura, pero creí que apretaba el gatillo. Comencé a apretar el mío.

—¡Aikensen, deje esa maldita arma! —bramó una voz.

Aikensen apuntó el arma al cielo, como si nada. No había estado apretando el gatillo del todo. Sólo estaba nervioso. Sentí que una risa tonta me subía por la garganta. Casi le había pegado un tiro por estar nervioso. Me tragué la risa y solté el gatillo. ¿Sabía el loco ayudante lo cerca que

había estado? Lo único que le había salvado era el gatillo de la Browning. Era rígido. Había muchas armas por ahí que todo lo que necesitaban era un pequeñísimo apretón.

Se dio la vuelta hacia mí, todavía con su arma, pero no me apuntó. La mía todavía le apuntaba. Comenzó a bajar su arma para apuntarme otra vez.

—Si ese cañón baja otra pulgada, voy a pegarle un tiro.

—Aikensen, deje la maldita arma. Antes de que mate a alguien. —El hombre que habló media aproximadamente 1.75 m y debía pesar unos 90 kg. Parecía perfectamente redondo como una salchicha con brazos y piernas. Su chaqueta de invierno se ajustaba sobre su pequeña barriga redonda. Una evidente e incipiente barba gris decoraba sus papadas. Sus ojos eran pequeños, casi perdidos en la masa que era su cara. Su insignia brilló en la delantera de su chaqueta. No la había dejado por dentro en su camisa. La había fijado fuera, donde los detectives de la gran ciudad pudieran verla. Algo así como bajar la cremallera de su bragueta de forma que los demás puedan ver lo bien dotado que está.

—Este negro…

—No estamos para hablar de eso, ayudante, lo sabe.

Si hubieras visto la mirada en la cara de Aikensen habrías pensado que el sheriff le había dicho que no existía Papá Noel. Apostaba que el sheriff era el niño bueno en el peor sentido de la palabra. Pero había inteligencia en aquellos ojos pequeños como abalorios, más de lo que podía decir de Aikensen.

—Guarde eso en su sitio, muchacho, es una orden. —Su acento del sur se hacía más fuerte, ya fuera para impresionar, o porque con él conseguía controlar a Aikensen. El acento de mucha gente se hace más fuerte bajo presión. No era un acento de Missouri. Algo más al sur.

Aikensen finalmente, de mala gana, guardó el arma. Sin embargo, no rompió la pistolera. Tenía todas las papeletas para un puñetazo. Estaba contenta porque no era yo quien debía dárselo. Claro que, si hubiera disparado antes de que Aikensen hubiera levantado su arma al cielo, nunca habría sabido que no apretaba el gatillo. Si no hubiéramos sido todos policías y hubiéramos tratado a Aikensen como a un criminal, esto se habría zanjado con un tiro limpio. Jesús.

El sheriff Titus metió las manos en los bolsillos de su chaqueta y me miró.

—Ahora, señorita, puede dejar su arma también. Aikensen no le va a

pegar un tiro a nadie.

Sólo le contemplé, el arma apuntando al cielo, sostenida flojamente. Estaba preparada para guardar el arma en su sitio hasta que me dijo que lo hiciera. No me gusta cumplir órdenes. Sólo me quede mirándole fijamente.

Su cara todavía parecía amistosa, pero sus ojos perdieron brillo. Enojado. No le gustaba ser desafiado. Genial. Era mi noche.

Otras tres ayudantes se acercaron a Titus por detrás. Todos parecían malhumorados y listos para hacer cualquier cosa que su sheriff les pidiera. Aikensen les adelantó, su mano acercándose de nuevo al arma.

Algunas personas nunca aprenden.

—Anita, guarda el arma en su sitio. —El tono agradable y habitual de Dolph era duro por la cólera. Como si lo que quisiera fuera pegarle un tiro al hijo de perra, pero sería difícil de explicar a sus superiores.

Aunque no era oficialmente mi jefe, yo escuchaba a Dolph. Se lo había ganado.

Guardé el arma en su sitio. Dolph estaba constituido de ángulos duros. Su pelo negro estaba cortado muy corto, dejando sus orejas desnudas al frío.

Sus manos se hundieron en los bolsillos de su largo impermeable negro. El abrigo parecía demasiado fino para este tiempo, pero tal vez estaba forrado. Aunque era demasiado corpulento para dejar espacio para él y el forro en el mismo abrigo.

Nos llamó por señas a Perry y a mí a un lado.

—Díganme lo que pasó —dijo suavemente.

Lo hicimos.

—¿Realmente pensaste que te iba a pegar un tiro?

Perry apartó la vista de la nieve pisoteada durante un momento, luego respondió.

—No estoy seguro, sargento.

—¿Anita?

—Pensé que lo haría, Dolph.

—No pareces segura ahora.

—La única cosa de la que estoy segura es de que yo sí le iba a pegar un tiro. Cabía bajo él, Dolph. ¿Qué demonios pasa? Si acabo matando a un poli esta noche, me gustaría saber por qué.

—No creí que alguien fuera tan estúpido como para sacar un arma —dijo Dolph. Sus hombros se encorvaron, la tela de su abrigo se tensó con el

movimiento.

—Bien, no mires ahora —dije—, pero el ayudante Aikensen todavía tiene la mano sobre su arma. Está deseando sacarla otra vez.

Dolph hizo una gran inspiración por la nariz y la expulsó en un blanco y rápido aliento por la boca.

—Vamos a hablar con el Sheriff Titus.

—Hemos estado hablando con el sheriff durante más de una hora —dijo Perry—. No escucha.

—Lo sé, detective, lo sé.

Dolph siguió andando hacia el sheriff y sus ayudantes, que nos esperaban. Perry y yo le seguimos. ¿Qué más podíamos hacer? Además, quería saber por qué una unidad entera se encontraba en la escena de un crimen haciendo girar sus pulgares.

Perry y yo nos colocamos uno a cada lado de Dolph, como centinelas. Sin pensar en ello, nos situamos un paso por detrás de él. Era, después de todo, nuestro líder. Pero la organización automática me molestaba. Quería avanzar y colocarme a su altura, ser un igual, pero era un civil. No era un igual. No importa cuánto tiempo pasara o lo que hiciera, no era un poli. Había una diferencia.

La mano de Aikensen agarraba fuertemente la culata de su arma. ¿Realmente deseaba sacarla ante todos nosotros? Seguramente, pero ni siquiera él sería tan estúpido. Me fulminaba con la mirada, sólo mostraba el enfado en sus ojos. Tal vez sí era tan estúpido.

—Titus, diga a su hombre que aleje la mano del arma —dijo Dolph.

Titus echó un vistazo a Aikensen. Suspiró.

—Aikensen, aleje la maldita mano de su maldita arma.

—Ella es civil. Se resistió a un policía.

—Tiene suerte de que no le pegara un tiro en el culo —dijo Titus—. Ahora, métala en la pistolera y déjela ahí, o voy a mandarle a casa.

La cara de Aikensen pareció aún más malhumorada. Pero sujetó su pistolera y metió las manos en los bolsillos de su abrigo. A menos que tuviera una Derringer en el bolsillo, estábamos seguros. Por supuesto, era la clase de provinciano que llevaría un arma de reserva. Sinceramente, a veces yo también, pero sólo cuando el factor caimán era alto. Cuando estaba de mierda hasta el cuello.

Un ruido de pasos crujió en la nieve detrás de nosotros. Giré a medias para poder vigilar a Aikensen y ver a los recién llegados.

Tres personas con uniformes azul marino llegaron para situarse frente a nosotros. El hombre alto que teníamos delante tenía la insignia en su sombrero, lo que indicaba que era el jefe de policía. Uno de sus ayudantes era alto, tan delgado que parecía un esqueleto, y también demasiado joven para afeitarse. El segundo ayudante era una mujer.

Sorpresa, sorpresa. Por lo general, soy la única mujer en la escena de un crimen. Era pequeña, sólo un poco más alta que yo, delgada, con el pelo rapado escondido bajo un sombrero Smokey Bear. Lo único que podía decir a la luz de las luces intermitentes era que todo en ella era pálido, desde sus ojos hasta su pelo. Era bonita, de un modo parecido a un duendecillo, mona. Aguardaba con los pies separados, las manos en su cinturón Sam Brown. Llevaba un arma demasiado grande para sus manos. Apostaba que a ella no le gustaba ser llamada mona.

Iba a ser otro dolor en el culo, como Aikensen, o un espíritu afín.

El jefe de policía era al menos veinte años más viejo que cualquiera de sus ayudantes. Era alto, no tan alto como Dolph, pero ¿quién lo era? Tenía un bigote negro con canas, ojos pálidos, y era abruptamente bien parecido. Uno de esos hombres que no debían haber sido muy atractivos de jóvenes, pero la edad había dado carácter a su rostro, profundidad. Como Sean Connery, que se ve mejor con sesenta que con veinte.

—Titus, ¿por qué no deja a esta gente seguir con su trabajo? Tenemos frio, estamos cansados y queremos irnos a casa.

Los pequeños ojos de Titus llamearon volviendo a la vida. Había mucha cólera en ellos.

—Esto es asunto del condado, Garroway, no de los de la ciudad. Usted y su gente están fuera de su jurisdicción.

—Holmes y Lind iban camino del trabajo cuando el aviso de que alguien había encontrado un cuerpo llegó por radio. Su hombre, Aikensen, dijo que estaba ocupado y que no podía llegar hasta el cuerpo en al menos una hora. Holmes ofreció ocuparse del cuerpo y asegurarse de que la escena del crimen no se contaminara. Mis ayudantes no tocaron ni dejaron que se tocara nada. Sólo hacían de niñeros para su gente. ¿Qué pasa entonces? —dijo Garroway.

—Garroway, el cadáver fue hallado en nuestro terreno. Es nuestro cuerpo. No necesitamos ninguna ayuda. Y usted no tenía ningún derecho de llamar a la Santa Compaña sin hablarlo conmigo primero —dijo Titus.

El Jefe de Policía Garroway extendió las manos en un gesto de

impotencia.

—Holmes vio el cuerpo. Ella hizo la llamada. Pensó que el hombre no había sido asesinado por nada humano. El protocolo exige que llamemos a la Brigada Regional de Investigación Preternatural en cualquier momento en que sospechemos de actividad sobrenatural.

—Bien, Aikensen y Troy no creen que sea algo sobrenatural. Un cazador es devorado por completo por un oso y su pequeña señora se precipita sobre el arma.

Holmes abrió la boca, pero el jefe alzó una mano.

—Está bien, Holmes. —Ella se mantuvo detrás, pero no le gustó.

—¿Por qué no le preguntamos al Sargento Storr qué piensa que mató al hombre? —dijo Garroway.

Estaba lo bastante cerca como para oír el suspiro de Dolph.

—Ella no debería haber dejado acercarse a la gente al cuerpo sin nosotros allí para supervisarlo —dijo Titus.

—Señores, tenemos un cadáver en el bosque. La escena del crimen no se vuelve más fresca. Se están perdiendo valiosas pruebas mientras estamos aquí, de pie, discutiendo —dijo Dolph.

—Un ataque de oso no es la escena de un crimen, sargento —dijo Titus.

—La Sra. Blake es nuestra experta preternatural. Si dice que esto es un ataque de oso, nos iremos todos a casa. Si dice que es preternatural, usted nos deja hacer nuestro trabajo, y tratarlo como la escena del crimen. ¿De acuerdo?

—¿Sra. Blake? ¿Sra. Anita Blake?

Dolph asintió con la cabeza.

Titus entrecerró los ojos al mirarme, como si tratara de enfocarme.

—¿Usted es la Ejecutora?

—Algunas personas me llaman así, sí.

—¿Esta pequeña chica es la que tiene más de una docena de asesinatos de vampiros en su haber? —Había diversión en su voz, incredulidad.

Me encogí de hombros. Eran bastantes más que esas, pero muchas de ellas no se contaban como ejecuciones. No quería que la policía lo supiera Los vampiros tienen derechos, y matarlos sin autorización es asesinato.

—Soy la ejecutora judicial de vampiros para esta área. ¿Tiene algún problema con ello?

—Anita —dijo Dolph.

Le miré, después al sheriff. No iba a decir nada más, palabra de honor,

pero él lo hizo.

—Sólo que no creo que una cosita tan pequeña como usted pueda haber hecho todas las cosas que he oído.

—Mire, hace frío, es tarde, déjeme ver el cuerpo y todos podremos irnos a casa.

—No necesito que una civil me diga cómo hacer mi trabajo.

—Eso es —dije.

—¿Anita? —dijo Dolph. Esa única palabra me decía que no dijera nada, que no lo hiciera independientemente de lo que fuera.

—Hemos adulado lo suficiente en esta conversación jurisdiccional por esta noche, Dolph.

Un hombre apareció ofreciéndonos grandes tazas calientes en una bandeja. El olor del café se mezcló con el de la nieve. El hombre era alto.

Había muchos de éstos deambulando esta noche. Un mechón de pelo rubio claro le oscureció un ojo. Llevaba puestas unas gafas redondas de metal que hacían parecer su cara aún más joven de lo que era. Un gorro oscuro de lana estaba encasquetado sobre sus oídos. Guantes gruesos, un anorak multicolor, vaqueros y botas de excursionista completaban su equipo. No parecía estar a la moda pero estaba vestido para el mal tiempo. Mis pies estaban entumecidos por la nieve.

Tomé agradecida una gran taza de café. Si íbamos a estar de pie aquí fuera y discutiendo, tomar algo caliente era una gran idea.

—Gracias.

—Usted es agradecida —dijo el hombre sonriendo.

Todos habían tomado una taza pero no todos habían dado las gracias. ¿Dónde estaban sus modales?

—He sido el sheriff de este condado desde antes de que de usted naciera, Sra. Blake. Éste es mi condado. No necesito ninguna ayuda de gente como usted.

Bebió a sorbos su café. Había dado las gracias.

—¿Gente como yo? ¿Qué se supone que significa eso?

—Déjalo, Anita.

Contemplé a Dolph. No quería dejarlo. Bebí a sorbos el café. El olor sólo me hizo sentir menos enojada, más relajada. Miré fijamente a los pequeños ojitos redondos y brillantes de Titus y sonreí.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó.

Abrí la boca para decir, usted, pero el hombre del café me interrumpió.

—Soy Samuel Williams. Soy el vigilante. Vivo en la pequeña casa detrás del centro de la naturaleza. Encontré el cuerpo.

Sostuvo la bandeja ahora vacía abajo a un lado.

—Soy el Sargento Storr, Sr. Williams. Éstos son mis compañeros, el detective Perry y la Sra. Blake.

Williams asintió con la cabeza en un gesto de reconocimiento.

—Usted nos conoce a todos, Samuel —dijo Titus.

—Sí, lo hago —dijo Williams. No parecía demasiado emocionado por conocerlos a todos ellos. Saludó con la cabeza al Jefe Garroway y sus ayudantes—. Le dije a la ayudante Holmes que no creía que fuera de un animal. Todavía lo creo, pero si es un oso, mató a ese hombre. Cualquier animal que haga eso una vez lo volverá a hacer. —Fijó la vista en la nieve, después la alzó, como un hombre que se eleva de aguas profundas—. Se comió partes del hombre. Le acechó y le trató como un animal de presa. Si realmente es un oso, tiene que ser atrapado antes de que mate a alguien más.

—Samuel tiene un grado en biología —dijo Titus.

—Yo también —dije. Por supuesto, mi grado era en biología preternatural, pero oye, la biología es biología, ¿verdad?

—Estoy trabajando en mi doctorado —dijo Williams.

—Sí, estudiando la mierda de búho —dijo Aikensen.

Era difícil de saber, pero creo que Williams se sonrojó.

—Estudio los hábitos alimenticios del búho enjaulado.

Yo tenía un grado en biología. Sabía lo que significaba. Coleccionaba mierda de búho y ponía bolitas a secar. Entonces Aikensen tenía razón. En cierto modo.

—¿Será su doctorado en ornitología o estrigiología? —pregunté.

Estaba orgullosa de mí misma por recordar la denominación latina de los búhos. Williams me miró con una sensación de familiaridad en sus ojos.

—Ornitología.

Titus parecía haberse tragado un gusano.

—No necesito ningún grado de universidad para conocer el ataque de un oso cuando lo veo.

—La última vez que se vio un oso en el St. Gerard County fue en 1941 —dijo Williams—. No creo que haya visto nunca el ataque de un oso fuera de un informe.

La implicación estaba ahí. ¿Cómo reconocía Titus el ataque de un oso

si nunca lo había visto antes?

Titus tiró su café en la nieve.

—Escucha, chico de universidad…

—Tal vez es un oso —dijo Dolph.

Le miramos. Titus asintió con la cabeza.

—Eso es lo que he estado diciendo.

—Entonces será mejor que pida un helicóptero y consiga algunos perros aquí.

—¿De qué habla?

—Un animal que despedaza a un hombre y se lo come, podría meterse en las casas. Ni le cuento la cantidad de gente que el oso podría matar.

La cara de Dolph era ilegible, seria, como si creyera lo que decía.

—Ahora bien, no quiero perros aquí. Provocaría el pánico si la gente creyera que hay suelto un oso furioso. Recuerdo cómo enloquecieron cuando aquel puma doméstico anduvo suelto hace aproximadamente cinco años. La gente le disparaba a las sombras.

Dolph sólo le miró. Todos le miramos. Si fuera un oso, tenía que tratarlo como un oso. Si no lo era…

Titus cambió de pie incómodamente en la nieve.

—Tal vez la Sra. Blake debería echar un vistazo. —Frotaba la fría punta de su nariz—. No querría provocar el pánico por motivos erróneos.

No quería que la gente pensara que había un oso suelto hecho una furia. Pero pensaba que allí había un monstruo suelto. O tal vez el Sheriff Titus no creía en monstruos. Tal vez.

Independientemente de qué, estábamos de camino a la escena del crimen. Escena del posible asesinato. Les hice esperar mientras me colocaba las Nikes y el mono de trabajo que guardaba para estas ocasiones y los estacamientos de vampiros. Odiaba tener sangre en la ropa. Además, esta noche el mono estaba más caliente que los calcetines.

Titus hizo que Aikensen permaneciera con los coches. Tenía la esperanza de que no le pegara un tiro a nadie mientras nos íbamos.



OCHO

Al principio no vi el cuerpo. Todo lo que veía era nieve. Ésta se había amontonado en una de esas depresiones que se encuentran en los bosques.

En primavera se llenan de lluvia y barro. En otoño se colman de hojas. En invierno mantienen la nieve más honda. La luz de la luna esculpía cada huella, cada pisada de pies en alto relieve. Cada impresión rebosante como una taza de sombras azules.

Me mantuve en el borde del claro, con la mirada fija en la mezcolanza de huellas. Entre todo eso, en algún lugar, se encontraban las huellas del asesino, o las de un oso ya que, a menos que se tratase de un animal, desconocía cómo alguien iba a entender cuáles eran las significativas. Tal vez todas las escenas de un crimen eran analizadas de esa forma, la nieve sólo lo hacía evidente. O tal vez esta escena había sido manipulada. Sí.

Cada pista, policial o no, conducía a una única cosa: el cuerpo. Dolph había dicho que el hombre había sido despedazado, devorado. No quería

verlo. Lo había pasado bien con Richard. Una tarde agradable. No era justo que terminase la noche mirando cuerpos parcialmente devorados.

Por supuesto, es probable que el muerto pensase que tampoco era muy divertido ser devorado.

Respiré profundamente el helado aire. Mi aliento salió empañado cuando exhalé. No podía oler el cuerpo. Si fuera verano, el muerto habría estado descompuesto. Hurra por el frío. — ¿Piensa mirar el cuerpo desde aquí? —preguntó Titus.

—No —contesté.

—Parece que su experta pierde los nervios, Sargento.

Rodeé a Titus. Su redonda cara con papada se mostraba satisfecha.

No quería ver el cuerpo, pero perder los nervios, nunca.

—Espere que ésta no sea la escena de un crimen… sheriff, porque ha sido jodida de veinte formas de domingo.

—No estás ayudando nada, Anita —añadió Dolph suavemente.

Tenía razón, pero no estaba segura de que me preocupara.

—¿Siguió algunas indicaciones para conservar la escena del crimen o es posible, como parece, que pasaran por delante de mí cincuenta billones de personas?

—Sólo había cuatro grupos de huellas cuando me ordenaron dejar la escena —contestó la Oficial Holmes.

Titus la miró frunciendo el ceño.

—Cuando determiné que era el ataque de un animal, no había razón para mantenerla asegurada. —Su acento sureño volvía a ser notable.

—Sí, perfecto —afirmé. Eché un vistazo a Dolph—. ¿Alguna sugerencia?

—Sólo revísalo, no creo que haya mucho que podamos conservar en estos momentos.

—¿Criticando a mis hombres? —preguntó Titus.

—No —contestó Dolph—. Le critico a usted.

Me giré para que Titus no me viera sonreír. Dolph no soportaba de buena gana a los tontos. Les aguantaba un poco más que yo, pero una vez alcanzado su límite, mejor correr a buscar refugio. Ningún culo burocrático se libraría. Di un paso hacia el hueco. Dolph no necesitaba de mi ayuda para tener la cabeza de Titus en bandeja. La nieve se había desplomado por el borde del agujero. Mis pies resbalaron debido a las hojas que estaban debajo. Terminé sobre mi culo por segunda vez esta noche. Pero ahora

estaba en una ladera. Me deslicé casi hasta llegar al cuerpo. La risa afloró detrás de mí.

Me senté con el culo en la nieve y contemplé el cuerpo. Podían reírse todo lo que quisieran, era gracioso. El muerto no lo era.

Estaba acostado boca arriba sobre la nieve. La luz de la luna brilló sobre él, reflejándose sobre la nieve y dándole el lustre de mediodía a los cuerpos de debajo. Tenía una linterna en uno de los bolsillos del mono, pero no la necesitaba. O tal vez no la quería. Podía ver bastante por el momento.

Surcos desiguales bajaban por el lado derecho de su cara. Una garra le había cercenado el ojo derramando la sangre y el líquido espeso de su globo ocular por la mejilla. La mandíbula inferior estaba aplastada, como si una mano enorme la hubiera agarrado y presionado. Hacía parecer su cara inacabada, tan sólo media. Esto debió doler como el infierno, pero no como para matarlo. Tanto peor.

La garganta había sido arrancada, probablemente esto le había matado. Simplemente, no había carne. Su columna vertebral brilló con un blanco apagado, como si se hubiera tragado un fantasma y éste no se hubiera ido. Su mono de camuflaje estaba rasgado a la altura del estómago. Alguna ilusión óptica de la luz de la luna lanzó una sombra densa dentro de aquella tela rasgada. No podía ver el daño interior. Y lo necesitaba.

Prefiero las masacres nocturnas. La oscuridad acapara el color. En cierta forma, parece menos real por la noche, nada más. Pon un poco de luz y los colores estallan: la sangre es carmesí; el hueso reluce; los fluidos no son sólo oscuros, son verdes, amarillos, marrones. La luz te permite distinguir. Ventajas o desventajas, en el mejor de los casos.

Me puse los guantes quirúrgicos. Fueron como una estupenda segunda piel. Incluso guardados en mi bolsillo interior, los guantes estaban más fríos que mi piel. Encendí la linterna. Su foco diminuto y amarillento fue atenuado por la brillante luz de la luna, pero cortó las sombras como un cuchillo. La ropa del hombre había sido pelada como las capas de una cebolla; mono de trabajo, pantalón y camisa, ropa interior térmica. La carne estaba desgarrada. La luz destelló sobre la sangre congelada y los trocitos de carne helada. La mayor parte de los órganos internos no estaban. Iluminé sobre la nieve que le rodeaba pero no había nada que ver. La carne y los órganos no estaban.

El fluido oscuro de la cavidad del intestino se había escapado por todas

partes, pero estaba congelado, sólido. No olí nada aun estando inclinada. El frío era una cosa maravillosa. Los bordes de la herida eran desiguales. No había sido hecha por ningún cuchillo. Si lo hubiera sido, no se parecía a ninguna hoja que hubiera visto alguna vez. El médico forense lo podría decir con seguridad. Una costilla estaba rota. Señalaba hacia arriba como un signo de exclamación. Iluminé el hueso. Estaba desconchado, pero no fueron garras, ni manos… fueron dientes. Habría apostado la paga de una semana a que observaba marcas de dientes.

La herida de la garganta estaba cubierta por una capa de nieve congelada. Cristales rojizos de hielo se habían congelado en su cara. El ojo restante estaba cerrado, congelado con hielo sangriento. Había marcas de dientes a cada lado de la herida de la garganta, no de garras. La mandíbula aplastada mostraba evidentes marcas de dientes. Seguramente no se tratara de dientes humanos. Lo que significaba que no eran espíritus malignos, vampiros, zombis o algún otro no-muerto humano. Tuve que subir mi abrigo para sacar la cinta métrica del bolsillo de mi mono. Se hubiera visto mejor si me hubiera tomado tiempo para desabrochar mi abrigo, pero oye, hacía frío.

Las marcas de garras en la cara eran extensas. Más que las garras de un oso, más que cualquier cosa natural. Monstruosamente enormes. Había una marca casi perfecta de dientes a ambos lados de la mandíbula. Como si la criatura hubiera mordido con fuerza, pero no tanta como para desgarrar. Mordiendo para aplastar, para acallar… el grito. No podía haber emitido mucho ruido con la mitad de la boca machacada. Había algo absolutamente deliberado en aquel mordisco. La garganta había sido arrancada, pero de nuevo, no era tan fatal como lo podría haber sido. Sólo lo justo para matar. Fue sólo cuando llegó al estómago que la criatura había perdido el control. El hombre ya estaba muerto antes de que su estómago fuera abierto. Lo habría apostado. Pero la criatura se había tomado tiempo suficiente para comérselo. Para alimentarse. ¿Por qué?

Había una huella en la nieve, cerca del cuerpo. Mostraba dónde la gente se había arrodillado, incluida yo, pero la luz realzaba la sangre drenada sobre la nieve. Había estado boca abajo hasta que alguien le dio la vuelta.

Las huellas habían sido rastreadas casi en cada centímetro de nieve, excepto en la zona salpicada con sangre. Si tenían opción, la gente no andaba entre la sangre. Escena del crimen o no, no había tanta sangre como cabía esperar. Seccionar una garganta es un trabajo sucio. Pero, por

supuesto, ésta no había sido seccionada. Había sido arrancada por unos dientes. La sangre se había vertido en la boca, no en la nieve.

La sangre había empapado la ropa. Si pudiéramos encontrar a nuestra criatura, también estaría cubierta de ella. Para tal carnicería, la nieve estaba sorprendentemente limpia. Había un charco espeso de sangre a un lado, al menos a un metro del cuerpo, en el lado derecho de la impresión del tamaño del cuerpo. El muerto había estado al lado de esa mancha bastante tiempo, el suficiente para desangrarse, después había sido volteado sobre su estómago, donde había estado el tiempo suficiente para que la piel se congelase en la nieve. Más sangre se había acumulado debajo del cuerpo mientras yacía boca abajo. Ahora estaba boca arriba, pero la sangre no era fresca. El cuerpo no había sido girado hasta después de estar totalmente muerto.

—¿Quién giró el cuerpo? —pregunté.

—Estaba así cuando llegué al escenario —contestó Titus.

—¿Holmes? —El jefe Garroway hizo de su nombre una pregunta.

—Estaba boca arriba cuando llegamos.

—¿Williams movió el cuerpo?

—No le pregunté —contestó ella.

Genial.

—Alguien lo hizo. Sería bueno saber si fue Williams.

—Iré a averiguarlo —se ofreció Holmes.

—Patterson, ve con ella —ordenó Titus.

—No necesito…

—Holmes, sólo vaya —ordenó Garroway.

Los dos ayudantes se marcharon.

Volví a mirar el cuerpo. Tenía que pensar en él como un cuerpo, no podía llamarle «él». Si lo hiciera, empezaría a preguntarme si tenía mujer e hijos. No quería saberlo. Sólo era un cuerpo, mucha carne. No deseaba hacerlo. Iluminé con la linterna sobre el revoltijo en la nieve. Me arrodillé y avancé lentamente. Sherlock Holmes y yo. Si la criatura hubiera subido detrás del hombre, debería haber alguna señal en la nieve. Tal vez no una huella completa, pero algo. Cada huella que había encontrado era de zapatos. Lo que fuera que hubiera hecho eso, no usaba zapatos. Incluso con una manada de polis pisoteando por allí, debería haber alguna huella de garras y marcas de animales. No era capaz de encontrar ninguna. Tal vez, criminalística tendría más suerte. Esperaba que así fuera.

Si no había ninguna huella, ¿podía haber llegado en avión? ¿Una gárgola, quizás? Era el único depredador alado que atacaba al hombre. Exceptuando los dragones, pero ellos no eran originarios de este país y habría sido un infierno mucho peor. O tal vez, mucho mejor. Un dragón se habría tragado al hombre entero. Las gárgolas atacarían y matarían a un hombre, pero era raro.

Además, el grupo más cercano estaba en Kelly, Kentucky. Las gárgolas de Kelly eran una pequeña sub-especie que habían atacado a la gente, pero nunca habían matado. Eran, ante todo, devoradores de carroña. En Francia había tres especies de gárgolas del tamaño del hombre, o aún mayores. Te comerían. Pero nunca se había encontrado algo tan grande en América. ¿Qué podía ser? Había unos cuantos trolls menores en el este de Ozarks, pero no estaba cerca de St. Louis. Además, había visto imágenes de masacres de trolls y ésta no lo era. Las garras eran demasiado curvas, demasiado largas. El estómago parecía haber sido limpiado por algo con hocico. Los trolls se veían terriblemente parecidos a los humanos, pero eran primates. Un troll menor no atacaría a un humano si tuviera la opción. Un troll mayor de la montaña podía hacerlo, pero estaban extintos desde hacía más de veinte años. Además, tenían la costumbre de despedazar árboles y gente hasta matarlos, después se los comían.

No creía que fuera algo tan exótico como los trolls o las gárgolas. Si hubiese pistas que condujesen hasta el cuerpo, habría estado segura de que era la masacre de un licántropo. Era conocido que los trolls llevaban puesta la ropa desechada. Así que un troll podía haber caminado pesadamente por la nieve, o una gárgola podía haber volado velozmente, pero un licántropo… Tenían que caminar con los pies descalzos ya que no encajarían en ningún zapato humano. Pero ¿cómo?

Me habría dado tortas en la frente, pero no lo hice. Si lo haces en escenarios de crímenes, llenas tu pelo de sangre. Alcé la vista. La gente casi nunca lo hace. Los millones de años de nuestra evolución nos habían condicionado para ignorar el cielo. Nada era lo bastante grande como para atraparnos desde arriba. Pero eso no significaba que algo no pudiera saltar sobre nosotros.

La rama de un árbol serpenteó sobre el hueco. La linterna mostró blancas cicatrices frescas sobre la negra extremidad. Un cambiaformas se había puesto en cuclillas sobre la corteza a la espera del hombre que andaba debajo. Emboscada, premeditación y asesinato.

—Dolph, ¿podrías venir aquí abajo un minuto?

Dolph anduvo con cuidado por la pendiente cubierta de nieve. Supongo que no quería repetir mi actuación.

—¿Sabes qué es?

—Un cambiaformas —contesté.

—Explícamelo. —Sostenía su fiel cuaderno y su pluma a la espera.

Le expliqué lo que había encontrado. Lo que pensaba que era.

—No hemos tenido a un licántropo loco desde que la brigada se formó. ¿Estás segura?

—Estoy segura de que esto es de un cambiaformas, pero no dije que fuera un licántropo.

—Explícate.

—Todos los licántropos son cambiaformas por definición, pero no todos los cambiaformas son licántropos. La licantropía es una enfermedad que contraes al sobrevivir a un ataque o al conseguir un lote defectuoso de vacuna contra la licantropía.

—¿Puedes adquirirlo de la vacuna? —Me miró.

—Sucede.

—Es bueno saberlo —añadió—. ¿Cómo puedes ser un cambiaformas y no un licántropo?

—Lo más usual es una condición heredada. El perro guardián de la familia, la fiera, el gato enorme. Sobre todo en Europa. Una persona de cada generación tiene los genes y los cambios.

—¿Está eso unido a la luna como la licantropía normal?

—No. Un guardián familiar sale cuando la familia le necesita. Por una guerra o por alguna especie de peligro físico. Hay hombres cisne. Están atados a la luna, pero aún es una condición heredada.

—¿Cómo?

—Pueden ser maldecidos, pero es realmente raro.

—¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—Tienes que encontrar a una bruja o algo con una magia lo bastante poderosa para maldecir a alguien como cambiador de forma. He leído los hechizos. Las pociones están tan llenas de narcóticos que podrías creer que eres un animal. También podrías creer que eres el edificio de Chrysler, o podrías simplemente morir. Los verdaderos hechizos son mucho más complejos, y por lo general, requieren un sacrificio humano. Una maldición

está un paso por encima de un hechizo. No es en absoluto un hechizo. Traté de pensar cómo explicarlo. En esta área Dolph era un civil. No conocía la jerga.

—Una maldición es como el acto de última voluntad. Sólo juntas todo tu poder, magia, cualquier cosa, y lo enfocas en una persona. Lo legas para la maldición. Siempre lo haces en persona, entonces saben que ha sido hecho. Algunas teorías afirman que se necesita la creencia de la víctima para hacer una maldición. No estoy muy segura de creerlo.

—¿Sólo las brujas pueden maldecir?

—De vez en cuando alguien queda enemistado con un hada. Uno de esos viejos Daoine Sidhe, pero tendrías que estar en Europa para eso. Inglaterra, Irlanda o partes de Escocia. En este país sería una bruja.

—Así que un cambiaformas, pero desconocemos de qué clase o cómo consiguió serlo.

—No, con estas marcas y pistas no.

—Si le vieras cara a cara, ¿podrías decir de qué clase es?

—¿Qué animal? —pregunté.

—Sí.

—No.

—¿Podrías decir si se debe a que han sido maldecidos o a una enfermedad?

—No.

—Por lo general, eres mejor. —Sólo me miró.

—Soy mejor con los muertos, Dolph. Dame un vampiro o un zombi y te diré su número de la seguridad social. Algo de esto es talento natural, pero mucho lo da la práctica. Nunca he tenido experiencia con cambiaformas.

—¿Qué preguntas puedes responder?

—Pregunta y averígualo —añadí.

—¿Piensas que este cambiaformas es nuevo? —preguntó Dolph.

—No.

—¿Por qué no?

—La primera vez se cambia durante la noche de luna llena. Es demasiado pronto para uno nuevo. Aunque podría ser su segundo o tercer mes, pero…

—Pero ¿qué?

—Si aún es un licántropo que no puede controlarse, que mata

indiscriminadamente, todavía podría estar aquí. Cazándonos.

Dolph echó un vistazo a la oscuridad. Sostuvo su cuaderno y su pluma en una mano, manteniendo la mano derecha libre para su arma.

Era un movimiento automático.

—No te preocupes Dolph. Si fuese a comerse a más personas ya habría cogido a Williams o a los ayudantes.

Su mirada recorrió la oscuridad, luego volvió a mí.

—Entonces, ¿el cambiaformas podría controlarse?

—Creo que sí.

—Entonces, ¿por qué matar al hombre?

—¿Por qué se mata? Lujuria, avaricia, rabia. —Me encogí de hombros.

—La forma animal es usada como arma asesina —afirmó Dolph.

—Sí.

—¿Estará aún en su forma animal?

—Esto fue hecho por uno mitad hombre mitad animal, del tipo hombre lobo.

—Un hombre lobo.

Negué con la cabeza.

—No puedo decir qué clase de animal es. El hombre lobo tan sólo era un ejemplo. Podría ser alguna clase de mamífero.

—¿Un mamífero?

—Por estas heridas, sí. Sé que hay hombres ave, pero no hacen esta clase de daño.

—¿Hombres pájaro?

—Sí, pero no es el que hizo esto.

—¿Alguna conjetura?

Me agaché al lado del cuerpo, observándolo. Legándome sus secretos. Tres noches después, cuando el alma hubiera abandonado su cuerpo finalmente, podría tratar de levantarlo y averiguar quién lo hizo. Pero no tenía garganta. Incluso los muertos no pueden hablar si no tienen el equipo apropiado.

—¿Por qué pensó Titus que esto era obra de u oso? —pregunté.

—No lo sé —Dolph lo pensó durante un minuto—. Preguntémosle. Eres mi invitada.

Dolph inclinó la cabeza. Me pareció un poco sarcástico. Si yo hubiera estado discutiendo con el sheriff durante horas, habría sido muy sarcástica.

—Venga Dolph. No podremos saber a menos que obremos bien ahora.

—Si Titus tiene algo que decir al respecto, podremos.

—¿Quieres que le pregunte o no?

—Pregunta.

—Sheriff Titus —llamé a los hombres que estaban esperando.

Miró hacia abajo, a mi. Había sacado un cigarrillo pero aún no lo había encendido. Hizo una pausa con el encendedor a mitad de camino de su boca.

—¿Quiere algo Señora Blake? —El cigarrillo osciló en sus labios cuando habló.

—¿Por qué piensa que es el ataque de un oso?

Abrió la tapa de su encendedor y cogió el cigarro sin encender de su boca con la misma mano.

—¿Por qué lo quiere saber?

Quise decirle «conteste la maldita pregunta», pero no lo hice. Punto para mí.

—Por curiosidad.

—Eso no es de un gato montés. Un gato habría usado más sus garras. Arañándolo más.

—¿Por qué no un lobo?

—Animal de carga. Me parece tan sólo un animal.

Tuve que estar de acuerdo con todo lo dicho.

—Creo que ha estado ocultándonos información, sheriff. Parece saber mucho sobre animales que no son originarios de esta zona.

—Voy de caza de vez en cuando señora Blake. Necesitas conocer los hábitos de tu presa si quieres embolsarte alguna.

—¿Creyó que era un oso por eliminación? —pregunté.

—Se podría decir así. —Devolvió el cigarro a su boca. La punta llameó centelleando contra su cara. Cuando apagó el encendedor, la oscuridad pareció más densa.

—¿Qué piensa que es, señora Experta? —El olor de su cigarrillo se propagó en el aire frío.

—Cambiaformas.

Incluso en la oscuridad pude sentir el peso de su mirada. Hizo volar una bocanada fantasmal de humo.

—Lo cree.

—Sé que es así —afirmé.

Hizo un sonido agudo de fastidio.

—Terriblemente segura de usted misma, ¿no?

—Si quiere venir aquí abajo, sheriff. Le mostraré lo que he encontrado.

Vaciló para a continuación encogerse de hombros.

—¿Por qué no? —Bajó la cuesta como un buldózer, sus pesadas botas levantaban estelas de nieve.

—Bien señora Experta, deslúmbreme.

—Es usted un dolor en el culo, Titus.

Dolph suspiró soltando el aliento en una nube blanca.

Titus pensó que era verdaderamente gracioso, se rió doblándose y dándose palmadas en la pierna.

—Es usted realmente graciosa, señora Blake. Ahora, muéstreme lo que encontró.

Lo hice. Le dio una larga calada a su cigarro. La punta brilló en la oscuridad.

—Especulo que no fue un oso después de todo.

—No, no lo era. —No lo iba a discutir. Genial.

—¿Puma? —preguntó con alguna clase de esperanza.

—Usted sabe que no —me levanté con cuidado.

—Cambiaformas —añadió.

—Sí.

—No hay ningún cambiaformas fuera de control en este condado desde hace diez años.

—¿A cuántos mató? —pregunté.

—Cinco. —Se llenó los pulmones de humo y lo soltó despacio.

—Me perdí aquel caso —sacudí la cabeza—. Fue anterior a mí.

—¿Estaba en el colegio cuando sucedió?

—Sí.

Lanzó su cigarrillo sobre la nieve y lo hundió con la bota.

—Quería que fuera un oso.

—Yo también —admití.



NUEVE

La noche era difícil, de una fría oscuridad. Las dos de la madrugada es una hora desalentadora de la noche, sin importar la estación. A mediados de diciembre las dos es como el corazón congelado de una noche eterna. O quizás, estaba simplemente desalentada. La luz sobre la escalera que conducía hasta mi piso brillaba como una luna capturada.

Todas las luces tenían una calidad esmerada. Ligeramente irreal. Había una neblina en el aire, como una niebla pequeña.

Titus me había pedido que me quedase por si ellos encontraban a alguien en la zona. Era su mejor opción para descubrir si la persona había sido un licántropo o algún imbécil inocente. La solución era cortar la mano para ver si había pelaje dentro del cuerpo. Si te equivocabas ¿qué harías? ¿Pedir perdón?

Había marcas de licántropo que conducían hasta la escena del crimen. Las copias de yeso habían sido hechas, y por sugerencia mía, estaban

siendo enviadas al departamento de biología de la Universidad de Washington. Casi le había puesto la dirección del doctor Louis Fane.

Enseñaba biología allí. Era uno de los mejores amigos de Richard. Un tipo agradable. Un hombre rata. Un intenso y oscuro secreto que podría ponerle en peligro si comenzaba a mandarle impresiones de la garra de licántropo a él. La dirección al departamento entero más o menos garantizaba que Louis lo vería.

Había sido mi mayor contribución de la noche. Todavía buscaban cuando me fui. Tenían mi busca. Si encontraban un humano desnudo en la nieve, me podían llamar. Aunque si mi busca sonaba antes de que consiguiera dormir algo, iba a estar muy cabreada.

Cuando cerré la puerta del coche, oí un eco. Una segunda puerta de coche se cerró de golpe. Estaba cansada, pero era automático inspeccionar el pequeño aparcamiento por aquel segundo coche. Irving Griswold estaba cuatro coches más abajo, metido en un anorak naranja Day-Glo, con una bufanda a rayas liada alrededor del cuello. Su pelo castaño formaba un halo encrespado en la zona calva. Las diminutas gafas redondas se posaban sobre una nariz de botón. Parecía alegre e inofensivo, pero también era un hombre lobo. Parecía que era mi noche para ello.

Irving era un reportero del The St. Louis Post-Dispatch. Cualquier historia sobre mí e Inc, Reanimators, por lo general, llevaba su firma.

Sonrió cuando caminó hacia mí. Sencillamente, un reportero amistoso de la vecindad. Sí, seguro.

—¿Qué quieres, Irving?

—¿Es ese el modo de saludar a alguien que ha pasado las últimas tres horas en su coche esperándote?

—¿Qué quieres, Irving? —Tal vez si seguía repitiendo la pregunta una y otra vez, lo cansaría.

La sonrisa se decoloró de su pequeña cara. Parecía solemne y preocupado.

—Tenemos que hablar, Anita.

—¿Será una historia larga?

Pareció pensar durante un momento, luego afirmó.

—Podría ser.

—Entonces ven arriba. Prepararé un poco de auténtico café.

—¿Qué diferencia hay entre el auténtico café y el café de imitación? —preguntó.

Comencé a subir la escalera.

—Lo prepararé en una taza de Java, eso te hará crecer pelo en el pecho.

Rió. Comprendí que había hecho un juego de palabras y no había querido hacerlo. Sé que Irving es un cambiaformas. Incluso he visto su forma de lobo. Pero lo había olvidado. Era un amigo y no parecía nada preternatural en forma su humana.

Nos sentamos en la pequeña mesa de la pequeña cocina, bebiendo a sorbos el café con crema de vainilla. Mi chaqueta del traje estaba colocada en la espalda de la silla de la cocina. Eso dejó mi arma y pistolera del hombro expuestas.

—Pensaba que tenías una cita esta noche, Blake.

—La tenía.

—Algunos tienen citas.

—Una chica nunca puede ser demasiado cuidadosa.

Irving sopló sobre su taza, bebiéndolo a sorbos delicadamente. Sus ojos lo habían recorrido todo, tomando nota. Días después sería capaz de describir la habitación completamente, incluidos los Airs Nike y los calcetines de correr que había delante del sofá.

—¿Qué pasa, Irving?

—Un café grandioso. —Esquivaba mis ojos. Era una mala señal.

—¿Qué pasa?

—¿Te ha dicho Richard algo sobre Marcus?

—Su líder de manada, ¿verdad?

Irving pareció sorprendido.

—¿Te lo dijo?

—Me enteré esta noche que su alfa se llama Marcus. Hay una guerra de sucesión que aún continúa. Marcus quiere a Richard muerto. Richard dice que no luchará contra él.

—Ah, ya luchó contra él, ok —dijo Irving.

Eso me sorprendió.

—Entonces ¿por qué Richard no es el líder de la manada?

—Richard se volvió escrupuloso. Lo tenía, Blake, agarraba a Marcus de la garganta. —Irving sacudió la cabeza—. Pensó que cuando Marcus se recuperara podían hablar, llegar a un arreglo. —Hizo un sonido grosero—. Tu novio es un idealista.

Un idealista. Eso era casi lo mismo que tonto. Jean-Claude e Irving estaban de acuerdo. No están de acuerdo en mucho.

—Explícate.

—Puedes ascender en la jerarquía de la manada luchando. Ganas, subes un escalón. Pierdes, te quedas dónde estás. —Tomó un largo sorbo de café, los ojos cerrados como si absorbiera la calidez—. Hasta que luchas por ser el líder de la manada.

—Déjame adivinar. Una lucha a muerte.

—Sin muerte, no hay nuevo líder —dijo.

Sacudí la cabeza, el café que tenía ante mí aún seguía sin tocar.

—¿Por qué me dices todo esto, Irving? ¿Por qué ahora?

—Marcus quiere encontrarte.

—¿Por qué no me lo dijo el mismo Richard?

—Richard no quiere que te impliques.

—¿Por qué no? —Irving siguió contestando mis preguntas, pero las respuestas no ayudaban mucho.

Se encogió de hombros.

—Richard no cederá un centímetro para enloquecer a Marcus. Si Marcus dijera negro, Richard diría blanco.

—¿Por qué quiere Marcus verme?

—No lo sé —dijo Irving.

—Sí, seguro.

—Es verdad, Blake, no sé qué está ocurriendo. Algo muy grande se está formando, y nadie me dice nada.

—¿Por qué no? Eres un cambiaformas.

—Soy también periodista. Hace algunos años cometí el error de escribir un artículo. El licántropo con el que hablé mintió, dijo que nunca me dio permiso para citarle. Perdió su trabajo. Algunos en particular quisieron echarme, también me dejaron perder mi trabajo.

Se acurrucó alrededor de su gran taza de café. Recordando con ojos distantes.

—Marcus dijo que no, que era más valioso para ellos como periodista. Nadie ha confiado realmente en mí desde entonces.

—No es un grupo muy indulgente —dije. Bebí mi café y lo encontré frío. Si lo bebía lo bastante rápido, sería bebible, apenas.

—Nunca perdonan y nunca olvidan —dijo Irving.

Sonaba a un mal rasgo de carácter, pero era uno de mis principios fundamentales, con que no podía quejarme mucho.

—Entonces Marcus te envió aquí para hablar conmigo. ¿Sobre qué?

—Quiere encontrarte. Hablar de una especie de negocio.

Me levanté y rellené mi taza. Un poco menos de azúcar esta vez. Comenzaba a despertarme, francamente, de la frustración.

—Dile que venga a mi oficina.

Irving negó con la cabeza.

—Marcus es un excelente cirujano. ¿Sabes lo que pasaría si hubiera algún indicio de lo que es él?

Podía entenderlo. Podías ser un cambiaformas en algunos empleos. Médico no era uno de ellos. Aún había un dentista en Texas demandado por una paciente. Decía que había contraído la licantropía de él. Tonterías. No se contagia de las manos humanas que tienes en la boca. Pero el caso no había sido desechado. La gente no tiene mucha compasión por unas pelotas peludas tratando la brillante dentadura de su niño.

—Bien, que envíe a otro a la oficina. Seguramente Marcus debe confiar en alguien.

—Richard ha prohibido que se pongan en contacto contigo.

Sólo le miré.

—¿Prohibido?

Irving asintió.

—Serían degradados en la jerarquía de la manada si contactaran contigo y te pusieran en peligro.

Comencé a sonreír y paré. Estaba serio.

—No bromeas.

Hizo un saludo con tres dedos.

—Honor de explorador.

—¿Cómo es que estás aquí? ¿Intentando ascender en la manada?

Palideció. De verdad de la buena, palideció.

—¿Yo? ¿Luchar con Richard? Diablos, no.

—Entonces ¿a Richard no le importara que estés hablando conmigo?

—Ah, sí le importará.

Fruncí el ceño.

—¿Marcus va a protegerte?

—Richard dio una orden específica. Marcus no puede interferir.

—Pero te pidió que vinieras a verme —dije.

—Sí.

—Entonces ¿por qué arriesgarte a que Richard te rompa las costillas?

Irving sonrió abiertamente.

—Pensé que me protegerías.

Me reí.

—Eres un hijo de puta.

—Tal vez, pero te conozco, Blake. No te gusta que Richard haya estado escondiéndote cosas. Sin duda, no te gusta que te proteja. Además, he sido tu amigo durante años. No creo que te quedaras quieta mientras tu novio me golpea.

Irving me conocía mejor que Richard. No era un pensamiento muy consolador. ¿Había sido engañada por una cara bonita y un simpático sentido del humor? ¿No había visto al verdadero Richard? Negué con la cabeza. ¿Podía haber sido engañada por completo? Esperaba que no.

—¿Tengo tu protección? —Todavía sonreía, pero había algo en sus ojos. Miedo, tal vez.

—¿Necesitas que lo diga en voz alta para que sea oficial?

—Sí.

—¿Qué, es una regla de licántropo clandestino?

—Una de ellas —dijo.

—Tienes mi protección, pero quiero información a cambio.

—Te dije que no sé nada, Blake.

—Cuéntame cómo es ser un licántropo, Irving. Richard parece decidido a guardar el secreto. No me gusta estar a oscuras.

Irving sonrió.

—Oí eso.

—Puedes ser mi guía en el mundo peludo, y guardaré tu espalda de Richard.

—De acuerdo.

—¿Cuándo quiere Marcus reunirse?

—Esta noche. —Irving tuvo la gentileza de parecer avergonzado.

Sacudí la cabeza.

—De ninguna manera. Me voy a la cama. Me encontraré con Marcus mañana, pero no esta noche.

Miró su café, las yemas de los dedos tocaban la taza.

—Quiere que sea esta noche. —Alzó la vista hacia mí—. ¿Por qué crees que he estado esperándote en el coche?

—No estoy a las órdenes de cada monstruo de esta ciudad. Incluso no sé lo que Cara Peluda quiere decirme. —Me incliné en la silla y me crucé de brazos—. De ninguna manera voy a salir esta noche para jugar con

cambiaformas.

Irving se retorció en la silla haciendo girar la taza de café despacio sobre la mesa. No me miraba a los ojos otra vez.

—¿Qué pasa ahora?

—Marcus me dijo que fijara una reunión contigo. Si me negaba, me haría… castigar. Si vengo aquí, Richard se cabrea. Estoy atrapado entre dos varones alfa, y no me gusta.

—¿Estás pidiéndome que te proteja de Marcus, así como también de Richard?

—No —dijo, sacudiendo la cabeza—, no. Eres buena, Blake, pero no estás aliada con Marcus.

—Me alegra oírlo —dije.

—¿Te encontrarás con Marcus esta noche?

—Si digo que no, ¿estarás en problemas?

Miró fijamente su café.

—¿Creerías que no?

—¡No!

Me miró con sus ojos marrones muy serios.

—Se enfurecerá, pero viviré.

—Pero te hará daño. —No era una pregunta.

—Sí. —Esa única palabra tan suave, tan indecisa. No parecía Irving.

—Lo veré con una condición. Que estés presente en la reunión.

Su cara floreció con una sonrisa que se extendió de lado a lado.

—Eres una amiga de verdad, Blake. —Toda la tristeza desapareció, arrollada por el atractivo brillo de averiguar qué demonios estaba ocurriendo. Incluso teniendo el culo metido profundamente entre caimanes, Irving era un periodista. Era quien y lo que era, más que un licántropo.

La sonrisa de por sí, merecía una reunión. Además, quería saber si Richard estaba realmente en peligro. Una reunión con el hombre que le amenazaba era la única forma de averiguarlo. En realidad, no soy compasiva por alguien que amenaza a uno de mis amigos. Las balas de plata vuelven más lentos a los vampiros, a menos que puedas sacarle la cabeza y el corazón. Las balas de plata matan a un hombre lobo, sin segundas posibilidades, sin curación, sólo muerte. Marcus podría recordar eso. Si él insistía, hasta podría recordárselo.



DIEZ

Irving había llamado a Marcus desde mi piso. De nuevo, Irving no sabía por qué, todo lo que sabía era que Marcus le dijo que llamara antes de que fuéramos. Entré al dormitorio. Colgué mi traje de «sólo limpieza en seco», y cogí ropa para cambiarme. Vaqueros negros, jersey rojo, Nikes negros con el logo azul, y calcetines de verdad. Había abandonado los calcetines de correr por la ropa diaria una vez que había empezado el invierno.

Alcancé el voluminoso jersey verde que había dejado sobre la cama.

Vacilé. No era por el hecho de que el jersey me hiciera parecer un Árbol de Navidad, o y que pudiera no ser demasiado fresco para llevar. Me importaba un bledo eso. Me debatía en si llevar una segunda arma. Un accesorio de moda más cercano y querido por mi corazón que cualquier prenda.

Todavía no me había amenazado ningún licántropo, pero sí Gretchen, la vampiro. Ella podía no ser un maestro vampiro, pero andaba cerca.

Además, el recuerdo del poli quitándome mi Browning aún estaba fresco. Tenía demasiados enemigos preternaturales para andar desarmada. Saqué mi compañero de trabajo, Tío Mike, mi pistolera interior de pantalón. Se ajustaba cómodamente y no arruinaba la línea de mis vaqueros, a menos que alguien mirara de verdad.

Mi arma principal de reserva es una 9 mm Firestar. Pequeña, ligera, bonita al mirarla, y podía llevarla en mi cintura y todavía ser capaz de sentarme. El jersey colgaba a media altura. El arma era invisible a no ser que me registraran.

Había colocado el arma delante, lista para un acceso rápido.

Probablemente no la necesitaría. Probablemente.

El jersey se abultaba alrededor de las correas de la pistolera del hombro. Había visto a la gente llevar puestas pistoleras de hombro debajo de sudaderas o jerseis abultados, pero perdías unos segundos andando a tientas bajo la tela. Es preferible verme menos a la moda, y seguir viva.

El jersey era demasiado largo para la chaqueta de cuero, así que me coloqué el impermeable negro. Phillip Marlowe y yo. No cogí munición extra. Calculé que veintiuna balas eran bastantes para una noche. Hasta dejé mis cuchillos en casa. Casi me disuado a mi misma de llevar la Firestar. Por lo general, no llevaba dos armas, hasta que habían tratado de matarme. Me encogí de hombros. ¿Por qué esperar? Si no la necesitaba, me sentiría tonta mañana. Si la necesitara, no me sentiría tonta en absoluto.

Irving me esperaba. Estaba sentado en el sofá como un niño bueno. Parecía un alumno al que el profesor había castigado en la esquina.

—¿Qué pasa?

—Marcus quiere que te dé sólo la dirección. No me quiere en la reunión. Le dije que no irías sin mí. Que no confías en él. —Alzó la vista hacia mí—. Está bastante furioso.

—Pero mantuviste tu posición —dije.

—Sí.

—¿Por qué no pareces feliz?

Se encogió de hombros.

—Marcus de mal humor no es una agradable experiencia, Blake.

—Yo conduciré, tú sólo indica.

—Marcus dijo que lleváramos los dos coches, que tendría que quedarme después de la reunión para hablar un poco.

—Vamos, Irving, yo conduzco, tú das las indicaciones, y cuando me

marche, tú te marchas.

—Aprecio la oferta, Blake, pero no deseas a Marcus enfurecido contigo.

—Si te protejo de Richard, también puedo hacerlo de Marcus.

Él negó con la cabeza.

—No, sigue mi coche. —Levantó la mano—. Se acabó la discusión, Blake. Soy un hombre lobo. Tengo que vivir en la comunidad. No puedo permitirme el lujo de oponerme a Marcus, no por una pequeña charlar.

Quería discutir, pero no lo hice. Irving conocía sus problemas mejor que yo. Oponerme a Marcus empeoraría las cosas, así que lo había dejado ir. Pero no me gustaba esto.

El Café Lunático estaba situado en la Ciudad Universitaria. Su letrero era una media luna encendida con el nombre del restaurante realizado en suave neón azul. Excepto por el nombre y el letrero ingenioso, el lugar no se veía muy distinto de todas las otras tiendas y restaurantes del distrito del campus.

Era una noche de viernes y no había aparcamiento. Comenzaba a pensar que Marcus tendría que salir hasta mi coche cuando un Impala granate oscuro salió de las dos plazas que había estado ocupando. Mi Jeep entró en uno de ellas dejando la otra al lado para un segundo coche.

Irving esperaba delante del restaurante. Sus manos estaban metidas hasta lo más hondo de sus bolsillos. La ridícula bufanda casi arrastraba por el suelo. Parecía distraído y para nada feliz.

Caminé hacia él con el impermeable agitándose a mí alrededor como una capa. Incluso así, la mayor parte de la gente no veía el arma. Veían a una mujer pequeña con un alegre jersey de Navidad. La gente veía lo que esperaba ver la mayor parte del tiempo. Para los que llevaba el arma, la notarían, y sabrían que estaba armada.

Irving empujó la puerta sin decir palabra. ¿Irving, callado? No me gustaba verlo sometido, casi golpeado, como un perro al que han dado una patada. No me hacía simpatizar con Marcus, y aún no le conocía.

El ruido nos envolvió al pasar por la puerta. Un murmullo de voces tan intensas que parecía el rumor del mar.

Los cubiertos de plata tintinearon, alguien se rió alto y claro, como una mano elevándose sobre el ruido, para ser tragada otra vez y perdida.

Había una barra a lo largo de una pared, la madera oscura pulida, vieja y cariñosamente cuidada.

El resto del espacio contenía pequeñas mesas redondas que podían asentar cómodamente a cuatro personas aproximadamente. Cada asiento estaba ocupado, y aún más. Se habían abierto tres entradas; una al lado de la barra, otra a la derecha, y una más en el centro. Había más mesas colocadas en las salas más pequeñas.

La cafetería había iniciado su existencia como la casa de alguien.

Estábamos en la sala de estar. Las entradas que conducían a las otras salas eran arcadas abiertas, como si se hubieran derribado unas cuantas paredes. Incluso así, el lugar era claustrofóbico. La gente en la barra esperaba mesa. El lugar estaba atestado de gente feliz, sonriente.

Una de las mujeres de la barra se nos acercó, limpiándose las manos en un paño remetido en el lazo de su delantal. Nos dedicó una amplia sonrisa de bienvenida. Tenía un par de menús en una mano. Comencé a decir que no necesitamos… cuando Irving me agarró del brazo. La tensión vibraba a través de su mano.

Me había agarrado del brazo derecho. Me giré para decirle que no hiciera eso, pero el gesto de su cara me detuvo. Contemplaba a la mujer sonriente como si le hubiera crecido una segunda cabeza. Me volví hacía la mujer, y la miré. La miré de verdad.

Era alta, delgada, con el pelo largo y liso, de un favorecedor castaño rojizo que brillaba bajo las luces. Su cara era un suave triángulo, con una barbilla tal vez un poco afilada, pero en general, era atractiva. Sus ojos eran de un extraño marrón ámbar que emparejaba perfectamente con su pelo.

Su sonrisa se ensanchó, sólo una elevación de la comisura de los labios. Reconocí lo que estaba mirando. Licántropo. Uno que podría pasar por humano. Como Richard.

Recorrí la habitación con la mirada, y comprendí por qué se sentía tan tenso. No era sólo por la multitud. La mayoría de las personas felices y sonrientes eran cambiaformas. Sus energías fluían en el aire como el peso de una tormenta. Había pensado que la multitud era bulliciosa, demasiado ruidosa, pero eran los cambiaformas. Su energía bullía y cargaba la sala, disfrazándose como si fuera la energía de cualquier multitud. Mientras estaba en la puerta, una cara se alzó observando aquí y allí. Unos ojos humanos me miraron, pero la mirada no lo era.

La mirada estaba evaluando, examinando. ¿Cómo de dura era? ¿Cómo de sabrosa sería? Me recordó como Richard había estado mirando la multitud en el Fox. Parecía un pollo en una convención de coyotes. De

repente me sentí contenta de llevar mi segunda arma.

—Bienvenidos al Café Lunático, Sra. Blake —dijo la mujer—. Soy Raina Wallis, la propietaria. Si me acompaña. Su fiesta la espera —dijo todo eso con una sonrisa y un brillo cálido en sus ojos. El agarre de Irving en mi brazo era casi doloroso.

—Eso es mi brazo derecho —le dije susurrándole mientras me acercaba a él.

Parpadeó. Sus ojos observaron la Browning y dejó de agarrarme.

—Lo siento —masculló.

Raina se acercó más. Irving se estremeció.

—No morderé, Irving, todavía no.

Emitió una risa baja, íntima y burbujeante. La clase de risa usada en los dormitorios y en los chistes privados. La risa le dio a sus ojos y cuerpo un aire diferente. De repente pareció más voluptuosa, más sensual que hacía un segundo. Bastante raro.

—No deberían hacer esperar a Marcus. —Se dio la vuelta y comenzó a deslizarse entre las mesas.

Eché un vistazo a Irving.

—¿Quieres decirme algo?

—Raina es nuestra hembra alfa. Si el castigo va a ser realmente malo, será ella quien lo lleve a cabo. Es mucho más creativa que Marcus.

Raina nos hizo señas bajo la arcada cercana a la barra. Su encantador rostro fruncía el ceño, pareciendo un poco menos encantadora, y mucho más maliciosa.

Acaricié su hombro.

—No dejaré que te haga daño.

—No puedes evitarlo.

—Ya veremos —contesté.

Él asintió, pero como si no me creyera. La siguió por entre las mesas.

Le seguí. Una mujer tocó su mano cuando pasó por delante. Le concedió una sonrisa. Era de mi tamaño, y elegante, con un corte recto en su pelo negro que le enmarcaba el rostro como encaje negro. Irving rozó sus dedos y siguió andando. Sus grandes ojos oscuros se encontraron con los míos.

No me dijeron nada. Le habían sonreído a Irving; para mí eran indiferentes. Como los ojos de un lobo que había visto una vez en California. Estaba paseando alrededor de un árbol y allí había estaba

parado. Nunca había entendido de verdad lo que significaba indiferente hasta ese momento. Aquellos pálidos ojos me contemplaron, esperando. Si le amenazaba, atacaría. Si lo dejaba en paz, se iría. Era mi opción. Al lobo le importaba una mierda el resultado.

Seguí andando, pero mis hombros hormigueaban. Sabía que si me giraba, sus ojos estarían sobre mí, en nosotros. El peso de su mirada fija era físico.

Sentí el impulso de girarme y sacar la lengua, pero luché con él.

Tenía la impresión de que todos me contemplaban con indiferentes ojos inhumanos, y no quería verlo.

Raina nos condujo hasta una puerta cerrada detrás del comedor. La empujó para abrirla y nos hizo señas ondeando teatralmente un brazo.

Irving sólo la traspasó. Yo la traspasé, pero mantuve los ojos fijos en ella.

Estaba lo suficientemente cerca como para que pudiera abrazarme. Lo suficientemente cerca para que, con sus reflejos, pudiera agarrarme.

Los licántropos son más rápidos que un humano normal. No son juegos mentales como con los vampiros. Simplemente, son mejores. Sin embargo, no estaba segura cuánto mejor en su forma humana. Miré la cara sonriente de Raina, no estaba segura que querer averiguarlo.

Pasamos a un pasillo estrecho. Había una puerta a cada lado, una representaba la fría noche a través de su vidriera, la otra cerrada, un signo de interrogación.

Raina cerró la puerta detrás de nosotros, apoyándose sobre ella.

Pareció sufrir un colapso, como si se dirigiese a un ahorcamiento, derramando su pelo hacia delante. —¿Está usted bien? —pregunté.

Tomó un profundo aliento; trémulo, y alzó la vista hacia mí.

Me quedé sin aliento. No podría ayudarme a mí misma.

Era bellísima. Sus pómulos eran altos y esculpidos. Sus ojos más amplios y más centrados en aquella cara. Parecía la que podía haber sido su hermana, un parecido familiar, pero no la misma persona.

—¿Qué hizo usted?

Emitió esa risa intima de dormitorio, otra vez.

—Soy la alfa, Sra. Blake. Puedo hacer muchísimas cosas que la mayoría de cambiaformas no pueden.

Estaba dispuesta a apostarlo.

—Usted removió los huesos a propósito, como en una cirugía plástica

que se hace a sí misma.

—Muy bien, Sra. Blake, muy bueno. —Sus ojos marrones ámbar relampaguearon hacia Irving. La sonrisa abandonó su cara.

—¿Todavía insistes en estar en la reunión?

—Sí, lo hago.

Sus labios se fruncieron, como si hubiera probado algo ácido.

—Marcus dijo que preguntara, y que después los llevara. —Se encogió de hombros y se separó de la puerta. Era unos centímetros más alta que antes. Lamentaba no haberle prestado más atención a sus manos. ¿Habían cambiado también?

—¿Por qué esculpe su cuerpo? —pregunté.

—La forma anterior es la del día. Ésta es la real.

—¿Por qué el disfraz?

—Por si tuviera que hacer algo malévolo —dijo ella. ¿Malévolo?

Caminó majestuosamente pasillo abajo hacia la otra puerta cerrada. Su andar era deslizante, un movimiento atlético como el de un gran felino. ¿O sería un gran lobo? Llamó a la puerta. No oí nada, pero la abrió. Aguardó allí, con los brazos cruzados sobre el estómago, acunando los pechos, sonriendo. Comenzaban a no gustarme las sonrisas de Raina.

La habitación era una sala para banquetes con mesas cubiertas de tela y agrupadas en forma de herradura. Una plataforma elevada con cuatro sillas y un atril cerraban la boca de la herradura. Dos hombres estaban de pie en la plataforma. Uno media al menos un metro ochenta, delgado, pero musculoso como un jugador de baloncesto. Su pelo negro muy corto, hacía juego con un bigote fino como un dedo y barba de chivo. Estaba quieto, agarrando con una mano la muñeca de la otra. La actitud de deportista. La postura de guardaespaldas. Llevaba puesto unos vaqueros negros muy ceñidos, y un jersey negro con un diseño negro que se ajustaba a sus amplios hombros. Sobresalía una franja de oscuro pelo de su pecho, justo por encima del escote. Unas ornamentadas botas negras de vaquero y un macizo reloj completaban su apariencia de tipo rudo.

El otro hombre no medía más de uno setenta y cinco. Su pelo era de ese curioso tono de rubio con reflejos castaños cuando le da la luz, pero que aún consigue ser rubio. El pelo era corto, pero con estilo y secado con secador, habría quedado bonito si fuera un poco más largo. Su cara cuadrada estaba bien afeitada, con un hoyuelo en la barbilla. El hoyuelo debería hacer la cara más graciosa, pero no lo hacía. Era una cara

autoritaria. Aquellos finos labios estaban constituidos para aseverar; por mi camino, si no… Llevaba puesta una chaqueta de lino azul claro con pantalones negros. Un cuello vuelto azul claro hacía juego con la chaqueta a la perfección, completando el atuendo. Sus zapatos eran negros, pulidos con acabado satinado. Tenía que ser Marcus.

—Alfred. —Una única palabra, pero era una orden. El hombre más grande bajó de un salto de la plataforma. Brincando, con un movimiento elegante. Se deslizaba bajo una nube de su propia energía. Ondeaba y bullía a su alrededor más o menos como el calor que se eleva del pavimento. No podías verlo a simple vista, pero seguro podías sentirlo.

Alfred se me acercaba como si tuviera un objetivo. Coloqué mi espalda contra la pared, manteniendo a Raina a la vista, igual que a todos los demás. Irving retrocedió conmigo. Se mantenía un poco alejado de todos, pero más cerca de mí que de nadie. Aparté el impermeable, entonces el arma se mostró claramente.

—Será mejor que sus intenciones sean amistosas, Alfred.

—Alfred —dijo el otro hombre. Una sola palabra, hasta el tono parecía el mismo, pero esta vez Alfie detuvo su trayecto. Aguardaba, con la vista clavada en mí. Sus ojos no eran indiferentes, eran hostiles. A la gente, por lo general, no le desagrado a la vista. Pero oye, tampoco estaba demasiado excitada por él.

—No la hemos atacado, Sra. Blake —dijo Marcus.

—Sí, seguro. Alfie, ahí, es violencia contenida en movimiento. Quiero saber cuáles son sus intenciones antes de que se acerque más.

Marcus me miró como si hubiera hecho algo interesante.

—Una descripción muy acertada, Sra. Blake. Entonces, ¿puede ver nuestras auras?

—Si es así como quiere llamarlo —dije.

—Las intenciones de Alfred no son hostiles. Solamente la cacheará buscando armas. Es el procedimiento habitual para los que no son como nosotros. No es nada personal, se le aseguro.

El simple hecho de que no me quisieran armada me hizo desear mantener mis armas. Llámalo terquedad, o fuerte instinto de supervivencia.

—Quizás esté de acuerdo en que me cachee, si primero me explica por qué estoy aquí. —Evasivas, hasta que pudiera decidir qué hacer.

—No hablamos de negocios delante de la prensa, Sra. Blake.

—Bien, no pienso hablar con usted sin él.

—No pondré en peligro a todos para satisfacer por pura curiosidad. —Todavía estaba de pie en la plataforma, como un general inspeccionando a sus tropas.

—La única razón por la que estoy aquí es porque Irving es un amigo. Insultarle no va a ganarse mi simpatía.

—No deseo ganarme su simpatía, Sra. Blake. Deseo su ayuda.

—¿Usted quiere mi ayuda? —No intenté ocultar la sorpresa en mi voz.

Asintió brevemente.

—¿Qué tipo de ayuda?

—Él debe marcharse.

—No —dije.

Raina se apartó de la pared y asechó a nuestro alrededor, apenas fuera de alcance, pero rondándonos como un tiburón.

—El castigo de Irving podría comenzar ahora. —Su voz sonó baja y jadeante.

—No sabía que los lobos ronronearan —dije.

Ella se rió.

—Los lobos hacen muchas cosas, de las que estoy segura que es consciente.

—No sé lo que quiere decir.

—Ah, a ver, de mujer a mujer. —Apoyó un hombro contra la pared, los brazos cruzados, la cara amistosa. Apostaba que podía morder mi dedo y sonreír todo al mismo tiempo.

Se acercó, como si compartiéramos secretos.

—Richard está tan bueno como parece, ¿verdad?

Clavé la mirada en sus ojos divertidos.

—Yo no beso y lo cuento.

—Le contaré mi jugoso bocado, si usted me cuenta el suyo.

—Raina, basta. —Marcus había avanzado hasta el borde de la tarima. No parecía contento.

Le dedicó una sonrisa aburrida. Ella le molestaba más que yo, y lo disfrutaba muchísimo.

—Irving debe marcharse, y Alfred debe quitarle las armas. No se negocian esos dos puntos.

—Haré un trato —dije—. Irving se marcha ahora, pero se va a casa. Sin castigo.

Marcus sacudió la cabeza.

—He decretado que sea castigado. Mi palabra es la ley.

—¿Quién murió y le hizo rey?

—Simon —dijo Raina.

Parpadeé.

—Luchó y mató a Simon. Ese es quién murió y lo que le hizo ser líder de la manada.

Haz una pregunta tonta…

—Quiere mi ayuda, Irving se va libre e ileso. Sin castigo.

—No hagas esto, Anita —dijo Irving—. Sólo empeorará las cosas.

Raina permaneció apoyada a mi lado. Simplemente, una conversación de niña pequeña.

—Tiene razón, y usted lo sabe. Ahora mismo es mi juguete, pero si hace que Marcus realmente se cabree, se lo dará a Alfred. Torturaré su mente y su cuerpo. Alfred le destrozará anímicamente.

—Irving se va, sin castigo. Me quedo y dejo que Alfred me cachee. Si no, nos vamos.

—No nosotros, Sra. Blake. Usted es libre de irse, pero Irving es mío. Se quedará, y con o sin usted, aprenderá la lección.

—¿Qué ha hecho? —pregunté.

—Eso es asunto nuestro, no suyo.

—No voy a ayudarle a hacer ni una mierda.

—Entonces váyase. —Saltó elegantemente de la plataforma, y dirigió sus pasos hacia nosotros mientras hablaba—: pero Irving se queda. Usted estará entre nosotros sólo por esta noche. Él debe vivir con nosotros, Sra. Blake. Él no puede permitirse su bravuconería.

La última frase le llevó justo detrás de Alfred. En un primer plano, tenía líneas finas alrededor de los ojos y de la boca, flacidez en la piel del cuello y las mandíbulas. Añadí diez años a su edad. Unos cincuenta.

—No puedo dejar a Irving aquí sabiendo lo que le hará.

—Ah, usted no tiene ni idea de lo que le haremos —dijo Raina—. Nos curamos tan bien.

Se apartó de la pared y caminó hacia Irving. Paseó a su alrededor en un estrecho círculo, hombro, cadera, rozando contra él, aquí y allá cuando se movía.

—Incluso los más débiles de los nuestros pueden aguantar muchísimo daño.

—¿Qué quiere para garantizar la seguridad de Irving? —pregunté.

Marcus me miró, su cara cautelosa, neutra.

—Prometa ayudarnos, y deje a Alfred registrarla. Es mi guardaespaldas. Debe dejarle hacer su trabajo.

—No puedo prometer ayudarle sin saber que necesita.

—Entonces no tenemos ningún trato.

—Anita, puedo aguantarlo, independientemente de lo que hagan. Puedo aguantarlo. Lo he hecho antes.

—Me pediste que te protegiera de Richard, sólo llamémoslo un acuerdo global que implica concesiones mutuas —dije.

—¿Le pediste protección? —Raina se alejó de él, la sorpresa hacía su cara francamente bonita.

—Sólo contra Richard —dijo Irving.

—Es inteligente —dijo Raina—, pero eso tiene ciertas implicaciones.

—No es miembro de la manada. Sólo surte efecto en Richard porque salen juntos —dijo Irving. Parecía un poco preocupado.

—¿Qué implicaciones? —pregunté.

—Pedir protección a miembros de la manada es reconocer que pertenecen a un rango superior sin necesidad de luchar contra ellos. Si dan su protección, entonces han consentido ayudarles a luchar en sus batallas. Si son desafiados, usted está obligada por honor a ayudarles —contestó Marcus Eché un vistazo a Irving. Parecía enfermo.

—No es una de los nuestros. No puede hacerla cumplir la ley.

—¿Qué ley? —pregunté.

—La Ley de la manada —dijo Marcus.

—Pierdo el derecho a su protección —respondió Irving.

—Demasiado tarde —contestó Raina.

—Usted nos coloca en un dilema, Sra. Blake. Un miembro de la manada la ha reconocido como de más alto rango que él. Reconociéndola como dominante. Según nuestras leyes debemos aceptar eso como un compromiso.

—No puedo ser miembro de la manada —dije.

—No, pero usted puede ser dominante.

Sabía lo que la palabra significaba en el mundo real. Marcus la usaba como si significara algo más.

—¿Qué significa ser dominante?

—Significa que usted puede mantenerse como la protectora de Irving contra todos los participantes.

—No —dijo Irving. Pasó rozando a Raina y se detuvo ante Marcus. Se mantuvo de pie y le miró fijamente a los ojos. Esa no era una demostración sumisa.

—No le dejaré usarme para eso. Es lo que pretendía desde el principio. Sabía que le pediría protección contra Richard. Contaba con ello, nos engañó, es un bastardo presumido.

Un gruñido bajo salió de entre los perfectos dientes de Marcus.

—Yo cuidaría mi lengua si fuera tú, cachorro.

—Si eso le ofende, lo eliminaré. —Las primeras palabras de Alfred no eran acogedoras.

Esto se estaba descontrolando.

—Irving está bajo mi protección, Alfred. Si he entiendo la ley. Usted tiene que pasar por encima de mí para hacerle daño a Irving, ¿correcto?

Alfred giró sus fríos y oscuros ojos hacia mí. Asintió.

—Si usted me mata, entonces no podré ayudar a Marcus.

Eso pareció dejar perplejo al tipo grande. Genial, confundiendo a mis enemigos.

Marcus sonrió.

—Ha encontrado un defecto en mi lógica, Sra. Blake. Si realmente tiene intención de proteger a Irving, por la ley escrita, entonces usted, por supuesto, moriría. Ningún simple humano podría resistir a uno de nosotros. Incluso el más inferior la mataría.

Dejé ir aquel comentario. ¿Por qué discutir cuándo estaba ganado de todos modos?

—Ya que usted no puede aceptar desafíos, y no nos dejará dañar a Irving, está seguro.

—Genial, ¿ahora qué?

—Irving se puede ir, y no será dañado. Usted se queda y escucha nuestra petición. Puede decidir ayudarnos o no, Irving no sufrirá por su elección.

—Eso es muy generoso de su parte.

—Sí, Sra. Blake, lo es. —Había una mirada muy seria en sus ojos.

Raina podía jugar a sádicos juegos. Alfred podía hacer daño por un arrebato ansioso. Pero para Marcus, esto era sólo negocio. Era el jefe de la pandilla peluda.

—Déjanos, Irving.

—No la abandonaré.

Marcus se giró hacia él con un gruñido.

—¡Mi paciencia no es infinita!

Irving cayó de rodillas, la cabeza se inclinó, la columna vertebral encorvada humildemente. Era una demostración sumisa. Agarré a Irving del brazo y lo levanté.

—Levántate, Irving. El agradable hombre lobo no te va a hacer daño.

—¿Y por qué, Sra. Blake?

—Porque Irving está bajo mi protección, si Alfred no puede luchar contra mí, entonces usted, seguro como el infierno, que no puede.

Marcus echó hacia atrás la cabeza, y emitió una risa aguda, como un ladrido.

—Usted es inteligente y valiente. Rasgos que nosotros admiramos. —La risa murió en su cara, permaneciendo en sus ojos como un sueño agradable.

—No me desafíe demasiado abiertamente, Sra. Blake. No sería sano.

La última risa murió en sus ojos. Me quedé mirando fijamente esos ojos humanos, pero no había nadie allí con quién hablarle. Parecía un ser humano, hablaba como un ser humano, pero no lo era.

Clavé mis dedos en el hombro arropado por el anorak de Irving.

—Continúa, Irving. Sal de aquí.

Tocó mi brazo.

—Nunca te abandonaría en un lugar peligroso.

—Estoy segura esta noche, tú no. Ahora vete, por favor, Irving.

Observé la lucha en su cara. Pero finalmente, después de otra mirada furiosa de Marcus, se marchó. La puerta se cerró y me quedé a solas con los tres hombres lobos. Bajamos de cuatro. La noche mejoraba.

—Alfred la cacheará ahora.

En cuanto a eso de la noche mejorando…

—Entonces hágalo —dije.

Me mantuve en pie. No alcé los brazos. No me apoyé contra la pared. No iba a ayudarle, no a menos que lo pidiera.

Tomó la Browning, después palmeó mis brazos, piernas, hasta la parte baja de mi espalda. No palmeó la parte delantera de mi cuerpo. Tal vez era un caballero, o tal vez sólo era descuidado. Por lo que fuera, se olvidó la Firestar. Tenía ocho balas de plata y no lo sabían. La noche mejoraba.



ONCE

Marcus tomó asiento en la plataforma. Alfred permaneció detrás de él como un buen guardaespaldas.

—Únase a nosotros Sra. Blake. Tal vez tenga que soportar una larga reunión.

No quería sentarme con Alfred a mis espaldas así que me dirigí a la última silla. La silla vacía entre nosotros parecía insocial, pero estaba fuera del alcance de Alfred. Seguridad antes que buenos modales.

Raina se sentó a la derecha de Marcus, colocó la mano en su rodilla.

Marcus se sentó de la misma forma como lo hacía todo, rígido. Postura que hubiera hecho a mi tía Mattie sentirse orgullosa. Pero no retiró la mano de Raina. De hecho, colocó la suya sobre las de ella. ¿Amor? ¿Solidaridad? No me parecían una pareja compatible.

Una mujer apareció por la puerta. El cabello rubio cortado con estilo, mantenido en su lugar con gel. Llevaba un traje rojo con tonos rosados,

como un pétalo de rosa. La blusa blanca tenía uno de esos lazos sueltos que hacían parecer femenino el traje, y un poco tonto.

—Christine, que bien que hayas venido —dijo Marcus.

La mujer asintió y tomó asiento al final de la herradura que formaban las mesas cerca de la plataforma. —¿Qué opción tenia? ¿Qué opción nos diste a cualquiera de nosotros? —preguntó.

—Debemos de tener un frente unido en esto, Christine.

—Mientras tú estés a cargo, ¿verdad?

Marcus comenzó a decir algo más, pero la audiencia iba creciendo.

Las personas pasaban lentamente por la puerta de uno en uno, de dos en dos, de tres en tres. Dejó pasar la discusión. Podían discutir después y apostaba que lo harían. El reproche de la mujer parecía antiguo.

Reconocí a una persona. Rafael, el rey rata. Era alto, moreno y guapo; con el corto cabello negro, fuertes rasgos mexicanos y una expresión arrogante. Parecía tan rígido como Marcus, excepto por los labios. Eran suaves y sensuales, arruinaban un poco el efecto.

Rafael me saludó con la cabeza. Y le devolví el gesto. Llevaba a dos hombres ratas en forma humana con él. No reconocí a ninguno de los dos.

Había casi una docena de personas sentadas en las mesas cuando Marcus se puso en pie y caminó hacia el podio.

—Amigos míos, los he reunido aquí para que conozcan a Anita Blake. Los vampiros la llaman la Ejecutora. Y creo que ella puede ayudarnos.

—¿Qué puede hacer una cazadora de vampiros por nosotros? —Esto lo preguntó un hombre alto que estaba sentado solo, con sillas a ambos lados que servían de paredes. Tenía el pelo corto canoso, con un corte tipo Mia Farrow en los sesentas, pero más suave. Llevaba camisa blanca, corbata rosa pálido, chaqueta blanca y pantalones color crema. Parecía el simpático buen hombre con dinero. Pero tenía un punto a su favor.

—No necesitamos que un humano nos ayude. —Esto lo dijo un hombre que estaba sentado junto a otro. Tenía el cabello corto, por encima del cuello, tan rizado que parecía pelaje, o tal vez… Nah. Tenía cejas gruesas sobre ojos oscuros, con rasgos serios y sensuales. Los labios del rey rata podían parecer besables, pero este hombre parecía hecho para hacer cosas perversas en lugares oscuros.

La ropa combinaba con su cara. Las botas, que había puesto sobre la mesa, eran de un suave cuero aterciopelado. Los pantalones eran de cuero brillante. La escasa camisa que llevaba no tenía mangas y dejaba una buena

parte superior del cuerpo al descubierto. El brazo derecho estaba cubierto con tiras de cuero desde el codo hasta los dedos. Los nudillos tenían púas sobresaliendo de ellos. El vello del pecho era tan rizado y oscuro como el del cabello. Un abrigo negro estaba tirado sobre una mesa a su lado.

La mujer a su derecha frotó su mejilla a lo largo de aquel hombro como si un fuera un gato marcándolo con su olor. El largo cabello oscuro formaba ondas sobre los hombros. Por lo que podía ver de su traje era ajustado, negro y mayormente de cuero.

—Aquí somos humanos, Gabriel —dijo Marcus.

Gabriel hizo un ruido grosero.

—Cree lo que quieras Marcus. Pero sabemos lo que somos y lo que ella no es. —Me señaló con el puño enguantado. No parecía un gesto particularmente amistoso.

Rafael se puso de pie. El gesto detuvo la discusión. Había algo en la forma en que se mantenía de pie, con su ordinaria ropa de calle, que te hacía mirarlo como si llevara puesta una corona. Su presencia era más dominante que lo de llevar una tonelada de cuero negro. Marcus hizo el más bajo de los gruñidos. Demasiados reyes en esta habitación.

—¿Habla Marcus por Anita Blake como habla por los lobos?

—Si —dijo Marcus—. Hablo por la señora Blake.

Me puse de pie.

—No sé qué está pasando aquí, pero puedo hablar por mí misma.

Marcus se giro como una pequeña tormenta rubia.

—Soy el líder de la manada. Soy la ley.

Alfred se movió para enfrentarme, flexionando sus grandes manos.

—Cálmate cara peluda. No eres mi líder y no soy miembro de la manada.

Alfred se adelantó. Salté fuera de la plataforma. Tenía mi arma, pero tal vez la necesitaría después. Si la usaba ahora, podría no tenerla para más tarde. Saltó de la plataforma, un salto alto como si tuviera un trampolín del cual saltar. Me dejé caer al suelo y rodé. Sentía el aire de su paso. Acabé contra la plataforma. Intenté coger la Firestar y ya estaba sobre mí. Más rápido que una bala, más rápido que cualquier cosa que hubiera visto antes.

Las manos me sujetaron por la garganta y apretaron. Los labios retrocedieron ante los dientes e hizo un gruñido, como el sonido que hubiera hecho un Rottweiler. Mi mano estaba en la Firestar, pero aún tenía que levantarla, apuntar y tirar del gatillo. Nunca lo lograría. Me desgarraría

la garganta antes de que pudiera hacerlo. Me levantó usando mi garganta como un asa. Los dedos apretaban lo suficiente para hacerme sentir su fuerza. Todo lo que tenía que hacer era apretar el puño y mi garganta se quedaría en él. Mantuve mi mano en la Firestar. Me aferraría a ella cuando muriera.

—¿Acaso Alfred pelea tus batallas ahora? —Era Christine, la de los lazos—. Los líderes de manadas deben combatir personalmente todos los desafíos o pierden el liderazgo. Es una de tus leyes, Marcus.

—No me digas cuales son mis reglas, mujer.

—Desafió tu autoridad sobre ella, no la de Alfred. Si la mata ¿será acaso el nuevo líder de la manada? —Había un ligero tono de burla en su voz.

—Libérala Alfred. —Los ojos de Alfred se fijaron en Marcus y después en mí. Los dedos se tensaron y se incrustaron levantándome hasta estar de puntillas—. ¡Dije que la dejaras ir!

Me soltó. Regresé tambaleándome contra la plataforma y saque mi Firestar con un movimiento. No fue bonito, pero el arma estaba fuera y apuntando a Alfred. Si me ponía a prueba de nuevo lo iba a matar y lo iba a disfrutar.

—Pensé que habías revisado que no estuviera armada —dijo Marcus.

—Lo hice —dijo Alfred alejándose y sosteniendo las manos delante de él como para prevenir un golpe.

Me escabullí por la plataforma mantenido vigilado a Marcus. Vislumbre a Raina aún sentada, mirando divertida. Me aleje de todos, intentando poner una pared detrás de mí. Si Marcus era más rápido que Alfred, necesitaba distancia, como unos 150 km, pero tenía que conformarme con la pared más lejana.

—Que la desarme —dijo Raina. Estaba sentada ahí, con las piernas cruzadas, las manos reposando sobre las rodillas y sonriendo—. Fue un descuido de Alfred, deja que lo corrija.

Marcus asintió, Alfred me miró.

Presione mi espalda más sólidamente contra la pared, como si pudiese hacer una puerta si presionaba lo suficientemente fuerte. Alfred asechó en mi dirección, lentamente, cómo un maníaco cinematográfico. Apunte el arma a su pecho.

—Lo mataré —dije.

—Tus pequeñas balas no pueden herirme —dijo Alfred.

—Una ronda de Glaser Safety bañadas en plata —dije—, haría un agujero en tu pecho lo suficientemente grande como para pasar un puño a través de él.

Vaciló.

—Puedo curarme de cualquier herida, incluso las de plata.

—No si es un tiro mortal —dije—. Te saco el corazón y estás muerto.

Miró de nuevo a Marcus. Tenía la cara contraída por la furia.

—La dejas traer un arma entre nosotros.

—Si te da miedo al arma, Marcus, quítasela tú mismo —Christine habló de nuevo, sólo que esta vez no estaba segura de si me estaba ayudando.

—No pretendemos lastimarla, señora Blake, pero le prometí a los demás que no vendría armada. Di mi palabra. Si le da su arma a Alfred, esto terminará.

—De ninguna manera.

—Me está desafiando, señora Blake. No puedo dejar que nadie ponga en duda mi autoridad.

Se había detenido al final de la plataforma, más cerca de mí. Estaba más cerca de mí que Alfred. No estaba segura de que fuera una mejora.

—Baje de ese escenario y le dispararé.

—Alfred. —Simplemente el nombre, otra vez, pero fue suficiente.

Alfred subió junto a él, con los ojos en la cara de Marcus.

—¿Maestro?

—Quítasela Alfred. No puede desafiarnos.

—Vas a hacer que lo maten, Marcus.

—No lo creo.

Alfred dio un paso al frente, delante de Marcus. Su rostro estaba neutro y los ojos ilegibles.

—Es una manera estúpida de morir, Alfie.

—Él da las órdenes. Yo obedezco. Así son las cosas.

—No lo hagas —dije.

Alfred dio un paso hacia delante.

Respire calmada y pausadamente. Tenía sentido periférico de todos los demás, pero miraba sólo a Alfred, un punto en el centro de su pecho.

—No estoy alardeando.

Se tensó, supe que iba a hacerlo. Confiaba en que podría moverse más rápido de lo que yo podría apretar el gatillo. Nada era tan rápido. Eso

esperaba.

Dio un amplio salto y rodó, usando el mismo salto que había hecho antes. Me apoyé en una de mis rodillas, apuntando mientras me movía. La bala le acertó en el aire. Avanzó dando tumbos y se desmoronó en el suelo.

El disparo hizo eco en el silencio. Me puse en pie, apuntándole aún con el arma. Me acerqué. Él nunca se movió. Si respiraba, no podía verlo. Me arrodille hasta que mi arma le tocó la columna vertebral. Ningún movimiento. Busqué el pulso en el cuello. Nada. Le saqué la Browning de la izquierda del cinturón. Mantuve la Firestar apuntado a todo el mundo. No era tan buena con la mano izquierda pero no quería perder tiempo cambiando de mano.

Marcus bajo de la plataforma.

—No lo hagas —grite. Se congeló y me miró. Parecía sorprendido, como si hubiera pensado que no lo haría.

Rafael se movió a través de las mesas.

—¿Puedo revisarlo?

—Por supuesto. —Pero retrocedí, teóricamente, fuera de su alcance.

Rafael lo dio la vuelta. La sangre había formado un charco en el suelo desde el agujero en el pecho. Brillantes líneas color carmesí le salían por la boca y se mezclaban con la barba. No tan rápido como una bala después de todo.

Marcus me miró por encima del cuerpo. Había esperado ver cólera, pero todo lo que vi fue dolor. Se entristeció por el fallecimiento de Alfred.

Pude haber accionado el gatillo, pero él había empujado a Alfred a esto. Lo supo, lo supe. Todos lo sabíamos.

—No tenías que matarlo —dijo suavemente.

—No me dejó otra opción —le respondí.

Miró el cuerpo de Alfred, después a mí.

—No, supongo que no. Lo matamos juntos, tu y yo.

—Para que lo sepas en el futuro, para que no haya otro malentendido entre nosotros, Marcus. Nunca alardeo.

—Eso dijiste.

—Pero no me creíste.

Observó como la sangre se diseminaba por el suelo.

—Ahora te creo.



DOCE

Mantuvimos el cuerpo en el suelo. La vieja pregunta persistía. ¿Qué hacíamos con el cuerpo? Tuvo una respuesta tradicional.

—Llamaré a la policía —dije.

—No —dijo Marcus.

Esa única palabra tenía más fuerza que todo lo que había dicho antes de que Alfred golpeara el suelo.

—Está muerto camaradas. Si le hubiera disparado con una bala normal hubiera sido capaz de curarse pero era una de plata. Tenemos que llamar a la policía.

—¿Estás tan dispuesta a ir a prisión? —eso vino de Rafael.

—No quiero ir a prisión, pero lo maté.

—Creo que tuviste un poco de ayuda con eso —Christine se había movido a nuestro lado. Permanecía en pie con el traje de pétalo de rosa, con las cómodas zapatillas negras, mirando abajo, hacia el cuerpo. Una

línea de sangre se había escurrido hacia los zapatos. La vio serpenteando hacia ella. No se había quitado del camino. La sangre se había apresurado alrededor de la punta del zapato y había seguido su camino.

Raina se había colocado tras Marcus. Había puesto los brazos alrededor de los hombros, inclinó la cara contra el cuello, lo suficiente cerca para susurrarle en el oído. Esos labios no se movieron, pero había sido el irritante comentario el que había empujado las cosas al límite. Una pequeña observación.

Marcus se frotó a lo largo del brazo, bajó la cabeza para besar su muñeca.

Miré por alrededor de ellos. Rafael estaba aún arrodillado junto al cuerpo. Una línea de sangre se dirigía a la rodilla de sus pantalones. Se levantó con rapidez, las yemas de los dedos rozaron la sangre del suelo. Se los llevó a la boca. Quise decir, no lo hagas, pero no lo hice. Pegó los dedos a la boca y los chupó para limpiarlos.

Sus ojos negros se movieron rápidamente hacia mí. Bajó la mano como si estuviera avergonzado, como si lo hubiera atrapado en una íntima función del cuerpo. Tal vez lo había hecho.

Los dos cambiaformas vestidos de cuero se movieron lentamente detrás de las mesas, como si me rodearan. Me eché hacia atrás. Todavía tenía las armas desenfundadas en mis manos. El que tenía el guante con pinchos me miró, con una sonrisa juguetona al borde de la boca. Los ojos eran de un extraño gris líquido. El rizado cabello negro había caído como una maraña sobre los ojos. Emanaba una alarmante luminosidad detrás de ese cabello negro. No hizo ningún movimiento para quitárselo de los ojos.

Eso me podía volver loca. Pero entonces, quizás, es que no estaba acostumbrada a mirar a través de la pieles.

Se detuvo cerca del cuerpo que estaba cerca de mí. Levanté las armas. A esa distancia en realidad no tenía que apuntar. No me sentía más confiada con un arma en cada mano. El hecho era que me sentía tonta, pero no quería perder tiempo cargando alguna de ellas. Para cargar la Firestar, tenía que sacarme el suéter y empujar el arma en el interior de la cartuchera de mis pantalones. Y probablemente lo podía hacer sin mirar abajo, pero no estaba segura. El hábito podía aparecer. Como manejar un coche. No te dabas cuenta cuanto tiempo habías mirado hacia abajo hasta que tenías un semi-camión Surg a la vista. Si Gabriel era tan rápido como Alfred, una fracción de segundo podía ser suficiente.

La sonrisa se había ensanchado, la punta de la lengua trazó los carnosos labios. La mirada tenía calor en ella. Nada mágico, sólo el ardor que un hombre podía poner en los ojos. Esa mirada que decía que se estaban preguntando cómo te verías desnuda y si darías un buen trabajo oral. Crudo pero preciso. Esa mirada no estaba esperando hacerle el amor a nadie. Esa mirada era puro sexo. Incluso sexo era un término suave.

Peleé con la urgencia de mirar a otro lado. No me atreví a quitarle los ojos de encima. Pero también lo quería. Mi piel se agitó lentamente bajo la mirada. Sentí calor llegando a mi cara. No pude mirarlo a los ojos sin sonrojarme. Mi papi me crió mejor que eso.

Dio un paso hacia delante, un pequeño movimiento, pero lo colocó casi al alance de mi brazo. Con el cuerpo de Alfred aún caliente, estaba jugando conmigo. Levanté las armas un poco más firmes, apuntándolo.

—No hagamos esto de nuevo —dije.

—Gabriel, déjala en paz —dijo Christine.

La miró.

—¡Tigre! ¡Tigre! Que ardes alegremente, en los bosques de la noche, ¿qué mano inmortal u ojo, podría formar tu espantosa simetría?

—Basta Gabriel —dijo ella. Se estaba sonrojando. Una estrofa de Blake y estaba avergonzada. ¿Por qué ese poema? ¿Un hombre tigre tal vez? ¿Pero quién era el gatito? Tal vez los dos.

Él se volvió de nuevo hacia mí. Vi algo deslizarse detrás de los ojos. Alguna línea de perversidad que lo hacía querer dar el próximo paso.

—Provócame esta noche y terminarás como tu amigo en el suelo.

Se rió, con la boca bien abierta, exponiendo los puntiagudos caninos, de arriba a abajo como un gato. No colmillos, pero no humanos tampoco.

—La Sra. Blake está bajo mi protección —dijo Marcus—. No le harán daño.

—Dejaste que Alfred me estrangulara, después lo alientas para que me ataque. No creo mucho en tu protección, Marcus. Creo que estoy bien por mi cuenta.

—Sin esas pequeñas armas no serias tan grosera. —Eso vino de la morena motorista. Palabras valientes, pero estaba parada en el otro lado de la pequeña multitud.

—No me voy a ofrecer luchar contigo. Y sé que sin un arma estoy en desventaja. Es por eso que las tengo.

—¿Niegas mi protección? —preguntó Marcus.

—Si —dije.

—Eres tonta —dijo Raina.

—Tal vez, pero sigo siendo la que tiene las armas.

Gabriel rió de nuevo.

—No cree que puedas protegerla Marcus. Y tiene razón.

—¿Cuestionas mi dominio?

Gabriel se giró dándome la espalda, mirando a Marcus.

—Siempre.

Marcus se movió hacia delante, pero Raina apretó el agarre sobre él.

—Hemos ventilado mucha ropa sucia frente a la Sra. Blake por una noche. ¿No crees?

Dudó. Gabriel sólo lo miró. Finalmente Marcus asintió. Gabriel ronroneó una sonrisa y se arrodilló junto al cuerpo. Deslizó los dedos por la sangre.

—Se enfría muy rápido. —Se secó en el suéter de Alfred y tocó la herida abierta del pecho. Recorrió con la mano el borde como si estuviese quitando glaseado de un tazón. La mano salió carmesí. La levantó hacia la boca, la sangre chorreando por el brazo. La lengua lamió a lo largo de los ensangrentados dedos.

—Para —dijo Marcus.

La mujer se arrodilló al otro lado del cuerpo. Se arrodilló inclinando el torso, pero en el aire, como leones bebiendo de un abrevadero. Bebió a lengüetazos del suelo con presteza, segura de los movimientos de la lengua.

—Jesús —susurré.

Hubo movimiento en la sala como viento sobre un campo de trigo. Todos estaban fuera de los asientos. Todos se estaban moviendo hacia el cuerpo.

Retrocedí, puse la pared a mi espalda y empecé a buscar mi camino en dirección a la puerta. Si iba a haber un frenesí de alimentación, no quería ser la única no-cambiaformas en la habitación. No parecía saludable.

—¡No! —La voz de Marcus rugió a través del cuarto. Asechó el cuerpo, empujando a todos sin ningún gesto. Incluso Gabriel rodó sobre el lado izquierdo, apoyándose, sentándose sobre la sangre. La mujer avanzó hacia atrás, fuera del alcance. Gabriel se quedó a una distancia considerable del amo lobo. Miró fijamente a Marcus, pero no había ningún temor en su cara.

—No somos animales para alimentarnos de nuestros muertos.

—Somos animales —dijo Gabriel. Levantó la mano ensangrentada hacia Marcus—. Huele la sangre y dime que no la quieres.

Marcus retiró la cabeza lejos, tragando lo suficientemente fuerte como para oírlo yo. Gabriel elevó las rodillas presionando la sangre cerca de la cara de Marcus.

Él golpeó la mano lejos, pero se alejó también del cuerpo.

—Huelo la sangre. —La voz sonó bastante áspera cuando lo dijo, cada palabra salió con dificultad con un gruñido bajo—. Pero soy un ser humano, eso significa que no debo de ceder a mis urgencias. —Le dio la espalda al cuerpo y se abrió camino entre la multitud, teniéndose que parar en el escenario para encontrar un lugar despejado en el cual detenerse. La respiración era fuerte y rápida. Como si hubiera corrido lo más rápido que pudo.

Yo estaba a medio camino detrás del pódium. Podía verle la cara. Gotas de sudor tocaban la piel. Tenía que salir de aquí.

El hombre de cabello blanco que había hablado primero preguntando qué podía hacer por ellos un buen Ejecutor de vampiros estaba parado alejado de los otros. Estaba apoyado contra la mesa con los brazos cruzados. Me estaba mirando. Al otro lado del cuarto podía mirar todo lo que quisiera. Tenía las armas fuera y apuntando a todos. No había nadie en el salón con quien quisiera estar desarmada.

Ya estaba casi en la puerta. Necesitaba una mano libre para abrirla.

Estaba a una buena distancia del cuarto lejos de ellos. Estaba tan lejos como podía llegar sin abrir la puerta. Enfundé la Firestar. Transferí la Browning a mi mano derecha. Mientras, deslizaba mi mano derecha tras de mí a lo largo de la pared hasta que toqué el picaporte de la puerta. Giré la manija y abrí. Estaba lo suficientemente lejos de todos ellos, le di la espalda a la habitación y abrí bien la puerta. Y me detuve.

El pasillo estaba lleno de licántropos. Todos me estaban mirando con ojos bien abiertos, y poseídos. Presioné la Browning en el pecho del más cercano.

—Retrocedan.

Sólo me miró como si no entendiera que decía. Los ojos eran color café y perfectamente humanos, pero me recordó a la mirada que pone un perro cuando trata de entender inglés. Quiere entender pero sólo que no lo entiende.

Hubo movimiento tras de mí. Pegué mi espalda contra la puerta,

presionándola a la pared, analizando el cuarto con el arma. Si los cambiaformas del pasillo aumentaban, estaba acabada. Podía dispararle a algunos de ellos, pero no a todos.

Era el hombre que había estado apoyado contra la puerta. Había puesto las manos arriba para mostrar que estaba desarmado, pero eso no ayudó. Lo que ayudó es que no había sudor en su cara. No tenía la mirada vidriosa como los del pasillo. Se veía muy… humano.

—Mi nombre es Kaspar Gunderson. ¿No necesitas un poco de ayuda?

Miré a la horda expectante y de nuevo a él.

—Seguro.

Kaspar sonrió. —¿Tomarías mi ayuda, pero no la de Marcus? —Parecía sorprendido.

—Marcus no ofrece ayuda, da órdenes.

—Muy cierto.

Rafael se movió justo junto a él.

—Ninguno de nosotros recibe órdenes de Marcus. Aunque a él le gustaría que lo hiciéramos.

Un sonido entre un gemido y un aullido se escuchó de la multitud del pasillo. Me escabullí un poco más contra la pared apuntando el arma a la multitud. Había muchos posibles peligros, tenía que elegir a alguien en quien confiar. Rafael y el otro hombre parecían mejor opción que la multitud.

Un alto grito desigual llegó desde el cuarto. Fijé mi espalda contra la pared y giré hacia la habitación. Ahora, ¿qué?

Vislumbré un movimiento agitado de extremidades a través del grupo de licántropos. La mujer de pelo negro echó su cabeza hacia atrás y chilló.

—Está peleando —dijo el hombre pálido.

—Sí, pero ella no ganará a menos que un dominante se acerque para ayudarla —dijo Rafael.

—Gabriel no la ayudará.

—No —dijo Rafael—. Disfruta del show.

—No es luna llena aún, ¿qué rayos está pasando? —pregunte.

—El olor a sangre lo inició, Gabriel lo alimentó. Él y Elizabeth. Ahora, a menos que Marcus pueda controlarlos, puede que se transformen y se alimenten —dijo Rafael.

—¿Y eso es algo malo? —pregunté.

Rafael sólo me miró.

Las manos agarraron los antebrazos tan fuerte que la piel palideció. Las cortas uñas cortaron la piel y pequeños semicírculos de sangre se formaron bajo las manos. Tomó un profundo aliento de purificación y cabeceó. Retiró los dedos de los brazos. Los cortes se llenaron de sangre, pero sólo unos cuantos gotearon. Cortes pequeños, dolor pequeño. El dolor a veces ayudaba e impedía a un vampiro controlar tu mente.

La voz salió forzada, pero clara, cada palabra pronunciada con gran cuidado, como si le tomara gran esfuerzo hablar.

—Uno de los antiguos cuentos que son ciertos, es que los licántropos se tienen que alimentar después de cambiar de forma. —Los ojos me miraron, ahogándose profundamente. El negro se había comido todo el blanco. Los ojos resplandecieron como botones brillantes.

—¿Te vas a poner peludo conmigo?

Negó con la cabeza.

—La bestia no me controla. Yo me controlo.

El otro hombre permaneció ahí, de pie, tranquilamente.

—¿Por qué no está teniendo problemas?

—No soy un depredador. La sangre no me molesta.

Un quejido llegó del pasillo. Un joven que no debía tener más de veinte años, se arrastraba sobre las manos y las rodillas por la habitación. Un quejido bajo se elevó desde la garganta como un mantra. Levantó la cabeza olisqueando el aire. La cabeza giró con un impulso, los ojos mirándome. Se arrastró hacia mí. Los ojos eran del color del cielo de primavera, inocentes como una mañana de abril. La mirada en ellos no lo era. Me miró como si se preguntara cuál sería mi sabor. Como un humano creería que pensaba en sexo, ahora… sólo pensaba en comida.

Apunté el arma a la frente. Los ojos miraron más allá del arma, a mí. No estaba segura que hubiera visto el arma. Tocó mi pierna. No le disparé. No había intentado lastimarme. No estaba segura que rayos pasaba, pero no le podía disparar por tocarme. No sólo por eso. Tenía que hacer algo para merecer una bala en el cerebro. Incluso de mí. Agité el arma ligeramente de lado a lado enfrente de los ojos. No la siguieron. Las manos sujetaron mi pantalón, tirando de él hasta las rodillas. La cabeza estaba un poco por encima de mi cadera, esos ojos azules miraban mi rostro. Los brazos se envolvieron alrededor de mi cintura. Enterró la cara en ella, como si olfateara. Golpeé suavemente la cabeza con el cañón del arma.

—No te conozco tan bien como para dejar que me olfatees, compañero.

Levántate.

La cabeza se enterró bajo mi suéter. La boca mordió gentilmente mi costado. Se puso duro, brazos rígidos. La respiración se aceleró de pronto. Y de pronto estuve temerosa. Las caricias antes del sexo de un hombre eran el aperitivo de otro.

—Quítamelo de encima antes de que lo lastime.

Rafael gritó, la voz rugió sobre el creciente caos.

—¡Marcus! —Esa sola palabra sonó y el silencio cayó. Las caras giraron hacia él. Caras manchadas de sangre. Elizabeth, la mujer de cabello negro no se veía por ningún lado. Solamente Marcus permanecía limpio. Estaba de pie en el rígido escenario, pero había una vibración en él, como un diapasón buscando sintonía. La cara estaba demacrada por el esfuerzo. Nos miró con ojos de un hombre ahogado, quien estaba determinado a no gritar en el último viaje hacia abajo.

—Jason tiene algunas dificultades para controlarse —dijo Rafael—. Es tu lobo. Cálmalo.

Gabriel se puso de pie, con la cara revestida en sangre. Descubrió los brillantes dientes con una carcajada.

—Me sorprende que la Sra. Blake no lo haya matado aún.

Raina se levantó de la matanza con un reguero de sangre en la barbilla.

—La Sra. Blake rechazó la protección de Marcus. Es dominante. Déjenla descubrir lo que significa rechazar nuestra ayuda.

Jason aún estaba rígido contra mí. Los brazos se cerraron más, la cara presionada sobre mi estómago. Podía sentir el aliento a través de mi blusa, caliente y demasiado pesado por lo que estaba pasando.

—Ustedes me pidieron ayuda, Marcus. Su hospitalidad apesta.

Me miró. Pero incluso al otro lado de la habitación podía ver el tic nervioso saltar en la cara. Un movimiento nervioso, como si algo vivo luchara por salir.

—Es muy tarde para negocios esta noche, Sra. Blake. Las cosas están descontroladas.

—No bromees. Quítamelo de encima. Una muerte por esta noche es suficiente.

Raina fue hacia él, sosteniéndolo con una mano ensangrentada.

—Deja que reconozca tu dominio sobre ella. Que reconozca que necesita tu ayuda.

Marcus me miró.

—Reconoce mi dominio y te quitaré a Jason de encima.

—Si empieza a cambiar, lo mataré. Sabes que lo haré, Marcus. Llámalo.

—Si te voy a dar mi protección, debes reconocerme.

—Jódete Marcus. No te pediré que me salves. Te estoy pidiendo que lo salves. ¿O no te interesan los miembros de tu manada?

—Rafael es un rey —dijo Raina—. Que te salve.

Un estremecimiento recorrió al hombre. El puño se apretó dolorosamente. Se puso de pie, los brazos todavía cerrados detrás de mi espalda. Si me sostenía más cerca, saldría por el otro lado. Era más o menos de mi estatura, lo que ponía nuestros rostros muy cerca. Los ojos estaban llenos de una gran hambre, una necesidad. Inclinó la cabeza como si fuera a besarme, pero otro estremecimiento le recorrió. Enterró el rostro en mi cabello, los labios tocando mi cuello.

Presioné el cañón de la Browning en el pecho. Si intentaba obtener un pedacito de mi, estaría muerto. Pero donde Alfred había sido intimidante, éste, Jason parecía incapaz de contenerse, como una exigencia. Si esperaba demasiado estaría igual de muerta. Pero hasta que no me lastimara, me hacía no querer lastimarlo. Además, me estaba sintiendo un poco infeliz por matar a Alfred. No mucho, pero un poco. Sería más tolerante con Jason.

Los dientes rozaron a lo largo de mi cuello. Recorriendo el filo de mi piel con la boca. Estaba a punto de alcanzar el final de mi paciencia incluso si no se transformaba. Un gruñido sordo vibró a lo largo de mi piel. El pulso se detuvo en mi garganta. Apreté el gatillo. No podía esperar a que me despedazara la garganta.

Escuché a Kaspar decir.

—Rafael, ¡no!

La cabeza de Jason se agitó bruscamente hacia arriba, con ojos salvajes. Rafael se mantuvo entre nosotros, sosteniendo el brazo frente a la cara de Jason. La sangre corrió por los profundos rasguños.

—Sangre fresca, mi lobo —dijo Rafael Jason se alejó bruscamente de mí tan rápido que me tiró contra la pared. Mi cabeza la golpeó, después mis hombros impactaron, fue lo que me salvó de desmayarme. Acabé con mi trasero en el piso, con la pistola en la mano, sólo por instinto. La fuerza en ese movimiento dejó mis agallas sumidas en el miedo. Lo había dejado olfatear mi cuello, como si fuera humano. Podía haberme despedazado con

esas manos humanas. Podía haberlo matado primero, pero estaría igual de muerta.

Jason se desplomó frente a Rafael. Una ondulación recorrió su espalda como una onda de agua conducida por el viento. Jason calló dentro de una pequeña bola, la espalda pulsando bajo la camisa. Rafael se detuvo sobre él, la sangre goteó sobre el suelo.

—Espero entiendas lo que he hecho por ti —dijo.

Una extraña mirada se apoderó de la cara, dejando los ojos negros como botones muertos.

—Ofreciste tu protección.

—Protección, proteger. Tú me ayudas, yo te ayudo.

—Gracias, pero yo he empezado y lo tengo que terminar, creo que deberías irte antes de que se te acaben las balas de plata.

Kaspar me ofreció la mano; la tomé. La piel estaba inusualmente caliente. No parecía tener la urgencia de tocarme o comerme. Una buena oportunidad.

La multitud estaba compareciendo hacia la puerta, en dos, en tres y en diez. Algunos se movieron como sonámbulos hacia el cuerpo en el lugar más alejado de la habitación. Eso era bueno. Otros fueron por Rafael y Jason, que se retorcía. Dijo que podía controlarse a sí mismo. Pero cerca de seis de ellos se giraron hacia mí y Kaspar.

Me miraron con ojos hambrientos. Uno de ellos, una chica, se había puesto de rodillas y empezó a arrastrase hacia mí.

—¿Puedes hacer algo respecto a esto? —pregunté.

—Soy un cisne, me consideran comida.

Requirió cada onza de mi autocontrol para no mirarlo. Miré a la licántropo que se arrastraba.

—Un cisne genial. ¿Tienes alguna sugerencia? —pregunté.

—Hiere a alguno de ellos. Respetan el dolor. —La chica alzó la mano hacia mí. Miré fijamente el delgado brazo y no disparé. Los balines de salva le podían arrancar un brazo. No estaba segura de que los licántropos pudieran curarse amputaciones. Apunté a la cabeza al gran macho detrás de ella. Le disparé instintivamente. Cayó al piso gritando, la sangre salía de entre los dedos. La chica se giró hacia él, enterrando la cara en el estómago. La empujó lejos. Los otros siguieron adelante.

—Salgamos mientras podamos —dijo Kaspar. Se puso en marcha hacia la puerta.

No me lo tuvo que pedir dos veces. Marcus estaba ahí, de repente. No lo había visto llegar, demasiado ocupada concentrándome en la amenaza inmediata, quitó a dos hombres del que estaba herido, aventándolos como juguetes. Señaló una carpeta de papel Manila debajo de la chaqueta de lino azul y me la dio.

—Kaspar puede responder tus preguntas —dijo con una voz que era más un gruñido que otra cosa.

Se volvió con un gruñido, rompiendo contra los licántropos, protegiendo al que había herido. Kaspar me empujó por la puerta y yo lo dejé.

Tuve un último vistazo de Jason. Era una masa de piel suelta y huesos desnudos goteando. Rafael era de nuevo el escurridizo hombrerata negro que había conocido meses atrás. La forma de corona quemada en la frente que marcaba el reinado de las ratas se mostraba limpia. Ya no estaba sangrando. El cambio lo había curado.

La puerta se cerró. No estaba segura quién lo había hecho. Kaspar y yo permanecimos en el pasillo, solos. No había sonidos detrás de la puerta. El silencio era tan pesado, que golpeaba en mi cabeza.

—¿No puedo escucharlos?

—Habitación a prueba de sonido —dijo.

Lógico. Miré la carpeta. Había una huella de sangre en ella. La tomé cautelosamente del borde esperando a que la sangre se secara. Papel fabricado a partir de cáñamo.

—¿Se supone que tenemos que sentarnos y tener una reunión de negocios?

—Conociendo a Marcus, la información estará completa. Es muy buen burócrata.

—Pero no un muy buen líder de manada.

Miró a la puerta.

—Yo diría eso en otro lugar si fuera tú.

Tenía razón. Lo miré. El cabello fino de bebé era casi blanco, casi como plumas. Negué con la cabeza. No podía ser.

Me sonrió abiertamente.

—Anda. Tócalo.

Lo hice. Pasé mis dedos por el cabello, y era suave y esponjoso como las plumas interiores de un ave. El calor del cuero cabelludo subió como si fuera fiebre.

—Jesús.

Algo pesado se golpeó contra la puerta. Sentí la vibración a través del suelo. Retrocedí, dudando sobre alejar la Browning. Cedí y puse la mano en el bolsillo de mi abrigo. Era el único abrigo que poseía con bolsillos suficientemente profundos para disimular la Browning. Kaspar abrió la puerta del comedor. Aún había personas comiendo. Humanos fuera en una noche en la ciudad. Cortando la carne, comiendo las verduras, ajenos a la destrucción a sólo unas puertas de distancia.

Tuve una horrible urgencia de gritar, «corran, corran por sus vidas». Pero no lo habrían entendido. Además, el Café Lunático había estado ahí durante años. Nunca había escuchado de ningún incidente aquí. Por supuesto, había matado a un hombre, hombre lobo, como sea. No pensaba que fuera haber suficiente evidencia para la policía. Tal vez unos huesos bien roídos. ¿Quién sabía que desastres habían sido cubiertos aquí?

Kaspar me dio una tarjeta de negocios. Era blanca y brillante con escritura gótica que decía: KASPAR GUNDERSON, ANTIGÜEDADES Y COLECCIONES.

—Si tienes alguna pregunta, intentaré contestarla.

—Incluso si la pregunta es sobre, ¿qué demonios eres?

—Incluso esa —dijo.

Caminábamos mientras hablábamos. Conocía a uno de los hombres del bar. Edward estaba sentando tomando sorbos de una bebida alta y fría. Nunca se giró, pero sabía que me había visto. Kaspar ladeó la cabeza hacia un lado.

—¿Algo está mal?

—No —dije—, no. —Mis palabras fueron muy rápidas, ni siquiera me creí a mí misma. Intenté mi mejor sonrisa profesional—. Sólo ha sido una larga noche.

No me creyó y no me importó. No era buena inventando mentiras en ese momento. Kaspar lo dejó pasar, pero los ojos analizaron a la multitud mientras caminaba hacia fuera, buscando lo que sea o a quien sea que me hubiera molestado.

Edward parecía un hombre normal y corriente. Medía uno ochenta, de complexión delgada, cabello rubio corto. Llevaba una indescriptible chaqueta negra de invierno, vaqueros y zapatos de suela suave. Se parecía un poco a Marcus, y a su manera, era igual de peligroso.

Me estaba ignorando sin esfuerzo, lo que quería decir que no quería ser

advertido. Caminé pasándolo, esperando preguntar qué rayos hacía aquí, pero no quería echar a perder su tapadera. Edward era un asesino que se especializaba en vampiros, licántropos y otros humanoides prenaturales. Empezó matando humanos, pero había resultado demasiado fácil. Edward amaba el reto.

Permanecí en la fría oscuridad preguntándome qué hacer. Tenía la carpeta ensangrentada en una mano. La otra aún estaba sosteniendo la Browning. Ahora que la adrenalina se estaba filtrando, mi mano se estaba acalambrando alrededor del arma. La sostuve por mucho tiempo sin dispararla. Puse la carpeta bajo mi axila y guardé el arma. Todos los cambiaformas estaban ocupados comiéndose unos a otros. Probablemente podía caminar hasta mi coche sin tener un arma desenfundada en mis manos.

Edward no salió. Medio esperaba que lo hiciera. Estaba cazando a alguien, pero ¿a quién? Después de lo que había visto esta noche, no estaba segura que cazarlos fuera tan mala idea.

Por supuesto, Richard era uno de ellos. No quería que nadie lo cazara. Le tenía que preguntar a Edward que era lo que estaba haciendo, pero no esa noche. Richard no estaba dentro. Todos los demás podían tomar las oportunidades. Tuve un pensamiento momentáneo sobre Rafael, pero lo dejé ir. Sabía cómo era Edward, aunque no sabía lo que hacía exactamente para vivir.

Me detuve en mitad de la acera. ¿Debería advertir a Edward que Rafael lo podía reconocer y advertir a los otros? Me dolía la cabeza. Por esa noche dejaría que Muerte se cuidara así mismo. Los vampiros me llamaban la Ejecutora, pero ellos llamaban a Edward, Muerte. Después de todo, nunca usaba un lanzallamas sobre ellos.

Seguí caminando. Edward era un gran chico atemorizante. Se podía cuidar. Y todos los demás en el cuarto de atrás no necesitaban mi ayuda.

Incluso si la necesitaban, no estaba segura de que quisiera dársela. Lo que me trajo de vuelta al archivo de la carpeta. ¿Para qué necesitarían mi ayuda? ¿Qué podía hacer que ellos no? Casi no quería saberlo.

Pero no tiré la carpeta en el cubo de basura más cercano. La verdad era que si no lo leía, me hubiera molestado.

La curiosidad mató al gato. Aquí estaba, esperando a que no pasara lo mismo con los reanimadores.



TRECE

A las 5:35 de la mañana estaba metida en la cama con la carpeta. Mi pingüino de peluche favorito, Sigmund, estaba sentado junto a mí. Solía utilizar a Sigmund sólo cuando la gente trataba de matarme. Últimamente, había estado durmiendo con él la mayor parte del tiempo. Había sido un año duro.

La Browning Hi-Power estaba en su segundo hogar, una funda en la cabecera de la cama. A veces dormía sin el pingüino, pero nunca sin el arma.

La carpeta consistía en media docena de hojas de papel. Todas pulcramente mecanografiadas a doble espacio. La primera era una lista de ocho nombres con una designación animal al lado de ellos. Las dos últimas eran una explicación de los nombres. Ocho licántropos desaparecidos. Desvanecidos. Sin cuerpo, sin rastro de violencia. Nada.

Sus familias no sabían nada. Ningún licántropo sabía nada.

Regresé a los nombres. Margaret Smitz era la número siete.

Designación lobo. ¿Podría ser la esposa de George Smitz? Peggy era un apodo para Margaret. No me pregunten cómo se obtiene Peggy de Margaret, pero ustedes saben.

Las últimas páginas eran sugerencias de las personas con las que Marcus pensaba que debería hablar. Pequeño bastardo controlador. Me ofreció una explicación de por qué me había pedido que lo ayudara.

Pensaba que los otros cambiaformas hablarían conmigo con más libertad que con él o con cualquiera de sus lobos. No era broma. Yo era, en cierta forma, una concesión. No confiaban en la policía. Y, ¿quién más acudiría a ayudar a los desfavorecidos lunáticos? Pues, tu amable vecina reanimadora.

No estaba segura de qué era lo que podía hacer por ellos. Había mandado a George Smitz con Ronnie por una razón. No soy detective.

Nunca en mi vida he llevado un caso de personas desaparecidas. Cuando me reuniera con Ronnie al día siguiente, cancelaría eso, la pondría al corriente. La esposa desaparecida de George era una cosa, pero ocho licántropos desaparecidos era un patrón. Necesitaban ir a la policía. Pero no confiaban en la ley humana. En 1960, los licántropos aún eran perseguidos y quemados en la hoguera. No los podía culpar por ser recelosos.

Guardé la carpeta en el cajón de la mesilla de noche. Saqué una sencilla tarjeta de presentación blanca del cajón. Lo único que había en ella era un número de teléfono. Edward me había dado la tarjeta hacía sólo dos meses. Fue la primera vez que fui capaz de contactar con él. Antes de eso, sólo aparecía. Normalmente, cuando no quería que lo hiciera.

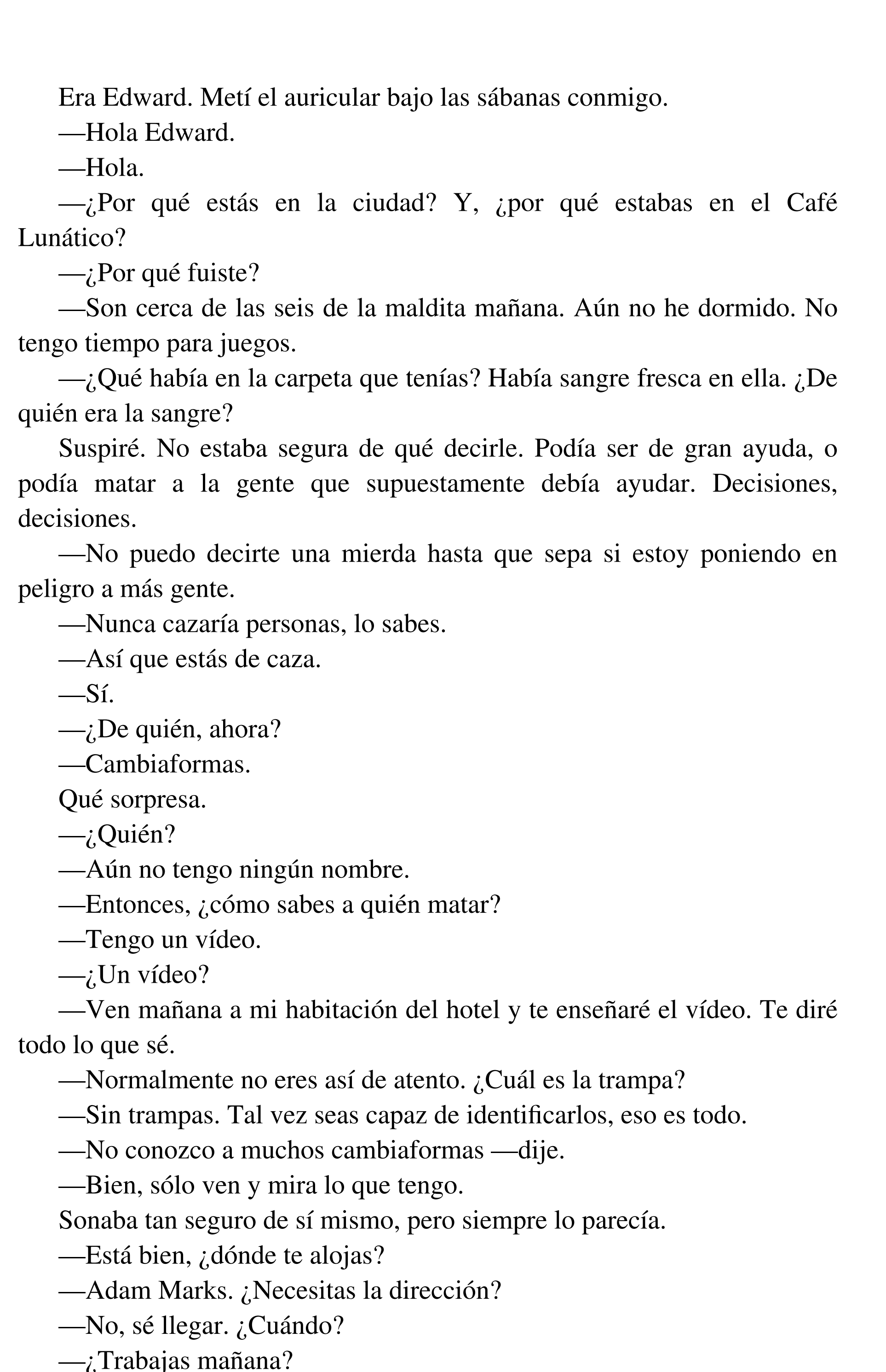
El número de teléfono era de un servicio de mensajes veinticuatro horas. Una voz mecánica dijo:

—Después del tono deje su mensaje. —Un largo y bajo beep sonó—. Soy Anita. ¿Qué rayos estás haciendo en la ciudad? Llámame pronto. —Normalmente no era tan cortante en un mensaje telefónico, pero hey, era Edward. Me conocía. Además, él no aprecia las sutilezas sociales.

Puse la alarma, apagué la luz y me acomodé entre las sábanas, con mi fiel pingüino a mi lado. El teléfono sonó antes de que entrara en calor. Esperé a que la máquina contestara; después del octavo timbre me di por vencida. Había olvidado encender el contestador. Genial.

—Más vale que sea importante —dije.

—Dijiste que llamara pronto.


Era Edward. Metí el auricular bajo las sábanas conmigo.

—Hola Edward.

—Hola.

—¿Por qué estás en la ciudad? Y, ¿por qué estabas en el Café Lunático?

—¿Por qué fuiste?

—Son cerca de las seis de la maldita mañana. Aún no he dormido. No tengo tiempo para juegos.

—¿Qué había en la carpeta que tenías? Había sangre fresca en ella. ¿De quién era la sangre?

Suspiré. No estaba segura de qué decirle. Podía ser de gran ayuda, o podía matar a la gente que supuestamente debía ayudar. Decisiones, decisiones.

—No puedo decirte una mierda hasta que sepa si estoy poniendo en peligro a más gente.

—Nunca cazaría personas, lo sabes.

—Así que estás de caza.

—Sí.

—¿De quién, ahora?

—Cambiaformas.

Qué sorpresa.

—¿Quién?

—Aún no tengo ningún nombre.

—Entonces, ¿cómo sabes a quién matar?

—Tengo un vídeo.

—¿Un vídeo?

—Ven mañana a mi habitación del hotel y te enseñaré el vídeo. Te diré todo lo que sé.

—Normalmente no eres así de atento. ¿Cuál es la trampa?

—Sin trampas. Tal vez seas capaz de identificarlos, eso es todo.

—No conozco a muchos cambiaformas —dije.

—Bien, sólo ven y mira lo que tengo.

Sonaba tan seguro de sí mismo, pero siempre lo parecía.

—Está bien, ¿dónde te alojas?

—Adam Marks. ¿Necesitas la dirección?

—No, sé llegar. ¿Cuándo?

—¿Trabajas mañana?

—Sí.

—Entonces, según te convenga, por supuesto.

Estaba siendo condenadamente educado.

—¿Cuánto tiempo nos llevará tu pequeña presentación?

—Dos horas, tal vez menos.

Negué con la cabeza.

—Tendrá que ser después de mi última cita zombie, estoy ocupada hasta entonces —dije cuando me percaté que él no podía verlo.

—Di la hora.

—Puedo estar entre las doce y media, y la una. —Incluso decirlo me hizo cansarme. De nuevo, no iba a poder dormir.

—Espera, ¿con qué nombre te registraste?

—Habitación 212. Sólo golpea.

—Tienes apellido, ¿verdad?

—Por supuesto. Buenas noches, Anita.

La línea telefónica se cortó, zumbando en mi mano como un espíritu inquieto, a tientas coloqué el auricular en su lugar y encendí el contestador. Bajé el sonido al mínimo posible, y me acurruqué bajo las sábanas.

Edward nunca compartía información a menos que fuera forzado a hacerlo. Estaba siendo muy amable. Algo pasaba. Conociendo a Edward, sería algo desagradable. Licántropos desapareciendo sin rastro. Sonaba como un juego del que Edward disfrutaría. Pero de alguna manera no pensaba que fuera él. A él le gustaba asumir el mérito de sus asesinatos siempre y cuando la policía no lo relacionara directamente.

Pero alguien lo estaba haciendo. Había cazarecompensas que se especializaban en licántropos bribones. Tal vez Edward sabría quiénes eran y si aprobaban el asesinato. Porque si los ocho estaban muertos, entonces era asesinato. Ninguno de ellos estaba siendo buscado, hasta donde sabía. La policía podía saberlo, pero no iba a involucrar a la policía.

Dolph debía saber si los licántropos estaban desapareciendo en su territorio.

Me dormí siendo arrastrada a las lindes del mundo. Vi claramente a la víctima de asesinato. Vi su cara congelada en la nieve, un ojo abierto destrozado como una uva. La mandíbula aplastada intentando moverse para hablar. Una palabra salió en un siseo de su arruinada boca: «Anita».

Mi nombre una y otra vez. Me desperté lo suficiente para darme la vuelta y, el sueño me bañó como una pesada y negra ola. Si soñaba de

nuevo no lo recordaría.



CATORCE

Cada año me preguntaba qué comprarle a Judith, mi madrastra, durante la Navidad. Creía que después de catorce años eso mejoraría. Por supuesto, pensaba que era mejor que comprar algo para mí. Judith y yo siempre terminábamos contemplándonos la una a la otra a través de ese abismo de malentendidos. Quería que fuera la hija perfecta, femenina, y yo quería que fuera mi madre muerta. Ya que no podía tener lo que quería, me aseguraba que Judith tampoco consiguiera su deseo. Además, tenía a Andria, que era perfecta. Un niño perfecto en la familia era suficiente.

Ronnie y yo estábamos haciendo compras de Navidad. Estábamos caminando por las calles invernales a las nueve de la mañana.

Había conseguido dormir aproximadamente tres horas. Correr me había ayudado. El viento glacial que me había dado palmadas en la cara había ayudado mucho más. Estaba completamente despierta y temporalmente energizada cuando llegamos al centro comercial, mi pelo todavía estaba

húmedo por la ducha.

Ronnie medía cerca de 1,80 cm. El pelo rubio corto estaba cortado al estilo paje. Era el mismo corte que tenía desde que la conocí, pero mi peinado tampoco había cambiado. Llevaba puestos vaqueros, botas de vaquero con aplicaciones en morado, un abrigo de invierno corto sobre un suéter lila. No llevaba consigo un arma. No pensaba que los duendes del centro comercial estarían fuera de control.

Yo estaba vestida para la oficina porque tenía que ir directamente allí después de las compras. La falda era de un azul marino común, con un cinturón negro para mi pistolera. La falda era casi cuatro centímetros más corta como para que me sintiese cómoda, pero Ronnie había insistido.

Estaba más a la moda que yo. Pero ¿quién no lo estaba? La chaqueta era de un rico azul oscuro como el color de los ojos de Jean-Claude. Los diseños azules, más oscuros casi negros, lo convertían en un modelo vagamente oriental. La blusa desabrochada en el cuello era azul, hacía juego con la chaqueta. Con botas negras de tacón alto parecía bastante elegante. Ronnie también había elegido la chaqueta. La única falta era que eso no escondía mi Browning. La gente vislumbraba pequeños destellos de ella cuando me movía. Hasta ese momento nadie gritando me había echado del centro comercial. Si hubieran sabido que llevaba un cuchillo en cada antebrazo bajo la bonita chaqueta, tal vez lo hubiesen hecho.

Ronnie miraba fijamente un estante de la joyería Krigle y yo contemplaba sus ojos. Eran grises. Del mismo color que habían sido los ojos de Gabriel la otra anoche, pero había algo diferente. Los ojos eran humanos. Incluso en forma humana los ojos de Gabriel no eran humanos.

—¿Qué sucede?

Sacudí mi cabeza.

—Pensaba en anoche. —¿Cómo te sientes sobre tu enamorado después de anoche?

La joyería estaba abarrotada de gente. Habíamos entrado a la fuerza, pero sabía que no compraría nada allí, así que me había puesto al lado de Ronnie, ojeando a la multitud. Todas las caras me parecían hostiles, pero no era nada personal. Estaban en las compras de Navidad, faltaban dos semanas para el gran día. Ho, ho, ho.

La tienda era una masa que se movía empujando a la gente. Se me hacía claustrofóbico.

—Vas a comprar, ¿algo?

Ronnie alzó la vista hasta mí.

—Nunca contestaste mi pregunta.

—Salgamos de este lugar y tal vez lo haga.

Se levantó y me hizo señas para que avanzara. Nos abrió un camino hacia la alameda. Era pequeña y estaba vestida también de forma intimidante, pero la gente nos abrió el paso. Tal vez vieron el arma.

Cuando estuvimos en espacio abierto respiré hondo. Estaba atestado, pero nada como las tiendas. Al menos aquí, la gente realmente no se rozaba contra mí. Si lo hacían afuera, podía gritarles.

—¿Quieres sentarte?

Había milagrosamente dos asientos libres en un banco. Ronnie me había hecho el ofrecimiento porque estaba vestida para trabajar, lo que significaba tacones. Con las zapatillas cómodas de hacer footing no necesitaba sentarse. Mis pies no dolían aún. Tal vez me acostumbraba al uso de tacones. Eeek.

Sacudí la cabeza.

—Vayamos a Nature Company. Tal vez encontremos algo para Josh allí.

—Qué edad tiene ahora, ¿trece? —preguntó Ronnie.

—Quince —dije.

—Mi hermanito era de mi altura el año pasado, será gigantesco este año. Judith dice que está creciendo más rápido que la ropa que le compra.

—¿Una indirecta para comprarle vaqueros? —dijo Ronnie.

—Si lo es, no le hago caso. Compraré a Josh algo de diversión, no ropa.

—Muchos adolescentes prefieren tener ropa —dijo Ronnie.

—No Josh, aun, de todos modos. Se parece a mí.

—¿Qué vas a hacer con Richard? —preguntó.

—No vas a dejarlo ir, ¿verdad?

—No existe esa posibilidad.

—No sé lo que voy a hacer. Después de lo que vi anoche. Después lo que Jean-Claude me dijo. No quiero saber.

—Sabes que Jean-Claude lo hizo deliberadamente —dijo—. Para intentar abrir una brecha entre ustedes.

—Lo sé, y funcionó. Parece que no conozco a Richard. Como si hubiera estado besando a un extraño.

—No dejes que los separe cara-de-colmillo.

Me reí de eso. Jean-Claude adoraría que lo llamase cara-de-colmillo.

—No lo hará.

Apretó mi hombro suavemente.

—No te creo.

—No será Jean-Claude quien nos separe, Ronnie. Si Richard ha estado mintiéndome durante meses…

No terminé la frase. No tenía qué.

Estábamos fuera de Nature Company. Eso hervía de gente como un tarro de luciérnagas activas, pero ni la mitad de brillante.

—¿Sobre exactamente qué ha mentido Richard?

—No me contó sobre la lucha que tiene contra Marcus.

—Y tú le cuentas todo —dijo.

—Bueno, no.

—No te ha mentido, Anita. Sólo no te lo dijo. Déjalo que se explique. Tal vez tiene una buena razón.

Me giré y la contemplé. La cara estaba toda llena de preocupación. Me hizo mirar a lo lejos.

—Ha estado en peligro durante meses y no me lo dijo. Tenía que haberlo sabido.

—Tal vez no podía decírtelo. No lo sabrás hasta que se lo preguntes.

—Vi licántropos anoche, Ronnie. —Sacudí mi cabeza—. Lo que vi anoche no era humano. Ni siquiera se acercaba.

—Entonces, él no es humano. Nadie es perfecto.

La miré. Se reía de mí. Tuve que sonreírle.

—Hablaré con él.

—Llámalo antes de que dejemos el centro comercial y fija una cita para cenar hoy.

—Eres tan insistente —dije.

Se encogió de hombros.

—He aprendido de la mejor.

—Gracias —dije.

—¿Qué has encontrado sobre George Smitz?

—Nada nuevo que incluir en la carpeta que me mostraste. Excepto que no parece saber que la esposa es una de los ocho cambiaformas desaparecidos. Cree que es la única. Conseguí una fotografía de ella. Necesitas fotos de los demás. Lo primero que necesitas en un caso de desaparecidos es una foto. Sin una fotografía podrías cruzarte con ellos en la calle y no lo saberlo.

—Preguntaré a Kaspar sobre las fotos.

—¿A Richard no?

—Estoy disgustada con él. No quiero pedirle ayuda.

—Estas siendo mezquina.

—Es uno de mis mejores rasgos.

—Comprobaré en los canales habituales para desaparecidos, pero si todos son licántropos, apostaría a que no están desaparecidos.

—¿Piensas que están muertos?

—¿No lo crees tú?

—Sí.

—¿Pero quién podría llevarse a ocho cambiaformas sin dejar rastro? —preguntó.

—También me preocupa.

Toqué su brazo.

—Llevarás puesta el arma de aquí en adelante.

Sonrió.

—Lo prometo, mamá.

Sacudí mi cabeza.

—¿Podemos entrar a una tienda más? Si puedo conseguir el regalo de Josh, tendré la mitad del camino hecho.

—Tendrás que comprarle a Richard un regalo, lo sabes.

—¿Qué?

—Tienes que comprarle un regalo. Es la tradición.

—Mierda.

Estaba disgustada a medias con él, pero tenía razón. Disgustada o no, tenía que comprarle algo. ¿Y si él me hubiese comprado algo y yo no lo hubiese hecho? No me sentiría culpable. Si le compraba algo y él no hacía, entonces podría sentirse superior. O enojado. Casi esperaba que no me comprara nada. ¿Buscaba una excusa para romper con Richard? Tal vez. Por supuesto, después de lo que habíamos hablado me daría una buena excusa en plata, perdón en bandeja de oro. Estaba lista para un golpe bajo, para sin prolongar innecesariamente la pelea. No era un buen augurio.



QUINCE

Mi cita de la una en punto era Elvira Drew. Bebía a sorbos el café, con las uñas elegantemente rizadas alrededor de la taza grande. El esmalte de uñas era claro, haciendo que las puntas de los dedos brillaran como conchas marinas, incoloras hasta que la luz se reflejaba. El resto era de buen gusto. El vestido era de ese atractivo color que oscilaba entre azul y verde. Azul verdoso lo llamaban, pero no era exacto. El vestido era casi verde. Para que la tela tuviera ese brillo, casi como si tuviera vida propia, como una piel, tenía que ser caro. El vestido probablemente valía más que todo mi guardarropa.

El cabello muy rubio caía por la espalda en una línea elegante. Era lo único que no hacía juego. El atuendo, la manicura, los zapatos hechos a mano y el maquillaje casi invisible, debían de combinarse con un peinado de buen gusto, pero complicado. Me hubiese gustado más verla con el pelo suelto y sin peinar.

Cuando me miró, entendí por qué había gastado tanto en el vestido. Los ojos eran del mismo tono azul verdoso. La combinación era impresionante.

Me senté enfrente, sorbiendo mi café, contenta por haberme arreglado. La mayoría de los días me habría hecho sentir como una pueblerina. Hoy podía defenderme.

—¿En qué puedo ayudarla, Sra. Drew?

Sonrió, y la sonrisa fue todo lo que debía ser. Sonrió como si supiese el efecto que tenía en la mayoría de las personas. Casi temí verla acercarse a un hombre. Si me afectaba así a mí, me asustaba imaginar lo que sucedería con Jamison o Manny.

—Soy escritora. Estoy trabajando en un libro sobre los cambiaformas.

Mi sonrisa se congeló en el rostro.

—¿De verdad? ¿Y que la trae a las oficinas de Reanimators, Inc?

—He decidido que cada capitulo del libro trate sobre un animal diferente. Relato una historia, incluyo a cualquier cambiaforma conocido y también un perfil personal sobre el cambiaforma en la actualidad.

Mi rostro comenzaba a doler, y supe que mi sonrisa era más mostrar dientes que otra cosa.

—Suena interesante. ¿Cómo puedo ayudarla?

Sus encantadores ojos parpadearon y se quedó perpleja. Era hábil pareciendo asombrada. Hacía un momento, había visto inteligencia en esos ojos. La práctica de rubia estúpida era teatro. ¿Surtiría efecto si fuese un hombre? Esperaba que no.

—Me falta una entrevista. Necesito encontrar a un hombre rata. La entrevista puede ser estrictamente confidencial —la rubia estúpida desapareció tan rápidamente como había llegado. Se había dado cuenta que no funcionaba conmigo—. La entrevista puede ser o no confidencial.

Suspiré y renuncié a sonreír.

—¿Qué la hizo pensar que podía encontrar a un hombre rata?

—El Sr. Vaughn me aseguró que si alguien podía ayudarme en este asunto, sería usted.

—¿De verdad?

Sonrió, sus ojos brillaron intensamente.

—Parecía muy seguro de que me podía ayudar.

—Mi jefe promete un montón de cosas, Sra. Drew. La mayor parte de ellas no es él quién tiene que concederlas —me levanté—. Si pudiera esperar aquí un momento, necesito hablar con el Sr. Vaughn.

—La esperaré aquí mismo.

Su sonrisa era muy dulce, pero algo en sus ojos me hizo pensar que sabía exactamente la clase de conversación que yo tenía en mente.

El exterior de la oficina estaba acabado en verde pálido, desde el empapeladado, hasta la esponjosa alfombra. Las plantas florecían en cada hueco vacío. Bert pensaba que las plantas le daban a la oficina un toque hogareño. Yo pensaba que parecía un decorado barato de la selva.

Mary, nuestra secretaria diurna, me echó un vistazo sobre el teclado del ordenador con una sonrisa. Mary tenía más de cincuenta años, con el cabello rubio demasiado amarillento para ser natural.

—¿Necesitas algo, Anita?

Su sonrisa era agradable. Casi nunca la había visto de mal humor. Era una buena cualidad en una recepcionista.

—Sí, quiero ver al jefe.

Inclinó la cabeza a un lado, mirándome cautelosamente.

—¿Por qué?

—De todas formas tenía una cita hoy con Bert, le dije a Craig que la programara.

Echó un vistazo a la agenda.

—Craig lo hizo, y Bert la anuló. —La sonrisa desapareció.

—Realmente está muy ocupado hoy.

—Está con un cliente ahora mismo —dijo Mary.

—¡Maravilloso! —exclamé.

Llamé a la puerta y abrí sin esperar permiso.

El escritorio de Bert ocupaba la mayor parte de la oficina azul claro. Era la más pequeña de las tres oficinas, pero era suya. Los demás teníamos que turnarnos en las otras dos. Había jugado al fútbol en la Universidad y saltaba a la vista. Amplios hombros, manos fuertes, y 1,95 m., era consciente de cada centímetro. El bronceado de practicar piragüismo había disminuido con la llegada del invierno. El pelo blanco cortado al rape contrastaba contra la piel más pálida.

Sus ojos eran del color del cristal sucio de la ventana, de un tono gris. Aquellos ojos me fulminaron con la mirada.

—Estoy con un cliente, Anita.

Eché un vistazo al hombre que se sentaba frente a él. Era Kaspar Gunderson. Hoy iba todo vestido de blanco, y eso enfatizaba el conjunto. No lograba comprender como le podía haber mirado alguna vez y haber

creído que era humano.

Sonrió.

—Sra. Blake, supongo.

Extendió la mano. Se la estreche.

—Si pudiera esperar fuera durante sólo un momento, Sr…

—Gunderson —dijo.

—Sr. Gunderson, necesito hablar con el Sr. Vaughn.

—Creo que eso puede esperar, Anita —dijo Bert.

—No —dije—, no puede.

—Sí —replicó—, si puede.

—¿Quieres tener esta conversación en particular delante de un cliente, Bert?

Me observó, los pequeños ojos grises parecieron aún más pequeños cuando se fijaron en mí. Era su mirada amenazadora. Nunca había funcionado conmigo. Me dirigió una sonrisa forzada.

—¿Insistes?

—Lo entendiste.

Tomó un aliento largo, profundo, y lo soltó despacio, como si contara hasta diez. Concedió su mejor sonrisa profesional a Kaspar.

—Si nos perdona durante unos minutos, Sr. Gunderson. Esto no llevará mucho tiempo.

Kaspar se levantó, me saludó con la cabeza, y se marchó. Cerré la puerta detrás de él.

—¿Qué demonios haces entrando aquí mientras hablo con un cliente? —Se puso en pie y sus amplios hombros casi tocaban las paredes.

Debería conocerme mejor y no intentar intimidarme con su tamaño. Recuerdo haber sido siempre, donde fuera, la niña más pequeña. El tamaño no me impresionaba desde hacía mucho tiempo.

—Te dije que no recibiría más clientes fuera de mi línea de trabajo.

—Tu línea de trabajo la marco yo. Soy tu jefe, ¿recuerdas?

Se recostó en el escritorio, con las palmas boca abajo. Me recosté en el escritorio al otro lado.

—Me enviaste el caso del desaparecido anoche. ¿Qué mierda sé sobre desaparecidos?

—Su esposa era un licántropo.

—¿Y eso significa que debíamos coger su dinero?

—Si puedes ayudarle, sí.

—Bien, se lo di a Ronnie.

Bert se inclinó hacia atrás.

—¿Ves?, le ayudaste. Nunca habría encontrado a la Sra. Sims sin tu ayuda.

Todo parecía razonable de nuevo. No le quería razonable.

—Tengo a Elvira Drew en mi oficina ahora mismo. ¿Qué demonios se supone que tengo que hacer con ella?

—¿Conoces algún hombre rata? —Se había sentado, las manos cruzadas a través de su estomago ligeramente abultado.

—Eso no importa.

—Lo conoces, ¿verdad?

—¿Y si digo que sí?

—Consigue una entrevista. Seguramente alguno quiere ser famoso.

—La mayor parte de los licántropos tienen muchos problemas para esconder lo que son. Ser expuestos pone en peligro sus empleos y matrimonios. Hubo un caso en Indiana el año pasado donde un padre perdió a sus hijos y a su ex-esposa después de cinco años de matrimonio porque ella averiguó que él era un cambiaformas. Nadie quiere arriesgarse a esa clase de exposición.

—He visto cambiaformas dando entrevistas en la televisión —dijo.

—Son la excepción, Bert, no la regla.

—Entonces, ¿no ayudarás a la Sra. Drew?

—No, no lo voy a hacer.

—No intentaré apelar a tu sentido de la avaricia, aunque nos haya ofrecido mucho dinero. Pero piensa que un libro positivo sobre la licantropía podría ayudar a tus amigos cambiaformas. La buena prensa siempre es bienvenida. Antes de que la rechaces, pregúntales a tus amigos. Averigua lo que opinan.

—Te importa un bledo la buena prensa de la comunidad licántropo. Sólo te importa el dinero.

—Cierto.

Bert era un bastardo poco escrupuloso y no se preocupaba por quién lo sabía. Es difícil ganar una batalla cuando no puedes insultarlo. Me senté enfrente. Se veía contento consigo mismo, cómo si supiera que había ganado. Debería tener mejor criterio.

—No me gusta sentarme frente a los clientes y no saber qué demonios quieren. No más sorpresas. Consúltame primero antes de enviármelos.

—Cómo tú digas.

Qué razonable.

—¿Qué está mal?

Su sonrisa se ensanchó, haciendo brillar sus pequeños ojos.

—El Sr. Gunderson nos ha ofrecido mucho dinero por nuestros servicios. El doble de nuestros honorarios habituales.

—Es mucho dinero. ¿Qué quiere que haga?

—Levantar a un antepasado muerto. Está bajo una maldición familiar. Una bruja le dijo que si puede hablar con el antepasado que lanzó la maldición, podría ser capaz de eliminarla.

—¿Por qué el doble de los honorarios?

—La maldición comenzó con uno de los dos hermanos. No sabe con cuál.

—Entonces tengo que levantarlos a ambos.

—Si tenemos suerte, sólo a uno.

—Pero de todos modos te quedas con el segundo pago —dije.

Bert movió la cabeza enérgicamente, feliz como una almeja avara.

—Ésta es nuestra línea de trabajo, e incluso la tuya. No dejarías a un compañero ir por la vida con plumas en la cabeza si pudieras ayudarlo, ¿verdad?

—Bastardo presumido —dije, pero mi voz sonó cansada hasta para mí.

Bert sólo sonrió. Sabía que había ganado.

—¿Me quitarás a los clientes que no tengan que ver con zombis o matanzas de vampiros? —dije.

—Si tienes tiempo para leer a cada cliente que atiendas, entonces seguramente tengas tiempo para escribir un informe.

—No tengo que leer un informe para cada cliente, solo envíamelos.

—Pero, Anita, sabes que es sólo suerte que estés de servicio durante el día señalado.

—Maldición, Bert.

—Has hecho esperar demasiado tiempo a la Sra. Drew, ¿no crees?

Me levanté. No tenía nada más que decir. Fui dominada con astucia. Él lo sabía, yo lo sabía. Lo único que podía hacer era una elegante retirada.

—Tu cita de las dos en punto está reprogramada. Haré que Mary la envíe con Gunderson.

—¿Existe alguien a quien no aceptarías como cliente, Bert?

Pareció pensarlo durante un minuto, luego negó con la cabeza.

—Si pueden pagarnos, no.

—Eres un maldito avaricioso.

—Lo sé.

La conversación no tenía sentido. Caminé hacia la puerta.

—Llevas un arma —sonó indignado.

—Sí, ¿por qué?

—Creo que puedes atender a los clientes en nuestra oficina, a plena luz del día, sin estar armada.

—No lo creo.

—Sólo coloca el arma en el cajón del escritorio como solías hacer.

—No —Abrí la puerta.

—No quiero que atiendas a los clientes armada, Anita.

—Es tu problema, no el mío.

—Podría hacerlo tuyo —dijo.

Su cara estaba ruborizada, la voz airada. Tal vez íbamos a pelear después de todo. Cerré la puerta.

—¿Quieres decir que me despides?

—Soy tu jefe.

—Podemos discutir sobre los clientes, pero mi arma no es negociable.

—Tu arma asusta a los clientes.

—Envía a los remilgados a Jamison —dije.

—Anita —se levantó como una tormenta enfurecida—, mientras estás en la oficina no llevarás el arma contigo.

Sonreí dulcemente.

—Jódete, Bert.

Eso en cuanto a una salida elegante.



DIECISEIS

Cerré la puerta y me percaté que había logrado nada menos que cabrear a Bert. No por trabajar a horas inconvenientes, pero no era un gran logro. Iba a decirle a la Sra. Drew que podía ayudarla. Bert estaba en lo correcto acerca de la buena prensa. Saludé con la cabeza a Gunderson cuando lo pasé. Sonrió. En cierta forma no pensaba que en realidad me quisiera resucitando a los muertos. Lo averiguaría muy pronto.

La Sra. Drew estaba sentada con las piernas cruzadas, las manos dobladas en su regazo. Un modelo de paciencia elegante.

—Puedo ayudarla, Sra. Drew. No estoy segura, pero creo conocer a alguien que puede ayudarla.

Se levantó, ofreciéndome una mano con manicura.

—Sería maravilloso, Sra. Blake. Estoy segura que agradeceré su ayuda.
—¿Tiene Mary un número dónde poder localizarla?

—Sí —sonrió.

Sonreí. Abrí la puerta, y ella caminó delante de mí en una nube de perfume caro.

—Sr. Gunderson, puedo atenderlo ahora.

Se levantó, colocando la revista que había estado ojeando en la pequeña mesa al lado del Ficus Benjium. No se movió con aquella gracia similar al baile que otros cambiaformas tenían. Entonces los cisnes no eran especialmente elegantes en tierra.

—Tome asiento, Sr. Gunderson.

—Por favor, Kaspar.

Me apoyé en el borde del escritorio, apartando la vista.

—¿Qué hace usted aquí, Kaspar?

Sonrió.

—Marcus quiere pedirle perdón por la pasada noche.

—Entonces, debería haber venido en persona.

Su sonrisa se ensanchó.

—Pensó que el ofrecerle una importante recompensa monetaria podría compensar nuestra carencia de hospitalidad anoche.

—Se equivocó.

—No va a ceder ni un centímetro, ¿verdad?

—No.

—¿No va a ayudarnos?

Suspiré.

—Trabajo en ello. Pero no estoy segura de lo que puedo hacer. ¿Qué o quién podría matar a ocho cambiaformas sin luchar?

—No tengo ni idea. Ninguno de nosotros la tiene. Por eso hemos venido.

Genial. Sabían menos que yo. No era reconfortante.

—Marcus me dio una lista de gente a la que preguntar. —Se la pasé a él—. ¿Alguna idea? ¿Algo que añadir?

Frunció el ceño arqueando las cejas. Unas cejas blancas que no eran de pelo. Parpadeé, intentando concentrarme. El hecho de que estuviera lleno de plumas parecía molestarme mucho más de lo que debía.

—Estos son todos los rivales de Marcus. Se encontró con la mayor parte de ellos en la cafetería.

—¿De verdad piensa que él sospecha de ellos? ¿O simplemente está creando problemas a sus rivales? —pregunté.

—No lo sé.

—Marcus dijo que podía contestar a mis preguntas. ¿Realmente sabes algo que no sepa?

—Diría que conozco mucho más sobre la comunidad cambiaformas que usted —dijo.

Parecía una insignificancia ofendida.

—Lo siento, creo que sólo son ilusiones de Marcus intentando hacer creer que sus rivales son los tipos malos. No es su culpa si él juega a estos juegos.

—Marcus a menudo trata de manejar las cosas. Usted lo presenció anoche.

—Sus habilidades de dirección no me han impresionado hasta ahora.

—Cree que si hubiera un soberano para todos los cambiaformas seríamos una fuerza a rivalizar con los vampiros.

Podría tener razón en eso.

—Quiere ser ese soberano —dije.

—Por supuesto.

El intercomunicador sonó.

—Perdóneme un minuto.

Pulsé el botón.

—¿Qué sucede, Mary?

—Richard Zeeman en la línea dos. Dice que te devuelve el mensaje.

Vacilé, después dije, «lo aceptaré». Cogí el teléfono muy consciente de que Kaspar estaba sentado allí, escuchando. Podía haberle pedido que saliera, pero estaba cansada de jugar con ciertos clientes.

—Hola, Richard.

—Recibí tu mensaje en mi contestador —dijo. Su voz era cautelosa, como si equilibrara un vaso de agua lleno hasta el borde.

—Creo que necesitamos que hablar —dije.

—Estoy de acuerdo.

No estábamos siendo prudentes esta tarde.

—Se supone que soy la que está enfadada. ¿Por qué tu voz suena tan rara?

—Oí acerca de la noche pasada.

Esperé a que dijera más, pero sólo había silencio exagerado hasta el infinito. Lo llené.

—Mira, tengo a un cliente conmigo ahora mismo. ¿Quieres que nos encontremos y hablemos?

—Muchísimo.

Lo dijo como si no lo estuviera deseando de verdad.

—Tengo un descanso para cenar a eso de las seis.

—¿Quieres verme en el restaurante chino en Olive?

—No parece muy privado.

—¿En qué estabas pensando?

—Mi casa.

—Sólo tengo una hora, Richard, no tengo tiempo para conducir hasta allí.

—Tú casa, entonces.

—No.

—¿Por qué no?

—Simplemente no.

—Lo que tenemos que decirnos no debe oírse en público. Lo sabes.

Lo sabía. Maldición.

—Bien, nos encontraremos en mi casa un poco después de las seis. ¿Quieres que lleve algo?

—Estás en el trabajo. Será más fácil para mí llevar algo. ¿Quieres Mooshu de cerdo y Ragoon de cangrejo?

—Sí. —Habíamos salido juntos tantas veces que podía pedir comida para mí sin preguntarme. Pero preguntó de todas formas. Punto para él.

—Te veré aproximadamente a las seis y cuarto, entonces —dijo.

—Nos vemos.

—Adiós, Anita.

—Adiós.

Colgamos. Mi estómago era un nudo opresivo de temor. Si íbamos a tener la pelea, la ruptura, no quería tenerla en mi piso, pero Richard tenía razón. No querríamos gritar sobre licántropos y gente muerta en un restaurante público. De todos modos, esto no iba por buen pie.

—¿Richard está furioso por la noche pasada? —preguntó Kaspar.

—Sí.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudar?

—Necesito las historias completas sobre las desapariciones: las peleas, quiénes fueron los últimos que los vieron, ese tipo de cosas.

—Marcus dijo que todas las preguntas directas sobre las desapariciones debían ser contestadas sólo por él.

—¿Siempre hace lo que dice?

—No siempre, pero es inflexible en eso, Anita. No soy un depredador. No puedo defenderme contra Marcus.

—¿Realmente le mataría por ir en contra de sus deseos?

—Quizás no me mate, pero me dolería por un muy, muy largo tiempo.

Sacudí la cabeza.

—No me parece mejor que la mayoría de maestros vampiros que conozco.

—No conozco personalmente a ningún maestro vampiro. Estoy obligado a respetar sus deseos en esto.

Tuve que sonreír. Conocía más monstruos que los monstruos.

—¿Lo sabe Richard?

—Quizás, y si no, podría ayudarla a averiguar.

Quise preguntarle si Richard era tan malo como Marcus. Quise conocer si mi enamorado era realmente una bestia en el fondo. No le pregunté. Si quería conocer algo sobre Richard, debería preguntarle a Richard.

—A menos que tenga más información, Kaspar, tengo trabajo que hacer. —Sonó antipático hasta para mí, sonreí tratando de suavizarlo, pero no lo conseguí. Quería que este completo lío se desvaneciera, y él era a recordatorio de ello.

Se levantó.

—Si necesita ayuda, por favor llámeme.

—Sólo será capaz de ayudarme si Marcus da el visto bueno, ¿verdad?

Un rubor leve coloreó su piel pálida, un brillo rosado como el azúcar coloreado.

—Tengo mucho miedo.

—No creo que lo llame —dije.

—¿No confía en Marcus?

Me reí, pero sonó áspera, no divertida.

—¿Y usted?

Sonrió, y asintió levemente.

—Supongo no.

Caminó hacia la puerta.

—¿Es realmente una maldición familiar? —pregunté, girándome cuando ya tenía la mano en el pomo de la puerta.

—¿Mi enfermedad?

—Sí.

—No es familiar, pero si es una maldición, sí.

—¿Cómo en los cuentos de hadas? —pregunté.

—En los cuentos de hadas se da la impresión de ser algo suaves. Las historias originales son a menudo completamente espantosas.

—He leído algunas.

—¿Ha leído la Princesa Cisne en escandinavo original?

—No, no lo he hecho.

—Es aún peor en el idioma original.

—Lamento oírlo —dije.

—Yo también.

Caminó más cerca de la puerta y tuve que abrirla para dejarle salir. Quería oír la historia de sus propios labios, pero había dolor en sus ojos, eran lo suficientemente fríos como para cortar la piel. No podía hurgar en ese dolor.

Pasó por delante. Le dejé ir. Realmente tenía que encontrar mi libro de cuentos de hadas y buscar la verdad como en aquella clase de literatura comparativa. Había pasado mucho tiempo desde que leí La Princesa Cisne.



DIECISIETE

Era más bien las seis y media cuando entré por el vestíbulo hacia mi piso. Esperaba encontrar a Richard sentado en el pasillo, pero estaba vacío.

La tirantez de mi estómago se alivio sólo un poco. Un alivio temporal, aunque fuera de solo unos minutos, era todavía un alivio.

Tenía las llaves en la cerradura cuando la puerta a mi espalda se abrió. Solté las llaves dejándolas colgando.

Mi mano derecha fue hacia la Browning. Era instinto, no algo en lo que hubiera pensado. Mi mano estaba en la culata pero no la había sacado aún cuando la Sra. Pringle apareció en la puerta. Retiré la mano lejos del arma y sonreí. No creo que comprendiese lo que estaba haciendo, porque su sonrisa nunca vaciló.

Era my alta y se había vuelto delgada con la edad. Su pelo blanco estaba recogido en un moño en la nuca. Nunca llevaba maquillaje y nunca pedía perdón por tener más de sesenta. Parecía disfrutar de ser una mujer

mayor.

—Anita, vienes un poco tarde esta noche —dijo. Custard, su Pomerania, ladraba de fondo como un disco rayado.

La miré ceñudamente. Las seis y media era temprano para llegar a casa. Antes de que pudiera decir algo, Richard apareció detrás de ella en la entrada. Su melena caía alrededor de la cara en una masa de abundantes ondas marrones. Llevaba uno de mis jerséis favoritos. Era de un fuerte verde oscuro y esponjoso, suave al tacto. Custard le ladraba a él, a centímetros de su pierna, como si buscara el coraje para un mordisco rápido.

—Custard, para —dijo la Sra. Pringle.

Observó a Richard.

—Nunca le he visto comportarse así con la gente. Anita le puede decir que le gusta casi todo el mundo.

Me miró buscando apoyo, avergonzada porque su perro era grosero con un invitado. Asentí.

—Tiene razón. Nunca le he visto actuar así antes —miré a Richard.

Nunca había visto su cara tan seria y cautelosa.

—A veces actúa así alrededor de otros perros, trata de dominarlos —dijo—. ¿Tiene perro, Sr. Zeeman? Tal vez Custard lo huela en usted.

—No —dijo Richard—. No tengo perro.

—Encontré a tu enamorado sentado en el pasillo con la bolsa de comida. Pensé que le gustaría esperar dentro. Lamento que Custard haya convertido la visita en algo desagradable.

—Siempre disfruto hablando de trabajo con otro profesor —contestó.

—Que educado —dijo.

Su cara mostraba una maravillosa sonrisa. Sólo había encontrado a Richard un par de veces en el pasillo, pero le gustaba. Incluso antes de que averiguara que era profesor. Un juicio rápido.

Richard la rodeó en el pasillo. Custard le siguió, ladrando furiosamente. El perro parecía un amasijo peludo demasiado ambicioso.

Pero era un amasijo peludo cabreado. El perro brincaba hacia adelante en sus diminutas patas, brincando con cada ladrido.

—Custard, vuelve aquí.

Sostuve la puerta abierta para Richard. Tenía una bolsa blanca en la mano y el abrigo en los brazos. El perro dio un salto y echó a correr en su dirección lanzándose para morderle el tobillo. Richard miró al perro.

Custard se detuvo a una nariz de su pierna. Levantó los ojos hacia arriba, con una mirada en esos ojos perrunos que nunca le había visto antes.

Mirándolo como si se preguntara si Richard se lo comería.

Richard se escabulló por la puerta. Custard se quedó en el vestíbulo, tan dominado como nunca lo había visto.

—Gracias por cuidar de Richard, Sra. Pringle.

—Es un placer. Es un joven agradable —dijo.

Su tono de voz expresaba más que «joven agradable», quería decir que se podía casar con él. Mi madrastra, Judith, estaría de acuerdo con ella. Salvo que Judith lo habría dicho en voz alta, no insinuándolo.

Sonreí y cerré la puerta. Custard comenzó a ladrar detrás. Cerré con llave por costumbre y me volví para afrontar las consecuencias.

Richard había colocado el abrigo de cuero sobre el respaldo del sofá.

La bolsa de comida estaba en la pequeña mesa de mi cocina americana.

Sacó los envases de comida. Dejé mi abrigo en el sofá junto al suyo y me quité los tacones altos. Perdí aproximadamente varios centímetros de altura y me sentí mucho mejor.

—Bonita chaqueta —dijo. Su voz todavía sonaba indiferente.

—Gracias.

Iba a quitármela, pero como le gustó, continué con ella puesta. Tonto, pero cierto. Ambos estábamos siendo cautelosos. La tensión en la habitación ahogaba.

Saqué platos del armario. Una Coca-Cola fría de la nevera para mí y llené un vaso con agua para Richard. No le gustaban las bebidas carbónicas. Me había acostumbrado a tener una jarra de agua fría en la nevera sólo para él. Mi garganta se cerró cuando puse las bebidas en la mesa.

Colocó la vajilla. Nos movimos por la minúscula cocina como bailarines, sabiendo donde estaba el otro, sin rozarnos a menos que fuera a propósito. Esta noche no habría roce. Dejamos las luces apagadas.

La única luz provenía de la sala de estar, dejando la cocina en penumbras, como una cueva. Era casi como si ninguno de nosotros quisiera ver claramente.

Por fin nos sentamos. Nos miramos el uno al otro por encima de los platos de comida: Mooshu de cerdo de para mí, pollo con anacardos para Richard. El olor de la caliente comida china llenó el piso. Caliente y consoladora en muchas ocasiones. Esta noche me asqueó. Un pedido doble

de Ragoon de cangrejo estaba colocado en un plato entre los dos. Tenía un platillo de salsa agridulce. Así era como siempre nos comíamos los platos chinos, compartiendo un plato hondo de salsa. Maldición.

Sus ojos marrón chocolate me contemplaron. Era la que debía comenzar. No quería hacerlo.

—Entonces, ¿todos los perros reaccionan así?

—No, sólo los dominantes.

Le observé.

—¿Custard es dominante?

—Él lo cree.

—Enfermizo —dije.

Sonrió.

—No como perros.

—No quise decir… ah, mierda. —Si íbamos a hacerlo, podía hacerlo bien—. ¿Por qué no me hablas sobre Marcus?

—No quería implicarte.

—¿Por qué no?

—Jean-Claude te implicó con Nikolaos. Me dijiste cuánto lo detestaste. Odiaba hacerlo. Si te hubiera pedido ayuda con Marcus, ¿cuál sería la diferencia?

—No es lo mismo —dije.

—¿Cómo? No te usaré como lo hizo Jean-Claude. No lo haré.

—Si me ofrezco, no me usas.

—¿Qué vas a hacer? ¿Matarlo? —Había rencor en su voz, cólera.

—¿Qué se supone que quieres decir?

—Puedes quitarte la chaqueta. Vi el arma.

Abrí la boca para protestar y la cerré. Explicar en mitad de una pelea que quería verme bien para él sonaba absurdo. Me levanté y me la quité. La coloqué cuidadosamente sobre el respaldo de la silla, tomándome mi tiempo.

—¿Contento?

—¿El arma es tu respuesta a todo?

—¿Por qué de repente tienes un problema conmigo por llevar un arma?

—Alfred era mi amigo.

Me quedé helada. No se me había ocurrido que a Richard le podía caer bien Alfred.

—No sabía que era tu amigo.

—¿Habría habido alguna diferencia?

Pensé en ello.

—Tal vez.

—No tenías que matarlo.

—Tuve esta conversación con Marcus anoche. No me dieron ninguna opción, Richard. Le advertí, más de una vez.

—Oí todo lo que sucedió. La manada cuchicheaba exaltada por eso. Cómo no te echaste para atrás, rechazando la protección de Marcus. Disparaste a uno de los nuestros. —Sacudió la cabeza—. Oh, todo el mundo quedó impresionado.

—No lo hice para impresionarlos.

Suspiró profundamente.

—Lo sé, es lo que me asusta.

—¿Me tienes miedo?

—Por ti —dijo. La cólera que bullía en sus ojos fue sustituida por el miedo.

—Puedo manejarlo, Richard.

—No entiendes lo que hiciste anoche.

—Siento que Alfred fuera tu amigo. Francamente, no me golpeó como alguien con quien salieras.

—Sé que era un matón, y que era el perro de Marcus, pero era mí protegido.

—Marcus no lo protegió mucho anoche, Richard. Estaba más interesado en su pequeña lucha de poder que en mantener a salvo a Alfred.

—Pasé por la casa de Irving esta mañana.

Dejó la afirmación colgada ahí, en el aire, entre nosotros. Fue el momento de enfadarme.

—¿Le hiciste daño?

—Se lo hubiera hecho, estaba en mi derecho como beta de la manada.

Me levanté, las manos siguieron sobre la mesa.

—Si le haces daño, vamos a tener más que simples palabras.

—¿También vas a pegarme un tiro?

Lo miré, con su maravilloso pelo, se veía delicioso con ese jersey, y asentí.

—Si tuviera que hacerlo.

—Podrías matarme, como si nada.

—No, no te mataría, pero sí te heriría, sí.

—Por mantener a salvo a Irving, me dispararías.

Se reclinaba en la silla, los brazos cruzados sobre el pecho. Su expresión era de asombro y enojo.

—Irving me pidió protección. Se la di.

—Me lo dijo esta mañana.

—¿Le hiciste daño?

Me contempló durante mucho tiempo.

—No, no le hice daño —dijo finalmente.

Solté el aliento que no sabía que estaba conteniendo y me recliné en la silla.

—De veras te pondrías en mí contra para protegerle. De verdad.

—No te asombres tanto. Irving se encontraba en medio de los dos. Marcus le habría hecho daño si no me hubiese llamado, y le dijiste que le harías daño si lo hacía. No me pareció muy justo.

—Muchas cosas en la manada no son justas, Anita.

—Así es la vida, Richard. ¿Y qué con eso?

—Cuando Irving me dijo que estaba bajo tu protección, no lo herí, pero no creí que realmente me harías daño.

—Conozco a Irving desde hace mucho más tiempo.

Se inclinó sobre la mesa, avanzado hacia mí.

—Pero él no sale contigo.

Me encogí de hombros. No sabía que más decir. Nada me parecía una apuesta segura.

—¿Soy todavía tu «dulce» o el bautismo de fuego de anoche te hizo no querer seguir más conmigo?

—Estás en una lucha a vida o muerte y no me lo dijiste. Si me escondes algo así, ¿cómo podemos tener una relación?

—Marcus no me matará —dijo.

Lo observé. Parecía sincero. Mierda.

—Realmente lo crees, ¿verdad?

—Sí.

Quise decirle que era un tonto, pero cerré la boca y traté de pensar en algo más que decir. No me vino nada a la cabeza.

—He tratado con Marcus. He tratado con Raina. —Sacudí la cabeza—. Si de verdad crees que Marcus no te quiere muerto, te equivocas.

—Una noche y ya eres una experta —dijo.

—Sí, en esto lo soy.

—Por eso no te lo conté. Lo matarías, ¿verdad? Sólo le matarías.

—Si tratara de matarme, sí.

—Tengo que hacer esto a mi manera, Anita.

—Entonces resuélvelo, Richard. Mata al asno.

—O lo harás por mí.

Me recosté en la silla.

—Mierda, Richard. ¿Qué quieres de mí?

—Quiero saber si piensas que soy un monstruo.

La conversación iba demasiado rápido para mí.

—Me acusas de ser una asesina. ¿No debería ser esa mi pregunta?

—Conocía lo que eras cuando nos encontramos por primera vez. Creíste que era humano. ¿Todavía piensas que lo soy?

Lo observé. Se veía tan inseguro. En mi cabeza sabía que no era humano. Pero nunca lo había visto hacer cosas del otro mundo. Verlo en mi cocina, con esos ojos marrones que desbordaban sinceridad, sencillamente, no me parecía muy peligroso. Creía que Marcus no lo mataría. Era demasiado ingenuo. Quise protegerlo. Mantenerlo a salvo de alguna manera.

—No eres un monstruo, Richard.

—Entonces, por qué no me has tocado esta noche, ni siquiera un beso de bienvenida.

—Pensé que estábamos enfadados —dije—, no beso a las personas con las que estoy enfadada.

—¿Estamos enfadados? —su voz sonaba débil, insegura.

—No lo sé. Prométeme algo.

—¿Qué?

—No más secretos. Ni más mentiras, ni siquiera por omisión. Me dices la verdad, y te diré la verdad.

—De acuerdo, si me prometes no matar a Marcus.

Lo miré fijamente. ¿Cómo podría ser hombre lobo maestro, y ser tan mojigato? Era tan encantador, quería matarlo.

—No puedo prometerte eso.

—Anita…

Levanté la mano.

—Puedo prometerte no matarlo a menos que me ataque, o a ti, o a un civil.

Era el momento de Richard para observarme.

—¿Puedes matarlo sólo por eso?

—Sólo por eso.

Negó con la cabeza.

—No lo entiendo.

—¿Cómo puedes ser un licántropo y no haber matado nunca a nadie?

—Tengo cuidado.

—¿Y yo no?

—Es algo casi habitual para ti. Mataste a Alfred anoche, y no pareces lamentarlo.

—¿Debería hacerlo?

—Yo lo haría.

Me encogí de hombros. La verdad era que me incomodaba un poco. Podría haberlo solucionado sin meter a Alfred en una bolsa de cadáver. O en el estomago de sus amigos. Pero lo había matado. No regresaría. Punto final. No cambiaba eso. Sin pedir disculpas.

—Así es como soy, Richard. Acéptalo o lárgate. No voy a cambiar.

—Uno de los motivos por los que quise estar contigo hasta ahora, para empezar, fue que pensé que podría cuidarte. Los has visto ahora. Creo que puedo salir con vida, pero una persona normal, un ser humano común y corriente, ¿qué posibilidad tendría?

Sólo le miré. Le recordé con la garganta destrozada. Muerto. Pero no había muerto. Se había curado. Si hubiera sido otro hombre, otro ser humano, no se habría curado. Nunca querría amar a alguien y perderlo así. Nunca.

—Entonces, conseguiste lo que buscabas. ¿Cuál es el problema?

—Todavía te quiero. Todavía quiero abrazarte. Tocarte. ¿Puedes tocarme después de lo que viste anoche? —Evitaba mirarme. Su pelo resbaló, escondiéndole la cara.

Me levanté y avancé hacia él, mirándolo. Alzó el rostro, los ojos le brillaban con lágrimas no derramadas. La cara distorsionada por el miedo.

Creía que lo que vi anoche lo cambiaría todo entre nosotros. Pensé en la fuerza poco natural de Jason, el sudor en la cara de Marcus, Gabriel con la boca cubierta de sangre. Pero mirando fijamente el semblante de Richard, lo suficientemente cerca como para tocarlo, nada de eso importaba. Confiaba en Richard. Además, estaba armada.

Me agaché, inclinándome para besar sus labios. El primer beso fue suave, casto. No hizo ningún movimiento para tocarme, las manos en el

regazo. Besé su frente, mis manos acariciaban su pelo largo, podía sentir su calor en los dedos. Besé sus cejas, la punta de la nariz, cada mejilla y finalmente, los labios de nuevo. Suspiró, su aliento fluyó en mi boca, y presioné los labios contra los suyos, comiéndomelo.

Sus brazos me abrazaron, las manos vacilando en mi cintura, los dedos moviéndose ligeramente hacia abajo. Las manos bajaron a mis muslos, saltándose todas aquellas zonas cuestionables. Coloqué una pierna a cada lado de sus rodillas, y descubrí que la falda corta tenía sus usos. Me senté a horcajadas sobre sus rodillas, no tenía que levantar la falda ni un centímetro. Richard hizo un pequeño sonido de sorpresa. Me observó, sus ojos se ahogaban profundamente.

Retiré el jersey de su estómago, pasando las manos sobre su piel desnuda.

—Quítatelo —dije.

Se quitó el jersey con un movimiento rápido, dejándolo caer al suelo.

Me senté en sus rodillas, contemplando su pecho desnudo. Debería haberme parado ahí mismo, pero no quería hacerlo.

Presioné la cara en la curva de su cuello, aspirando el olor de su piel, su pelo cubrió mi cara como un velo. Describí con la punta de la lengua una fina línea húmeda por su cuello, a través de la clavícula. Sus manos acariciaban mi espalda, deslizándose hacia abajo. Sus dedos danzaron sobre mis nalgas, y vuelta hacia la espalda. Punto para él. No andaba a ciegas.

—El arma, ¿puedes quitártela? —preguntó con la cara sepultada en mi pelo.

Asentí, quitándome los tirantes. No podía quitarla sin retirar el cinturón de la falda. Mis manos no parecían querer trabajar.

Richard tomó mis manos y las colocó suavemente a los lados. Desabrochó la hebilla y comenzó a desatar el cinturón, trabilla a trabilla. Cada tirón hacía que me moviera sólo un poco. Sostuve el arma enfundada mientras dejaba el cinturón libre. Dejó caer al cinturón al suelo.

Doblé la pistolera del hombro con cuidado y la puse en la mesa detrás de nosotros. Regresé hacia él. Su cara estaba alarmantemente cerca. Sus labios eran suaves, llenos. Lamí los bordes de esa boca. El beso fue rápido y confuso. Quería recorrer con mi boca otras cosas. Bajar por su pecho. Nunca habíamos ido tan lejos. Ni tan cerca. Sacó mi blusa de la falda, recorriendo con las manos mi espalda desnuda. La sensación de su piel en sitios que nunca había tocado antes me hizo estremecer.

—Tenemos que detenernos ahora —susurré contra su cuello, no estaba segura.

—¿Qué?

—Para.

Lo empujé un poco hacia atrás, lo suficiente para ver su cara. Para respirar, sólo un poco. Mis manos todavía jugaban con su pelo, tocándole los hombros. Dejé caer mis manos. Controlándome. Él era tan ardiente. Me llevé las manos a la cara, podía olerlo en mi piel. No quería detenerme. El gesto de su cara, la sensación de su cuerpo, tampoco quería.

—Debemos detenernos ahora.

—¿Por qué? —Su voz era casi un susurro.

—Si no nos detenemos ahora, no nos detendremos en absoluto.

—¿Sería tan malo?

Miré fijamente sus adorables ojos a centímetros de los míos, casi dije: «no».

—Tal vez, sí.

—¿Por qué?

—Una noche nunca es suficiente. O tienes una dieta regular de esto, o cortas el mono.

—Puedes tenerlo todas las noche —dijo.

—¿Es una oferta? —pregunté.

Parpadeó, tratando de aclararse. Pensar. Observé su esfuerzo y su lucha interior. Era difícil pensar sentada en sus rodillas. Me levanté. Sus manos estaban todavía bajo mi camisa, en mi espalda desnuda.

—Anita, ¿qué sucede?

Me puse de pie, le recorrí con la mirada, tenía las manos sobre sus hombros para equilibrarme, demasiado cerca aún para pensar claramente. Retrocedí, y me soltó. Apoyé las manos sobre la encimera de la cocina, intentando pensar lo suficiente como para recuperarme. Traté de pensar en cómo decirle de una vez, el precio de un par de años de dolor.

—Fui siempre una buena chica. No fui promiscua. En la Universidad conocí a alguien, nos comprometimos, pusimos fecha, hicimos el amor. Se deshizo de mí.

—¿Lo hizo sólo para llevarte a la cama?

Negué con la cabeza y me giré para mirarlo. Todavía estaba allí sentado sin camisa, viéndose delicioso.

—Su familia me desaprobó.

—¿Por qué?

—A su madre no le gustaba que mi madre fuera mexicana. —Apoyé la espalda contra los armarios, cruzando los brazos, abrazándome con ellos—. No me amaba lo suficiente como para enfrentarse a su familia. Lo eché de menos de muchas formas, pero mi cuerpo también lo echó de menos. Me prometí que nunca dejaría que pasase otra vez.

—Entonces esperas hasta el matrimonio —dijo.

Asentí.

—Te quiero Richard, egoístamente, pero no puedo. Me prometí que nunca dejaría que me lastimaran así otra vez.

Se levantó y se acercó hasta estar ante mí. Estaba de pie tan cerca, pero no trató de tocarme.

—Entonces, cásate conmigo.

Alcé la vista.

—Sí, de acuerdo.

—No, lo digo en serio. —Colocó las manos suavemente sobre mis hombros—. He pensado en pedírtelo antes, pero tenía miedo. No habías visto lo que un licántropo puede hacer, lo que podemos ser. Sabía que tenías que verlo antes de que pudiera preguntártelo, pero tenía miedo de que lo vieras.

—Todavía no te he visto cambiar —dije.

—¿Necesitas verlo?

—Estando aquí contigo, diría que no, pero si somos realistas, si hablamos en serio, posiblemente.

—¿Ahora?

Fijé la mirada en la oscuridad cercana y lo abracé. Me apoyé en él y negué con la cabeza, mi mejilla se deslizo a lo largo del pecho desnudo.

—No, ahora no.

Besó la parte superior de mi cabeza.

—¿Es un sí?

Levanté la cabeza para mirarlo.

—Debería decir que no.

—¿Por qué?

—Porque la vida es demasiado complicada para eso.

—La vida siempre es complicada, Anita. Dime que sí.

—Sí.

Al minuto de decirlo, quise retractarme. Lo deseaba mucho. Incluso

puede que lo amara más que un poco. ¿Sospechaba que sería capaz de comerse a la pequeña caperucita roja? Infiernos, él no podía consentir matar al Lobo Malo Grande. De los dos, era la más propensa a matar a la gente.

Me besó, sus manos presionaron mi espalda.

—Nada de sexo esta noche. La regla todavía sigue vigente —dije retrocediendo para respirar.

Bajó su boca y habló con nuestros labios casi tocándose.

—Lo sé.



DIECIOCHO

Llegaba tarde a mi primera cita zombi. Sorpresa, sorpresa. Llegar tarde a la primera reunión me retrasaba también a las otras dos. Eran las 2:03 cuando logré llegar a la habitación de Edward. Llamé a la puerta. La abrió y se hizo a un lado.

—Llegas tarde.

—Sí —le respondí.

La habitación era bonita pero corriente. Una sencilla cama de matrimonio, mesitas de noche, dos lámparas y un escritorio colocado contra la pared más lejana. Las cortinas estaban cerradas sobre el amplio ventanal que cubría la pared. La luz del cuarto de baño estaba encendida y la puerta abierta. La puerta del armario estaba entreabierta, demostrando que había colgado la ropa. Pensaba quedarse durante un tiempo.

La televisión estaba encendida con el volumen bajo. Estaba sorprendida. Edward no ve la televisión. Había un vídeo grabador colocado

sobre la tele. Eso no forma parte de lo que normalmente tienen las habitaciones corrientes.

—¿Quieres algo del servicio de habitaciones antes de que empecemos?

—Una Coca-Cola estaría genial.

Sonrió.

—Pensaba que tendrías gustos caros, Anita.

Fue al teléfono e hizo el pedido. Ordenó un filete, que raro, con una botella de Borgoña. Me quité mi abrigo y lo puse sobre la silla del escritorio.

—No bebo —le dije.

—Lo sé —respondió—. ¿Quieres refrescaste mientras esperamos la comida?

Eché un vistazo y vislumbre la imagen distante de mi misma en el espejo del cuarto de baño. La sangre de pollo se había secado con un pegajoso color ladrillo en mi cara.

—Veo a que te refieres.

Cerré la puerta del cuarto de baño y me miré en el espejo. La iluminación era fuerte, de ese blanco deslumbrante que tantos cuartos de baño de hoteles parecen tener. Es tan poco atractiva que hasta a la Srta. América no le quedaría bien.

La sangre destacaba como tiza roja sobre mi piel pálida. Llevaba puesta una sudadera blanca con motivos navideños que tenía la imagen de Maxine de los anuncios «Shoebox Hallmark». Bebía café con un bastón de caramelo en la mano, mientras decía «Esto es tan jovial como quiero».

Bert nos había pedido que nos vistiéramos con cosas de estilo navideño durante todo el mes. Tal vez la sudadera no era exactamente lo que tenía en mente, pero oye, era mejor que algunas otras cosas que tenía en casa.

Había sangre en la tela blanca. Figuras. Me la quité dejándola en la bañera. Tenía sangre sobre el corazón. Incluso se había manchado una parte de mi cruz de plata. Tenía sangre en mis cosas, en la cara y en las manos. Había matado tres pollos esta noche. El levantamiento de zombis era un trabajo sucio.

Tomé una de las toallitas blancas del pequeño estante de toallas. Me pregunté cómo explicaría Edward las manchas de sangre a la asistenta. No es asunto mío, pero sería divertido de todos modos.

Dejé correr el agua en el lavabo y comencé a lavarme bien. Pude ver brevemente la sangre cayendo por mi cara en acuosos riachuelos. Me

levanté y me miré fijamente. Mi cara se veía fresca y ligeramente sorprendida. ¿Se había declarado Richard de verdad? ¿Le había dicho que sí en realidad? Seguramente no. Le había dicho sí. Mierda.

Limpié con un paño la sangre de mi pecho.

Juego con monstruos todo el tiempo. Así que, estaba comprometida con uno. Eso me bloqueó. Me senté en la tapa cerrada del inodoro, con el paño ensangrentado en las manos. Estaba comprometida. Otra vez.

La primera vez, él había sido como el pan blanco, que hasta a Judith le había gustado. Era el «típico chico americano» y no había sido lo suficientemente buena para él, según su familia. Lo que más me dolió fue que no me había amado lo suficiente. No tanto como yo lo había amado. Lo habría dejado todo por él. No es un error que vaya a cometer dos veces.

Richard no es como él. Lo sé. Pero aún tengo ese gusanillo de la duda. Temor a que lo estropee. Temor a que no. Maldito si lo haces, maldito si no.

Miré hacia abajo y me di cuenta de que goteaba el agua ensangrentada en el linóleo. Me arrodillé y lo sequé. Estaba tan limpia como podría estarlo hasta que me duchara en casa. Si hubiera traído ropa limpia, podría haberlo hecho aquí, pero no había pensado en ello.

Edward llamó en la puerta.

—La comida esta aquí.

Me vestí, puse la toallita en el lavabo y dejé correr agua fría sobre ella. Me aseguré de que la tela no obstruyera el desagüe y abrí la puerta. El olor del filete me golpeó. Olía muy bien. No comía desde hacía más de ocho horas y sinceramente, no había comido mucho entonces. Richard me había distraído.

—¿Crees que el servicio de habitaciones nos fusilaría si hiciéramos otro pedido?

Hizo un pequeño gesto con la mano hacia el carrito de servicio. Había dos pedidos en él.

—¿Cómo sabías que tendría hambre?

—Siempre olvidas comer —me respondió.

—Estas a punto de ser la madre del año.

—Lo menos que puedo hacer es pedirte la comida.

Lo miré.

—¿Qué tramas, Edward? Eres terriblemente considerado.

—Te conozco lo suficiente para saber que no te va a gustar. Pedí la

comida en una oferta de paz.

—¿No me gustará qué?

—Comamos, mira la película y todo se aclarará.

Estaba siendo cauteloso. No estaba siendo él. Te disparaba, pero no sería agradable.

—¿Qué te sucede Edward?

—No más preguntas hasta que acabe la película.

—¿Por qué no?

—Así tendrás mejores preguntas.

Con aquella respuesta inescrutable se sentó en el borde de la cama y sirvió una copa de vino tinto. Cortó la carne, que estaba lo bastante cruda como para sangrar por el centro.

—Por favor, dime que mi filete no está sangriento.

—No lo está. Sé que te gusta la carne bien hecha.

—Ja, ja.

Pero me senté. Me parecía extraño compartir una comida en la habitación del hotel de Edward, como si fuéramos empresarios que viajan juntos y ésta fuera una cena de negocios. El filete estaba bien hecho. Las gruesas patatas fritas caseras estaban apropiadamente condimentadas y ocupaban casi tanto como el filete. Había un plato adicional de brécol, el cual pude desplazar a un lado e ignorar.

La Coca-Cola venía en una copa helada, lo que parecía un poco excesivo, pero se veía bien.

—La película va a comenzar cerca del final. No creo que tengas ningún problema para captar la trama.

Presionó los botones del mando a distancia y la pantalla de la tele parpadeó, cambiando de un programa concurso a un dormitorio.

Una mujer de largo pelo castaño estaba acostada boca arriba en una cama redonda. Estaba desnuda, o al menos lo que podía ver de ella estaba desnudo. Por debajo de la cintura, estaba escondida tras el trasero que un hombre moreno que se movía frenéticamente.

—Esto es pornografía. —No intenté ocultar la incredulidad de mi voz.

—Ciertamente, lo es.

Le recorrí con la mirada. Cortaba el filete con movimientos de manos claramente delineados y precisos. Masticó un trozo, bebió vino y miró la pantalla.

Volví la mirada a la «película». Un segundo hombre se había unido con

la pareja en la cama. Era más alto que el primer hombre, con el pelo más corto, pero más allá de eso, era un poco difícil decirlo, principalmente porque intentaba no mirar.

Estaba sentada en el borde de la cama de Edward con nuestros jugosos filetes y por primera vez me sentí incomoda con él. Nunca hubo ningún tipo de tensión sexual entre nosotros. Podríamos matarnos un día, pero nunca nos besaríamos. Y sin embargo, todavía estaba en la habitación de hotel de un hombre mirando una película porno, las chicas buenas no hacen eso.

—Edward, ¿qué demonios pasa?

Presionó unos botones del mando a distancia. Y congeló la escena.

—Aquí, la imagen de la cara.

Me volví hacia a la pantalla. La imagen congelada me miró fijamente. Era el segundo hombre. Era Alfred.

—¡Oh Dios!, —dije.

—¿Lo conoces? —preguntó Edward.

—Sí.

No tenía ningún motivo para negarlo. Alfred estaba muerto. Edward no podría hacerle daño.

—¿Nombre?

—Alfred. No sé su apellido.

Presionó el botón de avance rápido. Las imágenes de la pantalla se movían a un ritmo feroz, haciendo cosas íntimas que habrían sido obscenas a cualquier velocidad. En avance rápido parecía más triste. Ridículo así como también degradante.

Pulso la pausa otra vez. La cara de la mujer estaba en un primer plano, la boca abierta, los ojos provistos de una languidez sexual. El pelo estaba extendido ingeniosamente sobre la almohada de seda. Debería haber resultado provocativo. Estaba colocado para no serlo.

—¿La conoces?

Negué con la cabeza.

—No.

Presionó el botón otra vez.

—Estamos cerca del final.

—¿Y el otro hombre?

—Lleva puesta una máscara que le cubre toda la cara.

El hombre enmascarado embestía a la mujer desde atrás. Sus caderas le

cubrían el trasero, la línea de su muslo acoplado al de ella. Se recostó sobre la espalda desnuda de la mujer, masajeándole la parte superior de los brazos. Parecía cubrirla más que otra cosa. Parecía haber muy poco sexo.

Ella soportaba el peso de él sobre las manos y las rodillas. Su aliento era jadeante. Un gruñido ronco fluyó por la habitación. La cámara enfocó un primer plano de la espalda del hombre. La piel ondeó, como si una mano la hubiera rozado desde dentro, después desapareció. Más ondulaciones, como si algo pequeño buscara la forma de salir.

Un enfocado desde un ángulo más amplio lo mostró todavía cubriendo a la mujer. Las ondulaciones en la espalda aumentaban. Podías ver cosas raras empujando contra su piel, movimientos bastante grandes que se podrían haber visto incluso si hubiera estado vestido. Como los que había visto en Jason anoche.

Tenía que confesar que esta parte era fascinante. Había visto cambiaformas, pero nunca como esto. No al detalle, no a través del objetivo de una cámara.

La piel se rajó a lo largo de la espalda y se irguió, con las manos abrazando su cintura, gritando. Un líquido claro fluyó bajando por la espalda, empapó la cama y a la mujer debajo de él. Ella lo estimuló un poco más, moviendo las nalgas contra él, empujando contra él, arqueándose en la cama.

Un pelaje negro afloró en la espalda. Las manos le temblaban a los lados. Se inclinó sobre ella otra vez hundiéndolas en la cama. Las manos eran sólo manos, después, aquellos dedos humanos desgarraron la cama, rasgando el relleno blanco con grandes cortes.

El hombre pareció encogerse. El pelaje fluyó más y más rápido, a una velocidad constante. La máscara se le cayó. La cara estaba demasiado deforme para sostenerla. La cámara hizo un enfoque de la máscara caída. Un poquito de arte en todo esto… oh, demonios. No tuve palabras para eso.

El hombre desapareció. Un leopardo negro montaba a la mujer, y parecía muy feliz con el arreglo.

El leopardo se inclinó sobre la ella, los labios se replegaron mostrando los colmillos. La mordió en la espalda, extrayendo un poco de sangre. Ella gimió levemente, un estremecimiento se extendió por su cuerpo.

Alfred volvió a aparecer en la escena. Estaba todavía en su forma humana. Avanzó lentamente hasta la cama y besó a la mujer. Fue un beso largo, completo, lengua contra lengua. Se levantó sobre las rodillas, todavía

besándola, meciendo el cuerpo con los movimientos. Parecía muy excitado al verla.

La espalda onduló y se desgarró, sus manos aferraban las sábanas. El cambio pareció ser mucho más rápido en él. La cámara enfocó un primer plano de una de sus manos. Los huesos se deslizaron por la piel con ruidos húmedos, de succión. Los músculos y los ligamentos reptaron lentamente y se reacomodaron. La piel se desgarró, y el mismo líquido claro salió a raudales. La mano se transformó en una desnuda garra antes de que el pelaje oscuro fluyese sobre ella.

Estaba sobre las piernas dobladas, medio lobo, medio hombre, pero todo macho. Echó hacia atrás la cabeza y aulló. El sonido era tan intenso, de una calidad resonante que llenó la habitación.

La mujer lo contempló, con los ojos abiertos de par en par. El leopardo salto alejándose de ella, girando sobre la cama, como un gatito grande para todo el mundo. Comenzó a rodar sobre sí mismo en las sabanas, hasta que sólo se veía el pelaje negro de la cara.

La mujer se puso boca arriba, despatarrada. Extendió las manos hacia el hombre lobo, pasando la lengua por sus labios como si realmente pasara un buen rato. Tal vez era así. Él empujó dentro de ella, no fue tierno. Ella gimió como si fuera lo mejor que había sentido alguna vez.

Hacía ruidos. Cualquiera diría que era una muy buena actriz o estaba cerca del clímax. No estaba segura de cual escoger. Una buena actuación, creo.

Ella llegó al orgasmo con un sonido entre un quejido y un grito de alegría. Se recostó en la cama jadeando, con el cuerpo líquido. El hombre lobo dio un último empuje estremecido y marcó con las garras el cuerpo desnudo.

Ella gritó, no requería actuación. La sangre chorreaba del cuerpo en riachuelos escarlatas. El leopardo aulló sobresaltado y brincó de la cama. La mujer colocó las manos delante de la cara y las garras le despedazaron los brazos en un lado. La sangre brotaba y vislumbré el hueso del brazo donde las garras habían arrancado toda la carne.

Los gritos eran altos y continuos, un chillido fuerte después de otro, tan rápido como podía respirar. El hocico puntiagudo del hombre lobo bajó hacia la cara. Tuve una imagen de la mandíbula aplastada de la víctima del crimen. Pero él fue a la garganta. La mordió, salpicando una gran cantidad de sangre.

Los ojos miraron fijamente a la cámara, grande y resplandeciente, aburrido con la muerte. La sangre en cierta forma no había manchado su rostro. El hombre lobo se levantó otra vez a dos patas, la sangre le goteaba por la mandíbula. Un pegote le caía por la cara, corriendo entre los ojos que nos miraba fijamente.

El leopardo salto de regreso sobre de la cama. Lamió la cara por completo, con lamidas largas y seguras de su lengua. El hombre lobo se encargó de la parte de abajo del cuerpo, deteniéndose en el estómago.

Vaciló, un ojo amarillo miró fijamente la cámara. Y comenzó a alimentarse. El leopardo se unió al festín.

Cerré los ojos, pero los sonidos eran suficientes. Sonidos intensos, húmedos y desgarradores llenaron la habitación.

—Apágalo —me oí decirle.

Los sonidos se detuvieron, y asumí que Edward había apagado la cinta, pero no alcé la vista para comprobarlo. No miré hasta que oí el zumbido del rebobinado de la cinta.

Edward cortó un pedazo de bistec.

—Si comes eso ahora mismo, vomitaré sobre ti.

Sonrió, pero dejó los cubiertos. Me miró. Tenía una expresión indiferente, como la mayoría de las veces. No sabía si había disfrutado de la película o le había asqueado.

—Ahora puedes preguntarme —dijo.

Parecía la misma voz de siempre, agradable, sin afectarse por estímulos externos.

—Jesús, ¿dónde conseguiste esa cinta?

—De un cliente.

—¿Por qué te la dio?

—La mujer era su hija.

—Oh, Dios, por favor, dime que él no la vio.

—Sabes que sí. ¿Quieres saber si la vio hasta el final o por qué me contrató? La mayoría de los hombres no contratan a gente para matar a los amantes de su hija.

—¿Te contrató para matar a los dos hombres?

Edward asintió.

—¿Por qué me lo enseñaste?

—Porque sabía que me ayudarías.

—No soy una asesina, Edward.

—Sólo ayúdame a identificarlos. Yo haré el resto. ¿Puedo beber un poco de vino?

Asentí.

Bebió el vino a sorbos. El líquido oscuro rodó por el cristal, pareciendo mucho más rojo que antes de la película. Tragué con fuerza y aparté la mirada. No vomitaría. No vomitaría.

—¿Dónde puedo encontrar a Alfred?

—En ninguna parte —dije.

Colocó la copa con cuidado en la bandeja.

—Anita, me decepcionas, pensé que me ayudarías después de ver lo que le hicieron a la chica.

—No estoy siendo poco cooperativa. Esa película es una de las peores cosas que he visto alguna vez, y he visto muchísimo. Es demasiado tarde para que encuentres a Alfred.

—¿Cómo que demasiado tarde?

—Lo maté anoche.

Una sonrisa apareció en su cara, una hermosa sonrisa.

—Siempre haces mi trabajo más fácil.

—No a propósito.

Se encogió de hombros.

—¿Quieres la mitad de los honorarios? Hiciste la mitad del trabajo.

Negué con la cabeza.

—No lo hice por dinero.

—Dime lo que pasó.

—No.

—¿Por qué no?

Lo miré.

—Porque cazas licántropos, no quiero entregarte a alguien por accidente.

—El hombre leopardo merece morir, Anita.

—No lo niego. Aunque, técnicamente, él no mató a la chica.

—El padre los quiere a ambos. ¿Lo culpas?

—No, supongo que no.

—Entonces, ¿me ayudarás a identificar al otro hombre?

—Tal vez. —Me levanté.

—Tengo que llamar a alguien. Necesito que alguien más vea esta película. Él podría ayudarte más que yo.

—¿Quién?

Negué con la cabeza.

—Déjame ver si vendrá primero.

Edward me concedió una larga inclinación con la cabeza, casi una reverencia con el cuello.

—Como quieras.

Marqué de memoria el número de Richard. Me contestó la máquina.

—Soy Anita, contéstame si estás ahí. Richard, contéstame. Esto es importante.

Nadie cogió el teléfono.

—Maldición —dije.

—¿No hay nadie en casa? —preguntó Edward.

—¿Tienes el número del Café Lunático?

—Sí.

—Dámelo.

Repitió el número lentamente, y lo marqué. Una mujer contesto. No era Raina. Daba gracias por ello.

—Café Lunático, le atiende Polly, ¿cómo puedo ayudarle?

—Necesito hablar con Richard.

—Lo siento, no tenemos ningún camarero con ese nombre.

—Mira, fui una invitada de Marcus anoche. Necesito hablar con Richard. Es una emergencia.

—No sé. Quiero decir, están todos ocupados en la parte de atrás.

—Mira, consigue que Richard se ponga al teléfono ahora.

—A Marcus no le gusta ser molestado.

—Polly, ¿verdad? Llevo en pie más de trece horas. Si no pones a Richard al teléfono ahora, voy a ir, y personalmente, te romperé el culo. ¿He hablado claro?

—¿Quién es? —Parecía un poco cabreada y para nada asustada.

—Anita Blake.

—¡Oh! —dijo—. Le traeré a Richard, en seguida, Anita, en seguida.

Tenía un tinte de pánico en la voz que no había tenido antes. Me puso en espera. Alguien con un enfermo sentido del humor había recopilado The Musak: Moonlight and Roses, Blue Moon, Moonlight Sonata. Cada canción tenía un tema sobre la luna. Estaba a mitad de «Moon over Miami» cuando el teléfono volvió a la vida.

—Anita, soy yo. ¿Qué te pasa?

—Estoy bien, pero tengo algo que tienes que ver.

—¿Puedes decirme qué es?

—Sé que suena cursi, pero no por teléfono.

—¿Seguro que no buscas sólo una excusa para verme otra vez? —Había un tono de broma en la voz.

Había sido una noche demasiado larga.

—¿Puedes verme?

—Por supuesto. ¿Qué pasa? Tu voz suena horrible.

—Necesito un abrazo y borrar la última hora de mi vida. Pero lo primero me lo puedes dar cuando llegues aquí, con lo segundo tendré que vivir.

—¿Estás en casa?

—No.

Miré a Edward, poniendo la mano sobre el receptor.

—¿Puedo darle el numero de la habitación del hotel?

Asintió.

Di a Richard la habitación y la dirección.

—Estaré allí tan pronto como pueda.

Vaciló.

—¿Qué le dijiste a Polly? Está casi histérica —preguntó después.

—No te ponía al teléfono.

—La amenazaste —dijo.

—Sí.

—¿Era una amenaza banal?

—Más o menos.

—Los miembros dominantes de la manada no hacen amenazas banales a los subordinados.

—No soy miembro de la manada.

—Después de anoche eres un dominante. Ellos te tratan como una pícara licántropo dominante.

—¿Qué significa eso?

—Significa que cuando le dices a alguien que vas a romperle el culo, te creen.

—Ah, lo siento.

—No me pidas perdón a mí, pídeselo a Polly. Estaré allí antes de que consigas calmarla.

—No la pongas, Richard.

—Es lo que consigues por ser rápida disparando. La gente se asusta de ti.

—Richard…

Una sollozante voz femenina llegó por la línea. Pasé los siguientes quince minutos convenciendo a una cambiaformas llorosa que no iba a hacerle daño. Mi vida se volvía demasiado extraña, hasta para mí.



DIECINUEVE

Richard se equivocó. No llamó a la puerta mientras yo estaba al teléfono calmando a Polly. Estaba tan agradecida de que la hubiera perdonado por su grosería, que resultaba embarazoso. Ondas de obediencia manaban del teléfono. Colgué.

—¿Te llevó casi veinte minutos convencer a un hombre lobo de que no ibas a hacerle daño? —Edward me sonreía abiertamente. Se había sentado en una de las sillas mullidas.

—Sí.

Se rió de forma exagerada y repentina. La sonrisa desapareció, dejando en su cara una especie de rubor. Los ojos le brillaban con algo más oscuro que el humor. No estaba segura de lo que pensaba, pero no parecía agradable.

Se deslizó por la silla, apoyando la nuca en el respaldo, con las manos enlazadas sobre el estómago y los tobillos cruzados. Parecía encontrarse

completamente cómodo.

—¿Cómo has llegado a ser el terror de los pequeños y buenos hombres lobo en todas partes?

—No creo que estén acostumbrados a dispararse y matarse entre ellos. Al menos, no a la primera de cambio.

Sus ojos bulleron a fuego lento por alguna broma oscura.

—¿Entraste ahí y mataste a alguien en la primera visita? Infiernos Anita, he estado allí tres veces y aún no he matado a nadie.

—¿Cuánto tiempo llevas en la ciudad?

Me miró durante un largo instante.

—¿Es una pregunta trivial o necesitas saberlo?

Se me había ocurrido que Edward podría secuestrar a ocho licántropos y no dejar ningún rastro. Si algún humano podía hacerlo, era él.

—Tengo que saberlo —contesté.

—Mañana hará una semana.

Sus ojos estaban idos, vacíos. Era tan distante como cualquiera de los cambiaformas de la pasada noche. Hay más de un camino para convertirse en depredador.

—Por supuesto, tendrás que asegurarte. Puedes comprobar la inscripción, pero podría haber cambiado de hoteles.

—¿Por qué me mentirías?

—Disfruto con ello —contestó.

—No es la mentira lo que te divierte.

—¿Qué me divierte?

—Conocer algo que yo desconozco.

Se encogió levemente de hombros y se deslizó por la silla, no tuvo que resultarle fácil colocarse de esa forma. Lo hizo parecer elegante.

—Envidiosa.

—No es sólo por mí. Te gusta guardar secretos por el placer de ello.

Entonces sonrió de forma lenta y perezosa.

—Me conoces realmente bien.

Iba a decir; «somos amigos», pero la expresión de sus ojos me detuvo. Su mirada fija era demasiado intensa. Parecía estudiarme como si nunca me hubiese visto antes.

—¿En qué piensas Edward?

—En que puedes ser capaz de hacerme la competencia por dinero.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Sabes cuánto me gusta un desafío.

Le contemplé.

—¿Hablas de competir contra mí? ¿Para ver quién es mejor?

Le hice la pregunta y no me dio la respuesta que esperaba.

—Sí.

—¿Por qué?

—No lo haré. Me conoces; sin dinero, no hay asesinato, pero sería… interesante.

—No seas espeluznante, Edward.

—Es la primera vez que me pregunto si ganarías.

Me asustaba. Iba armada y él no lo parecía, pero Edward siempre lo estaba.

—No lo hagas, Edward.

Se sentó con un movimiento ágil. Mi mano saltó al arma. Estaba a mitad de camino fuera de la pistolera, cuando comprendí que no había hecho ningún movimiento más, tan sólo se quedó sentado. Solté un aliento vacilante y coloqué el arma en la funda.

—No juegues conmigo, Edward. Si lo haces, uno de nosotros saldrá lastimado.

Extendió sus amplias manos.

—No más juegos. Me gustaría saber cuál de los dos es el mejor Anita, pero no quiero matarte.

Dejé que mi mano se relajara. Si Edward dijera que iba a matarme esta noche, le creería. Si alguna vez lo hiciéramos de verdad, me lo diría primero. A Edward le gustaba ser deportivo con esas cosas. Sorprender a su víctima haría las cosas fáciles.

Golpearon en la puerta. Salté. «¿Nerviosa? Quién, ¿yo?». Edward se sentó como si no lo hubiera oído, contemplándome aún con ojos escalofriantes. Fui hacia la puerta. Era Richard. Me rodeó con sus brazos y se lo permití. Me incliné contra su pecho, siendo muy consciente de que no podría sacar el arma demasiado rápido abrazada a su cuerpo.

Retrocedí y le llevé a la habitación. Me miró de manera inquisitiva.

Sacudí la cabeza.

—¿Recuerdas a Edward?

—Anita, no me dijiste que todavía salías con Richard.

La voz de Edward era agradable, normal, como si no se hubiese estado preguntando si le gustaría matarme. Su cara era sincera, amistosa. Caminó

a través de la habitación con la mano extendida. Era un magnifico actor.

Richard apretó su mano pareciendo un poco perplejo. Me miró.

—¿Qué sucede, Anita?

—¿Puedes poner la película?

—Si me dejas comer mientras. Mi filete se está quedando helado —comentó Edward.

Tragué con fuerza.

—Has visto la película antes, y aún así pides filetes. ¿Por qué?

—Quizás para comprobar si podías comer después de verla.

—Bastardo competitivo.

Sólo sonrió.

—¿Qué película? —preguntó Richard.

—Cómete el filete, Edward. La veremos cuando acabes.

—¿Tanto te molesta?

—Calla y come.

Se sentó al borde de la cama y comenzó a cortar la carne. Era roja. La sangre goteaba por ella. Me dirigí al cuarto de baño. No iba a ponerme enferma, pero si le veía comer aquel trozo de carne, lo estaría.

—Voy a esconderme en la habitación de baño. Si quieres una explicación, ven conmigo —agregué.

Richard echó un vistazo a Edward, entonces me siguió.

—¿Qué sucede?

Lo empujé al cuarto de baño y cerré la puerta detrás de nosotros. Abrí el grifo del agua fría del lavabo y me mojé la cara.

Agarró mis hombros, masajeándolos.

—¿Estás bien?

Negué con la cabeza, el agua me goteaba por la cara. Busqué a tientas una toalla y la presioné contra ella, sosteniéndola por un minuto. Edward no me había advertido porque le gustaba sobresaltar a la gente. Y una advertencia habría disminuido el impacto. ¿Cuánto impacto quería que aguantara Richard?

Me volví hacia él, con la toalla aferrada en las manos. Parecía preocupado, una tierna preocupación. No quería que lo estuviera. ¿Realmente había dicho que sí hacía sólo ocho horas? Parecía cada vez menos real.

—Es una película porno —dije.

Pareció sorprendido. Bien.

—¿Porno? ¿Estás hablando en serio?

—Absolutamente —afirmé.

—¿Por qué tengo que verla?

Una pregunta cruzó por su mente.

—¿Por qué la viste con él?

Allí estaba, un pequeño atisbo de cólera en su voz.

Entonces me reí. Me reí hasta que las lágrimas se secaron en mi cara y me quedé sin aliento para hablar.

—¿Qué es tan gracioso? —parecía un poco indignado.

—Ten miedo de Edward, pero nunca estés celoso de él —añadí cuando pude hablar sin jadear.

La risa me había ayudado. Me sentía mejor, menos sucia, menos avergonzada, hasta un poco menos horrorizada. Lo miré. Todavía llevaba puesto el suéter verde que había terminado en el suelo de la cocina hacía rato. Se veía maravilloso. Comprendí que no. Con mi sudadera extragrande, llena de manchas de sangre, vaqueros, y zapatillas de deportes, había perdido varios puntos en mi preciosa partida. Sacudí la cabeza. ¿Importaba? No, me retrasaba. No quería regresar. No quería ver la película de nuevo. Seguramente, no quería sentarme en la misma habitación con el hombre con el que podría casarme y mirarle mientras veía una película porno. ¿Debería echarle a perder el final? ¿Se excitaría antes de que se estropeara? Observé su cara tan humana y me lo pregunté.

—La película va sobre licántropos y una humana.

—¿Están ya a la venta? —preguntó.

Era mi turno de parecer sorprendida.

—¿Sabes algo sobre la película? Hablaste en plural, ¿hay más?

—Desafortunadamente —contestó.

Se apoyó contra la puerta, dejándose caer para sentarse en el suelo como los indios. Si hubiera estirado las piernas, no habría quedado espacio para ambos en el baño.

—Explícamelo, Richard.

—Fue idea de Raina —comentó—. Convenció a Marcus para que nos ordenara participar a algunos de nosotros.

—Te hizo… —No podía decirlo.

Negó con la cabeza. El nudo en mi pecho se alivió.

—Raina intentó ponerme delante de las cámaras. Los que necesitan esconder su identidad usan máscaras. Yo no lo haría.

—¿Marcus te lo ordenó?

—Sí. Estas malditas películas son uno de los principales motivos por los que comencé a ascender en la manada. Cualquiera que esté por encima podría ordenarme. Si Marcus les da el visto bueno, pueden ordenarme hacer casi de todo durante mucho tiempo, si no es ilegal.

—Un momento. ¿Las películas no son ilegales?

—La bestialidad es ilegal en algunos estados, pero lo escabullimos entre las grietas de la ley.

—¿No hay nada más ilegal en estas películas? —pregunté.

Me miró.

—¿Qué hay en esa película que te tiene tan asustada?

—Es una peli snuff.

Sólo me contempló, sin ningún cambio de expresión, como esperando que dijera algo más.

—No puedes hablar en serio —añadió cuando no lo hice.

—Desearía que no lo fuera.

Negó con la cabeza.

—Incluso Raina no haría esto.

—Raina no está en la película.

—Pero Marcus no lo aprobaría, eso no.

Se levantó, usando sólo sus piernas y la pared. Andaba de arriba abajo cerca de la bañera y retrocedía. Me pasó rozando, golpeando fuertemente contra la pared y provocando un sonido seco. Se giró, nunca lo había visto tan cabreado.

—Hay otras manadas por todo el país. No tiene por qué ser la nuestra.

—Aparece Alfred.

Apoyó la espalda contra la pared más alejada, y golpeó de nuevo contra la pared.

—No puedo creerlo.

Edward llamó a la puerta.

—La película está lista.

Richard abrió bruscamente la puerta y entró en la habitación como una tormenta atronadora. Por vez primera sentí un poco de aquella energía del otro mundo irradiando de él Los ojos de Edward se ensancharon.

—¿Le ofreciste un avance?

Asentí.

La habitación estaba a oscuras excepto por la televisión.

—Les dejaré a ustedes dos, aves del amor, la cama. Me sentaré aquí.

Se sentó de nuevo en la silla, erguido, mirándonos.

—Ignórenme si la necesidad los golpea.

—Cállate y pon la película —le ordené.

Richard se había sentado en el borde de la cama. El carrito del servicio de habitaciones había desaparecido, junto con su ofensiva carne.

Genial, una razón menos para vomitar. Richard parecía haberse calmado. Parecía bastante normal ahí sentado. El flujo de energía había desaparecido tan limpiamente que me pregunté si lo había imaginado.

Eché un vistazo a la cara de Edward. Miraba a Richard como si hubiera hecho algo interesante. No me lo habría imaginando. Pensé en encender las luces, pero no lo hice. La oscuridad parecía mejor para esto.

—Edward.

—Hora del espectáculo —añadió.

Apretó el botón y comenzó de nuevo.

Richard se puso rígido en la primera imagen. ¿Había reconocido al otro hombre? No pregunté, aún. Le dejaría verlo, después preguntaría.

No quise sentarme en la cama con mi amorcito mientras veía esa porquería. En realidad, tal vez no me había planteado lo que el sexo podía significar para Richard. ¿Sería así con un cambiaformas? ¿Bestial? Esperaba que no, no estaba segura de cómo averiguarlo sin preguntar, y no quería preguntar. Si la respuesta era sí a la bestialidad, la boda sería cancelada.

Finalmente caminé por delante de la pantalla y me senté en la otra silla, al lado de Edward. No quería ver la película otra vez. Por lo visto, Edward tampoco. Ambos mirábamos a Richard mientras la veía. No estaba segura qué esperaba o qué quería ver. La cara de Edward no mostraba nada. Con los ojos entrecerrados, se había deslizado en la silla otra vez. Parecía dormido, pero le conocía muy bien. Era consciente de todo lo que sucedía en la habitación. No estaba segura de que Edward alguna vez durmiera de verdad.

Richard miró a solas. Se sentó al borde de la cama, con las manos enlazadas y los hombros encorvados. Sus ojos estaban brillantes, reflejaban la luz del televisor. Podía ver la acción mirando su cara. El sudor brilló en su labio superior. Lo enjugó, me pilló mirándole. Se mostró avergonzado, después cabreado.

—No me mires, Anita.

Su voz sonó ahogada por algo más que la emoción, o menos. No podía fingir dormir como Edward. ¿Qué demonios se suponía que debía hacer?

Me levanté y dirigí mis pasos hacia el baño. No miré a la pantalla de forma deliberada, pero tuve que cruzar por delante. Sentí la mirada de Richard mientras me movía. Sus ojos en mi espalda hicieron que me picara la piel. Me limpié las palmas sudadas en los vaqueros. Cambié de dirección, de forma lenta, para encararlo.

Me miraba a mí, no a la película. Había rabia y odio en su cara, cólera habría sido una palabra demasiado suave. No creí que fuese conmigo con quien estaba furioso. ¿Esto nos dejaba a quién? ¿Raina? ¿Marcus…? ¿Él mismo?

El grito de la mujer le hizo girar la cabeza hacia la película. Observé su cara mientras su amigo la mataba. La rabia floreció en su cara, derramándose en su boca con un grito mudo. Se deslizó fuera de la cama cayendo sobre las rodillas, cubriéndose la cara con las manos.

Edward estaba de pie. Percibí el movimiento por el rabillo del ojo y le encontré sujetando un arma que había aparecido por arte de magia. Yo sujetaba la Browning, nos contemplamos el uno al otro sobre el cuerpo arrodillado de Richard.

Richard se había arrodillado hasta una posición casi fetal, meciéndose despacio hacia delante y hacia atrás sobre sus rodillas. Los sonidos de la carne mientras era desgarrada llegaban desde la pantalla.

Alzó una cara horrorizada, vislumbró la pantalla y gateó hacia mí. Me aparté de su camino y me lo permitió. Iba hacia el cuarto de baño. La puerta se cerró de golpe, y unos segundos más tarde el sonido de sus arcadas nos llegó a través de la puerta.

Edward y yo nos quedamos en la habitación, mirándonos el uno al otro. Aún teníamos nuestras armas.

—Sacas el arma tan rápido como yo. No lo hacías hace dos años.

—Han sido dos años difíciles —declaré.

Sonrió.

—La mayor parte de las personas no me habrían visto moverme en la oscuridad.

—Mi visión nocturna es excelente —presumí.

—Lo recordaré.

—Hagamos una tregua esta noche, Edward. Estoy demasiado cansada para preocuparme de eso esta noche.

Asintió y metió el arma en la zona lumbar.

—No estaba ahí cuando la sacaste —agregué.

—No —dijo—, no lo estaba.

Enfundé la Browning y golpee la puerta del cuarto de baño. Es cierto que no me giré completamente. No era fácil darle la espalda a Edward en este momento.

—Richard, ¿te encuentras bien?

—No.

Su voz parecía más grave, ronca.

—¿Puedo entrar?

Hubo una larga pausa.

—Tal vez.

Empujé la puerta abriéndola con cuidado, no quería golpearle. Todavía estaba arrodillado sobre el váter, boca abajo, con el pelo largo ocultándole la cara. Tenía un manojo de papel higiénico en la mano. El olor acre y fragante del vómito flotaba en el aire. Cerré la puerta y me apoyé en ella.

—¿Puedo ayudarte?

Negó con la cabeza.

Alisé su pelo hacia atrás. Se alejó de mí como si le hubiese quemado. Terminó acurrucado en la esquina, atrapado entre la pared y la bañera. Su mirada era salvaje, de pánico. Me arrodillé delante de él.

—¡No me toques! Por favor.

—Bien, no te tocaré. Ahora, ¿qué sucede?

No me miraba. Sus ojos vagaban por el baño, sin fijarse en nada, evitándome, en definitiva.

—Háblame, Richard.

—No puedo creer que Marcus lo sepa. No puede saberlo. No lo permitiría.

—¿Podría Raina hacerlo sin que lo supiese?

Asintió.

—Es una verdadera perra.

—Lo noté.

—Tengo que decírselo a Marcus. No lo creerá. Podría necesitar ver la película.

Sus palabras parecían casi normales, pero su voz aún sonaba entrecortada, débil, por el pánico. Si seguía aguantando iba a hiperventilar.

—Toma aire lenta y profundamente, Richard. Te sentirás mejor.

Negó con la cabeza.

—Pero no lo estoy. Pensé que sólo nos habías visto en nuestros peores momentos.

Soltó una carcajada.

—Oh, Dios, ahora realmente lo sabes.

Traté de alcanzarlo, de consolarlo, de hacer algo.

—¡No me toques! —me gritó.

Retrocedí hasta dar con la espalda en la pared más lejana. Estaba tan lejos como podía sin tener que salir de la habitación.

—¿Qué demonios te sucede?

—Quiero, ahora mismo, después de ver esto, verte lejos de aquí.

—¿Te excitó? —le pregunté.

—Dios, ayúdame —suplicó.

—¿Esto es lo que el sexo significa para ti? No la matanza, ¿lo de antes?

—Posiblemente, pero no es seguro. En la forma animal somos infecciosos. Lo sabes.

—Pero es una tentación —añadí.

—Sí.

Avanzó lentamente hacia mí e intenté retroceder. Se apoyó en sus rodillas y me miró.

—No soy sólo un hombre, Anita. Soy lo que soy. No te pido que abrazases literalmente la otra mitad, pero tienes que verla. Tienes que conocer lo que es, o esto no va a funcionar entre nosotros. —Estudió mi cara—. ¿Has cambiado de opinión?

No sabía qué decir. Sus ojos ya no me parecían salvajes. Se habían vuelto sombríos e intensos. Había calor en su mirada, en su cara, no tenía nada que ver con el horror. Se puso a gatas, el movimiento fue suficiente para que se acercara a mí. Contemplé su cara de cerca. Dio un largo suspiro, estremeciéndose, y la energía hormigueó a lo largo de mi piel.

Jadeé. Su alteridad golpeó contra mi piel como el choque de una ola. Me empujó contra la pared como una mano invisible.

Se inclinó hacia mí, sus labios casi me tocaban, después se movió hacia adelante. Su aliento se sentía cálido contra un lado de mi cara.

—Piensa cómo podría ser. Hacer el amor así, sintiendo el poder avanzando lentamente sobre tu piel mientras estoy dentro de ti.

Quise tocarlo y tuve miedo de hacerlo. Retrocedió lo suficiente como para mirarme, lo bastante cerca como para besarme.

—Sería tan bueno —sus labios rozaron los míos, y susurró las palabras siguientes en mi boca, como un secreto—. Y toda esta lujuria se origina dentro de mí, viendo sangre y muerte e imaginando tu miedo.

Estaba de pie, como si alguien lo mantuviese en posición vertical con cuerdas. Era mágicamente ágil. Hizo parecer lento a Alfred anoche.

—Esto es lo que soy, Anita. Puedo pretender ser humano. Soy mejor aparentándolo que Marcus, pero es sólo un juego.

—No.

Pero mi voz era sólo un susurro. Él tragó con suficiente fuerza como para oírlo.

—Tengo que irme.

Me ofreció su mano. Comprendí que no podía abrir la puerta conmigo ahí sentada, no sin golpearme con ella. Sabía que si rechazaba su mano eso sería todo. Nunca me preguntaría otra vez, y nunca podría decir que sí.

Tomé su mano. Soltó un largo aliento. Su piel estaba caliente al tacto, casi quemaba, muy caliente. Su piel enviaba pequeñas ondas expansivas por mi brazo. Tocarlo con todo su poder libre en la habitación era demasiado asombroso para explicarlo.

Levantó mi mano hacia su boca. No tanto para besarla como para hociquearla, la frotó a lo largo de su mejilla, marcando mi muñeca con su lengua. La dejó caer tan abruptamente que tropecé para atrás.

—Tengo que salir de aquí ahora.

Su cara sudaba otra vez.

Salió del baño. Las luces estaban encendidas. Edward estaba sentado en la silla, las manos separadas en su regazo. Ningún arma a la vista. Me quedé de pie, en la puerta del cuarto de baño, sintiendo el remolino del poder de Richard llenando la habitación como el agua que permanece demasiado tiempo retenida. Edward mostró un gran temple no yendo por un arma.

Richard caminó con paso majestuoso hacia la puerta, y casi podías sentir las ondas que dejaba a su paso en el aire. Se detuvo con la mano en el pomo.

—Si puedo encontrarlo a solas, se lo diré a Marcus. Si Raina interfiere, tendremos que pensar en algo más.

Me echó un último vistazo, entonces se fue. Casi esperé que bajase corriendo por el vestíbulo, pero no hizo. El mejor dominio de sí mismo.

Edward y yo nos quedamos de pie en la entrada y le vimos desaparecer

a la vuelta de la esquina. Se giró.

—Sales con eso.

Hace unos minutos me hubiera sentido insultada, pero mi piel vibraba con la turbulencia del poder de Richard. No podía fingir más. Me había pedido que me casara con él y le había dicho que sí. Pero no lo había entendido, no realmente. No era humano. Realmente no lo era.

La pregunta era, ¿cuánta era la diferencia? Respuesta: No lo tenía definido.



VEINTE

Dormí hasta el domingo por la mañana, y me perdí la iglesia. No había llegado a casa hasta casi las siete de la mañana. No había forma de levantarme para el servicio de las diez. Seguramente Dios entendía mi necesidad de sueño, aun si Él no necesitaba dormir.

Por la tarde me encontraba en la Universidad de Washington. Estaba en la oficina del doctor Louis Fane, Louie para los amigos. La tarde de principio de invierno llenaba el cielo de suaves nubes moradas. Arrasaban el cielo como un iluminado telón de fondo para las nubes que se veían por la ventana de la oficina. Él observó por ella. La mayoría de los doctorados no lo hacen. Son baratos en un campus de universidad.

Louie se sentó dándole la espalda a la ventana. Había encendido la lámpara del escritorio. Creaba un brillo de calidez dorada contra la noche entrante. Nos sentamos en aquel último brillo de luz, y parecía más privado de lo que debía ser. Un último soporte contra la oscuridad. Dios, hoy estaba

melancólica.

La oficina de Louie estaba apropiadamente desordenada. Un estante llenaba la pared de libros desde el techo al suelo, libros de biología, de texto, ensayos de naturaleza, y un juego completo de libros de James Herriot. Tenía un pequeño esqueleto de un murciélago marrón colocado detrás de un cristal y colgado en la pared estaba su diploma. Había un letrero de identificación del murciélago en la puerta, como uno de esos que se compran para los alimentadores de aves. Ya sabes, «las Aves Comunes de Missouri del Este». La tesis doctoral de Louie había sido sobre la adaptación del pequeño murciélago marrón a la especie humana.

Las repisas estaban cubiertas de recuerdos; conchas marinas, una pieza de madera fosilizada, piñas de pinos, un corteza de árbol con liquen disecado en ella. Todo tipo de piezas y pedazos que los graduados en biología siempre recogen.

Louie medía aproximadamente 1,70 m., con unos ojos tan negros como los míos. Su pelo era liso y fino, por debajo de los hombros. No era una expresión de la moda como lo era el de Richard. Parecía como si Louie acabara de cortarse el pelo hacía un rato. Tenía la cara cuadrada, constitución delgada, y se veía, en cierto modo, inofensivo. Pero los músculos de sus antebrazos se tensaron cuando juntó sus dedos y me miró.

Incluso si no fuera un hombre rata, no podría prestarme a echar un pulso con él. Había ido a la oficina en domingo especialmente para hablar conmigo. También era mi día libre.

Era el primer domingo que Richard y yo no salíamos juntos en meses. Richard había llamado y anulado la cita diciéndome algo sobre un asunto de la manada. No fui capaz de preguntarle por qué no se puede discutir con su contestador automático. No le llamé. No estaba lista para hablar con él, no después de la noche pasada.

Me sentía como una tonta esta mañana. Había dicho que sí a la oferta de alguien que no conocía. Sabía que Richard me había mostrado su cara externa, pero por dentro había un mundo completamente nuevo que acababa de comenzar a visitar.

—¿Qué piensan tú y los demás profesores de las huellas enviadas por la policía?

—Pensamos que es un lobo.

—¿Un lobo? ¿Por qué?

—Desde luego, es un canino grande. No es un perro, y aparte de los

lobos, que más puede ser. —¿Incluyendo el hecho de que el pie canino está combinado con un pie humano?

—Incluyéndolo.

—¿Podría ser Peggy Smitz?

—Peggy puede controlarse muy bien. ¿Por qué mataría a alguien?

—No lo sé. ¿Por qué no lo haría?

Se inclinó en la silla, la cual crujió bajo su peso.

—La pregunta justa. Peggy era tan pacifista como le permitía la manada.

—¿No luchaba?

—No a menos que fuera forzada a hacerlo.

—¿Estaba arriba en la estructura de la manada?

—¿No deberías hacerle a Richard estas preguntas? Es el siguiente en la línea al trono, por decirlo así.

Le miré. No apartaría la mirada como si fuera culpable de algo.

—Huelo problemas en el paraíso —dijo.

No le hice caso a la indirecta. Asunto, teníamos un asunto que tratar.

—El marido de Peggy vino a verme. Quería que la buscara. No sabía nada de las otras desapariciones de licántropos. ¿Por qué Peggy no se lo contaría?

—Muchos de nosotros sobrevivimos a las relaciones fingiendo ser lo que no somos. Apostaría a que Peggy no hablaba de la manada con su marido.

—¿Con cuanta fuerza deben fingirlo?

—Cuanto mejor te controlas, más fácil es fingir.

—Entonces se puede hacer.

—¿Querrías pasarte la vida fingiendo que no levantas zombis? ¿No hablar nunca de ello? ¿Sin compartirlo nunca? ¿Haciendo pasar vergüenza a tu marido o discutiendo por ello?

Sentí el rubor en la cara. Quería negarlo. No estaba avergonzada por Richard, o disgustada por ello, pero tampoco estaba cómoda. No lo suficientemente cómoda para protestar.

—No suena como una muy buena forma de vivir —dije.

—No lo es.

Hubo un silencio muy pesado en la habitación. Como si pensara que iba a soltárseme la lengua. Se equivocaba. Cuando todo lo demás se va al diablo, me concentro en los negocios.

—La policía acordonó hoy el área donde fue encontrado el cuerpo. El sargento Storr me dijo que no encontraron nada, excepto algunas huellas y un pequeño rastro de sangre.

La verdad era que habían encontrado algunas marcas frescas de rifle en los árboles cerca del área del asesinato, pero no estaba segura de tener libertad para compartir eso con la comunidad licántropo. Era trabajo de la policía. Les mentía a ambas partes. No me parecía el camino correcto para realizar un trabajo de investigación de asesinato o un caso de desaparecidos.

—Si la policía y la manada compartieran información, podríamos ser capaces de solucionar este caso.

Se encogió de hombros.

—No es asunto mío, Anita. Sólo soy un indio, no un jefe.

—Richard es un jefe —dije.

—No mientras Marcus y Raina sigan vivos.

—No creía que Richard tuviera que luchar contra ella por el dominio de la manada. Pensé que era la lucha de Marcus.

Louie se rió.

—Si piensas que Raina dejaría perder a Marcus sin ayudarlo, no te has encontrado con esa mujer.

—Me la he encontrado. Sólo pensaba que ayudar a Marcus estaba en contra de la ley de la manada.

Se encogió de hombros otra vez.

—No conozco la ley de la manada, pero conozco a Raina. Si Richard coqueteara con ella, podría ayudarlo a derrotar a Marcus, pero ha dejado muy claro que ella no le gusta.

—Richard me dijo que ella había tenido la idea de las películas porno licántropos.

Los ojos de Louie se ensancharon.

—¿Richard te contó eso?

Asentí con la cabeza.

—Estoy sorprendido. Él estaba avergonzado de ello. Raina estaba excitada y ansiosa porque Richard fuera su co-estrella. Creo que trataba de seducirlo, pero juzgó mal a tu chico. Richard es demasiado reservado como para que alguna vez tenga sexo ante una cámara.

—¿Raina protagonizó alguna película?

—Así me han dicho.

—¿Ha aparecido algún hombre rata en ellas?

Negó con la cabeza.

—Rafael lo prohíbe. Somos uno de los pocos grupos que lo rechazaron.

—Rafael es un buen hombre.

—Y una buena rata —dijo Louie.

Sonreí.

—Sí.

—¿Qué pasa entre Richard y tú?

—¿Qué quieres decir?

—Dejó un mensaje en mi contestador automático. Algo sobre que tenía una gran noticia sobre ti. Cuando lo vi en persona, me dijo que no era nada. ¿Qué pasa?

No sabía qué decirle. No había ningún nuevo acontecimiento últimamente.

—Creo que tienen que ser noticias de Richard.

—Dijo algo sobre que era tu elección y no podía hablar de ello. Me dices que es su asunto y que no puedes hablar de ello. Desearía que uno de los dos me lo contara.

Abrí la boca, la cerré y suspiré. Tenía preguntas que necesitaban respuestas, pero Louie era amigo de Richard antes de serlo mío. Lealtad y todo eso. Pero ¿a quién demonios más podría preguntar? ¿Irving? Él tenía suficientes problemas con Richard.

—Escuché la conversación entre Rafael y Richard sobre el control de sus bestias. ¿Eso significa el cambio?

Inclinó la cabeza.

—Sí.

Me miró, con sus ojos estrechándose.

—Si has oído la conversación de Richard sobre su bestia, debes haberlo visto cerca del cambio. ¿Qué pasó anoche?

—Si Richard no te lo dijo, Louie, no creo que deba decírtelo.

—Los chismosos dicen que mataste a Alfred. ¿Es verdad?

—Sí.

Me miró como esperando más, luego se encogió de hombros.

—A Raina no le gustará. Marcus tampoco parecía demasiado contento. Pero no saltará sobre ti en un callejón oscuro. Ella sí lo hará.

—¿Por qué no me habló Richard sobre esto?

—Richard es uno de los mejores amigos que tengo. Es leal, honesto,

preocupado, el boy scout más peludo del mundo. Si tiene un defecto, es que espera que los demás sean leales, honestos y preocupados.

—Seguramente, después de haber visto a Marcus y a Raina, ¿no creerá todavía que son gente agradable?

—Sabe que no son muy agradables, pero tiene problemas para verlos tan malos. Al fin y al cabo, Anita, Marcus es su macho alfa. Richard respeta la autoridad. Ha estado intentando lograr alguna clase de arreglo con Marcus desde hace meses. No quiere matarlo. Marcus no tiene los mismos reparos por Richard.

—Irving me contó que Richard derrotó a Marcus, que podría haberlo matado y no lo hizo. ¿Es verdad?

—Me temo que sí.

—Mierda.

—Sí, le dije a Richard que debería haberlo hecho, pero nunca ha matado a nadie. Cree que toda vida es preciosa.

—Toda vida es preciosa —dije.

—Algunas vidas son más preciosas que otras —dijo Louie.

Asentí con la cabeza.

—Sí.

—¿Cambió Richard para ti anoche?

—Dios, eres implacable.

—Me dijiste que ésa era una de mis mejores cualidades.

—Lo es habitualmente. —Se parecía a Ronnie. Ella tampoco se rendía nunca.

—¿Cambió para ti?

—Algo —dije.

—Y no pudiste manejarlo. —Era una afirmación contundente.

—No estoy segura, Louie. Me asalta la duda.

—Mejor lo averiguas ahora —dijo.

—Supongo que sí.

—¿Lo amas?

—No es tu maldito asunto.

—Quiero a Richard como a un hermano. Si vas a cortarle el corazón y servirlo en una bandeja, me gustaría saberlo ahora. Si te marchas, seré yo el que le ayude a recoger los pedazos.

—No quiero hacerle daño —dije.

—Te creo.

Sólo me miró. Había una gran tranquilidad en su expresión, como si pudiese esperar toda la noche a que le contestara la pregunta. Louie tenía más paciencia de la que yo tendría alguna vez.

—Sí, lo amo. ¿Contento?

—¿Lo amas lo suficiente para abrazar su parte peluda?

Sus ojos clavaron la mirada en mí, abrasando como un agujero directo a mi corazón.

—No lo sé. Si fuese humano… Mierda.

—Si fuese humano, ¿tal vez te casarías con él?

Fue muy amable por convertirlo en una pregunta.

—Tal vez —dije.

Pero no era un tal vez. Si Richard hubiera sido humano, sería una mujer felizmente comprometida en este momento. Por supuesto, había otro hombre que no era humano que había estado tratando de que saliera con él desde hacía tiempo. Jean-Claude me había dicho que Richard no era más humano que él. No le había creído. Comenzaba a hacerlo. Le debía una disculpa. No es que alguna vez lo fuera a admitir ante él.

—Una escritora vino a mi oficina ayer, Elvira Drew. Escribe un libro sobre los cambiaformas. Parece legal y podría ser buena publicidad. —Le expliqué el formato del libro.

—Suena bien, en realidad —dijo—. ¿Dónde encajo?

—Adivina.

—Quiere una entrevista con un hombre rata.

—Bingo.

—No puedo permitirme el lujo de quedar expuesto, Anita. Lo sabes.

—No tienes que ser tú. ¿Hay por ahí alguien que quisiera encontrarse con ella?

—Preguntaré por ahí —dijo.

—Gracias, Louie.

Me puse de pie.

Se levantó y me ofreció la mano. Su apretón fue firme, pero no demasiado fuerte, sólo lo adecuado. Me pregunté cuán rápido sería, y que fácil le resultaría aplastar mi mano hasta convertirla en pulpa. Debió verlo en mi cara.

—Podrías necesitar dejar de salir con Richard. Hasta que resuelvas esto —me dijo.

Incliné la cabeza.

—Sí, tal vez.

Nos mantuvimos allí, de pie, en silencio durante un momento. No parecía haber nada más que decir, entonces me marché. No tenía ninguna respuesta ingeniosa, o algún chiste bueno. Apenas había oscurecido y estaba cansada. Lo suficientemente cansada como para ir a casa y arrastrarme hasta mi cama. En lugar de eso, estaba de camino al Café Lunático. Iba a intentar convencer a Marcus para que me dejara ir a la policía. Ocho desaparecidos y un humano muerto. No debería estar relacionado. Pero si era un hombre lobo, entonces Marcus o Raina sabrían quién lo hizo. ¿Me lo dirían? Quizás, quizás no, pero tenía que preguntar. Me lo contarían, pero no a la policía. Era gracioso cómo todos los monstruos se dirigían a mí y no a la policía. Tenía que comenzar a preguntarme por qué los monstruos se sentían tan malditamente cómodos a mí alrededor.

Levantaba a vampiros y a zombis del lodazal. ¿A quién debí apedrear?



VEINTIUNO

Caminé por la acera del campus hacia el coche. Anduve de un foco de luz al siguiente. Mi aliento empañó el resplandor de las farolas. Era mi noche libre, así que estaba vestida exclusivamente de negro. Bert no me dejaba vestir de negro para trabajar. Decía que daba mala impresión, demasiado violento al estar asociado a la magia negra. Si hubiera investigado, habría encontrado que el rojo, el blanco y otros muchos colores son utilizados en rituales negros. Depende de la religión. A su parte anglosajona no le gustaba, por eso censuraba la ropa negra.

Vaqueros negros, mis Nike Airs negras con un swoosh melancólico, un jersey negro, y un impermeable negro. Incluso mis armas y mis pistoleras eran negras. Esta noche vestía muy monocromática. Llevaba puesta plata, pero estaba escondida bajo el jersey, una cruz, y un cuchillo en cada antebrazo. Me dirigía hacia el Café Lunático. Iba a intentar persuadir a Marcus para que me dejara compartir información con la policía. Los

licántropos desaparecidos, aun los que eran como Peggy Smitz que no deseaban que se supiera su secreto, estaban a salvo, por ahora, de la mala prensa. Estaban muertos. Tenían que estarlo. No hay manera de creer que ocho cambiaformas desaparecieron en contra de su voluntad durante tanto tiempo. No vivos.

No les podía hacer daño que se lo dijera a la policía, y podría salvar a otros cambiaformas de morir. Tenía que hablar con las personas que los habían visto por última vez antes de desaparecer. ¿Por qué ninguno se había defendido peleando? Esa tenía que ser una pista. Ronnie era mejor en estas cosas que yo. Tal vez podríamos salir mañana a averiguarlo.

¿Richard estaría allí? Si fuera así, ¿qué se suponía que debía decirle? Me detuve. Estaba en la fría oscuridad, atrapada entre dos farolas. No estaba preparada para ver a Richard otra vez. Pero teníamos un cadáver, tal vez más. No podía acobardarme simplemente porque no quería ver a Richard. Era pura cobardía.

La verdad es que prefiero enfrentarme con la mirada a un grupo de vampiros que a un supuesto novio.

El viento silbó a mi espalda como si una ventisca se elevara detrás de mí. Mi pelo ondeó alrededor de mi cara. Los árboles se quedaron en un silencio gélido, el viento desapareció. Giré rápidamente con la Browning en la mano. Algo me golpeó la espalda estrellándome contra la acera. Intenté protegerme con los brazos golpeando ruidosamente con ellos al caer sobre el hormigón. Se me entumecieron y temblaron. No podía sentir las manos. La cabeza crujió contra en el pavimento.

Ese momento después de un fuerte golpe en la cabeza, realmente bueno, en el que no puedes reaccionar. Ese momento congelado cuando te preguntas si alguna vez serás capaz de moverte otra vez.

Alguien se sentaba sobre mi espalda. Las manos sacudían mi abrigo por el lado izquierdo. Oí el desgarrón de la tela. Volvía a sentir mis brazos.

Había perdido la Browning. Traté de girarme por el otro lado para conseguir la Firestar. Una mano golpeó de nuevo mi cabeza contra la acera. La luz explotó dentro de ella. Mi visión se oscureció, y cuando pude ver de nuevo, vi la cara de Gretchen sobre mí.

Sujetaba un puñado de mi pelo, estirándolo dolorosamente hacia un lado. Mi jersey se había roto en el hombro. La boca de Gretchen estaba ampliamente abierta, los colmillos brillaban en la oscuridad. Grité. La Firestar se encontraba atrapada bajo mi cuerpo. Busqué uno de los

cuchillos, pero estaba bajo la manga de mi abrigo, debajo de la manga de mi jersey. No iba a conseguirlo a tiempo.

Se oyó un grito estridente, y no era yo. Una mujer se encontraba en pie al final de la acera gritando. Gretchen levantó el cuello y le gruñó. El hombre que la acompañaba la cogió de los hombros y la empujó fuera del camino. Corrieron. Inteligentes.

Le clavé el cuchillo en la garganta. No era un golpe mortal y lo sabía, pero pensé que se pondría de pie y así tendría una oportunidad para coger la Firestar. No lo hizo. Introduje el cuchillo profundamente hasta la empuñadura, la sangre empapó mi mano, salpicó mi cara. Se retiró rápidamente, buscando mi garganta. El cuchillo había hecho tanto daño como podía. No había tiempo de alcanzar el segundo. Me encontraba todavía encima del arma. Observaba fijamente como venía por mí, sabía que iba a morir.

Algo en la oscuridad la embistió, arrojándola lejos por el impacto. Me quedé jadeante en la acera, parpadeando. Tenía la Firestar en mi mano. No recordaba haberla sacarlo. Práctica, práctica, práctica.

Un hombre rata estaba encima de Gretchen. El oscuro hocico inclinado hacia abajo, los dientes brillaron tenuemente. Gretchen agarró el hocico, sujetando los dientes que podrían destrozar su garganta. Una garra cubierta de pelo cortó completamente su cara pálida. La sangre fluyó. Gritó, dándole puñetazos con una mano en el estómago. Lo alzó en el aire, lo justo como para colocar las piernas debajo de él. Le levantó y le apartó de un empujón en el aire. El hombre rata cayó como una pelota lanzada.

Gretchen estaba de pie instantáneamente. Divisé en el suelo la culata del arma, en el pavimento aún. Pero ella desapareció entre los arbustos, persiguiendo al hombre rata. Había perdido mi oportunidad.

Los gruñidos y el sonido de las ramas al romperse me llegaban desde la oscuridad. Tenía que ser Louie. No conocía a muchos hombres ratas que acudieran a mi rescate.

Me puse de pie y el mundo giró. Tropecé y necesite toda mi fuerza de voluntad para no caer. Por primera vez me pregunté cuánto de malherida estaba.

Sabía que me había arañado porque podía sentir la punzada de dolor y escozor que se siente cuando se rompe la primera capa de piel.

Levanté la mano hacia la cabeza y la aparté con sangre. Parte de ella era mía.

Avancé otro paso, podía conseguirlo. Probablemente lo había intentado demasiado rápido. Esperaba que sí. No sabía si un hombre rata podía pelear contra un vampiro, o no. Pero no me quedaría de pie en la calle esperando a enterarme.

Me hallaba al final de los árboles cuando salieron de la oscuridad y cayeron sobre mí. Caí sobre el pavimento por segunda vez, pero no tuve tiempo para recobrar el aliento. Comencé a rodar a mi derecha, mirando por debajo de mi brazo hacia el ruido.

El movimiento fue demasiado brusco, mi visión se nubló. Cuándo pude enfocar de nuevo, Gretchen había hundido los colmillos en el cuello de Louie. Dio un chillido alto, furioso. No les podía disparar. No podía dispararle a su figura. Todo lo que podía ver desde aquí era el cuerpo del hombre rata, los brazos y las piernas de ella cabalgando sobre él, pero el único disparo que tenia para poder matarla era en línea recta hacia su cabeza rubia. No me atrevía a intentarlo. También podía matar a Louie. Se viera por donde se viera, era un disparo dudoso.

Me puse de rodillas. El mundo cambió y la náusea subió por mi garganta. Cuando la visión se aclaró otra vez, no había nada a qué disparar. Algún truco de una farola distante hizo brillar la sangre que fluía de su garganta. Si hubiera tenido los dientes en Louie, estaría muerto.

Disparé desde el suelo cerca de ellos, esperando que la asustase lo suficiente. No lo hizo. Apunté a un árbol justo por encima de su cabeza.

Tan cerca de Louie como me atrevía. La bala estalló en el árbol. Un ojo azul me miró mientras se alimentaba por completo de él. Iba a matarlo mientras observaba. —¡Dispárale! —dijo la voz de Louie deformada por sus mandíbulas peludas, pero era su voz. Sus ojos vidriados se cerraron mientras miraba.

Sus últimas palabras.

Tomé un profundo aliento y apunté con las dos manos, una ahuecando a la otra como sujetando una taza de té. Miré por encima de uno de los ojos pálidos. La oscuridad nadó sobre mi vista. Esperé de rodillas, ciega, a que mi vista se aclarara para apretar el gatillo. Si mi vista se nublara mientras disparaba, daría a Louie. No tenía elección.

O tal vez no.

—Richard me pidió en matrimonio y le dije que sí. Puedes oler una mentira. Le dije que sí a alguien más. No tenemos que hacer esto.

Vaciló. Miré fijamente su ojo. Mi vista mejoraba. Con el brazo estable,

apreté el gatillo. Soltó la garganta, deslizando la cabeza por su pelaje del cuello, escondiéndose. La voz sonó amortiguada pero lo suficientemente clara.

—Pon en el suelo tu pequeña arma y le dejaré marchar.

Tomé aire y levanté el arma hacia el cielo.

—Déjale marchar.

—Primero el arma —contestó.

No quería entregar mi única arma. Era una mala idea. Pero ¿qué opción tenía? Si fuese Gretchen, no me querría armada. Todavía tenía mi segundo cuchillo, pero a esta distancia era inútil. Aun si pudiese lanzárselo lo bastante bien para atravesarle el corazón, tendría que ser un golpe preciso. Era demasiado vieja para dañarla. Había hundido profundamente un cuchillo hasta la empuñadura en su garganta y no la había detenido. Me había impresionado.

Coloqué la Firestar sobre la acera y levanté las manos para dejarle ver que estaba desarmada. Gretchen se levantó lentamente desde atrás del cuerpo laxo de Louie. Sin su apoyo, el cuerpo cayó de espaldas. Había una flacidez en el movimiento que me asustó. ¿Era demasiado tarde? ¿Podría la mordedura de un vampiro matar como la plata?

La vampiro y yo nos observamos. Mi cuchillo sobresalía en su garganta como un signo de admiración. Aun no se había molestado en sacarlo. Jesús. Debí atinar mal en la laringe o no habría sido capaz hablar.

El vampirismo también tiene sus límites. La miré a los ojos. No ocurría nada. Era como mirar a los ojos de alguien. Nada ocurría. ¿Tal vez mantenía su poder bajo control? Nah.

—¿Está vivo todavía?

—Acércate y compruébalo por ti misma.

—No, gracias. —Si Louie estaba muerto, que yo muriera también no lo ayudaría.

Sonrió.

—Cuéntame otra vez esa noticia tuya.

—Richard me pidió que me casara con él, y le dije que sí.

—¿Amas a ese Richard?

—Sí.

No era momento para dudar. Lo aceptó con aprobación. Creo que era verdad… Sorpresa… Sorpresa.

—Díselo a Jean-Claude y estaré contenta.

—Quiero decírselo.

—Esta noche.

—Muy bien, esta noche.

—Mentira. Cuando me vaya, te curarás las heridas, se las curarás a él y no irás donde Jean-Claude.

No podría escaparme con una pequeña mentira inocente, mierda.

—¿Qué quieres?

—Está en Placeres Prohibidos esta noche. Ve allí y díselo. Te estaré esperando.

—Tengo que atender sus heridas antes de hacer cualquier cosa —dije.

—Cura sus heridas, pero ve a Placeres Prohibidos antes del amanecer, o nuestra tregua se acaba.

—¿Por qué no se lo cuentas a Jean-Claude?

—No me creería.

—Le podrías decir que dijiste la verdad —dije.

—Sólo porque crea que es verdad, no lo haría. Pero olerá la verdad en ti. Si no estoy allí, espérame. Quiero estar presente cuando le digas que amas a otro. Quiero verle la cara.

—De acuerdo, estaré allí antes del amanecer.

Pasó por encima del cuerpo de Louie. Tenía la Browning en la mano derecha, la sujetó por la culata, asegurándola no para disparar, sino para prevenirme. Caminó con paso majestuoso y recogió la Firestar, siguiéndome con la mirada.

La sangre goteó por la empuñadura del cuchillo de su garganta. Caía formando una densa franja mojada. Sonrió y mis ojos se ensancharon.

Sabía que no la había matado, pero sabía que le dolería. Tal vez sólo se sacaban los cuchillos por costumbre. No parecía molestarle a Gretchen.

—Puedes recuperarlos después de que se lo cuentes —dijo.

—Esperas que me mate —dije.

—No derramaré lágrimas.

Maldición. Gretchen dio un paso hacia atrás, y después otro. Se detuvo al final de los árboles, una pálida forma en la oscuridad.

—Te espero, Anita Blake. No me decepciones esta noche.

—Allí estaré —dije.

Sonrió, mostrando los dientes ensangrentados, dio un paso atrás de nuevo y se fue. Pensé que era un truco mental, pero se produjo una contracorriente de aire. Los árboles se movieron como si pasara una

tormenta. Busqué con la mirada y vi algo momentáneamente. No alas, no un murciélago, sino… algo. Algo a lo que mis ojos no quisieron o no pudieron darle sentido.

El viento desapareció y la oscuridad invernal se mantuvo tranquila, tan tranquila como una tumba. Las sirenas gimieron a lo lejos. Supuse que los universitarios habían llamado a la policía. No podía culparlos.



VEINTIDOS

Me puse de pie, con cuidado. El mundo no giró a mí alrededor.

Genial. Caminé hacia Louie. Su forma de hombre rata estaba todavía en la hierba oscura. Me arrodillé, y me vino otra ola mareante. Espere de rodillas a que se me pasara.

Cuando el mundo estuvo estable una vez más, puse la mano sobre el pecho cubierto de pelo. Solté un suspiro cuando el pecho se elevó y descendió bajo mi palma. Vivo, respirando. Fantástico.

Si hubiera estado en forma humana, habría comprobado la herida del cuello. Estaba bastante segura que tocando sólo su sangre en forma animal no me convertiría en licántropo, pero no estaba segura al cien por cien. Ya tenía suficientes problemas sin volverme peluda una vez al mes. Además, si tuviera que escoger un animal, la rata no sería uno de ellos.

Las sirenas se escuchaban más cerca. No estaba segura de que hacer.

Le habían hecho mucho daño, pero había visto a Richard peor y se

había curado. Pero ¿había necesitado un poco de asistencia médica para curarse? No lo sabía. ¿Podría esconder a Louie en los arbustos, abandonándolo para morir? Si los policías le veían, se descubriría su secreto. La vida sería un caos a su alrededor, sólo por haberme ayudado.

No era justo.

Un largo suspiro se elevó del hocico puntiagudo. Un estremecimiento traspasó su cuerpo. El pelaje comenzó a retroceder como la bajada de la marea. Las torpes extremidades ratunas comenzaron a enderezarse. Las piernas lo hicieron con facilidad. Observé alzarse su forma humana desde el pelaje como una forma atrapada en hielo.

Louie estaba sobre la hierba oscura, pálido, desnudo y muy humano.

Nunca antes había visto el proceso de regresión. Era tan espectacular como el cambio a forma animal, pero no era tan atemorizante, tal vez debido al resultado final.

La herida en el cuello era más bien una mordedura de animal que la de un vampiro, piel rasgada, pero dos de las señales eran más profundas, colmillos. Ya no había nada de sangre en la herida. Cuando miré, la sangre comenzó a fluir. No lo podía asegurar en la oscuridad, pero parecía que la herida ya había comenzado a curarse. Comprobé el pulso. Era estable y fuerte, pero ¿qué sabía yo? No era médico.

La sirena era silenciosa, pero teñía la oscuridad por encima de los árboles como un relámpago coloreado. Los policías venían y tenía que decidir qué hacer. La cabeza se sentía mejor. Mi visión estaba clara. El mareo parecía haberse ido. Por supuesto, no había intentado ponerme de pie otra vez. Podría llevarle arrastrándolo, no demasiado rápido ni demasiado lejos, pero podría hacerlo. Las señales de mordisco se reducían.

Infiernos, estaría curado antes del alba. No podía dejar que los policías le vieran, y no podía abandonarle aquí. No sabía si los licántropos podían morirse de frío, pero no me sentía afortunada esta noche.

Le cubrí con mi abrigo, envolviéndoselo alrededor cuando lo levanté.

No evitaría que se congelara en ciertos sitios delicados. Podía perder un dedo del pie.

Respiré hondo y me levante con él sobre mis hombros. A mis rodillas no les gustó levantarle. Pero me puse de pie y mi visión vaciló. Aquí estaba, manteniéndome contra un mundo de repente en movimiento. Me caí de rodillas. El peso suplementario me hizo daño.

La policía venía. Si no salía de aquí ahora mismo, podía renunciar

también. Rendirme no era una de mis mejores cualidades. Me apoyé sobre una rodilla y di un último empuje. Mis rodillas protestaron, pero estaba de pie. Ondas negras pasaban sobre mis ojos. Sólo me mantuve, dejando que pasara el mareo. No era tan malo esta vez. Las náuseas eran peor.

Vomitaría más tarde.

Me quedé en la acera. No confiaba en mí sobre la nieve. Además, los policías podrían seguirme hasta la ciudad por mis huellas en la nieve. Un grupo de árboles me escondió de la visión de las luces intermitentes. La acera me condujo alrededor de un edificio. Una vez rodeado, podría dirigirme a mi coche. Conducir no era una buena idea mientras mi visión estuviera así, pero si no conseguía poner alguna distancia entre los policías y yo, todo este esfuerzo sería inútil. Tenía que ponerme al volante del coche. Tenía que conseguir sacar a Louie fuera de la vista.

No miré hacia atrás para ver si había linternas barriendo el área.

Mirar hacia atrás no ayudaría, y con Louie sobre los hombros era demasiado esfuerzo. Puse un pie delante del otro, y la esquina del edificio apareció delante de nosotros. Estábamos fuera de la vista, aun si despejaran los árboles. Era un progreso. Genial.

El lateral del edificio se extendía como un oscuro monolito a mi izquierda. La distancia alrededor del edificio parecía crecer. Puse un pie delante del otro. Si sólo me concentraba en andar, podía conseguirlo.

Louie pareció hacerse más ligero. No era cierto. ¿Estaba a punto de desmayarme y aún no me había dado cuenta?

Busqué y encontré la esquina del edificio directamente a mi lado.

Había perdido algo de tiempo ahí. Era una mala señal. Apostaba que tenía una conmoción cerebral. No podía ser demasiado mala o no lo superaría, ¿verdad? ¿Por qué no me lo creía?

Miré detenidamente a la vuelta de la esquina, concentrándome en no golpear las piernas de Louie contra el edificio. Me llevo mucha más concentración de la que debía.

La policía ilumino la oscuridad. El coche estaba aparcado en una esquina con una puerta abierta. La radio llenó la noche de graznidos confusos. El coche parecía vacío. Entrecerrar los ojos para ver algo que estaba lejos trajo otra ola de oscuridad a mis ojos. ¿Cómo diablos iba a conducir? Un problema cada vez. Ahora mismo, sólo tenía que conseguir meter a Louie en el Jeep, fuera de la vista.

Me aleje de la protección del edificio. Era mi último refugio. Si ahora

los policías vinieran hacia mí atravesando el aparcamiento, todo habría acabado.

Un domingo por la noche no había muchos coches en el aparcamiento de visitas. Mi Jeep estaba aparcado bajo una de las farolas.

Siempre aparcaba bajo la luz si podía. Regla de seguridad número uno para mujeres que viajan solas después del anochecer. El Jeep parecía estar dentro de un foco. La luz probablemente no era tan brillante. Sólo se veía así porque trataba de pasar desapercibida.

En algún sitio, a mitad de camino al Jeep, comprendí que la herida de la cabeza no era el único problema. Seguro que podía levantar mucho peso, hasta andar con él, pero no para siempre. Me temblaban las rodillas.

Cada paso se volvía más lento y costaba más esfuerzo. Si me cayera otra vez, no iba a ser capaz de volver a cargar a Louie. No estaba segura de si sería capaz de recuperarme.

Un pie delante del otro, sólo un pie delante del otro. Me concentré en mis pies hasta que los neumáticos del jeep aparecieron. Entonces, no fue tan difícil.

Las llaves del coche estaban, por supuesto, en el bolsillo de abrigo.

Golpeé el botón que abría las puertas. El pitido de la señal sonora que indicaba la apertura me pareció lo bastante fuerte como para despertar a un muerto. Abrí las puertas a medias, equilibrando a Louie. Le dejé caer en el asiento trasero. El abrigo se abrió, revelando una línea desnuda de cuerpo. Debía de estar sintiéndome mejor si pensaba en perder tiempo para colocar el abrigo sobre su ingle y bajo pecho. Dejé un brazo fuera, blando y torpe, pero estaba bien. Mi sentido de la decencia podría vivir con un brazo desnudo.

Cerré la puerta y me vi de perfil en el espejo. Un lado de la cara era una máscara sangrienta, las zonas limpias tenían rasguños ensangrentados. Me deslicé en el Jeep, alcancé una caja de áloe y toallitas de bebe con lanolina de la guantera. Había comenzado a llevarlas para ayudar a limpiar la sangre que se usa para levantar zombis. Funcionaba mejor que el jabón y el agua que había estado utilizando.

Limpié la suficiente sangre como para no ser detenida por el primer policía que me viera, luego me deslice detrás del volante.

Eché un vistazo al retrovisor. El coche patrulla todavía permanecía allí a solas, como un perro que espera a su amo. El motor daba sacudidas.

Puse el coche en marcha y aceleré. El Jeep se lanzó sobre una farola

como si fuera un imán. Pisé de golpe el freno y me alegré de llevar puesto el cinturón de seguridad.

Bien, estaba un poco desorientada. Encendí la luz del quitasol, que se supone que es para comprobar el maquillaje, y en cambio, comprobé mis ojos. Las pupilas estaban iguales. Si una pupila estuviera dilatada, podría significar que tenía un derrame cerebral. La gente moría por cosas así. Nos habría entregado a los policías y conseguido una ambulancia al hospital.

Pero no era tan grave. Esperaba.

Apague la luz y deje avanzar al Jeep. Si condujera muy despacio, el coche no querría besarse con la farola. Genial. Avancé poco a poco por el aparcamiento, esperando oír gritos detrás de mí. Nada. La calle estaba oscura y delineada con coches a ambos lados. Avancé lentamente calle abajo a aproximadamente 20 km/h, con miedo de ir más rápido. Parecía que conducía entre coches en dirección contraria. Una ilusión, pero acojonaba como el infierno.

Me incorporé a una calle más grande y los faros apuñalaron mis ojos.

Puse la mano haciendo de visera en mis ojos y casi choqué contra un coche aparcado. Mierda. Tenía que apartarme antes de que chocara contra algo.

Pasaron cuatro bloques más antes de que encontrara una gasolinera con cabinas telefónicas fuera. No estaba segura de como la vi. No quería que algún empleado demasiado entusiasta llamara a la policía, después de haber pasado por tantos problemas intentando escapar.

Aflojé el Jeep en el aparcamiento. Si me sobre excedía y arrancaba los surtidores de gasolina, podrían llamar a los polis de todos modos. Paré el Jeep delante del bordillo del poste telefónico. Lo aparqué en la plaza, estaba muy aliviada de quedarme quieta.

Busque en el cenicero. Nunca había contenido nada, salvo el cambio.

Cuando dejé el coche me di cuenta por primera vez del frío que hacía sin el abrigo. Corría una fría línea que bajaba por mi espalda donde el suéter había sido rasgado. Marqué el número de Richard sin pensar en ello. ¿A quién más podía llamar?

El contestador automático saltó.

—Mierda, que estés en casa, Richard, que estés en casa.

El bip sonó.

—Richard, soy Anita. Louie está herido. Cógelo si estás ahí. Richard, Richard, caray, Richard, cógelo. —Apoyé la frente contra el metal fresco

de la cabina telefónica—. Cógelo, cógelo, cógelo. Richard. Mierda.

Lo cogió, parecía sin aliento.

—Anita, soy yo. ¿Qué pasa?

—Hirieron a Louie. Su herida puede curarse, pero ¿cómo lo explicas en una sala de emergencia del hospital?

—No lo hagas —dijo—. Tenemos doctores que le pueden atender. Te daré una dirección.

—No puedo conducir.

—¿Te han hecho daño?

—Sí.

—¿Cómo estás de mal?

—Lo bastante como para no querer conducir.

—¿Qué les pasó?

Le di una versión muy breve de los acontecimientos de la noche. Un ataque de vampiro, sin ningún motivo específico. No estaba preparada para decirle que tenía que contarle a Jean-Claude nuestro compromiso, porque no estaba segura que tuviéramos alguno. Él había preguntado, yo dije que sí, pero ahora no estaba segura. Dudo que Richard estuviera más seguro.

—Dame la dirección.

Lo hice.

—Conozco la gasolinera de la que hablas. Paro allí a veces cuando quedo con Louie.

—Genial. ¿Cuándo puedes estar aquí?

—¿Vas a estar bien hasta que pueda llegar?

—Seguro.

—Si no lo estas, llama a la policía. No arriesgues la vida sólo para guardar el secreto de Louie. Él no querría eso.

—Lo recordaré.

—No te hagas el macho, Anita. No quiero que te pase nada.

Sonreí con mi frente apoyada contra el teléfono.

—Comportarme como un macho es de la única forma en que se puede conseguir llegar hasta aquí. Sólo ven, Richard. Esperaré.

Colgué antes de que se pusiera meloso. Me sentía excesivamente lamentable como para resistir demasiada compasión. Regresé al Jeep. Hacía frío dentro del coche. Había olvidado encender la calefacción. Giré el calentador al máximo. Me arrodillé en el asiento y comprobé a Louie. No se había movido. Toqué la piel de la muñeca para comprobar el pulso. Era

fuerte y estable. Por gusto, levanté la mano y la deje caer de nuevo. Ninguna reacción. La verdad es que no había esperado que la hubiera.

Por lo general, un licántropo se queda en forma animal durante ocho o diez horas. El cambio que había hecho antes costaba mucha energía. Incluso aunque no le hubieran hecho daño, Louie estaría dormido por el resto de la noche. Aunque el sueño fuera también suave. No podías despertarlos. No era un gran método de supervivencia. Igual que dormir durante el día no ayudaba mucho a los vampiros. Era una forma evolutiva para ayudarnos a los débiles.

Me recosté en el asiento. No estaba segura de cuanto le llevaría a Richard llegar hasta aquí. Eché un vistazo al edificio de la estación. El hombre detrás del mostrador leía una revista. De momento no se había dado cuenta de nosotros. Si hubiera estado mirando, me habría apartado de las luces. No quería que se preguntara porqué me quedaba aquí, pero si no me prestaba atención, simplemente nos quedaríamos. Me incliné hacia atrás, apoyando la cabeza contra el reposacabezas.

Quería cerrar los ojos, pero no lo hice. Estaba casi segura que tenía una conmoción cerebral. Dormir no era una buena idea. Ya había tenido una herida peor que ésta y Jean-Claude la había curado. Pero una marca de vampiro era demasiado para una conmoción cerebral suave.

Este era la primera vez que me habían hecho daño desde que perdí las marcas de Jean-Claude. Había sido más difícil hacerme daño y me curaba más rápido. No era un mal efecto secundario. Uno de los otros efectos había sido la capacidad de poder mirar a un vampiro a los ojos sin que pudiera embrujarme. Como había mirado a los ojos de Gretchen. ¿Cómo había mantenido su mirada impunemente? ¿Me había mentido Jean-Claude? ¿Había alguna señal persistente? Otra pregunta para hacer cuando le viera. Por supuesto, después de que le diera el boletín informativo, todo el infierno se vendría abajo y no habría más preguntas. Bien, tal vez una pregunta. ¿Intentaría Jean-Claude matar a Richard? Probablemente.

Suspiré, cerrando los ojos. De repente estaba muy cansada, tan cansada que no quería abrirlos. El sueño me arrastraba. Abrí los ojos y me deslicé en el asiento. Quizás sólo era la tensión, la adrenalina corriendo, o tal vez era una conmoción cerebral. Encendí la luz del techo y comprobé a Louie otra vez. Respiración y pulso estables. La cabeza estaba de lado, el cuello estirado en una línea larga, mostrando la herida.

Las señales de mordedura se estaban curando. No podía ver cómo

sucedía, pero cada vez que miraba, estaban mejor. Es como intentar ver una flor. Ves el efecto, pero nunca lo ves pasar realmente. Louie iba a estar bien. ¿Estaría bien Richard? Había dicho sí porque en el calor del momento quería decirlo. Podía ver pasar mi vida con él.

Antes de que Bert me encontrara y me mostrara como usar mi talento para hacer dinero, había tenido una vida. Había ido de excursión, acampado.

Había sido una bióloga que pensaba continuar el máster y doctorado, y estudiar criaturas preternaturales para el resto de mi vida. Una especie de Jane Goodall preternatural. Richard me había recordado todo esto, lo que al principio había creído que sería mi vida. No había planeado pasar la vida con el culo metido profundamente en sangre y muerte. De verdad.

Si cediera ante Jean-Claude, aceptaría que sólo habría muerte, sólo violencia. Atractivo, muy atractivo, pero muerte a pesar de todo. Había pensado que con Richard tenía una posibilidad en la vida. Algo mejor.

Después de la noche anterior, no estaba tan segura. ¿Era demasiado pedir a alguien que fuera humano? Infiernos, conocía a muchas mujeres de mi edad que no podían conseguir una cita en absoluto. Había sido una de ellas hasta Richard. Bien, Jean-Claude me habría sacado, pero le evitaba. No podía imaginar citarme con Jean-Claude como si fuera un tipo normal. Podía imaginar tener sexo con él, pero no una cita. El pensamiento de él recogiéndome a las ocho, dejándome en casa y satisfecho con un beso de buenas noches parecía ridículo.

Me quedé arrodillada en el asiento, con la mirada fija en Louie. Tenía miedo de girarme y ponerme cómoda, miedo de dormirme y ya no despertar. Realmente no tenía miedo, pero estaba preocupada. Un viaje al hospital no podría ser una mala idea, pero primero tenía que hablarle a Jean-Claude sobre Richard. E impedirle matarlo.

Puse la cara entre mis brazos, un dolor profundo y palpitante acudió a mi frente. Bien. La cabeza debería dolerme después de la paliza que había recibido. El hecho de que no me hubiera estado doliendo, me había preocupado. Un buen dolor de cabeza, podía vivir con él. ¿Cómo iba a mantener a Richard vivo? Sonreí. Richard era un lobo alfa. Lo que me hizo pensar, ¿qué me hizo creer que no podría cuidarse?

Había visto lo que Jean-Claude podía hacer. Le había visto cuando no era humano del todo. Tal vez después de que viera a Richard cambiar, pensaría diferente. Tal vez no me sentiría tan protectora. Tal vez el infierno

se congelara.

Verdaderamente amaba a Richard. Realmente lo hacía. Había querido decir que sí. Lo había querido decir antes de la pasada noche.

Antes de que sintiera su asqueroso poder sobre mi piel. Jean-Claude había tenido razón en una cosa. Richard no era humano. La escena de succión le había excitado. ¿Era la idea de sexo de Jean-Claude algo tan extraño como esto? Nunca me había permitido averiguarlo.

Alguien llamó a la ventanilla. Salté y giré. Mi visión bailo con serpentinas negras. Cuando pude ver otra vez, la cara de Richard estaba allí.

Desprotegí las puertas y Richard abrió una. Comenzó a acercarse a mí y se detuvo. La vacilación en su cara fue dolorosa. No estaba seguro de si le habría dejado tocarme. Me giré para no ver el dolor en su cara. Le amaba, pero el amor no era suficiente. Todos los cuentos de hadas, las novelas de romances, las telenovelas, son todo mentira.

El amor no lo conquista todo.

Procuró no tocarme. Su voz sonó indiferente.

—Anita, ¿estás bien? Pareces horrible.

—Es agradable saber que me veo como me siento —dije.

Tocó mi mejilla, los dedos se deslizaron sobre la piel, una caricia fantasmal que me hizo temblar. Rodeo el borde del arañazo. Dolió y me aparté lejos. Una gota de sangre manchó la yema del dedo, brillando con la luz del techo. Le observé contemplar la sangre. Vi un atisbo de pensamiento detrás de los ojos color café. Casi lamió los dedos hasta limpiarlos, como había hecho Rafael. Se limpió los dedos en el abrigo, pero había visto el titubeo. Sabía que lo había visto.

—Anita…

La puerta trasera se abrió y me giré, alcanzando el último cuchillo que tenía. El mundo nadó en olas de oscuridad y náuseas. El movimiento había sido demasiado brusco. Stephen, el hombre lobo, estaba de pie en la puerta entreabierta y me observaba. Estaba ahí como congelado, con los ojos azules agrandados. Miraba el cuchillo de plata en mi mano. El hecho de que hubiera estado ciega y demasiado enferma para usarlo, parecía haberle salvado. Podría haber sucedido que estuviera arrodillada, acercándome a él. Había querido golpear a ciegas, como un murciélago, sin tener en cuenta quien hubiera estado de pie allí.

—No me dijiste que habías traído a alguien contigo —dije.

—Debería haberlo mencionado —contestó Richard.

Me relajé, volviendo a arrodillarme en el asiento.

—Sí, deberías haberlo mencionado.

El cuchillo brilló con la luz del techo. Parecía una navaja de afeitar afilada y bien conservada. Lo era.

—Solo iba a comprobar a Louis —dijo Stephen. Parecía un poco inseguro. Tenía una chaqueta de cuero negro con clavos de plata cosidos alrededor de la garganta. El pelo rubio, largo y rizado, caía sobre la chaqueta.

Parecía un motorista afeminado.

—Bien —dije.

Stephen miró por encima de mí a Richard. Sentí más que vi a Richard asentir con la cabeza.

—Está bien, Stephen.

Había algo en su voz que me hizo girarme despacio para mirarle. Tenía una mirada extraña en la cara.

—Tal vez eres tan peligrosa como finges ser.

—No finjo, Richard.

Afirmó con la cabeza.

—Tal vez no lo haces.

—¿Es un problema?

—Mientras no me pegues un tiro a mí, o a los miembros de la manada, supongo que no.

—No puedo prometer lo de tu manada.

—Son míos para protegerlos —dijo.

—Entonces asegúrate que dejen el infierno sólo para mí.

—¿Lucharías contra mí por eso? —preguntó.

—¿Lucharías tú contra mí?

Sonrió, pero no parecía feliz.

—No podría luchar contra ti, Anita. Nunca podría hacerte daño.

—Ahí es donde somos diferentes, Richard.

Se inclinó como si fuera a besarme. Algo en mi cara le detuvo.

—Te creo.

—Bien —dije. Introduje el cuchillo en su funda. Contemplé su cara mientras lo hacía. No necesitaba mirar para guardar el cuchillo en su sitio —. Nunca me subestimes, Richard, ni a lo que estoy dispuesta a hacer para mantenerme viva. Para mantener vivos a otros. No quiero que luchemos, no

de esa forma, pero si no controlas a tu manada, entonces lo haré.

Se alejó de mí. Su cara parecía casi enfadada.

—¿Es una amenaza?

—Están fuera de control y lo sabes. No puedo prometer no hacerles daño a menos que puedas garantizar que se van a comportar. Y no puedes hacer eso.

—No, no puedo garantizarte eso. —No le gustó admitirlo.

—Entonces, no me pidas que prometa que no les haré daño.

—¿Puedes al menos tratar de no matarlos, como primera opción?

Pensé en ello.

—No lo sé. Tal vez.

—¿No puedes sólo decir, «Sí, Richard, no mataré a tus amigos»?

—Sería una mentira.

Inclinó la cabeza.

—Supongo.

Oí el crujido del cuero del asiento trasero cuando Stephen se movió.

—Louie esta fuera, pero estará bien.

—¿Cómo lo metiste en el Jeep? —preguntó Richard.

Le miré.

Tuvo la discreción de parecer avergonzado.

—Le llevaste. Lo sabía. —Tocó el corte de mi frente suavemente. Aún dolía—. Incluso así, le llevaste.

—Era eso o dejar que los policías lo cogieran. ¿Qué habría pasado si le hubieran montado en una ambulancia y hubiera comenzado a curarse así?

—Habrían sabido lo que era —contestó Richard.

Stephen se apoyaba en el respaldo del asiento, la barbilla descansaba en los antebrazos. Parecía haber olvidado que casi lo había apuñalado, o acaso estaba acostumbrado a ser amenazado. Probablemente. De cerca, los ojos eran de un sorprendente azul aciano. Con el pelo rubio alrededor de la cara parecía una de aquellas muñecas de porcelana que se compran en tiendas exclusivas, con las que nunca te dejan jugar de niño.

—Puedo llevar a Louie conmigo —dijo.

—No —contesté.

Ambos me miraron, sorprendidos. No estaba segura de que decir, pero sabía que Richard no podía venir conmigo a Placeres Prohibidos. Si tenía alguna esperanza de mantenernos a todos vivos, Richard no podía estar cerca cuando diera la noticia.

—Pensé que te llevaría a casa —dijo Richard—, o al hospital más cercano, cualquier cosa que necesites.

Eso era lo que prefería, pero no esta noche.

—Eres el mejor amigo de Louie. Pensé que querrías cuidar de él.

Me observó, los encantadores ojos marrones entrecerrados sospechosamente.

—Tratas de deshacerte de mí. ¿Por qué?

Me dolía la cabeza. No podía pensar en una buena mentira. No pensé que se lo tomaría tan mal.

—¿Cuánto confías en Stephen?

La pregunta pareció hacerle perder el equilibrio.

—Confío en él.

Su primera reacción fue decir que sí, confío en él, pero no había pensado en ello primero.

—No, Richard, quiero decir, ¿cuánto confías en que no hablará con Jean-Claude o Marcus?

—No diría a Marcus nada que tú no quisieras —dijo Stephen.

—¿Y a Jean-Claude? —pregunté.

—Si me hace una pregunta directa, tendría que dar una respuesta directa —Stephen parecía incómodo cuando lo dijo.

—¿Cómo puedes guardar más lealtad al Amo de la Ciudad que a tu propio líder de manada?

—Sigo a Richard, no a Marcus.

Eché un vistazo a Richard.

—¿Una pequeña rebelión en el palacio?

—Raina lo quería en una de las películas. Intervine y lo detuve.

—Marcus debe odiarte de verdad —dije.

—Me teme —dijo Richard.

—Incluso peor —dije.

Richard no dijo nada. Conocía la situación mejor que yo, aun si no estaba dispuesto a abordar los últimos incidentes.

—Bien, había planeado decirle a Jean-Claude lo que me propusiste.

—¿Te declaraste? —preguntó Stephen. Su voz mantuvo un matiz de sorpresa—. ¿Dijo sí?

Richard asintió. El placer iluminó la cara de Stephen.

—Bien hecho. —Su cara paso a entristecerse. Era como mirar el viento sobre un campo cubierto de hierba, visible desde la superficie—. Jean-

Claude va a flipar en colores.

—No podría haberlo dicho mejor.

—Entonces, ¿por qué se lo dices esta noche? —preguntó Richard—. ¿Por qué no esperar? Ya no estás segura sobre casarte conmigo. ¿Lo estás?

—No —dije.

Lamenté decirlo, pero era la verdad. Le amaba, pero si esto seguía adelante, sería demasiado tarde. Si tenía dudas, tenía que resolverlas ahora. Mirando fijamente su cara, oliendo el cálido perfume de su loción de afeitar, lamentaba que no pudiera mandar la precaución a paseo.

Echarme en sus brazos. Pero no podía. Simplemente no podía, no a menos que estuviera segura.

—Entonces, ¿por qué se lo dices? A menos que planees fugarte con tu amante y no me lo digas, tenemos algo de tiempo.

Suspiré. Le dije por qué tenía que ser esta noche.

—No puedes venir conmigo.

—No te dejaré ir sola —dijo.

—Richard, si estas cerca cuando él lo averigüe, tratará de matarte, y trataré de matarle para protegerte. —Sacudí la cabeza—. Si la mierda se desata, podría terminar como Hamlet.

—¿Cómo Hamlet? —preguntó Stephen.

—Todo el mundo muerto —dije.

—Ah…

—¿Matarías a Jean-Claude para protegerme después de lo qué viste anoche?

Le miré. Traté de ver detrás de esos ojos para saber si había alguien en casa con quien pudiera hablar. Todavía era Richard. Con su amor por el aire libre, por cualquier actividad con la que consiguiera ensuciarse y una sonrisa que calentaba hasta los dedos de mis pies. No estaba segura si podría casarme con él, pero sabía con seguridad que no podía dejar a nadie matarle.

—Sí.

—No te casarás conmigo, pero matarías por mí. No lo entiendo.

—Pregúntame si todavía te amo, Richard. Esa respuesta todavía es sí.

—¿Cómo puedo dejarte enfrentarle sola?

—He estado haciéndolo bien sin ti.

Tocó mi frente y me estremecí.

—No estás bien.

—Jean-Claude no me hará daño.

—Eso no lo sabes seguro —dijo.

Tenía razón en ese punto.

—No me puedes proteger, Richard. Si estás allí conseguirás que nos mate a ambos.

—No puedo dejarte ir sola.

—No vayas de macho, Richard. Es un lujo que no podemos permitirnos. Si el decir sí al matrimonio te va a convertir en un idiota, puede solucionarse.

—Te retractaste de tu sí.

—Tampoco es un no definitivo —dije.

—¿Sólo el intento de protegerte te haría decir no?

—No necesito tu protección, Richard. No la quiero.

Apoyó la cabeza contra el reposacabezas y cerró los ojos.

—Si juego al caballero blanco, me abandonarás.

—Si piensas que tienes que jugar al caballero blanco, entonces es que no me conoces en absoluto.

Abrió los ojos y giró la cabeza para mirarme.

—Quizá quiera ser tu caballero blanco.

—Ese es tu problema.

Sonrió.

—Supongo que sí.

—Si puedes conducir el Jeep hasta mi piso, cogeré un taxi.

—Stephen puede llevarte —dijo.

Le ofreció como voluntario sin preguntarse qué diría Stephen sobre eso. Arrogante.

—No, cogeré un taxi.

—No me importa —contestó Stephen—, esta noche tengo que volver al Placeres Prohibidos de todos modos.

Le eché un vistazo.

—¿Qué haces en la vida, Stephen?

Colocó la mejilla sobre el antebrazo y se rió de mí. Logró parecer encantador y atractivo al mismo tiempo.

—Soy stripper —dijo.

Por supuesto que lo era. Quise señalar que había rechazado participar en una película pornográfica, pero aún así, se había desnudado. Pero quitarse la ropa de buen gusto no es lo mismo que tener sexo en la pantalla.

Ni de cerca.



VEINTITRES

Lillian era una mujer pequeña, rondando los cincuenta. Su pelo era gris y blanco con un corte limpio y ordenado en un estilo práctico. Sus dedos eran tan rápidos y seguros como el resto de ella. La última vez que me había curado las heridas, tenía garras y pelaje gris.

Estaba sentaba en una mesa de examen en el sótano de un bloque de pisos. Un edificio que alojaba licántropos y que fue comprado por un cambiaformas. El sótano era la clínica de reconocimiento para los licántropos de la zona. Era el primer humano al que habían permitido ver alguna vez el lugar. Debería haberme sentido halagada, pero me había controlado para no estarlo.

—Bien, según los rayos X, no tienes fractura de cráneo.

—Me alegra oírlo —dije.

—Puedes tener una conmoción cerebral leve, pero una así no aparecerá en las pruebas, al menos no con el equipo que tenemos aquí.

—Entonces, ¿puedo irme? —Comencé a bajarme.

Me detuvo con una mano en el brazo.

—No dije eso.

Volví a recostarme en la mesa.

—Te escucho.

—De mala gana —dijo sonriendo.

—Si quieres una broma bajo presión, Lillian, no soy tu chica.

—Ah, no es eso —dijo—. He limpiado los rasguños y he grapado la frente. Tuviste mucha suerte de no necesitar puntos.

No me gustan los puntos, así que estuve de acuerdo con ella.

—Quiero que te despiertes cada hora durante veinticuatro horas.

No debí haberme mostrado muy feliz, porque añadió:

—Sé que es engorroso y probablemente innecesario, pero es mi manera de hacer las cosas. Si te duermes y estas más herida de lo que creo que estás, podrías no despertarte. Así que llévale la corriente a una vieja señora rata. Pon la alarma o haz que alguien te despierte cada hora durante veinticuatro horas.

—¿Veinticuatro horas desde la herida? —pregunté esperanzada.

Se rió.

—Normalmente diría que desde ahora, pero puedes hacerlo a partir del momento en que te heriste. Simplemente, seamos cautelosas.

—Me gusta ser cautelosa.

Richard se apartó de la pared. Se acerco hasta nosotras bajo las luces.

—Me ofrezco para despertarte cada hora.

—No puedes venir conmigo —dije.

—Te esperaré en tu piso.

—Ah, nada de conducir esta noche —dijo Lillian—. Como precaución.

Las yemas de los dedos de Richard rozaron el reverso de mi mano.

No trató de sostenerla, sólo aquel roce. Consolador. No sabía qué hacer. Si iba a decir no al final, no me parecía justo coquetear. Sólo el peso de sus dedos producía una línea de calor por todo mi brazo. Lujuria, sólo lujuria.

No era lo que deseaba.

—Conduciré el Jeep a tu piso, si te parece bien. Stephen puede llevarte hasta Placeres Prohibidos.

—Puedo coger un taxi.

—Me sentiría mejor si Stephen te llevara. Por favor —dijo.

El por favor me hizo sonreír.

—Bien, Stephen puede llevarme.

—Gracias —dijo Richard.

—De nada.

—Te recomendaría que fueras directamente a casa y descansaras —dijo Lillian.

—No puedo —contesté.

Me miró con el ceño fruncido.

—Muy bien, pero hazlo tan pronto como puedas. Si es una conmoción cerebral leve y abusas de ti misma, podría empeorar. Y aunque no sea una conmoción cerebral, el descanso te sentará mejor que callejear por ahí.

Sonreí.

—Sí, doctora.

Hizo un pequeño sonido de umph.

—Sé el caso vas a hacerle a mis recomendaciones. Pero hagan lo que quieran, los dos. Si no escuchas al sentido común, será mejor que te vayas.

Me deslicé de la mesa y Richard no se ofreció a ayudarme. Había motivos por los qué habíamos estado saliendo durante un tiempo. Un momento de mareo y ya me encontraba bien.

Lillian no parecía feliz.

—Me prometes que ese mareo era menos de lo que parecía.

—Palabra de scout.

Asintió con la cabeza.

—Te tomaré la palabra.

No parecía realmente contenta, pero acarició mi hombro y salió. No había tomado ninguna nota. No había ninguna grafica que comprobar.

Nada que demostrara que había estado aquí alguna vez, excepto por algunos algodones ensangrentados. Era un buen sistema.

Había conseguido recostarme y relajarme en el coche de camino aquí. No sabía si era por no tener que estar alrededor de hombres desnudos, o si el paseo en coche me había ayudado mucho. En realidad, me sentía mejor, lo que era fantástico ya que tenía que ver a Jean-Claude esta noche sin importar como me sintiera. Me pregunté si Gretchen me hubiera dado una noche de gracia si me hubiera traído al hospital. Probablemente no.

No podía aplazarlo por más tiempo. Era el momento de hacerlo.

—Tengo que ir, Richard.

Puso las manos sobre mis hombros. No me aparté. Me giró para mirarme, y le dejé. Su cara estaba muy seria.

—Lamento no poder ir contigo.

—Hemos hablado sobre ello —dije.

Apartó la mirada.

—Lo sé.

Toqué su barbilla y alcé sus ojos hasta los míos.

—Ninguna heroicidad Richard, prométemelo.

Sus ojos eran demasiado inocentes.

—No sé lo que quieres decir.

—Gilipolleces. No puedes esperar fuera. Tienes que quedarte aquí. Prométemelo.

Dejó caer sus brazos y se apartó con un andar majestuoso. Se apoyó sobre las palmas en la otra mesa de examen con los brazos manteniendo todo el peso.

—Odio que hagas esto sola.

—Prométeme que esperarás aquí, o esperarás en mi piso. Son las únicas opciones, Richard.

No me miraría. Me acerque y le toqué el brazo. La tensión manaba de él. No había nada de esa energía extra terrenal aún, pero estaba ahí, debajo de la superficie, esperando.

—Richard, mírame.

Se quedó inclinado, el pelo cayendo como una cortina entre nosotros.

Extendí la mano por aquel pelo ondulado, agarrando un puñado cerca del calor de su cabeza. Usé el pelo como un asa y giré la cara. Los ojos eran más oscuros de lo normal. Había algo en esos ojos que solo había visto la última noche. La bestia se alzaba en ellos, como un monstruo de mar que nadaba hacia la superficie por las aguas oscuras.

Apreté el agarre en su pelo, no para que le doliera, sino para conseguir su atención. Un pequeño sonido brotó de su garganta.

—Si jodes esto por culpa de tu ego masculino, vas a matarme. —Acerqué su cara hacia mí, la mano enredada en su pelo. Cuando la cara estuvo a unos centímetros de la mía hasta casi besarnos, dije—: Si interfieres, me matarás. ¿Lo entiendes?

La oscuridad de sus ojos quiso decir no. Miré la lucha en su cara.

—Lo entiendo —dijo finalmente.

—¿Me esperarás en casa?

Asintió, tirando de su pelo en contra de mi apretón. Quise acercarle la cara. Besarle. Nos quedamos allí de pie, congelados y vacilando. Se movió

hacía mí. Nuestros labios se rozaron. Era un roce suave, labios suaves. Nos observamos el uno al otro a unos centímetros de distancia. Sus ojos se ahogaban profundamente, y de repente pude sentir su cuerpo como una sacudida eléctrica por mi estomago. Me alejé de él.

—No ahora. No sé cómo me siento acerca de ti.

—Tu cuerpo lo sabe —contestó.

—Si la lujuria fuera todo, estaría con Jean-Claude.

Su cara se hundió como si lo hubiera abofeteado.

—Si en realidad no vas a salir más conmigo, entonces no se lo cuentes a Jean-Claude. No merece la pena.

Parecía tan herido. Era algo que nunca había tenido intención de hacer. Puse la mano en su brazo. La piel era suave, cálida, real.

—Si puedo librarme de decírselo, lo haré, pero no creo que Gretchen me deje muchas opciones. Además, Jean-Claude puede oler una mentira. Tú me lo propusiste y yo acepte.

—Dile que cambiaste de opinión, Anita. Dile por qué. Le gustará. Que no sea lo bastante humano para ti —soltó mi mano—. Jean-Claude se lo tragará completamente.

Su voz sonaba amarga, enfadada. La amargura era lo suficientemente intensa como para andar por sí sola. Nunca le había oído así. No lo podía aguantar. Me acerque por detrás de él y envolví los brazos alrededor de su cintura. Enterré mi cara en la línea de su espalda.

Mi mejilla entre sus hombros. Comenzó a darse la vuelta, pero lo agarré más fuerte. Se mantuvo de pie, todavía entre mis brazos. Sus manos los tocaron con indecisión al principio, luego se abrazó a ellos. Un estremecimiento traspasó su espalda. Su aliento salió con un largo jadeo. Le giré para afrontarle. Las lágrimas brillaban en sus mejillas. Jesús. Nunca había sabido que hacer con las lágrimas. Mi primer instinto fue prometerle cualquier cosa si dejaba de llorar.

—No lo hagas —dije. Toqué con un dedo una lágrima. Se deslizó por mi piel, temblando—. No dejes caer más lágrimas, Richard. Por favor.

—No puedo ser humano de nuevo, Anita. —Su voz parecía muy normal. Si no hubiera visto las lágrimas, no habría sabido que lloraba—. Volvería a ser humano para ti si pudiera.

—Tal vez no sea humano lo que quiero, Richard. No lo sé. Dame tiempo. Si no puedo manejar al ser peludo, mejor averiguarlo ahora.

Me sentí horrible, egoísta y mezquina. Era magnífico. Lo amaba.

Quería casarse conmigo. Enseñaba ciencia en secundaria. Amaba ir de excursión, acampar, la espeleología. Colecciona bandas sonoras de musicales, por Dios. Y era el siguiente en la línea para gobernar la manada. Un hombre lobo alfa. Mierda.

—Necesito tiempo, Richard. Lo siento tanto, realmente lo necesito. —Soné tan indecisa. Nunca había parecido tan indecisa en mi vida.

Sacudió la cabeza, pero no pareció convencido.

—Puedes terminar rechazándome, pero vas a arriesgar tu vida al enfrentarte a Jean-Claude. No tiene sentido.

Tenía que darle la razón en eso.

—Tengo que hablar con él esta noche, Richard. No quiero otro enfrentamiento con Gretchen. No si puedo evitarlo.

Richard se pasó las manos sobre la cara. Las manos entre el pelo.

—No dejes que te maten.

—No lo haré —contesté.

—Prométemelo —dijo.

Quise decir, Te lo Prometo, pero no lo hice.

—No hago promesas que no puedo mantener.

—¿Podrías consolarme y mentirme?

Negué con la cabeza.

—No.

Suspiró.

—Hablando de dolorosa honestidad.

—Tengo que ir. —Me alejé antes de que pudiera distraerme otra vez.

Comenzaba a pensar que lo hacía a propósito para retrasarme. Por supuesto, le dejaba hacerlo.

—Anita. —Estaba casi en la puerta. Me giré. Estaba allí, bajo las ásperas luces, las manos en los costados, mirando… Indefenso.

—Nos hemos dado un beso de despedida. Me has dicho que tenga cuidado. Te he advertido que no juegues al héroe. Eso es todo, Richard. No hay más.

—Te quiero.

Bien, sí había más.

—Yo también te quiero.

Era la verdad, maldita sea. Si sólo pudiera soportar a su ser peludo, me casaría con él. ¿Cómo tomaría Jean-Claude las noticias? Hay un viejo refrán que dice, «sólo hay una forma de averiguarlo».



VEINTICUATRO

Placeres Prohibidos está situado en el corazón del distrito vampiro.

El cartel encendido de neón sangraba en el cielo nocturno, dando a la oscuridad un tinte carmesí como un incendio en una casa lejana. Desde hacía mucho tiempo no iba al distrito desarmada después del anochecer.

Bueno, tenía el cuchillo y era mejor que nada, pero contra un vampiro, no era mucho mejor.

Stephen estaba a mi lado. Un hombre lobo no era un mal guardaespaldas, pero de alguna manera Stephen no se veía suficientemente espeluznante. Era sólo unos centímetros más alto que yo, delgado como un sauce con la justa definición muscular para hacerle parecer masculino. Decir que sus pantalones eran ajustados no era suficiente. Eran de cuero y parecían pintados como una segunda piel. No era difícil apreciar el trasero apretado y firme. La chaqueta de cuero le llegaba a la cintura, así que la visión estaba despejada.

Llevaba puesto mi impermeable negro otra vez. Tenía un poquito de sangre, pero si lo limpiaba, se mojaría. Mojado no me mantendría caliente.

Mi jersey, uno de mis favoritos, estaba rasgado en un hombro hasta el tirante del sujetador. Demasiado frío sin el abrigo. Gretchen me debía un jersey. Tal vez después de recuperar mis armas, hablaríamos de ello.

Tres zancadas me condujeron hasta las puertas cerradas. Llamé al vampiro que las protegía. Era el peor nombre de vampiro que había oído alguna vez. No sería bueno si fuera humano, pero Buzz parecía completamente erróneo como vampiro. Era un gran nombre para un gorila. Era alto y musculoso por exceso de ejercicio, con un corte de pelo al rape, malévolo. Parecía que llevaba puesta la misma camiseta negra que usaba en julio.

Sabía que los vampiros no podían morir de frío, pero no sabía que no sentían frío. La mayor parte de los vampiros intentaban pasar por humanos. Llevaban puestos abrigos en invierno. Tal vez no los necesitaran, de la misma forma que Gretchen no había necesitado sacar el cuchillo de la garganta. Tal vez todo era fingido.

Sonrió, enseñando los colmillos. Mi reacción pareció decepcionarle.

—Te perdiste una actuación, Stephen. El jefe está enfadado.

Stephen se encogió. Buzz pareció hacerse más grande, contento consigo mismo.

—Stephen me ayudaba a mí. No creo que Jean-Claude se oponga.

Buzz se giró hacia mí, mirándome a la cara por primera vez.

—Mierda, ¿qué te pasó?

—Si Jean-Claude quiere que lo sepas, te lo dirá —dije.

Pasé por delante de él. Había un cartel grande en la puerta: Ninguna Cruz, Crucifijos u otros Artículos Santos Permitidos Dentro. Empujé las puertas abiertas y seguí caminando, mi cruz bien sujeta alrededor del cuello. La podrían conseguir de mis frías manos muertas esta noche si la querían.

Stephen me seguía los talones, casi como si tuviera miedo de Buzz.

No era viejo para ser vampiro, menos de veinte años. Todavía tenía cierta «vitalidad» en él. Aquella calma completa que los viejos tenían, no había aparecido aún en el gorila. Entonces, ¿por qué un hombre lobo tenía miedo de un vampiro nuevo? La pregunta era buena.

Era domingo noche y el lugar estaba atestado. ¿No tenía nadie que trabajar mañana? El ruido se elevó sobre nosotros como una ola casi sólida.

Era aquel sonido de murmullos de mucha gente en un espacio pequeño dispuestas a pasar un buen rato. Las luces eran tan brillantes como podían serlo. El pequeño escenario estaba vacío. Estábamos entre funciones.

Una mujer rubia nos saludó en la puerta.

—¿Tiene algún artículo santo que declarar? —sonrió cuando lo dijo.

La muchacha de control de artículos santos.

—No —sonreí cuando lo dije.

No me preguntó, sólo sonrió y se alejó.

—Sólo un momento, Shelia —dijo una voz masculina.

El vampiro alto que anduvo a zancadas hacia nosotros era atractivo a la vista. Tenía pómulos altos y esculpidos, y el cabello rubio corto con un estilo perfecto. Era demasiado masculino para ser hermoso y demasiado perfecto para ser real. Robert había sido uno de los strippers la última vez que estuve aquí. Parecía como si hubiera ascendido a gerente.

Shelia esperó, mirando de Robert hacia mí.

—¿Me mintió?

Robert me saludó con la cabeza.

—Hola, Anita.

—Hola. ¿Ahora eres el gerente?

Afirmó.

No me gustaba esto, él siendo gerente. Me había fallado una vez, o mejor dicho, había fallado a las órdenes de Jean-Claude. Fallado en proteger a alguien. Que había muerto. Robert no había conseguido parar a los monstruos. Debería haberse herido al intentarlo. No quería decir que muriera para proteger a las personas, pero debería haber intentado algo más. Nunca confiaría completamente en él o le perdonaría.

—Llevas puesto un artículo santo, Anita. A menos que sea un trabajo policial, debes dárselo a Shelia.

Lo mire. Sus ojos eran azules. Aparté la mirada y entonces comprendí que podía encontrar sus ojos. Tenía más de cien años, no tan poderoso como Gretchen, pero no debería haber sido capaz de mantenerle la mirada.

Sus ojos se ensancharon.

—Tienes que dejarlo. Esas son las reglas.

Tal vez el ser capaz de mirarlo a los ojos me había dado coraje, o tal vez había tenido bastante por esta noche.

—¿Está Gretchen aquí?

Pareció sorprendido.

—Sí, está en el cuarto trasero con Jean-Claude.

—Entonces no puedes tener mi cruz.

—No puedo dejarte entrar entonces. Jean-Claude lo dejó muy claro.

Había un indicio de ansiedad en su voz, casi miedo. Bien.

—Fíjate en mi cara, Bobby, muchacho. Lo hizo Gretchen. Si está aquí, guardo mi cruz.

Las líneas de su ceño se acentuaron entre sus perfectas cejas.

—Jean-Claude no concedió ninguna excepción.

Se acercó y le dejé. Bajó la voz sólo lo suficiente como para oírle por encima del ruido.

—Dijo que si alguna vez volvía a fallarle en algo grande o pequeño, me castigaría.

Normalmente pensaba que las declaraciones así eran lamentables o crueles. Estuve de acuerdo esta vez.

—Ve a preguntar a Jean-Claude —dije.

Sacudió la cabeza.

—No puedo confiar en que esperes aquí. Si pasas con la cruz, habré fallado.

Esto se hacía pesado.

—¿Puede ir Stephen a preguntar?

Robert asintió.

Stephen estaba pegado a mí. No se había repuesto de los comentarios de Buzz.

—¿Jean-Claude está enfadado conmigo por perder el turno?

—Deberías haber llamado si no podías hacer tu turno —dijo Robert—. Tuve que hacerlo en tu lugar.

—Es bueno ser útil —dije.

Robert me miró con ceño.

—Stephen debería haber llamado.

—Me llevaba al médico. ¿Tienes algún problema con eso?

—Puede que Jean-Claude sí.

—Entonces saca al gran hombre y ve a preguntarle. Estoy cansada de estar en la puerta.

—Anita, que amable de tu parte honrarnos con tu presencia. —Gretchen prácticamente ronroneaba por la anticipación.

—Robert no me dejará pasar.

Giró los ojos hacia el vampiro. Él dio un paso atrás. Hasta ahora, ella

no había soltado ninguna magia impresionante, aún. Robert se asustaba demasiado rápido para ser un cadáver centenario.

—Estamos esperándola, Robert. Jean-Claude está muy preocupado por verla.

Tragó con fuerza.

—Me dijeron que nadie entrara con un artículo santo, salvo la policía. No hemos hecho ninguna excepción.

—Ni siquiera para el amor del maestro —puso mucha ironía en aquella última parte.

Robert no lo pillo o no hizo caso.

—Hasta que Jean-Claude me diga algo diferente, no pasa con una cruz.

Gretchen caminó con paso majestuoso alrededor de todos nosotros. No estaba segura de quién parecía más preocupado.

—Quítate la pequeña cruz y terminemos con esto.

Sacudí la cabeza.

—No.

—Eso no te ayudó mucho esta noche —dijo.

Tenía un punto en eso. Por primera vez comprendí que no había pensado en sacar mi cruz antes. Había ido por mis armas, pero no por mi fe. Malditamente triste.

Manoseé la fresca plata de la cadena.

—La cruz se queda.

—Echas a perder mi diversión —dijo. La manera en que sonó fue terrorífica—. Voy a devolverte una de tus armas.

Un momento antes hubiera estado de acuerdo, pero no ahora. Estaba avergonzada por no haber sacado antes la cruz. No le habría impedido saltar sobre mí al principio. Era demasiado poderosa para eso. Pero podría haberla mantenido lejos de Louie. Iba a tener que dejar de saltarme el ir a la iglesia si no conseguía dormir.

—No.

—¿Ésta es tu forma de romper nuestro trato? —Su voz era baja y excitada con un primer indicio de cólera.

—Mantengo mi palabra —dije.

—La escoltaré, Robert —levantó la mano para parar sus quejas—. Si Jean-Claude te culpa, dile que iba a arrancar tu garganta. —Se aproximó a él hasta que sólo un aliento separó los cuerpos. Esto sólo ponía de manifiesto que Robert era más alto por cabeza y media. Gretchen parecía

más grande que eso—. No es una amenaza vana, Robert. Creo que eres débil, una responsabilidad. Te mataría ahora si nuestro amo no nos necesitara a ambos. Si todavía temes a Jean-Claude, recuerda que él te quiere vivo. Yo no.

Robert tragó con tanta fuerza que tuvo que dolerle. Se echo hacía atrás. Premio para él. Ella se movió esa fracción más cerca, y él brincó como si le hubieran pegado un tiro.

—Bien, bien, tómala en serio.

El labio de Gretchen se alzó con repugnancia. En una cosa coincidíamos: no nos gustaba Robert. Si teníamos algo en común, tal vez fuera eso. Quizás podríamos ser amigas. Sí, seguro.

El nivel de ruido había descendido a un murmullo de fondo.

Teníamos la atención de todo el mundo. Nada como un buen espectáculo.

—¿No debería comenzar un espectáculo ahora mismo? —pregunté.

Robert afirmó con la cabeza.

—Sí, tengo que presentarle.

—Vete a hacer tu trabajo, Robert. —Las palabras eran duras, con desprecio. Gretchen le despreciaba.

Robert se alejó, obviamente aliviado.

—Debilucho —dije suavemente.

—Vamos, Anita, Jean-Claude nos espera. —Se alejo con paso majestuoso, su largo abrigo pálido se balanceaba detrás de ella. Stephen y yo intercambiamos miradas. Se encogió de hombros. La seguí y él se arrastró detrás, como si tuviera miedo de perderme.

La oficina de Jean-Claude era como estar dentro de una ficha de dominó. Paredes completamente blancas, alfombra blanca, escritorio lacado en negro, silla de oficina negra, un sofá de cuero negro contra una de las paredes y dos sillas con el respaldo recto colocadas frente al escritorio. El escritorio y las sillas eran orientales, adornados con cuadros de esmalte de grullas y mujeres orientales con trajes sueltos. Siempre me gustó ese escritorio, pero no lo admitiría en voz alta.

Había un biombo lacado en negro en una esquina. Nunca lo había visto antes. Era grande, escondía toda la esquina. Un dragón naranja y rojo se enroscaba a través del biombo, con ojos saltones y enormes. Era un agradable complemento para la habitación, la cual no era confortable, pero sí elegante. Como Jean-Claude.

Estaba sentado en el sofá de cuero, vestido todo de negro. La camisa tenía cuello alto y rígido, enmarcándole la cara. Era difícil decir donde terminaba el pelo y comenzaba la camisa. El cuello de la camisa estaba sujeto a su cuello con un colgante de rubí del tamaño de un pulgar. La camisa estaba abierta hasta la cintura, dejando un triángulo de pálida piel a la vista. Sólo el colgante impedía que la camisa se abriese por completo.

Los puños eran tan amplios y rígidos como el cuello, casi escondiendo las manos. Levantó una y pude ver que los puños estaban abiertos en un lado, así que todavía podía usar las manos. Vaqueros negros y botas negras aterciopeladas completaban el equipo.

Había visto el colgante antes, pero la camisa seguro era nueva.

—Spiffy —dije.

Sonrió.

—¿Te gusta? —enderezó los puños, como si lo necesitaran.

—Es un cambio agradable del blanco —dije.

—Stephen, te esperábamos antes. —Su voz era bastante suave, pero había un matiz de algo oscuro y desagradable.

—Stephen me llevo al médico.

Los ojos azules medianoche se volvieron hacía mí.

—¿Tu última investigación con la policía se ha vuelto peligrosa?

—No —dije. Le eché un vistazo a Gretchen.

Ella miraba a Jean-Claude.

—Díselo —dijo.

No creí que se refiriera a mi acusación de su intento de asesinato. Era el momento de un poco de honestidad, o al menos de un pequeño drama.

Me aseguraría de que Jean-Claude no nos decepcionara.

—Stephen tiene que marcharse ahora —dije. No quería que le mataran por intentar protegerme. No quería que fuera carne de cañón. No contra Jean-Claude.

—¿Por qué? —preguntó. Parecía sospechar.

—Sigue —dijo Gretchen.

Sacudí la cabeza.

—Stephen no necesita estar aquí.

—Sal, Stephen —dijo Jean-Claude—. No estoy enojado porque perdieras tu turno. Anita es más importante para mí que el estar a tiempo en tu trabajo.

Era agradable saberlo.

Stephen hizo una especie de asentimiento hacía Jean-Claude, casi una reverencia, me dirigió una mirada y vaciló.

—Vete, Stephen. Estaré bien.

No tuve que tranquilizarle dos veces. Huyó.

—¿Qué estas tramando ahora, *ma petite*?

Eché un vistazo a Gretchen. Tenía sólo ojos para él. Su cara parecía ansiosa, como si hubiera esperado esto durante mucho tiempo. Miré fijamente sus ojos azul oscuro y comprendí que podía hacerlo sin marcas de vampiro, podía mantener su mirada. Jean-Claude también lo notó. Sus ojos se ensancharon sólo un poco.

—*Ma petite*, estas llena de sorpresas esta noche.

—No has visto nada aún —dije.

—Por supuesto, continúa. Adoro las sorpresas.

Dudé de que le gustara ésta. Respiré profundamente y lo dije de prisa, como si lo fuera a hacer más fácil, como una cucharada de azúcar.

—Richard me ha pedido que me case con él, y he dicho que sí —podía haber añadido, «Pero ya no estoy segura», aunque no lo hice. Estaba demasiado aturdida para explicar algo que no fuera los hechos innegables. Si intentaba matarme, quizás añadiría los detalles. Hasta entonces… esperaríamos.

Jean-Claude sólo se quedó allí sentado. No se movió en absoluto. La calefacción hizo clic, y brinqué. El respiradero estaba sobre el sofá. El aire movía su pelo, la tela de la camisa, pero su mirada parecía la de un maniquí. El pelo y la ropa se movían, pero el resto era de piedra.

El silencio aumento y llenó la habitación. El calentador se detuvo, y la quietud era tan profunda que podía oír la sangre que palpitaba en mis oídos. Parecía la calma antes de la tempestad. Sabías que algo grande iba a llegar. Sólo que no sabías completamente el qué. Dejé fluir silencio a mí alrededor. No sería la que lo rompiera, porque tenía miedo de lo que vendría después. Esta completa tranquilidad era más inquietante que la cólera. No sabía qué hacer con ella, así que no hice nada. Un curso de acción que rara vez lamento.

Fue Gretchen quien lo rompió primero.

—¿Oíste lo que dijo, Jean-Claude? Va a casarse con otro. Ama a otro.

Parpadeó una vez, un largo y elegante movimiento de pestañas.

—Ahora pregúntale si me ama a mí, Gretchen.

Gretchen se puso delante de mí, bloqueándome a la vista de Jean-

Claude.

—¿Qué importa eso? Se va a casar con otro.

—Pregúntale. —Eso era una orden.

Gretchen giró para afrontarme. Los huesos de su cara se destacaban bajo la piel, los labios estirados por la rabia.

—Tú no le quieres.

Eso no era exactamente una pregunta, así que no la contesté. La voz de Jean-Claude me llego desganada y llena de una oscuridad que trataba de decir algo que no entendí.

—¿Me amas, *ma petite*?

Miré fijamente la cara de rabia de Gretchen.

—Supongo que no me creerías si dijera que no —contesté.

—¿Puedes simplemente decir sí o no?

—Sí, en alguna parte oscura y retorcida de mi alma, te quiero. ¿Contento?

Sonrió.

—¿Cómo puedes casarte con él si me quieres?

—Le quiero también a él, Jean-Claude.

—¿Del mismo modo?

—No —dije.

—¿De qué forma es diferente ese amor?

Las preguntas se volvían más difíciles.

—¿Cómo se supone que puedo explicarte algo que ni siquiera yo entiendo?

—Inténtalo.

—Eres como una gran tragedia Shakesperiana. Si Romeo y Julieta no se hubieran suicidado, se habrían odiado el uno al otro en un año. La pasión es una forma de amor, pero no es verdadera. No dura.

—¿Y que sientes por Richard? —Su voz estaba llena de una emoción fuerte. Debería haber sido cólera, pero se sentía diferente. Casi como si fuera una emoción para la que no tenía palabras.

—No sólo quiero a Richard, me gusta. Disfruto de su compañía. Yo… —Lamenté explicarme—. Ah, infiernos, Jean-Claude, no puedo explicarlo con palabras. Puedo ver pasar mi vida con Richard, y no puedo verla contigo.

—¿Has puesto fecha?

—No —dije.

Inclinó la cabeza a un lado, estudiándome.

—Es verdad, pero hay algo que es mentira. ¿Qué no me estás diciendo, *ma petite*?

Le miré con ceño.

—Te he dicho la verdad.

—Pero no toda.

No quería decírselo. Disfrutaría demasiado. Me sentí vagamente desleal con Richard.

—No estoy completamente segura de casarme con Richard.

—¿Por qué no? —Había algo en su cara que parecía casi esperanzador. No podía dejar que se hiciera una idea equivocada.

—Le vi de una forma espeluznante. Sentí su… poder.

—¿Y?

—Y ahora no estoy segura —dije.

—Tampoco es lo bastante humano para ti. —Sacudió la cabeza y rió.

Un torrente alegre que me cubrió como el chocolate. Pesado, dulce y molesto.

—Ella ama a otro —dijo Gretchen—. ¿Qué importa si duda de él? Ella duda de ti. Te rechaza, Jean-Claude. ¿No es suficiente?

—¿Le hiciste todo eso a su cara?

Ella acechó a mí alrededor como un tigre enjaulado.

—No te ama como lo hago yo —se arrodilló delante de él, las manos tocando sus piernas, la cara levantada mirando hacia arriba—. Por favor, te amo. Siempre te he amado. Mátala o deja que se case con ese hombre. No merece tu adoración.

No le hizo caso.

—¿Estás bien, *ma petite*?

—Estoy bien.

Gretchen clavó los dedos en los vaqueros, aferrándose a él.

—¡Por favor, por favor!

No me gustaba Gretchen, pero era horrible oír el dolor, el dolor desesperado de su voz. Había intentado matarme y todavía me compadecía de ella.

—Márchate, Gretchen.

—¡No! —le agarró.

—Te prohibí dañarla. Me desobedeciste. Debería matarte.

Se quedó arrodillada, mirándole fijamente. No podía ver su expresión y

me alegré de ello. No era una gran admiradora.

—Jean-Claude, por favor, por favor, sólo lo hice por ti. Ella no te ama.

Su mano estaba de pronto alrededor de su cuello. No le había visto moverse. Era mágico. Independientemente de poder mantenerle la mirada, eso no le detuvo para jugar con mi mente. O tal vez era así de rápido. Nah.

Ella trató de hablar. Los dedos se cerraron y las palabras salieron como pequeños sonidos ahogados. Se incorporó dejándola a sus pies. Ella envolvió las manos alrededor de su muñeca, tratando de impedirle colgarla. La levanto hasta que sus pies pendieron en el aire. Sabía que podía luchar contra él. Había sentido la fuerza en aquellas delicadas manos. Excepto que la mano en su muñeca no luchó. ¿Le dejaba matarla? ¿Lo haría él? ¿Podría quedarme aquí y sólo mirar?

Estaba allí de pie, con la maravillosa camisa negra de aspecto elegante y delicioso, y sujetando a Gretchen con un brazo en el aire.

Anduvo hacia su escritorio todavía sosteniéndola. Mantuvo el equilibrio fácilmente. Incluso un licántropo no podría haberlo hecho, no así. Observe el paseo del delgado cuerpo a través de la alfombra y sabía que podría fingir todo lo que quisiera, pero no era humano. Él no era humano.

Puso los pies en la alfombra en el lado opuesto del escritorio. Relajó el agarre de la garganta, pero no la dejó ir.

—Jean-Claude, por favor. ¿Quién es ella para qué el Amo de la Ciudad tenga que pedir por un poco de atención?

Él conservo la mano descansando en su garganta, sin apretar ahora.

Empujó el biombo hacia atrás con la mano libre. Se dobló hacia atrás para revelar un ataúd subido en un pedestal cubierto por una tela. La madera era casi negra y pulida con un brillo que parecía un espejo.

Los ojos de Gretchen se ensancharon.

—Jean-Claude, Jean-Claude, lo siento. No la maté. Podría haberlo hecho. Pregúntale. Podría haberla matado, pero no lo hice. Pregúntale. ¡Pregúntale! —Su voz sonaba con un pánico puro.

—Anita.

Aquella palabra se deslizó a través de mi piel, densa y llena de presagios. Estaba muy feliz de que esa voz no estuviera enfadada conmigo.

—Podría haberme matado desde el primer momento —dije.

—¿Por qué crees que no lo hizo?

—Creo que se distrajo en el intento de conseguirlo. Disfrutar más.

—No, no, sólo la amenazaba. Solo intentaba ahuyentarla. Sabía que no

querías que la matara. Lo sabía, o ella estaría muerta.

—Siempre fuiste una mal mentirosa, Gretel. ¿Gretel?

Él levantó la tapa del ataúd con una mano, acercándola. Ella se sacudió lejos de él. Las uñas marcaron surcos sangrientos en la garganta. Estaba de pie detrás de la silla de oficina, poniéndola entre ellos, como si pudiera ayudarla. La sangre goteó por su garganta.

—No me hagas forzarte, Gretel.

—Mi nombre es Gretchen y lo ha sido durante más de cien años.

Fue la primera oposición de cualquier tipo que le había visto contra Jean-Claude. Luché contra el impulso de aplaudir. No fue difícil.

—Eras Gretel cuando te encontré y todavía eres Gretel. No me obligues a recordarte quien eres, Gretel.

—No entraré en esa maldita caja voluntariamente. No lo haré.

—¿De verdad quieres que Anita te vea peor?

Pensé que ya lo hacía.

—No iré. —Su voz no sonó firme, sin confianza pero obstinada. Era lo que dio a entender.

Jean-Claude se mantuvo muy en silencio. Levantó una mano con un gesto lánguido. No había ninguna otra palabra para ello. El movimiento era casi como un baile. Gretchen se tambaleó, agarrando la silla como apoyo. La cara parecía haberse encogido. No era la disminución de poder que había visto antes en ella. No el cadáver etéreo que rasgaría tu garganta y bailaría en la sangre. La carne se hundió, envolviendo apretadamente los huesos. Se marchitaba. No envejeciendo, muriendo.

Abrió la boca y gritó.

—Dios mío, ¿qué le pasa?

Gretchen aferró el respaldo con unas manos delgadas como un ave. Parecía un cadáver momificado. La brillante barra de labios era ahora una cuchillada espantosa a través de la cara. Incluso el pelo rubio se quedó reducido a paja seca y frágil.

Jean-Claude caminó hacia ella, todavía elegante, todavía encantador, todavía monstruoso.

—Te di la vida eterna y puedo quitártela, nunca lo olvides.

Un sonido bajo y lastimoso brotó de su garganta. Le ofreció una mano débil, suplicando.

—A la caja —dijo. Su voz lanzó aquella última palabra oscura y terrible, como si hubiera dicho «al infierno», y eso fuera lo que había

querido decir.

Había reducido la lucha en ella, o tal vez robado era la palabra. Nunca había visto nada igual. Un nuevo poder vampiro del que nunca había oído, ni siquiera en el folklore. Mierda.

Gretchen dio un paso tembloroso hacia el ataúd. Dos pasos dolorosos, arrastrándose y perdiendo el agarre de la silla. Se cayó, los brazos delgados, sólo huesos, manteniendo todo el peso de un modo imposible. Una buena forma de romperse el brazo. Gretchen no parecía preocupada por romperse los huesos. No podía culparla.

Se arrodilló en el suelo, la cabeza pendiendo como si no tuviera fuerza para levantarse. Jean-Claude sólo se mantuvo allí de pie, observándola. No hizo ningún movimiento para ayudarla. Si hubiera sido otro, excepto Gretchen, podría haberla ayudado.

Debí hacer algún movimiento, porque Jean-Claude me hizo un gesto de retroceder.

—Si se alimenta de un humano en este momento, toda su fuerza volverá. Esta muy asustada. No la tientes ahora mismo, *ma petite*.

Me quedé donde estaba. No había planeado ayudarla, pero no me gustaba verlo.

—Gatea —dijo.

Comenzó a avanzar lentamente.

Ya había tenido bastante.

—Has tenido tu premio, Jean-Claude. Si la quieres en el ataúd, recógela y ponla allí.

Me miró. Había algo divertido en su cara.

—Sientes compasión por ella, *ma petite*. Está decidida a matarte. Lo sabes.

—No tendría ningún problema en pegarle un tiro, pero esto… —No tenía palabras. No sólo la humillaba, la despojaba de sí misma. Sacudí la cabeza—. La atormentas. Si es por mí, ya he visto bastante. Si es por ella, entonces páralo.

—Es por su beneficio, *ma petite*. Ha olvidado quién es su maestro. Un mes o dos en el ataúd va a hacer que lo recuerde.

Gretchen había alcanzado el pie del pedestal. Se había agarrado a la tela con los puños, pero no podía levantarse a sí misma.

—Creo que se lo has recordado bastante.

—Eres tan ruda, *ma petite*, tan pragmática, aunque repentinamente algo

te dé lastima. Tu compasión es tan fuerte como tu odio.

—Pero no se acerca a la diversión —dije.

Sonrió y levantó la tapa del ataúd. El interior era de seda blanca, por supuesto. Se arrodilló y levantó a Gretchen. Los miembros colgaban torpemente, los brazos como si no funcionaran completamente. Cuando la levantó sobre el borde del ataúd, su abrigo largo golpeó contra la madera. Algo en su bolsillo chocó, sólido y pesado.

Casi lamenté preguntar, casi.

—Si lo de su bolsillo es mi arma, quiero recuperarla.

La puso suavemente sobre el forro de seda, después registró los bolsillos. Sostuvo la Browning en una mano y comenzó a bajar la tapa. Las manos esqueléticas se levantaron, tratando de detener la bajada.

Mirando aquel movimiento de manos en el aire, lo dejé ir.

—Debería haber otra arma y un cuchillo.

Me miró agrandando los ojos, pero asintió. Me ofreció la Browning. Avance y la tomé. Estaba de pie, lo bastante cerca para ver sus ojos. Estaban pálidos y vidriosos, como los ojos de un viejo, pero tenían una expresión de profundo terror.

Los ojos rodaron como los de un loco, observándome. Había una petición muda en aquella mirada. Desesperación era una palabra demasiado suave para definirla. Me miró, no a Jean-Claude, como si supiera que era la única persona en la habitación a la que le importaba algo. Si esto molestó a Jean-Claude, no se reflejó en su cara.

Metí la Browning bajo el brazo. Se sentía bien tenerla de vuelta. Me ofreció la Firestar.

—No puedo encontrar el cuchillo. Si quieres buscarlo tú misma, eres libre de hacerlo.

Aparté la vista de la piel seca y arrugada, de la cara sin labios. Su cuello era tan delgado como el de un pollo. Negué.

—No lo quiero tanto.

Se rió, y en ese momento, el sonido se deslizó a lo largo de mi piel como el terciopelo. Un sociópata alegre.

Cerró la tapa y ella hizo horribles sonidos, como si tratara de gritar y no tuviera voz para hacerlo. Las manos golpeaban contra la tapa.

Jean-Claude coloco las cerraduras en su lugar y se recostó sobre el ataúd cerrado.

—Sueño —susurró.

Casi inmediatamente los sonidos fueron reduciéndose. Repitió la palabra una vez más y los sonidos cesaron.

—¿Cómo hiciste eso?

—¿Calmarla?

Sacudí la cabeza.

—Todo.

—Soy su maestro.

—No, Nikolaos era tu maestro, pero no podía hacer eso. Te lo habría hecho si hubiera podido.

—Perspicaz y muy cierto. Creé a Gretchen. Nikolaos no me creó. Ser el maestro vampiro que convierte a alguien te da ciertos poderes sobre ellos. Como comprobaste.

—Nikolaos había convertido a la mayor parte de los vampiros de su pequeño séquito, ¿verdad?

Asintió.

—Si hubiera podido hacer lo que tú has hecho, lo habría visto. Habría presumido.

Me concedió una pequeña sonrisa.

—Otra vez perspicaz. Hay una variedad de poderes que un maestro vampiro puede poseer. Llamar a un animal, levitación, resistencia a la plata. —¿Es por eso qué mi cuchillo pareció no hacer daño a Gretchen?

—Sí.

—Pero cada maestro tiene un arsenal diferente de dones.

—Arsenal, es una palabra apropiada. Ahora, ¿dónde estábamos, *ma petite*? Ah, sí, podría matar a Richard.

Aquí íbamos de nuevo.



VEINTICINCO

Me oíste, *ma petite*? Podría matar a Richard. —Volvió a colocar el biombo en su lugar. El ataúd y el terrible contenido desaparecieron, así como así.

—No quieres hacerlo.

—Ah, pero lo hago, *ma petite*. Me gustaría arrancar su corazón y verle morir. —Pasó por delante de mí. La camisa negra ondeó como un abanicó a su alrededor, exponiendo el abdomen mientras avanzaba.

—Te dije que no estoy segura de casarme con él. Incluso no estoy segura de si voy a tener más citas, ¿no es suficiente?

—No, *ma petite*. Tú le amas. Puedo oler su olor en tu piel. Le has besado esta noche. Con todas tus dudas, le has abrazado.

—Hazle daño y te mataré, tan simple como eso. —Mi voz sonaba muy normal.

—Tratarías de matarme, pero no soy tan fácil de matar. —Se sentó en el sofá otra vez, extendió la camisa alrededor de él, dejando la mayor parte

de su torso expuesto. La cicatriz de la quemadura cruciforme era una brillante imperfección en su impecable piel.

Me quedé de pie. De todos modos, no me había ofrecido sentarme.

—Probablemente nos mataríamos el uno al otro. Es tu elección de la música, Jean-Claude, pero una vez que comencemos el baile, no termina hasta que uno de los dos esté muerto.

—No me permites lastimar a Richard. ¿Le permites herirme?

Buena pregunta.

—No creo que eso ocurra.

—Has estado saliendo con él durante meses y no he dicho nada.

Antes de que te cases con él, quiero el mismo tiempo.

Le miré.

—¿Qué quieres decir con el mismo tiempo?

—Una cita conmigo, Anita, dame una posibilidad de cortejarte.

—¿Cortejarme?

—Sí —dijo.

Le contemplé. No sabía que decir.

—He estado tratando de evitarte durante meses. No voy a dejar de hacerlo justo ahora.

—Entonces comenzaré con la música, y bailaremos. Incluso si muero y tu mueres, Richard morirá primero, puedo prometértelo. Seguro que una cita conmigo no es un destino peor que eso.

Tenía un punto, y aún así…

—No cedo ante amenazas.

—Entonces apelo a tu sentido del juego justo, *ma petite*. Has permitido que Richard gane tu corazón. Si hubiéramos salido primero, ¿sería mi corazón el que mantendrías? Si no hubieras luchado contra nuestra atracción mutua, ¿le habrías echado a Richard un segundo vistazo?

No podía decir sí y ser honesta. No estaba segura. Había rechazado a Jean-Claude porque no era humano. Era un monstruo y no salía con monstruos. Pero anoche había tenido un vislumbre de lo que Richard podía ser. Había sentido un poder que rivalizaba, igual de terrorífico como el de Jean-Claude, a lo largo de mi piel. Se hacía más difícil diferenciar a los humanos de los monstruos. Comenzaba incluso a preguntarme sobre mí misma. Hay más caminos al mundo de los monstruos de los que la mayoría cree.

—No creo en el sexo ocasional. Tampoco me he acostado con Richard.

—No te chantajeo con sexo, *ma petite*. Trato de conseguir el mismo tiempo.

—Si estoy de acuerdo, ¿entonces qué?

—Que te recojo el viernes por la noche.

—¿Quedar en una cita?

Asintió.

—Podríamos descubrir hasta cómo encuentras mis ojos impunemente.

—Vamos a atenernos a una cita tan normal como podamos.

—Como quieras.

Le observé. Él me miró. Me recogería el viernes. Teníamos una cita. Me pregunté cómo se sentiría Richard sobre esto.

—No puedo salir con ambos indefinidamente.

—Concédeme unos meses, lo mismo que le has dado a Richard. Si no puedo ganarle, entonces me retiraré del campo.

—¿Me dejarás en paz y no dañarás a Richard?

Afirmó.

—¿Me das tu palabra?

—Mi palabra de honor.

La tomé. Era la mejor oferta que iba a conseguir. No estaba segura de cuánto valor tenía su palabra de honor, pero nos daba tiempo. Tiempo para resolver algo más. No sabía qué, pero tenía que haber algo. Algo además de salir con el extraño Amo de la Ciudad.



Sonó un golpe en la puerta. Se abrió sin el permiso de Jean-Claude. Alguien insistente. Raina entró con paso majestuoso a través de la puerta. Insistente la definía.

Llevaba un impermeable color óxido con el cinturón muy apretado a la cintura. La hebilla colgaba suelta cuando entró en la habitación. Se quitó una bufanda multicolor y sacudió el pelo castaño rojizo. Brilló bajo la luz.

Gabriel la seguía con un impermeable negro. A conjunto con ella. El pelo y los extraños ojos grises se veían casi tan bien como Raina con su conjunto. Los pendientes brillaban intensamente desde el lóbulo hasta la parte superior de la oreja. Cada trozo de metal era de plata.

Kaspar Gunderson les seguía los talones. Llevaba puesto un abrigo de tweed pálido y uno de aquellos sombreros con una pequeña pluma en el ala. Parecía una versión elegante del padre de ensueño de la gente en los años 50. No parecía feliz de estar aquí.

Robert estaba revoloteando en la entrada.

—Les dije que estaba ocupado, Jean-Claude. Sé que no quiere ser molestado. —Prácticamente retorcía las manos por la ansiedad. Después de ver lo que le había hecho a Gretchen no le culpé por tener miedo.

—Entra, Robert, y cierra la puerta detrás de ti —dijo Jean-Claude.

—En realidad, tengo que supervisar la siguiente función. Yo…

—Entra y cierra la puerta, Robert.

El vampiro centenario hizo lo que le dijeron. Cerró la puerta y se apoyó contra ella, una mano en el pomo, como si eso pudiera protegerlo.

La manga derecha de la camisa blanca estaba cortada y la sangre goteaba de las marcas frescas de uñas. La garganta mostraba más sangre, como si una mano le hubiera levantado por la garganta. Como Jean-Claude había hecho a Gretchen, pero con garras.

—Te dije lo que pasaría si me fallabas otra vez, Robert. En algo grande o pequeño. —La voz de Jean-Claude era un susurro que llenó el espacio como el viento.

Robert cayó de rodillas en la alfombra blanca.

—Por favor, maestro, por favor —extendió las manos hacia Jean-Claude. Una gota gruesa de sangre cayó del brazo a la alfombra. La sangre parecía muy roja sobre la alfombra blanca.

Raina sonrió. Apostaba a que las marcas de garras de Robert eran por diversión. Kaspar fue a sentarse en el sofá, distanciándose del espectáculo. Gabriel me miraba.

—Bonito abrigo —dijo.

Ambas llevábamos puestos impermeables negros. Genial.

—Gracias —contesté.

Su sonrisa abierta destelló con dientes afilados.

Quise preguntarle si los pendientes de plata le hacían daño, pero Robert gimió y giré hacía el espectáculo principal.

—Ven a mí, Robert. —La voz de Jean-Claude era lo bastante caliente como para abrasar.

Robert fue casi a rastras por la alfombra, implorando.

—Por favor, maestro. Por favor, no lo haga.

Jean-Claude caminó con paso majestuoso hacia él, lo suficientemente rápido como para que la camisa ondeara detrás de él como una capa en miniatura. La piel pálida resaltó contra la tela negra. Se detuvo al lado del vampiro medio encogido. La camisa de Jean-Claude se arremolinó

alrededor del cuerpo repentinamente quieto. Jean-Claude estaba aún completamente inmóvil. La tela tenía más vida que él. Jesús.

—Lo intentó, Jean-Claude —dije—. Déjale en paz.

Jean-Claude me observó, los ojos azules sin fondo. Aparté la mirada de aquellos ojos. Tal vez podía encontrar su mirada fija impunemente, pero aún así… siempre estaba lleno de sorpresas.

—Tenía la impresión, *ma petite*, de que no te gustaba Robert.

—No me gusta, pero he visto bastante castigo por una noche. Le arañaron simplemente porque no les dejó pasar antes a tu oficina. ¿Por qué no estás enfadado por eso?

Raina camino hacía Jean-Claude. Los talones de las botas con clavos metálicos se marcaron sobre la alfombra. Como huellas de puñaladas.

Jean-Claude la vio acercarse. Su cara era neutral, pero había algo en él que se contenía. ¿Tenía miedo de ella? Tal vez. Pero había cautela en su cuerpo cuando se acercó. No parecía contento. Cada vez más interesante.

—Teníamos una cita con Jean-Claude. Habría herido mis sentimientos si nos rechazasen en la puerta —pasó por encima de Robert, enseñando una buena cantidad de pierna. No estaba segura de que llevara algo puesto bajo el impermeable. Robert no trató de echar una ojeada. Se congeló, estremeciéndose cuando el abrigo rozó su espalda.

Raina estaba de pie con los muslos bien equilibrados tocando casi a Robert. No se alejó de ella. Pareció congelado, como si pudiera fingir que no estaba allí y todos se olvidasen de él. Lo deseaba.

Ella estaba de pie tan cerca de Jean-Claude que la longitud de los cuerpos se tocaban. Era una especie de duelo entre dos vampiros. Esperé que Jean-Claude retrocediera, le diera un pequeño espacio. No lo hizo.

Ella dirigió los dedos bajo la camisa, poniendo las manos a ambos lados de la cintura desnuda. Sus labios se separaron y se inclinó hacia él.

Le besó, y él se mantuvo de pie como una estatua bajo sus manos. Pero no la mando al infierno. ¿Qué demonios pasaba?

Raina levantó la cara lo suficiente para hablar.

—Jean-Claude no desea ofender a Marcus. Necesita el apoyo de la manada para manejar la ciudad. ¿Verdad, amor?

Puso las manos sobre su delgada cintura y retrocedió. Las manos se arrastraron a lo largo de la piel, hasta que estuvo completamente fuera del alcance. Ella le miró igual que las serpientes miran a las pequeñas aves.

Hambrienta. No tenías que ser vampiro para sentir esa lujuria. Lo

expresaba sin reparos.

—Marcus y yo tenemos un trato —dijo Jean-Claude.

—¿Qué clase de trato? —pregunté.

—¿Por qué te preocupas, *ma petite*? Vas a ser la Señora Zeeman. ¿No tengo permitido ver a otra gente? Te he ofrecido monogamia y me has rechazado.

No había pensado en ello. Realmente me molestó. Maldito.

—No es el compartir lo que me molesta, Jean-Claude.

Raina se acercó por detrás de él, las uñas pintadas arañaron la piel. Manos que se enroscaban desde el pecho hasta la barbilla, descansado sobre su hombro. Esta vez Jean-Claude se relajó en sus brazos. Apoyó la espalda contra ella, las pálidas manos acariciaron sus brazos. Me observó mientras lo hacía.

—¿Qué te molesta realmente, *ma petite*?

—Tu elección de amigos.

—¿Celosa? —preguntó Raina.

—No.

—Mentirosa —replicó. ¿Qué se suponía que debía decir? ¿Que me molestaba verla colgase de él por todas partes? Lo hacía. Me molestaba más que su cacheo.

Sacudí la cabeza.

—Sólo me preguntaba hasta dónde eres capaz de llegar para asegurarte el favor de la manada.

—Ah, hasta el final —dijo Raina. Se movió alrededor para estar delante de él. Era más alta en tacones—. Vas a venir a jugar conmigo —le besó, un movimiento rápido. Cayó de rodillas delante de él, mirando fijamente hacia arriba.

Jean-Claude acarició su pelo. Las elegantes manos alzaron la cara hacia arriba. Se dobló hacia ella como si fuera a besarla, pero me observó mientras lo hacía. ¿Esperaba que le dijera que no lo hiciera? Al principio había parecido que casi la tenía miedo. Ahora estaba totalmente relajado.

Sabía que se burlaba de mí. Su intención era ponerme celosa. Estaba funcionando.

La besó mucho tiempo y demorándose. Alzó la vista con los labios pintados con su barra de labios.

—¿Qué piensas, *ma petite*?

Ya no podía leer mi mente, desde que no tenía señales de vampiro.

—Pienso peor de ti por tener sexo con Raina.

Gabriel emitió una risa cálida, afectuosa.

—Ah, no se ha acostado con ella, todavía —caminó hacia mí con una larga zancada, deslizándose.

Aparté el impermeable mostrando la Browning.

—No hagas una tontería.

Deshizo el cinturón del impermeable y levantó las manos en señal de rendición. No llevaba puesta camisa. Tenía un anillo de plata en el pezón izquierdo y otro en el ombligo. Me hizo estremecer sólo con verlo.

—Pensé que la plata hacía daño a un licántropo, como una alergia.

—Quema —contestó. Su voz contenía una ronquera suave.

—¿Y eso es bueno? —pregunté.

Gabriel bajo las manos despacio y se encogió los hombros. Se dio la vuelta despacio y la tela cayó como en un striptease. No vi ningún otro anillo de plata. Giró cuando se sacó las mangas y en medio de la vuelta, me lo lanzó. Pestañeé con el abrigo, arrojándolo lejos. Fue un error. Estaba sobre mí, el cuerpo aplastándome contra el suelo. Mis abrazos terminaron sujetos al pecho, atrapados bajo su abrigo. Su cintura mantuvo atrapada la Firestar. Fui por la Browning y su mano rasgó el abrigo como papel, apartando el arma de debajo de mi brazo. Apresó la pistolera y mi brazo con ella. Por un segundo, mi brazo izquierdo era sólo un dolor crudo. Cuando pude sentirlo otra vez, la Browning no estaba y miraba hacia la cara de Gabriel que se mantenía a unos centímetros de distancia. Movió sus caderas, aplastando la Firestar entre nosotros. Esto tuvo que hacerle más daño a él que a mí.

—¿No duele? —pregunté. Mi voz era sorprendentemente tranquila.

—Me gusta el dolor —contestó. Puso la punta de la lengua en mi barbilla y lamió atravesando mi boca. Se rió—. Lucha más duro. Empújame con esas pequeñas manos.

—¿Te gusta el dolor?

—Sí.

—Entonces vas a adorar esto. —Empujé el cuchillo en la parte superior de su estómago. Él emitió un pequeño sonido entre un gruñido y un suspiro. Un estremecimiento le recorrió entero. Se agitó sobre mí, apresándome aún de cintura para abajo, como si estuviera haciendo flexiones.

Me levanté con él, empujando el cuchillo más profundo, desplazando la

hoja del cuchillo hacia arriba por la carne de su cuerpo.

Gabriel rasgó el abrigo en pedazos, pero no trató de agarrar el cuchillo. Profundizó el abrazo, mirando fijamente hacia abajo al cuchillo y mis manos ensangrentadas.

Descansó la cara en mi pelo, cayendo sólo un poco. Pensé que se desmayaría.

—Más profundo —susurró.

Oh, Jesús.

La hoja estaba casi en el fondo del esternón. Si seguía empujando hacia arriba, llegaría hasta el corazón.

Me recosté en el suelo para conseguir el mejor ángulo para matarlo.

—No le mates —dijo Raina—. Le necesitamos.

¿Nosotros? El cuchillo estaba de camino a su corazón cuando rodó sobre mí con una velocidad borrosa y cegadora. Terminó acostado boca arriba no demasiado lejos. Respiraba muy rápido, el pecho subiendo y bajando. La sangre derramándose bajo la piel desnuda. Los ojos estaban cerrados, los labios levantados en una media sonrisa.

Si hubiera sido humano podría haber muerto más tarde, esta noche. En cambio, estaba sonriendo en la alfombra. Giró la cabeza a un lado y abrió los ojos. Esos extraños ojos grises me miraron.

—Fue maravilloso.

—Dios —dije.

Me puse de pie usando el sofá de apoyo. Estaba cubierta de la sangre de Gabriel. El cuchillo estaba lleno de ella.

Kaspar estaba sentado en la esquina del sofá, observándome. Se acurrucó en su abrigo con los ojos dilatados. No le culpé.

Limpié las manos y el cuchillo en el sofá negro.

—Gracias por la ayuda, Jean-Claude.

—Me dijeron que ahora eres una dominante, *ma petite*. En las luchas de dominio interno no se debe interferir —sonrió—. Además, no necesitaste mi ayuda.

Raina se arrodilló al lado de Gabriel. Bajó la cara a la sangría de su estómago y comenzó a lamerlo. Durante mucho tiempo, con movimientos lentos de lengua. Su garganta se convulsionó cuando tragó. No me pondría enferma. No me pondría enferma. Miré a Kaspar.

—¿Qué hace con estos dos?

Raina levantó la cara cubierta de sangre.

—Kaspar es nuestra prueba.

—¿Qué se supone que significa eso?

Puede cambiar de forma de acá para allá tan a menudo como quiere. No se desmaya. Le usamos para probar estrellas potenciales de nuestras producciones. Para ver cómo reaccionan a alguien cambiando de forma en medio de la acción.

Me iba a poner enferma.

—Por favor, dime que no quieres decir que se transforma en medio del sexo como una especie de prueba en pantalla.

Raina ladeó la cabeza. La lengua rodó alrededor de la boca lamiendo la sangre.

—¿Conoces nuestras pequeñas películas?

—Sí.

—Me sorprende que Richard te lo contara. No aprueba nuestra diversión.

—¿Sales en las películas?

—Kaspar no saca ningún beneficio de la película —dijo Raina. Se levantó y caminó hacia el sofá—. Marcus no obliga a nadie a salir en la película. Pero Kaspar nos ayuda probando a la gente. ¿Verdad, Kaspar?

Asintió. Contemplaba la alfombra, forzándose a no mirarla.

—¿Por qué están todos aquí esta noche? —pregunté.

—Jean-Claude nos prometió algunos vampiros para nuestra próxima película.

—¿Es cierto? —pregunté.

La cara de Jean-Claude estaba en blanco, encantadora, pero ilegible.

—Robert tiene que ser castigado.

Miré con ceño al cambio de protagonista.

—El ataúd está lleno.

—Siempre hay más ataúdes, Anita.

Robert avanzó lentamente.

—Lo siento, maestro. Lo siento —no tocó a Jean-Claude, pero se arrastró cerca de él—. No puedo aguantar la caja otra vez, maestro. Por favor.

—Tienes miedo de Raina, Jean-Claude. ¿Qué esperas que Robert haga con ella?

—No tengo miedo de Raina.

—Bien, pero Robert fue sometido. Sabes que lo fue.

—Quizás tengas razón, *ma petite*.

Robert alzó la vista. Un instante de esperanza destelló a través de esa hermosa cara.

—Gracias, maestro —me miró—. Gracias, Anita.

Me encogí de hombros.

—Puedes tener a Robert para tu siguiente película —dijo Jean-Claude.

Robert agarró su pierna.

—Maestro, yo…

—Ah venga, Jean-Claude, no se lo entregues.

Raina se dejo caer pesadamente en el sofá entre Kaspar y yo. Me levanté. Puso un brazo sobre los hombros de Kaspar. Él se estremeció.

—Es bastante hermoso. Cualquier vampiro puede recibir mucho castigo. Mejor aún —dijo ella.

—Los viste aquí esta noche —dije—. ¿De verdad quieres hacerle esto a tu propia gente?

—Deja a Robert decidir —contestó Jean-Claude—. ¿La caja o Raina?

Robert alzó la vista hacia el licántropo. Ella se rió de él con la boca ensangrentada. Robert bajó la cabeza para así poder verla, luego afirmó con la cabeza.

—La caja no. Cualquier cosa es mejor que eso.

—Me voy de aquí —dije. Había tenido toda la política interpreternatural que podía soportar en una noche.

—¿No quieres ver el espectáculo? —preguntó Raina.

—Creía que ya había visto el espectáculo —dije.

Lanzó el sombrero de Kaspar a través de la habitación.

—Desnúdate —dijo ella.

Había envainado el cuchillo y había recuperado la Browning de la alfombra donde Gabriel la había lanzado. Estaba armada. Para lo que me había servido.

Kaspar se sentó en el canapé. La blanca piel tenía un rubor rosado. Los ojos brillaban. Enojado, avergonzado.

—Era un príncipe antes de que sus antepasados descubrieran este país.

Raina apoyó la barbilla en su hombro, todavía abrazándole por los hombros.

—Sabemos lo azul que es tu pedigrí. Eras un príncipe y un cazador tan grande y malo, un muchacho tan malo que una bruja te maldijo. Te convirtió en algo hermoso e inofensivo. Esperó que aprendieras a ser suave

y amable. —Lamió su oído, moviendo las manos por su pelo—. Pero no eres suave o amable. Tu corazón es frío y tu orgullo tan impermeable como lo era hace siglos. Ahora, quítate la ropa y conviértete en un cisne para nosotros.

—No me necesitas para hacerlo con el vampiro —contestó.

—No, hazlo para mí. Hazlo para que así Anita pueda verlo. Hazlo para que Gabriel y yo no te hagamos daño. —Su voz era cada vez más baja. Cada palabra más calmada.

—No puedes matarme, ni siquiera con plata —dijo.

—Pero podemos hacerte lamentar que no puedas morir, Kaspar.

Él gritó, un grito quedo, de frustración. Se levantó repentinamente y se quitó el abrigo. Los botones rotos cayeron sobre la alfombra. Arrojó el abrigo a la cara de Raina.

Ella se rió.

Caminé hacia la puerta.

—Ah, no te marches aún, Anita. Kaspar puede ser un dolor en el culo, pero es realmente hermoso.

Eché un vistazo atrás.

La chaqueta informal de Kaspar y la corbata estaban en la alfombra. Desabotonó la camisa blanca de etiqueta con rápidos movimientos, enojado. Había una línea de plumas blancas en el centro del pecho. Suave y terso como un pato de pascua. Sacudí la cabeza y seguí avanzando hacia la puerta. No corrí. No caminé más rápido de lo normal. Fue la cosa más valiente que había hecho en toda la noche.



VEINTISIETE

Un taxi me llevo a casa. Stephen se quedó para desnudarse o para lamer las botas de Jean-Claude, no estaba segura de para qué, y no estaba segura de que me importara. Me había asegurado de que Stephen no se metiera en problemas. Era lo mejor que podía hacer. Era una criatura de Jean-Claude, y yo había tenido suficiente del Amo de la Ciudad por una noche.

Matar a Gretchen era una cosa, atormentarla era otra. Seguía escuchando el sonido de esas manos frenéticas. Me gustaría creer que Jean-Claude la mantendría dormida, pero lo conocía muy bien. Era un maestro vampiro. Ellos gobernaban, en parte, por el miedo. Gretchen parecía una verdadera amenaza. Disgústame y te haré esto. Demasiado trillado para mí.

Estaba delante de la puerta de mi piso cuando me di cuenta de que no tenía llave. Le había dado a Richard las llaves del coche y las de casa estaban en el mismo llavero.

Me sentía tonta en el vestíbulo llamando a mi propia puerta. La puerta

se abrió sin que la tocara. Richard estaba en la entrada. Me sonrió.

—Hola —dijo.

Me encontré sonriendo.

—Hola, a ti también.

Retrocedió a un lado, dejándome pasar al cuarto. No había tratado de besarme en la puerta como Ozzie cuando encontraba a Harriet después del trabajo. Me alegré. Era un ritual demasiado íntimo. Si alguna vez hiciésemos eso de verdad, podría interrumpirme en la puerta, pero no esta noche.

Cerró la puerta detrás de mí y medio esperé a que cogiera mi abrigo. Prudentemente, no lo hizo.

Me lo quité y lo puse sobre el sofá, donde coloco todos los abrigos buenos. El olor de comida caliente en la cocina llenaba el piso.

—Has estado cocinando —dije, no completamente contenta.

—Pensé que podrías tener hambre. Además, todo lo que tenía que hacer era esperar. Cociné. Eso llenó el tiempo.

Podía entenderlo. Aunque cocinar nunca se me hubiera ocurrido, a menos que fuera forzada.

Las únicas luces encendidas eran las de cocina. Parecía una cueva iluminada desde la oscura sala de estar. Si no me equivocada, había velas en la mesa.

—¿Eso son velas?

Se rió. Parecía estar un poco avergonzado.

—¿Demasiado malo?

—Es una mesa de desayuno biplaza. Posiblemente no puedas servir una comida de ensueño.

—Pensé que usaríamos el separador como un bufete y sólo tendríamos los platos en la mesa. Hay espacio si tenemos cuidado donde ponemos nuestros codos.

Caminó hacia la luz por delante de mí. Comenzó a perder el tiempo con una cacerola, salpicando algo alrededor de ella.

Me quede observando la cocina, mirando a mi posible novio haciéndome la cena. Sentí un hormigueo por mi piel tirante. No podía soltar un profundo aliento. Quise retroceder hacia la puerta. Esto era más íntimo que un beso en la puerta. Se había movido por allí, se había sentido como en casa.

No me marché. Era la cosa más valiente que había hecho en toda la

noche. Comprobé automáticamente la cerradura de la puerta.

Él la había dejado abierta. Descuidado.

No sabía qué hacer después. Mi piso era mi refugio. Podía venir aquí y simplemente pegar un par de patadas. Podía estar sola. Me gusta estar sola. Necesitaba algo de tiempo para aclararme, centrarme, pensar como decirle que Jean-Claude y yo teníamos una cita.

—¿La comida se estropeará si me ducho primero?

—Puedo calentar todo de nuevo cuando estés lista. Planeé la comida para que no se arruinara sin importar cuando llegaras.

Genial.

—Entonces voy a darme una ducha.

Me giró, enmarcado por la luz. Se había sujetado el pelo hacia atrás, pero se soltaba a lo largo, rizándose. Su jersey era como una naranja quemada que hacía que su piel pareciera oro brillante. Estaba usando un delantal que ponía: Las empanadas de carne de la señorita Lovett. No tenía un delantal, y seguramente no habría elegido uno con un logotipo de Sweeney Todd. Un musical sobre el canibalismo me pareció inadecuado para un delantal. De maravilla, pero aún…

—Voy a ducharme.

—Ya lo dijiste.

Di media vuelta y camine hacia el dormitorio. No corrí, aunque la tentación era grande. Cerré la puerta y me apoyé contra ella. Mi dormitorio estaba intacto. Ningún signo de invasión. Había un sofá bajo la única ventana del cuarto. Los pingüinos de peluche se sentaban sobre él y caían por el suelo. La colección amenazaba con apoderarse la mitad del suelo, como una marea que avanza. Agarré al más cercano y me senté en la esquina de la cama. Lo apreté entre mis brazos, sepultando la mitad superior de mi cara en la cabeza rizada.

Había dicho que me casaría con Richard, entonces, ¿por qué estaba tan molesta por su repentino tour doméstico? Habíamos retrocedido del sí al quizá, pero aunque no fuera así, eso me molestaría. Matrimonio. Las implicaciones de esto realmente no se habían ido a pique. No era justo hacer preguntas como esas cuando estaba medio desnudo y con un aspecto de chuparse los dedos. Si se hubiera arrodillado en una cena en un restaurante de ensueño, ¿habría sido diferente mi respuesta? Tal vez. Pero nunca lo sabríamos, ¿verdad?

Si hubiera estado sola, no habría comido en absoluto. Habría tomado

una ducha, metido dentro de una camiseta demasiado grande, y acostado rodeada por un par de privilegiados pingüinos. Ahora tenía una comida fantástica para comer a la luz de las velas. Si le dijera que no tenía hambre, ¿se sentiría ofendido? ¿Pondría mala cara? ¿Gritaría sobre todo el trabajo que había perdido y me diría algo sobre privar de comida a niños en del Sudeste de Asia?

—Mierda —dije suavemente y con sentimiento. Bien, infiernos, si alguna vez fuéramos a convivir, tendría que saber la verdad. Yo era insociable y la comida era algo que comías para no morir.

Decidí hacer lo que habría hecho si él no hubiera estado aquí.

Realmente me disgustaba sentirme incómoda en mi propia casa. Si hubiera sabido que iba a pasar esto, habría llamado a Ronnie para que me despertara cada hora. Estaba bien. No necesitaba la ayuda, pero con Ronnie habría estado más cómoda, menos amenazada. Por supuesto, si Gretchen saliera de su caja, confiaba que Richard sobreviviría al ataque, pero no estaba tan segura sobre Ronnie. Un punto bueno a favor de Richard. Era malditamente duro de matar.

Puse la Browning en la pistolera incorporada a la cama. Me quité el jersey y lo dejé caer al suelo. Estaba arruinado y de todas formas, los jerséis no se arrugaban. Coloque la Firestar en la parte trasera del inodoro.

Después me desnude y entre en la ducha. No cerré con llave la puerta del dormitorio. Parecería insultante, como si, si no cerraba la puerta con llave, él estaría desnudo en la cama con una rosa en los dientes cuando saliera.

Cerré con llave la puerta de cuarto de baño. Lo había hecho cuando vivía en casa de mi padre. Ahora lo hacía por si alguien tiraba la puerta abajo tendría tiempo para agarrar la Firestar del wáter.

Abrí el grifo de la ducha tan caliente como podía aguantar y me quede bajo ella hasta que los dedos comenzaron a dolerme. Ya estaba limpia y había tardado tanto como podía.

Sequé el vapor del espejo con una toalla. La capa superior de la piel se había despellejado de mi mejilla derecha. No habría problemas para que se curara, pero un raspado duele como el infierno hasta que se cura.

Tenía un pequeño arañazo en la barbilla y al lado de la nariz. Un chichón aparecía con un color brillante en la frente. Me veía como si hubiera sido golpeada por un tren. Era asombroso que alguien quisiera besarme.

Eché una ojeada a la puerta del dormitorio. Nadie me esperaba. La habitación estaba vacía y solo se oía el zumbido del calentador. Estaba tranquilo, pacífico, y no podía oír ningún ruido desde la cocina. Suspire largamente. Sola, durante poco tiempo.

Era lo bastante presumida para no querer que Richard me viera con mi atuendo nocturno habitual. Había tenido un bonito camisón negro, con una diminuta camisola negra. Una cita demasiado optimista me lo había regalado. Nunca quiso vérmelo puesto. Abrase visto. El camisón había muerto de una manera triste, cubierto de sangre y otros fluidos corporales.

El uso de la camisola me pareció cruel ya que no planeaba tener sexo con él. Me quedé delante del armario y no tenía nada que ponerme. Ya que considero la ropa algo que se usa para no estar desnudo, era bastante triste.

Me puse una camiseta demasiado grande con una caricatura de Mary Shelley en ella, un par de mallas grises, no de fantasía, tampoco de la clase que lleva cordón. De la forma en que Dios quiso que fueran las mallas. Un par de calcetines blancos de hacer footing, la cosa más cercana que poseía a zapatillas, y estaba lista.

Me miré en el espejo y no estuve contenta. Estaba cómoda, pero no muy atractiva. Pero era honesta. Nunca he entendido a esas mujeres que llevan maquillaje, el pelo arreglado y vestidas maravillosamente hasta que se casan. De repente, olvidan el maquillaje y pierden toda su ropa fina. Si al final nos casáramos, él debería ver con lo que dormiría al lado cada noche. Me encogí de hombros y salí.

Se había peinado. Echado espuma alrededor de la cara, suave e invitador. Las velas no estaban. Tampoco el delantal. Estaba de pie en la entrada, entre la cocina y la sala de estar. Los brazos atravesados sobre el pecho, el hombro apoyado contra la jamba de la puerta. Sonrió. Parecía tan delicioso, quise entrar de nuevo y cambiarme, pero no lo hice.

—Lo siento —dijo.

—¿Por?

—No estoy completamente seguro, pero creo que por suponer que podría adueñarme de tu cocina.

—Creo que es la primera comida que ha sido cocinada alguna vez en ella.

Su sonrisa se ensanchó y se apartó de la puerta. Caminó hacia mí. Se movió en el círculo de su propia energía. No ese poder desapegado del mundo, sólo Richard. ¿O era eso? Tal vez la mayor parte de su paseo fuera

de su bestia.

Se detuvo delante de mí sin apartar la vista, lo bastante cerca para tocarme, pero sin hacerlo.

—La espera me estaba volviendo loco. Me pareció buena idea cocinar una cena fantástica. Fue estúpido. No tienes que comerla, pero me impidió correr hacía Placeres Prohibidos en defensa de tu honor.

Me hizo sonreír.

—Maldición, no puedo poner mala cara estando cerca de ti. Siempre tienes algo alegre. —¿Y eso es malo?

Me reí.

—Sí. Disfruto de mis estados de mal humor, muchas gracias.

Arrastró los dedos debajo de mis hombros, masajeando los músculos de la parte superior de mis brazos. Me aparté de él.

—Por favor, no lo hagas.

Sólo eso, y la acogedora escena doméstica estaba arruinada. Todo por mi culpa. Sus manos cayeron a los lados.

—Lo siento. —No creía que lo dijera por la comida. Respiró hondo y asintió—. No tienes por qué comerlo.

Supongo que íbamos a fingir que se había referido a la comida. Por mí, genial.

—Si dijera que no tengo hambre en absoluto, ¿te enfadarías conmigo?

—Cociné para sentirme mejor. Si te molesta, no lo comas.

—Beberé una taza de café, y te miraré comer.

Sonrió.

—Trato hecho.

Se quedó de pie, mirándome. Parecía triste. Perdido. Si amas a alguien, no deberías hacerle sentir miserable. Esto es una regla en algún sitio, o debería serlo.

—Te soltaste el pelo.

—Te gusta suelto.

—Igual que uno de mis jerséis favoritos —dije.

—¿Éste? —Su voz contenía un asomo de broma.

Podía recuperar la ligereza. Podríamos tener una tarde relajada y agradable. Era decisión mía. Alcé la vista a los grandes ojos marrones y lo amé. Pero no podía mentirle. Sería peor que cruel.

—Esto parece forzado.

—Lo sé. Lo siento.

—Deja de pedir perdón. No es culpa tuya. Es mía.

Sacudió la cabeza.

—No puedes evitar sentirte así.

—Mi primer instinto es echar a correr, Richard. Dejar de verte.

Ninguna conversación. Ningún contacto. Nada.

—Si eso es lo que quieres. —Su voz sonó estrangulada, como si le costara mucho decir esas palabras.

—Lo que quiero es a ti. Sólo que no sé si puedo manejarlo todo.

—No debería habértelo propuesto hasta que hubieras visto como soy realmente.

—Vi a Marcus y a la manada.

—Pero no es igual que verme a mí acercándome, ¿verdad?

Respiré hondo, y lo solté despacio.

—No —dije—, no lo es.

—Si tienes a alguien más a quien puedas llamar para pasar contigo esta noche, me iré. Dijiste que necesitabas tiempo y prácticamente me he mudado aquí. Te estoy presionando.

—Sí, lo haces.

—Estoy asustado de perderte —dijo.

—Presionarme no ayudará —contesté.

—Supongo que no.

Me mantuve de pie observándole. El piso estaba oscuro. La única luz provenía de la cocina. Pudo haber sido, debería haber sido, muy íntimo.

Les decía a todos que la licantropía era sólo una enfermedad. Era ilegal e inmoral discriminar. No tenía ni un solo hueso de prejuicios en mi cuerpo, o eso era lo que me decía. Miré hacia arriba, a la hermosa cara de Richard, sabía que no era verdad. Tenía prejuicios. Tenía prejuicios contra los monstruos. Ah, ellos eran lo bastante buenos para ser mis amigos, pero hasta mis amigos íntimos, Ronnie y Catherine, eran humanos. Bastante buenos para ser amigos, pero no lo bastante buenos para amar. No lo bastante buenos para compartir mi cama. ¿Era eso lo que realmente pensaba? ¿Era así? No era así como quería ser. Levanto vampiros y zombis. No estaba lo bastante limpia como para lanzar la primera piedra.

Me acerqué.

—Abrázame, Richard. Sólo abrázame.

Sus brazos me envolvieron. Rodeé con los míos su cintura presionando la cara contra su pecho. Podía oír el latido del corazón, rápido y fuerte. Le

abrace, escuchando el latido, respirando su calor.

Durante un instante me sentí segura. Igual a como me había sentido antes de que mi madre muriera. Aquella creencia infantil de que nada puede hacerte daño mientras mamá y papá te abrazan fuerte. Aquella fe ciega de que todo lo pueden arreglar y hacer bien. En los brazos de Richard, durante breves momentos, sentía eso otra vez. Incluso aunque supiera que era una mentira. Maldición, había sido una mentira la primera vez. La muerte de mi madre lo había demostrado.

Me aparté primero. No intentó retenerme. No dijo nada. Si hubiera dicho algo remotamente comprensivo podría haber gritado. No podía tenerlo. Tenía trabajo.

—No me has preguntado cómo fue con Jean-Claude.

—Estabas enfadada conmigo cuando atravesaste esa puerta. Pensé que si comenzaba a acribillarte a preguntas de repente, te podrías a gritarme.

Había hecho café solo. Por esto se ganó al menos dos puntos.

—No estaba enfadada contigo. —Vertí café en mi taza de bebé pingüino. Sin tener en cuenta la que tengo para trabajar, era mi taza favorita.

—Sí, lo estabas —dijo.

—¿Quieres un poco de café?

—Sabes que no me gusta. ¿Cómo puedes confiar en un hombre al que no le gusta el café?

—Sigo esperando que recobres el juicio.

Comenzó a repartir la comida.

—¿Seguro que no quieres?

—No, gracias.

Era un poco de carne marrón en una salsa marrón. Mirarlo me dio náuseas. Había comido más tarde de lo que era hoy con Edward, pero esta noche la comida no parecía buena idea. Tal vez el haberme golpeado la cabeza contra el hormigón tenía algo que ver con ello.

Me senté en una de las sillas, una rodilla levantada hasta el pecho. El café era a la canela vienesa, uno de mis favoritos. Azúcar, crema autentica, era perfecto. Richard se sentó enfrente. Inclinó la cabeza y dio las gracias sobre su plato. Es episcopalista, ¿lo he mencionado? Excepto por la parte peluda, realmente es perfecto para mí.

—Dime lo que pasó con Jean-Claude, por favor —dijo él.

Bebí a sorbos el café y traté de pensar en una versión corta. Bien, una

versión corta no creo que le gustara a Richard. Ok, tal vez sólo la verdad.

—Se tomó las noticias mejor de lo que pensaba, en realidad.

Richard alzó la vista de la comida, el tenedor de plata pendió en el aire.

—¿Se lo tomó bien?

—No dije eso. No se abrió paso a la fuerza a través de una pared y trató de matarte inmediatamente. Lo tomó mejor de lo que había esperado.

Richard asintió. Tomó un sorbo de agua.

—¿Amenazó con matarme? —preguntó.

—Ah, sí. Pero era como si, lo viera llegar. No le gustó, pero no le cogió completamente por sorpresa.

—¿Va a intentar matarme? —preguntó tranquilamente, comiendo la carne y la salsa marrón.

—No, no lo hará.

—¿Por qué no?

Era una buena pregunta. Me pregunté lo que pensaría de la respuesta.

—Quiere salir conmigo.

Richard dejó de comer. Sólo me miró.

—Él… ¿qué? —dijo cuándo pudo hablar.

—Quiere tener la posibilidad de cortejarme. Dice que si no puede conquistarme en unos meses, se rendirá. Nos dejará seguir nuestro camino alegremente y no interferirá.

Richard se recostó en la silla.

—¿Y le crees?

—Sí. Jean-Claude piensa que es irresistible. Creo que piensa que si le dejara usar todos sus encantos conmigo, lo reconsideraría.

—¿Lo harás? —Su voz sonó muy tranquila cuando lo preguntó.

—No, creo que no. —No era un asunto que incitase.

—Te desea, Anita. ¿Le amas?

La conversación volvía a ser un déjà-vu.

—En alguna parte oscura y retorcida de mi corazón, sí. Pero no de la forma en que te quiero a ti.

—¿En qué se diferencia?

—Mira, ya tuve esta conversación con Jean-Claude. Te quiero. ¿Puedes verme estableciendo mi hogar con el Amo de la Ciudad?

—¿Puedes verte creando un hogar con un hombre lobo alfa?

Mierda. Le miré fijamente a través de la mesa y suspiré. Me presionaba, pero no podía culparle. Si hubiera sido él, me habría deshecho de mí. Si lo

amara lo suficiente como para aceptar todo de él, si fuera así, ¿qué demonios necesitaba? No quería que me echara. Estaba indecisa, pero no quería perderle. Hablaba sobre tener el pastel y también comerlo.

Me incliné a través de la mesa y le ofrecí mi mano. Después de un momento, la tomó.

—No quiero perderte.

—No me perderás.

—Eres malditamente más tolerante de lo que yo sería.

No sonrió.

—Sé que lo soy.

Me habría gustado discutir, pero la verdad era la verdad.

—Sería más si pudiera.

—Entiendo que estés reticente a casarte con un hombre lobo. ¿Quién no? Pero Jean-Claude… —Sacudió la cabeza.

Apreté su mano.

—Vamos, Richard. Esto es lo mejor que podemos hacer ahora mismo.

Jean-Claude no intentará matarnos a ninguno. Todavía ponemos salir como hasta ahora y estar juntos.

—No me gusta que te veas forzada a salir con él —pasó los dedos a través de mis nudillos, una caricia—. Me gusta aún menos que pensar que disfrutarás de ello. En esa pequeña parte oscura de ti, pasarás un buen rato.

Quise negarlo, pero sería una mentira total.

—¿Puedes oler si miento?

—Sí —contestó.

—Entonces, me intriga y me aterra.

—Te quiero a salvo, la parte aterradora me molesta, pero la parte intrigante me molesta más. —¿Celoso?

—Preocupado. ¿Qué podía decir? Yo también.



VEINTIOCHO

El teléfono sonó. Lo busqué a tientas y no encontré nada. Levanté la cabeza y encontré el soporte vacío. El teléfono no estaba. Había dejado de sonar. El reloj de la radio estaba todavía ahí, brillando en rojo. Era la 1:03h.

Me quedé apoyada sobre un codo, parpadeando hacia el espacio vacío. ¿Estaba soñando? ¿Por qué iba a soñar que alguien había robado el teléfono?

La puerta del dormitorio se abrió. Richard estaba de pie, enmarcado por la luz de atrás. Ah. Ahora lo recordé. Se había llevado el teléfono a la sala de estar, así no me despertaría. Ya que tenía que despertarme cada hora, le había dejado hacerlo. Cuando sólo duermes una hora, hasta una llamada telefónica corta puede echar a perder las cosas.

—¿Quién es?

—Es el sargento Rudolf Storr. Le pedí que esperara hasta que tuviera que despertarte, pero es bastante insistente.

Me lo podía imaginar.

—Está bien.

—¿Quince minutos le habrían matado? —preguntó.

Saque las piernas de debajo de las mantas.

—Dolph está en medio de una investigación de asesinato, Richard.

La paciencia no es su plato fuerte.

Richard cruzó los brazos sobre el pecho, apoyándose contra la jamba de la puerta. La luz de la sala de estar proyectaba oscuras sombras en su cara. Las sombras formaban enormes cuadrados en su jersey naranja.

Parecía enfadado. Me hizo sonreír. Le acaricié el brazo cuando pasé por delante. Parecía haber heredado una mirada lobuna.

El teléfono estaba situado cerca de la puerta principal, donde estaba el otro enchufe telefónico. Me senté en el suelo apoyando la espalda en la pared y cogí el teléfono.

—Dolph, soy yo. ¿Qué está pasando? —¿Quién es ese Richard Zeeman que contesta tu teléfono en mitad de la noche?

Cerré los ojos. La cabeza me latía. La cara me dolía. No había dormido una mierda.

—No eres mi padre, Dolph. ¿Qué está pasando?

Un momento de silencio.

—A la defensiva, ¿verdad?

—Sí, ¿quieres hacer algo sobre ello?

—No —dijo.

—¿Llamas para ponerte al corriente de mi vida personal o hay alguna razón para despertarme? —sabía que no era otro asesinato. Estaba demasiado alegre para eso, lo que me hizo preguntarme si no podría haber esperado unas pocas horas.

—Encontramos algo.

—¿Qué exactamente?

—Simplemente ven y míralo tú misma.

—No me hagas esto, Dolph. Sólo dime qué diablos es.

Otro silencio. Si esperaba que le pidiera perdón, iba a esperar un rato largo. Por fin.

—Encontramos una piel.

—¿Qué tipo de piel?

—Si supiéramos qué demonios es, ¿te llamaría a la una de la mañana?

Parecía enfadado. Supongo que no podía culparle.

—Lo siento, Dolph. Siento haberte atacado.

—Bien.

Exactamente no había aceptado mi disculpa. Genial.

—¿Está relacionado con el asesinato?

—No lo creo, pero no soy ningún experto preternatural —todavía parecía cabreado. Tal vez tampoco había dormido mucho. Por supuesto, apostaba que nadie le había roto la cabeza en una acera.

—¿Dónde están?

Me dio la dirección. Estaba en el Condado de Jefferson, lejos de la escena del crimen.

—¿Cuándo puedes estar aquí?

—No puedo conducir —dije.

—¿Qué?

—Órdenes del médico, esta noche no debo ponerme detrás del volante de un coche.

—¿Cuán lastimada estás?

—No demasiado, pero el médico quiso que me despertaran cada hora, y nada de conducir.

—Por eso el Sr. Zeeman está ahí.

—Sí.

—Si estas demasiado herida para venir esta noche, puede esperar.

—¿Sigue la piel dónde fue encontrada? ¿Todo sin tocar?

—Sí.

—Iré. ¿Quién sabe? Podría haber una pista.

Dejó de presionar.

—¿Cómo vas a llegar hasta aquí?

Eché un vistazo a Richard. Él podría llevarme, pero de alguna manera, pensé que no era buena idea. En primer lugar, era un civil. En segundo, era un licántropo. Trabajaba para Marcus, y en cierto modo, para Jean-Claude. No era una buena elección llevarle a una investigación de asesinato preternatural. Además, si hubiera sido humano, la respuesta habría sido la misma. Nada de tratos.

—A menos que puedas enviarme un coche patrulla, supongo que tomaré un taxi.

—Zerbrowski no contestó a la primera llamada. Vive en St. Peters. Tendrá que ir directamente por ti. Puede recogerte.

—¿Estará de acuerdo?

—Lo estará —contestó Dolph.

Genial. Atrapada en un coche con Zerbrowski.

—Bien, me vestiré y le esperaré.

—¿Vestirte?

—No empieces, Dolph.

—Susceptible, estás muy susceptible.

—Para.

Se rió. Estaba bien oírle reír. Significaba que no habían muerto muchas personas esta vez. Dolph no se reía mucho durante casos de asesinos en serie. Colgó. Yo también.

—¿Tienes que salir? —preguntó Richard.

—Sí.

—¿Te sientes lo bastante bien para ir?

—Sí.

—Anita…

Apoyé la cabeza contra la pared y cerré los ojos.

—No lo hagas, Richard. Voy a ir.

—¿No está permitido discutirlo?

—Sin discusión —contesté. Abrí los ojos y le miré.

Él no apartaba la vista de mí, los brazos cruzados.

—¿Qué? —dije.

Sacudió la cabeza.

—Si te dijera que iba a hacer algo sin ninguna discusión, te volverías loca.

—No, no, no.

—Anita —dijo mi nombre de la misma forma en que lo decía mi padre.

—No, no si tus motivos fueran válidos.

—Anita, te enfadarías y lo sabes.

Quise negarlo, pero no podía.

—Bien, tienes razón. No me gustaría.

Le miré. Iba a tener que darle una razón de por qué iba a salir y hacer mi trabajo. No era algo agradable. Me puse de pie. Quise decirle que no tenía que explicarme ante nadie, pero si quería este asunto del matrimonio, no sería verdad. No me gustó mucho. El que fuera un hombre lobo no era el único obstáculo para la dicha doméstica.

—Es trabajo policial, Richard. La gente muere cuando no hago mi trabajo.

—Pensé que tu trabajo era levantar zombis y ejecutar vampiros.

—Suenas igual que Bert.

—Me has hablado lo suficiente sobre Bert para saber que eso es un insulto.

—Si no quieres ser comparado, deja de decir algunas de sus frase favoritas —caminé por delante de él hacia el dormitorio.

—Tengo que vestirme.

Me siguió.

—Sé que ayudar a la policía es muy importante para ti.

Me volví hacia él.

—No sólo ayudo a la policía, Richard. La Santa Compaña sólo lleva funcionando dos años. Los policías, no sabían una mierda sobre criaturas preternaturales. Esto es un detalle de mierda. Haz enfadar a tus superiores y eres trasladado.

—Los periódicos y la TV dijeron que era una patrulla de fuerzas independiente, como una patrulla de fuerzas especiales. Es un gran honor.

—Ah, sí, perfecto. La escuadrilla no consigue casi ninguna financiación suplementaria. Ningún entrenamiento especial en criaturas preternaturales o sus costumbres. Dolph, el Sargento Storr, me vio en el periódico y se puso en contacto con Bert. No había ninguna información en delitos preternatural para los oficiales de la ley en este país. Dolph pensó que podría ser un consejero.

—Eres mucho más que un consejero.

—Sí, lo soy.

Podría haberle dicho que antes del verano Dolph había tratado de no llamarme en seguida. Tuvimos un caso claro de demonio necrófago en un cementerio que se volvió demasiado ambicioso y atacó a una pareja casada. Los demonios necrófagos son cobardes y no atacan a personas sanas, pero siempre hay excepciones a la regla. Cuando Dolph me llamó, seis personas habían muerto. No habían sido demonios necrófagos.

Últimamente, Dolph había comenzado a llamarme desde el principio, antes de que las cosas se volvieran demasiado complicadas. A veces podía diagnosticar el problema antes de que se descontrolara. Pero no podía decirle eso a Richard. Podría haber habido una matanza menor si me hubieran llamado este verano, pero no era asunto de nadie, solo de Dolph y mío. Habíamos hablado de ello sólo una vez, y fue suficiente. Richard era un civil, hombre lobo o no. De ninguna manera era su asunto.

—Mira, no sé si puedo explicarlo de forma que lo entiendas, pero tengo que ir. Esto puede prevenir un problema mayor. Puede evitarme tener que ir a la escena de un crimen más tarde. ¿Puedes entender eso?

Parecía perplejo, pero lo que salió de su boca no lo era.

—No lo entiendo realmente, pero tal vez no tengo que hacerlo. Quizás saber que para ti es importante ya es suficiente.

Solté un profundo aliento.

—Genial. Ahora tengo que prepararme. Zerbrowski estará aquí en cualquier momento. Es el detective que me llevará en coche.

Richard sólo asintió con la cabeza. Sabio.

Entré en el dormitorio y cerré la puerta. Agradecidamente. ¿Esto sería una discusión habitual si nos casábamos? ¿Tendría que explicarme siempre? Dios, esperaba que no.

Otro par de vaqueros negros, un suéter rojo con cuello y capucha tan suave y rizado que me hizo sentir mejor sólo con llevarlo puesto. La pistolera de hombro de la Browning parecía muy oscura y dramática contra el rojo del suéter. El suéter rojo también realzó el color carne de los arañazos de la cara. Podría haberlo cambiado, pero el timbre sonó.

Zerbrowski. Pensé que Richard abriría la puerta mientras me contemplaba en el espejo. Aquel único pensamiento fue suficiente. Caminé fuera del dormitorio.

Zerbrowski estaba de pie bajo el marco de la puerta, las manos en los bolsillos de su gabardina. Su pelo negro rizado con unos toques de gris estaba nuevamente cortado. Llevaba hasta gomina. Por lo general, Zerbrowski tenía suerte si se acordaba de peinarse. El traje, que mostró el abrigo abierto, era negro y formal. La corbata era de buen gusto y con un nudo perfecto. Eché un vistazo hacia abajo, y sí, en efecto, los zapatos estaban brillantes. Nunca lo había visto sin tener manchas de comida en algún sitio.

—¿Dónde fuiste disfrazado? —pregunté.

—¿Dónde estabas desvestida? —preguntó. Sonrió cuando lo dijo.

Sentí subir el rubor por la cara y lo odié mucho. No había hecho nada para que me sonrojara.

—Bien, vamos. —Agarré mi impermeable del respaldo del sofá y toqué la sangre seca. Mierda.

—Tengo que conseguir un abrigo limpio. Volveré enseguida.

—Hablaré con el Sr. Zeeman —dijo Zerbrowski.

Tuve miedo de eso, pero de todos modos fui por mí chaqueta de cuero. Si terminásemos comprometidos, Richard tendría que encontrarse con Zerbrowski tarde o temprano. Habría preferido más tarde.

—¿Qué hace usted para ganarse la vida, Sr. Zeeman?

—Soy maestro.

—Oh, ¿de verdad?

Perdí la conversación en ese punto. Agarré la chaqueta del armario y regresé. Charlaban como dos viejos conocidos.

—Sí, Anita es nuestra experta preternatural. No sabría que hacer sin ella.

—Estoy lista. Vamos. —Caminé por delante de ellos y abrí la puerta. La sostuve para Zerbrowski.

Se rió de mí.

—¿Hace cuánto que están saliendo juntos?

Richard me miró. Sabía suficientemente bien cuando retirarse si no estaba cómoda. Me iba a dejar contestar la pregunta. Bien por él. Demasiado bueno. Si sólo fuera completamente irrazonable y me diera una excusa para decirle que no. Esto no vale la pena. Pero maldición, si no trabajaba realmente duro para hacerme feliz. No era una tarea fácil.

—Desde noviembre —dije.

—Dos meses, no está mal. Katie y yo nos comprometimos dos meses después de nuestra primera cita. —Los ojos centellearon, la sonrisa se burlaba. No sabía que era un tema espinoso.

Richard me miró. Una mirada larga y seria.

—En realidad dos meses no son mucho tiempo.

Me había ayudado. No lo merecía.

—Suficiente tiempo si es lo correcto —contestó Zerbrowski.

Traté de sacar a Zerbrowski por la puerta. Sonreía abiertamente. No tenía ninguna intención de dejar que le metieran prisa. Mi única esperanza era que Dolph le llamara otra vez. Eso encendería un fuego a su costado.

Dolph no llamó. Zerbrowski me sonrió abiertamente. Richard me miró. Los grandes ojos marrones eran profundos y parecían heridos. Quise sujetar su cara entre mis manos y limpiar el dolor de sus ojos. Ah, infierno. Probablemente tuviera razón.

—Tengo que ir.

—Lo sé —dijo.

Eché un vistazo a Zerbrowski. Nos sonreía abiertamente disfrutando del

espectáculo. ¿Se suponía que le besaría como despedida? Ya no estábamos comprometidos. El compromiso más rápido de la historia. Pero todavía salíamos. Todavía le amaba. Eso se merecía un beso sin más. Agarré el frente de su jersey y lo acerqué a mí. Pareció sorprendido.

—No tienes que hacer esto por espectáculo —susurró.

—Cállate y bésame.

Con esto me gané una sonrisa. Cada beso era un estremecimiento placentero. Nadie tenía los labios tan suaves. Nadie más saboreaba algo tan bueno. Su pelo cayó hacia delante y agarré un puñado, presionando su cara contra la mía. Sus manos se deslizaron por mi espalda, por debajo de la chaqueta de cuero, aferradas al jersey.

Me separé sin aliento. No quería irme ahora. Con él quedándose toda la noche, tal vez era algo bueno que tuviera que marcharme un rato. Lo que quería decir era que no habría sexo prematrimonial, aun si no hubiera sido un licántropo, pero mi cuerpo estaba más que deseoso. No estaba segura de si mi espíritu estaba a la altura de la lucha. La mirada en los ojos de Richard, que se ahogaba profundamente, valía cualquier cosa en el mundo. Traté de esconder la radiante sonrisa, pero sabía que era demasiado tarde. Sabía que pagaría por esto en el coche con Zerbrowski.

Nunca oiría el final de eso. Mirando hacia arriba, a la cara de Richard, no me preocupó. Resolveríamos todo al final. Seguramente, por Dios, que podríamos resolverlo.

—Espera cuando le diga a Dolph que llegamos tarde porque te estabas besuqueando con un tipo.

No me dejé picar.

—Puedo tardar en volver un par de horas. Podrías irte a casa en vez de esperar aquí.

—Conduje tu Jeep hasta aquí, ¿recuerdas? No tengo con que ir a casa.

Ah.

—Bien, estaré de vuelta en cuando pueda.

Inclinó la cabeza.

—Estaré aquí.

Salí andando hacia el vestíbulo, ya no sonreía. No estaba segura como sentirme sobre llegar a casa y encontrarme a Richard. ¿Cómo iba a llegar alguna vez a una verdadera decisión si él se mantenía cerca de mí haciendo que mis hormonas se volvieran locas?

Zerbrowski se rió entre dientes.

—Blake, ahora ya lo he visto todo. La gran asesina de vampiros enamorada.

Sacudí la cabeza.

—¿Supongo que no ayudaría que te pidiera que mantuvieras esto en privado?

Sonrió abiertamente.

—Hace la broma más divertida.

—Vete a la mierda, Zerbrowski.

—Loverboy parecía algo tenso, así que no dije nada delante de él, pero ahora que estamos solos, ¿Qué demonios te ha pasado?, pareces alguien que ha empujado su cara contra un cuchillo de carnicero.

En realidad no lo hice. Había visto hacerlo una vez y era bastante desagradable.

—Una larga historia. Ya sabes mi secreto. ¿Dónde fuiste todo disfrazado esta noche?

—Esta noche hace diez años que me casé —contestó.

—¿Estás de broma?

Sacudió la cabeza.

—Fantástico, felicidades —dije. Hablábamos rápida y ruidosamente escaleras abajo.

—Gracias. Contratamos a una canguro y todo. Mi mujer me hizo dejar el busca en casa.

El frío hizo escocer las llagas de la cara y empeoró el dolor de cabeza.

—La puerta no está cerrada con llave —dijo Zerbrowski.

—Eres policía. ¿Cómo puedes dejar tu coche abierto?

Abrí la puerta y me detuve. El asiento del pasajero y el suelo estaban llenos. Las bolsas para llevar del McDonald y los periódicos ocupaban todo el asiento, y caían hacia el suelo. Un pedazo de pizza petrificada y una colección de latas de refresco llenaban el resto del enmoquetado.

—Jesús, Zerbrowski, ¿sabe la Agencia de Protección Ambiental que conduces un vertedero de desecho tóxico por zonas pobladas?

—¿Ves por qué lo dejo abierto? ¿Quién lo robaría?

Se arrodilló en el asiento y comenzó a mover brazadas de basura al asiento trasero. Parecía que ésta no era la primera vez que había limpiado el asiento delantero echando la basura hacia la parte trasera. Despejé migas del asiento vacío al suelo. Cuando lo dejé tan limpio como puede, me senté. Zerbrowski se coloco el cinturón de seguridad y arrancó el coche. Este

carraspeó a la vida. Me puse el cinturón de seguridad y salió del aparcamiento.

—¿Cómo se siente Katie sobre tu trabajo? —pregunté.

Zerbrowski me echó un vistazo.

—Está de acuerdo con ello.

—¿Eras policía cuándo se conocieron?

—Sí, ella ya sabía que esperar. ¿Loverboy no quería que salieras esta noche?

—Creía que estaba demasiado lesionada para salir.

—De verdad, pareces hecha una mierda.

—Gracias.

—Ellos nos quieren, desean que seamos cuidadosos. Es un profesor de instituto de enseñanza secundaria, por Dios. ¿Qué sabe sobre violencia?

—Más de lo que le gustaría.

—Lo sé, lo sé. Las escuelas son un lugar peligroso hoy día. Pero esto no es lo mismo, Anita. Llevamos armas. Demonios, tu matas vampiros y levantas a los muertos, Blake. No puede ponerse mucho más desagradable que eso.

—Lo sé. —Pero no lo sabía. Ser un licántropo era desagradable. ¿No?

—No, no creo que lo sepas, Blake. Amar a alguien que vive en la violencia es un camino difícil de seguir. Que alguien nos quiera es un milagro. No tengas miedo. —¿Dije que tuviera miedo?

—No en voz alta.

Mierda.

—Dejemos esto, Zerbrowski.

—Cómo quieras. Dolph va a estar tan excitado de que hayas decidido atarte la soga… ah, nudo.

Me hundí en el asiento todo lo que el cinturón me permitía.

—No me caso.

—Tal vez todavía no, pero conozco esa mirada, Blake. Eres una mujer que se ahoga, y la única salida está en caminar por ese pasillo.

Me habría gustado discutir, pero estaba demasiado aturdida. Una parte de mí creía a Zerbrowski. Otra parte de mí quería dejar de salir con Richard y estar segura otra vez. Bien, bien, no estaba exactamente segura antes debido a Jean-Claude, pero no estaba comprometida. Por supuesto, todavía no estaba comprometida.

—¿Estás bien, Blake?

Suspiré.

—He vivido sola mucho tiempo. Una se acostumbra a su forma de hacer las cosas. —Además, él es un hombre lobo. No lo dije en voz alta, pero quería. Necesitaba una segunda opinión, pero un policía, sobre todo Zerbrowski, no era la persona indicada a la que preguntar.

—¿Está presionándote?

—Sí.

—Quiere matrimonio, niños, ¿el pack completo?

Niños. Nadie había mencionado niños. ¿Tenía Richard la fantasía hogareña de una casa pequeña, él en la cocina, yo trabajando, y niños? Ah, maldición, íbamos a tener que sentarnos y tener una conversación seria. Si en realidad lográbamos prometernos como la gente normal, ¿qué significaba todo esto? ¿Quería Richard niños? Yo seguramente no. ¿Dónde viviríamos? Mi piso era demasiado pequeño. ¿Su casa? No estaba segura de que me gustara esa idea. Era su casa. ¿No deberíamos tener nuestra casa? Mierda. ¿Yo con niños? ¿Embarazada? No en esta vida.

Pensaba que lo peludo era nuestro problema más grande. Tal vez no era así.



VEINTINUEVE

El río formaba remolinos negros y fríos. Las rocas estaban colocadas como dientes de gigantes. La orilla a mi espalda era escarpada, densa y arbolada. La nieve entre los árboles estaba pisoteada y apartada mostrando las hojas de debajo. La orilla de enfrente era un requiebro que sobresalía sobre el río. Ningún camino bajaba desde allí a menos que quisieras saltar. El agua tenía menos de metro y medio de profundidad en el centro del río. Saltar unos 10mts. no era una buena idea.

Me quede de pie en la orilla con cuidado ya que se derrumbaba. El agua oscura me lamía sólo unos centímetros de los pies. Las raíces del árbol pegado a la orilla rasgaban la tierra. La combinación de nieve, hojas y orilla casi vertical parecía destinada a enviarme al agua, pero lucharía contra ellos mientras pudiera.

Las rocas formaban una pared baja, quebrada en el río. Algunas piedras estaban apenas por encima de los remolinos del agua, pero una roca

cercana al centro del río se erguía a una altura superior a la cintura.

Cubriendo aquella roca estaba la piel. Dolph todavía era el maestro de la subestimación. ¿No debía una piel ser más pequeña que una panera y no más grande que un Toyota? La cabeza colgaba en la roca, cubierta perfectamente como si hubiera sido colocada. Era una de las razones por lo que estaba todavía en mitad del río. Dolph quería que lo viera por si la colocación tenía algún significado ritual.

Había un equipo de inmersión esperando en la orilla con sus trajes secos, que son más voluminosos que los trajes de buceo y mejores resguardando del frío del agua. Un buzo alto y encapuchado se detuvo junto a Dolph. Fue presentado como MacAdam.

—¿Podemos entrar ahora por la piel?

—¿Anita? —preguntó Dolph.

—Mejor ellos en el agua que yo —dije.

—¿Es seguro? —preguntó Dolph.

Era una pregunta diferente. Cierto.

—No estoy segura.

MacAdam me miró.

—¿Qué podría haber ahí? Es sólo una piel, ¿verdad?

Me encogí de hombros.

—No estoy segura de que tipo de piel es.

—¿Qué? —preguntó.

—Es decir, ¿recuerda al Mago Loco de los años setenta?

—Pensaría que no podría recordar eso —dijo MacAdam.

—Lo estudié en el colegio. Terrorismo mágico, el último año. El Mago se especializó dejando trampas mágicas en lugares remotos. Una de sus trampas favoritas era una piel de animal que se ataría sobre quien lo tocara primero. Se necesitaba una bruja para quitarlo.

—¿Era peligroso? —preguntó MacAdam.

—Un hombre se asfixió cuando eso se adhirió a su cara.

—¿Cómo diablos lo tocó con la cara primero?

—Difícil preguntar a un muerto. La reanimación no era una profesión en los años setenta.

MacAdam miró a lo lejos fijamente, a través del agua.

—Bien, ¿cómo se averigua si es peligroso?

—¿Ha estado ya alguien en el agua?

Apuntó su pulgar hacia Dolph.

—No nos dejaría, y el Sheriff Titus dijo que se lo dejáramos al excelente experto en monstruos —me miró de arriba abajo—. ¿Es usted?

—Esa soy yo.

—Bien, haga lo que hace un experto para que mi gente y yo podamos entrar ahí.

—¿Quieres ahora el foco? —preguntó Dolph.

Habían hecho iluminar el lugar como una noche de estreno en el Teatro Chino de Mann. Les había hecho apagar las luces después de haber conseguido echar un primer vistazo. Había algunas cosas que necesitaban verse con luz, otras sólo se mostraban en la oscuridad.

—Nada de luz aún. Déjame verlo primero en la oscuridad.

—¿Por qué sin luz? —preguntó Dolph.

—Algunas cosas se esconden de la luz, Dolph, y todavía podrían arrancar algún trozo de uno de los buzos.

—Lo está diciendo en serio, ¿verdad? —preguntó MacAdam.

—Sí, ¿no está contento?

Me miró durante un momento, luego sacudió la cabeza.

—Sí. ¿Cómo va a conseguir echar una mirada más de cerca?

Teniendo en cuenta el tiempo tan frío que hizo estos días, el agua deberá estar aproximadamente a 4°C, pero aún es demasiado frío para entrar sin traje.

—Me quedaré en las rocas. Meteré una mano para ver si algo emerge para atrapar el cebo, pero me quedaré tan seca como pueda.

—Se toma los monstruos en serio —comentó—, se toma el agua en serio. Podría tener hipotermia dentro de aproximadamente cinco minutos si entra en el agua con este frío. Trate de no caerse.

—Gracias por el consejo.

—Va a mojarse —dijo Aikensen. Estaba de pie por encima de mí, apoyándose contra un árbol. Su sombrero Smokey Bear estaba incrustado en la cabeza, el grueso y velludo cuello llegaba casi hasta la barbilla. Los oídos y la mayor parte de la cara estaban todavía descubiertos al frío.

Esperaba que se congelara.

Colocó la linterna bajo la barbilla como en un guiño de Halloween.

Sonreía.

—No se ha movido nada, señorita Blake. Se ha dejado todo donde lo encontramos.

No le corregí el «señorita». Sólo lo había hecho para irritarme. No

hacerle caso le molestaría. Genial.

La sonrisa de Halloween palideció, frunciendo el ceño bajo la luz.

—¿Qué pasa, Aikensen? ¿No quería mojarse sus delicados pies?

Se apartó del árbol. El movimiento fue demasiado brusco. Se deslizó hacia la orilla con los brazos extendidos tratando de reducir el impacto de la caída. Cayó de culo y siguió rodando. Venía directamente hacia mí.

Di un paso a un lado y sentí como los bordes del suelo se deshacían bajo mis pies. Di un salto y acabé en la roca más cercana del río. Me acurruqué en ella, casi a gatas, para impedir caerme al agua. La piedra estaba húmeda, pulida, fría e insondable como un hueso.

Aikensen aterrizó con un grito en el río. Se sentó, el agua glacial se arremolinaba hasta la mitad del pecho. Golpeó el agua con las manos enguantadas, como para castigarla. Todo lo que estaba consiguiendo era mojarse más.

La piel no se deslizó de la roca y le cubrió. Nada le agarró. No podía sentir ningún tipo de magia en el aire. Solamente el frío y el sonido del agua.

—Imagino que nada va a comérselo —dijo MacAdam.

—Supongo que no —dije. Traté de disimular la desilusión en mi voz.

—Por el amor de Dios, Aikensen, salga del agua.

La voz de Titus retumbó en la cumbre de la colina. El sheriff, junto con la mayor parte de los otros policías, estaba en lo alto del barranco, a lo largo del camino de grava que conducía hasta el lugar. También esperaban dos ambulancias allí arriba. Ya que la ley de Gaia entró en vigor tres años atrás, una ambulancia debía estar en la escena por si hubiera alguna posibilidad de salvar a un humanoide. Allí, las ambulancias eran llamadas para llevarse las reses muertas por los coyotes, como si fueran cambiaformas muertos. La ley había entrado en vigor, pero el dinero suplementario no había sido puesto a disposición de los sistemas de emergencias del país. A Washington realmente le gusta complicar las cosas.

Estábamos en el patio de atrás de la casa de verano de alguien.

Algunas de las casas tenían zonas de aterrizaje o hasta pequeños cobertizos para botes, si tuvieran suficiente profundidad en el agua de su finca. El único barco que podría pasar por este canal rocoso era una canoa, así que no teníamos ninguna zona de aterrizaje ni ningún cobertizo para botes, sólo oscura agua fría y un ayudante muy mojado.

—Aikensen, mueva el culo a una de aquellas rocas. Eche una mano a la Sra. Blake ya que está mojado.

—No necesito su ayuda —le respondí a Titus.

—Bien, Sra. Blake, ahora éste es nuestro condado. No me gustaría que se la comiese alguna bestia mientras nosotros nos mantenemos secos y seguros en tierra.

Aikensen se puso de pie, casi cayéndose otra vez cuando las botas resbalaron en el fondo arenoso. Se dio la vuelta hacia mí, mirándome como si fuera todo por mi culpa, pero trepó a la roca de al lado frente a la piel. Había perdido su linterna. Goteaba en la oscuridad, excepto el sombrero Smokey Bear que había logrado mantener por encima del agua.

Parecía tan malhumorado como una gallina mojada.

—Veo que no se ofrece a subir a esa zona en particular —dije.

Titus llegó a la orilla. Parecía hacerlo mucho mejor de lo que yo lo había hecho. Me había tambaleado como un borracho de árbol en árbol. Titus mantenía las manos listas para agarrarse, pero llegó abajo andando sin necesitarlas. Se detuvo al lado de Dolph.

—Delegar, Sra. Blake. Lo que hizo grande a este país.

—¿Qué piensa usted de eso, Aikensen? —dije más suavemente.

Me fulminó con la mirada.

—Es el jefe —no sonó como si sintiera feliz por ello, pero lo creía.

—Sigue con eso, Anita —dijo Dolph.

Traducción, el alto mando tirando de la cadena. Todos tenían frío. No podía culparlos. Yo también. Me puse de pie con mucho cuidado en la roca resbaladiza. La linterna se reflejó en el agua como un espejo negro, opaco y sólido.

Enfoqué la linterna en la primera piedra. Era pálida, y brillante por el agua y probablemente hielo. Anduve sobre ella con cuidado. La siguiente piedra, todavía bien. ¿Quién pensaría que las Nike Air eran buenas para rocas heladas?

La advertencia de MacAdam sobre la hipotermia cruzó mi cabeza. Justo lo que necesitaba, ser hospitalizada por hipotermia. ¿No tenía ya bastantes problemas sin necesidad de tener que luchar contra los elementos?

Había un hueco entre las dos piedras siguientes. Era una distancia tentadora. Distancia superable pero, pasaba unos centímetros de la distancia cómoda. La roca en la que estaba era plana bajo el agua, pero sólida bajo los pies. La siguiente estaba algo curvada en algún punto.

—¿Teme que se le mojen los pies? —Aikensen me dirigió una sonrisa, era más una exposición de dientes blancos en la oscuridad.

—¿Envidioso porque está mojado y yo no?

—Podría mojarla —contestó.

—Sólo en mis pesadillas —dije.

Tuve que saltar y esperé que algún equilibrio milagroso me mantuviera segura. Eché un vistazo atrás, a la orilla. Pensé en pedirles a los buzos si tenían un traje seco extra para mí, pero me pareció cobarde con Aikensen temblando en las rocas. Además, probablemente podría dar el salto. Probablemente.

Me coloqué tan al borde de la roca como pude y salté. Estuve un segundo en el aire, entonces mi pie golpeó la roca. Se deslizó hacia un lado. Caí en la roca, abrazándola con ambas manos y una pierna. La otra pierna terminó profundamente hasta el muslo en el agua fría como el hielo. La impresión me dejó maldiciendo.

Luché para colocarme sobre la seguridad de la roca con el agua corriendo por la pernera de los vaqueros. Mi pie no había tocado fondo. El agua a ambos lados de la roca me llegaría hasta la cintura si el espectáculo de Aikensen al atravesarla era una buena indicación. Había encontrado un desagüe lo bastante profundo para haber empapado cada centímetro de mí. Afortunadamente sólo era la pierna. Aikensen se reía de mí. Si hubiera sido alguien más, podríamos habernos reído juntos de lo ridículo que era todo esto, pero era él, y se rió de mí.

—Al menos, no dejé caer mi linterna —dije. Me pareció infantil, pero dejó de reírse. A veces ser infantil consigue lo que quieres.

Ahora me encontraba al lado de la piel. Cerca era aún más impresionante. Sabía que esto era de un reptil ya desde la orilla. Estando de pie al lado de ella, podía ver que definitivamente era una serpiente. Las escamas más grandes eran del tamaño de mi palma. Las cuencas vacías de los ojos eran del tamaño de pelotas de golf. Extendí la mano para tocarla.

Algo se arremolinó contra mi brazo cuando trate de alcanzarla. Grité antes de comprender que era la prolongación de piel de la serpiente que flotaba en el agua. Cuando pude respirar otra vez, la toqué. Esperaba que fuera ligera, transparente, una muda de piel. Era pesada, con mucha carne.

La giré hacia la luz. No era una piel mudada. La serpiente había sido desollada. Si había estado viva cuando comenzaron era un punto discutible. Ahora estaba muerta. Muy pocas criaturas pueden sobrevivir a ser

desolladas vivas.

Había algo sobre las escamas y la forma de la cabeza que me recordaba a una cobra, pero las escamas, hasta con la luz de la linterna, brillaban traslúcidas. La serpiente no era de ningún color. Era como un arco iris o una mancha de petróleo. El color cambiaba según el ángulo de la luz.

—¿Va a seguir jugando con eso o dejará que los buzos entren y se lo lleven? —preguntó Aikensen.

No le hice caso por el momento. Había algo en la frente de la serpiente, casi entre los ojos. Algo liso, suave y blanco. Moví los dedos. Era una perla. Una perla del tamaño de una pelota de golf. ¿Qué demonios hacía una perla gigantesca encastrada en la cabeza de una serpiente? ¿Y por qué no se la había llevado quienquiera que hubiera pelado a la criatura?

Aikensen se inclino hacia delante, pasando una mano sobre la piel.

—¡Puaf! ¿Qué demonios es eso?

—Una serpiente gigantesca —dije.

Retrocedió con un grito. Comenzó a frotarse los brazos, como si pudiera borrar la sensación de ellos.

—¿Miedo a las serpientes, Aikensen?

Me fulminó con la mirada.

—No.

Era mentira, y los dos lo sabíamos.

—¿Disfrutan subidos a esas rocas? —preguntó Titus—. Muévanse.

—¿Ves algo significativo en la colocación de la piel, Anita? —preguntó Dolph.

—En realidad no. La piel podría haberse enganchado en las rocas. No creo que fuera colocada así y aquí de forma deliberada.

—Entonces, ¿podemos moverlo?

Asentí.

—Sí, los buzos pueden entrar. Aikensen ya ha probado que el agua está libre de depredadores.

Aikensen me miró.

—¿Qué demonios significa eso?

—Significa que podrían haber habido bichos en el agua, pero nada trató de comerle, así que es seguro.

—Me usó como cebo.

—Se cayó.

—Sra. Blake, ¿dice que podemos mover esa cosa? —preguntó Titus.

—Sí —dijo Dolph.

—Vayan muchachos.

Los buzos se miraron.

—¿Podemos ahora encender el foco? —preguntó MacAdam.

—Seguramente —dije.

La luz se proyectó sobre mí. Puse la mano para escudar los ojos y casi me caigo de la roca. Jesús, era brillante. El agua era todavía opaca, negra y agitada, pero las rocas relucieron, y de repente, Aikensen y yo estábamos en el centro de la escena. La luz brillante limpió todo el color de la piel de la serpiente.

MacAdam deslizó la máscara de cara y aseguró el regulador en la boca. Sólo otro buzo le siguió. Supongo que no se necesitaban cuatro para sacar una simple piel.

—¿Por qué se están colocando las botellas si sólo van a caminar por el agua? —preguntó Aikensen.

—Supongo que por si les arrastra la corriente o encuentran un desagüe.

—La corriente no está mal.

—Lo suficientemente mala para que si arrastra la piel, desaparezca. Con los tanques puedes sumergirte hasta el fondo, a dondequiera que esto vaya.

—Suena como si lo hubiera hecho.

—Estoy cualificada.

—Pues qué bien, es multifuncional —respondió.

Los buzos ya estaban casi sobre nosotros. Las botellas se parecían a los lomos de las ballenas cuando emergían del agua. MacAdam levantó la máscara de la cara, y puso una mano enguantada sobre la roca. Apartó el regulador de la boca, abrazó la roca y nadando con las piernas consiguió mantenerse en la corriente. El otro buzo se movió por el lado de Aikensen.

—¿Hay algún problema si rompemos la piel? —preguntó MacAdam.

—La desengancharé por este lado de la roca.

—Conseguirá mojarse el brazo.

—Viviré, ¿verdad?

No podía ver su cara lo suficientemente bien bajo todo el equipo, pero habría apostado que me miraba con el ceño fruncido.

—Sí, vivirá.

Moví la mano bajo el frontal de la piel hasta que traspasé el agua. El frío me hizo vacilar, pero sólo un latido del corazón. Continué hacia abajo,

empapándome hasta el hombro para desliarlo. La mano tocó algo liso y sólido que no era piel. Di un pequeño grito y me retiré, casi cayendo. Conseguí mantener el equilibrio y me abalance hacia el arma. Sólo tuve tiempo de decir:

—Hay algo ahí abajo.

Y eso emergió.

Una cara redonda con una boca sin labios gritó, emergió hacia arriba con las manos tratando de alcanzar a MacAdam. Tuve una visión rápida de ojos oscuros antes de que eso se sumergiera en el agua.

Los buzos salieron apresuradamente de allí, nadando con golpes seguros y fuertes hacia la orilla. Aikensen había tropezado, cayéndose al agua. Subió chapoteando con el arma en la mano.

—No le dispare —dije.

La cosa emergió otra vez. Me deslicé a su lado. Eso chilló, la mano en forma humana recorrió a tientas hacia mí. Agarró un lado de la chaqueta y tiró. Tenía mi arma en la mano, pero no disparé.

Aikensen la apuntaba. Gritos en la orilla. Los otros policías se acercaron, pero no había tiempo. Estábamos sólo Aikensen y yo en el río.

La criatura se agarró a mí, ya no gritaba, sólo sujetándose como si fuera la última cosa en el mundo. Sepultando los oídos sin orejas en mí pecho. Apunté el arma al pecho de Aikensen. Esto pareció llamar su atención. Parpadeó, concentrándose en mí.

—¿Qué demonios hace?

—Apunte a otra parte, Aikensen.

—Estoy cansado de mirar el cañón de su arma, perra.

—Lo mismo digo —contesté.

Gritos, movimientos en la orilla, llegada de gente, casi estaban allí. Sólo segundos, hasta que alguien vino. Alguien nos salvó. Unos segundos demasiado tarde. Un tiro explotó al lado de Aikensen. Lo suficientemente cerca para salpicarle con el agua. Saltó y su arma salió despedida. La criatura estaba incontrolable, pero ya me movía zambulléndome por las rocas. Eso se agarró a mí como si estuviera atado. Salimos a flote en la roca grande en la que se arremolinaba la piel de serpiente, pero logré apuntar la Browning hacia Aikensen. El sonido de su mágnum vibró en el aire, llegando hasta mis huesos. Si Aikensen se hubiera dado la vuelta hacia nosotros, habría disparado.

—¡Maldito sea, Aikensen, guarda en su sitio esa maldita arma!

La salpicadura era grande, y probablemente era Titus vadeando el agua, pero no podía mirar más allá de Aikensen. Aikensen apartó la miraba de mí hacia la salpicadura. Dolph llegó primero. Apareció sobre Aikensen como la venganza de Dios. El arma de Aikensen comenzó a balancearse hacia él, como si sintiera el peligro.

—Si apunta esa arma hacia mí, se la haré tragar —dijo Dolph. Su voz sonó baja y destelló aun sobre el rugido en mis oídos.

—Si te apunta —dije—, le pegaré un tiro.

—Nadie nos disparará, ni a él ni a mí.

Titus caminó por el agua. Era más bajo que los demás, salvo yo, así que era el que luchaba en el agua. Agarró a Aikensen por el cinturón y lo tiró, arrancando el arma de su mano cuando cayó al agua. Aikensen salió a la superficie sofocado y furioso.

—¿Por qué demonios hizo eso?

—Pregúntale a la Sra. Blake por qué lo hice. ¡Pregúntale, pregúntale! —Era bajo y estaba mojado, y todavía lograba acobardar a Aikensen.

—¿Por qué? —preguntó Aikensen.

Había bajado la Browning, pero no la había guardado en su sitio.

—El problema de llevar un arma tan grande, Aikensen, es que puede atravesar un infierno de carne.

—¿Qué?

Titus le empujó, haciéndole tropezar. Aikensen luchó para quedarse de pie.

—Si hubieras apretado el gatillo, muchacho, con la criatura aferrándose a ella, la habrías matado también.

—Pensé que lo protegía. Dijo que no le pegara un tiro. ¡Mírelo!

Entonces todos se dieron la vuelta. Usé las rocas a modo de palanca para mis pies. La criatura era un peso muerto, como si se hubiera desmayado con las manos cerradas como puños en mi chaqueta. Tenía más problemas para guardar el arma en su sitio que para sacarla. El frío, la adrenalina y la mano del hombre pegada a mi chaqueta, cubriendo la pistolera. Por eso era por lo que la sostenía. Un hombre, un hombre que había sido desollado vivo, pero que de alguna manera no estaba muerto. Por supuesto, no era exactamente un hombre.

—Es un hombre, Aikensen —dijo Titus—. Es un hombre herido. Si no estuvieras tan malditamente ocupado en sacar tu maldita arma y disparando a todas las cosas, podrías ver lo que está delante de ti.

—Esto es un naga —dije.

Titus no pareció oírme.

—¿Qué dijiste? —preguntó Dolph.

—Es un naga.

—¿Quién es qué? —preguntó Titus.

—El hombre —dije.

—¿Qué demonios es un naga?

—Todo el mundo fuera del agua ahora —gritó una voz desde la orilla. Era un paramédico con un amasijo de mantas—. Vamos, no vaya a ser que tenga que llevar a todos al hospital esta noche. —No estaba segura, pero creí oír el murmullo bajo del paramédico—. Malditos tontos.

—¿Qué demonios es un naga? —preguntó Titus otra vez.

—Lo explicaré si puede ayudarme a llevarlo a la orilla. Me estoy congelando el culo aquí dentro.

—Se congelará algo más que el culo —dijo el paramédico—. Todos a la orilla, ahora. Muévanse.

—Ayúdenle —dijo Titus.

Dos ayudantes uniformados estaban en el agua. Se separaron. Levantaron al hombre, pero sus puños se habían cerrado en mi chaqueta. Era un apretón de muerte. Comprobé el pulso en la garganta. Estaba ahí, desmayado, pero estable.

El médico colocaba mantas alrededor de cada uno cuando llegábamos a la orilla. Su compañera, una mujer delgada de pelo claro contemplaba al naga, reluciendo como una herida abierta bajo un foco.

—¿Qué demonios le pasó? —preguntó uno de los ayudantes.

—Ha sido desollado —dije.

—Dios —dijo el ayudante.

—Pensamiento correcto, religión incorrecta —dije.

—¿Qué?

—Nada. ¿Puede abrir sus manos haciendo palanca?

No podrían, no fácilmente. Terminaron por llevarle acunado entre ellos. Tropezamos con la orilla, los dedos aun aferrados en mi ropa. Ninguno se cayó. Un segundo milagro. El primero era que Aikensen estaba todavía vivo. Contemplando la piel azulada del hombre, tal vez se podría decir que la cuenta de milagros era más alta que sólo dos.

El médico con el pelo claro se arrodilló sobre el naga. Soltó el aliento en un gran suspiro condensado. El otro médico colocó mantas sobre mí y

los dos ayudantes.

—Cuando consigan separarlo de usted, vaya hasta las ambulancias. Quítese esa ropa mojada cuanto antes.

Abrí la boca y él me señaló con un dedo.

—O se quita la ropa y se sienta en una ambulancia caliente, o un viaje al hospital. Elija.

—Sí, sí, capitán —dije.

—Y no haga como que lo olvida —dijo. Se marchó para extender mantas al resto de policías.

—¿Y la piel? —preguntó Titus. También llevaba una manta alrededor de él.

—Tráigala para asegurarnos —dije.

—¿Seguro que ésta es la única sorpresa que hay ahí, en ese agujero? —preguntó MacAdam.

—Creo que éste es nuestro único naga por esta noche.

Afirmó con la cabeza y volvió sigilosamente al agua con su compañero. Era agradable no ser discutida. Quizás era por el cuerpo herido y desnudo del naga.

Los paramédicos tuvieron que quitar las manos del naga de mi chaqueta como una palanca, un dedo cada vez. Sus dedos no se querían soltar. Permanecieron doblados, como los dedos de los muertos después de que aparezca el rigor mortis.

—¿Sabe usted que es? —preguntó el paramédico con el pelo claro.

—Un naga.

Intercambió una mirada con su compañero. Él sacudió la cabeza.

—¿Qué demonios es un naga?

—Una criatura de leyenda hindú. Con frecuencia son descritos con forma de serpiente.

—Genial —dijo—. ¿Reaccionará como un reptil o como un mamífero?

—No lo sé.

Los médicos de la otra ambulancia estaban disponiendo un sistema de polea y dirigían a todo el mundo hacia el calor de las ambulancias.

Necesitábamos más médicos. Los paramédicos extendieron una solución salina y caliente sobre una hoja de suave algodón, y envolvieron al naga con ella. Su cuerpo entero era una herida abierta con todo lo que esto implicaba. La infección era la mayor amenaza. Podía ser inmortal, ¿los seres inmortales tenían infecciones? ¿Quién lo sabía? Sabía sobre criaturas

preternaturales, pero ¿primeros auxilios para inmortales? No era mi área.

Le envolvieron en un montón de capas de mantas. Miré al paramédico. Sargento de Artillería.

—Aunque sea un reptil, las mantas no pueden hacerle daño.

Tenía razón.

—Su pulso es débil, pero estable —dijo la mujer—. Debemos arriesgarnos a intentar una IV o…

—No lo sé —contestó su compañero—. No debería estar vivo en absoluto. Vamos a moverle. Lo mantendremos vivo y lo llevaremos al hospital.

El aullido distante de más ambulancias resonó. Los refuerzos estaban de camino. Los médicos pusieron al naga en una especie de camilla con forma de columna vertebral, y similar a una cesta atada con las cuerdas que los otros paramédicos tenían sujetas en lo alto de la colina.

—¿Conoce alguna otra información que nos pueda ayudar a tratarle? —preguntó el paramédico. Sus ojos eran muy directos.

—Creo que no.

—Entonces vaya hasta una ambulancia, ahora.

No discutí. Tenía frío y la ropa comenzaba a congelarse en mi cuerpo hasta por debajo de la manta. Terminé en una ambulancia caliente llevando puesto solamente una manta mientras más paramédicos y EMTs forzaban oxigeno caliente en mí. Dolph y Zerbrowski terminaron en la ambulancia conmigo. Mejor ellos que Aikensen y Titus.

Mientras esperamos a los médicos para que nos dijeran que todos viviríamos, Dolph regresó al trabajo.

—Cuéntame sobre los nagas —dijo.

—Como te dije, son criaturas de leyenda hindú. Usualmente son descritos como serpientes, en particular cobras. Pueden tomar forma humana o aparecer como serpientes con cabezas humanas. Son los guardianes de las gotas de lluvia y las perlas.

—Repite lo último otra vez —dijo Zerbrowski. Su pelo peinado con esmero se había secado en rizos sucios. Había saltado al río para salvar a mi pequeño yo, aunque no pudiera nadar.

Lo repetí.

—Había una perla incrustada en la cabeza de la piel. Creo que la piel era del naga. Alguien le despellejó, pero no murió. No sé como la piel terminó en el río o cómo lo hizo él.

—Quieres decir que era una serpiente y la pelaron, pero eso no le mató —dijo Dolph.

—Por lo visto no.

—¿Cómo es que está en forma de hombre ahora?

—No lo sé.

—¿Por qué no está muerto? —preguntó Dolph.

—Los nagas son inmortales.

—¿No deberías decírselo a los paramédicos? —preguntó Zerbrowski.

—Ha sido despellejado completamente y aún así, está vivo. Creo que lo entenderán solos —contesté.

—Buen punto.

—¿Quién disparó a Aikensen?

—Lo hizo Titus —dijo Dolph.

—Le regañó y se llevó su arma —dijo Zerbrowski.

—Espero que no se la devuelva. Si alguien no debería estar armado, es Aikensen.

—¿Conseguiste ropa de repuesto para la tuya, Blake? —preguntó Zerbrowski.

—No.

—Tengo dos sudaderas en el maletero del coche. Quiero regresar a lo que queda de mi aniversario.

El pensamiento de usar unas sudaderas que habían estado guardadas en el coche de Zerbrowski era demasiado para mí.

—No, gracias, Zerbrowski.

Me sonrió abiertamente.

—Están limpios. Katie y yo íbamos a entrenar hoy, pero no sacamos un momento para ello.

—Ninguno que se haga en un gimnasio, ¿eh? —dije.

—No. —El rubor ascendió sigilosamente por el cuello. Debía haber sido algo realmente bueno, o realmente embarazoso para poner a Zerbrowski así tan rápidamente.

—¿Qué tipo de ejercicio estaban haciendo? —pregunté.

—Un hombre tiene que entrenarse —dijo Dolph solemnemente.

Zerbrowski me miró, alzando las cejas.

—¿Y qué mejor entrenamiento que el que te da tu amorcito? —Se giró hacia Dolph—. ¿Te dije que Blake tiene novio? Pasa la noche allí como un invitado.

—El Sr. Zeeman contestó al teléfono —dijo Dolph.

—¿El teléfono no está al lado de la cama, Blake? —preguntó Zerbrowski. Me miro con ojos inocentes.

—Tráeme la sudadera y sácame de aquí —dije.

Zerbrowski se rió y Dolph se unió a él.

—Ése es el chándal de Katie, no lleva nada bajo ellos. Si realmente quieres ejercitarte, hazlo desnudo.

Le dirigí un saludo digitiforme.

—Oh, haz eso otra vez —dijo Zerbrowski—, tu manta se abrió.

Yo alegraba el infierno de todos.



TREINTA

Estaba en mi vestíbulo a las cuatro en punto vestida con un traje deportivo demasiado rosa. Sujetaba cautelosamente las ropas mojadas en un bulto bajo mi brazo izquierdo. Aún con la nueva sudadera rosa, tenía frío. Los paramédicos me habían dejado ir sólo porque prometí beber líquidos calientes y tomar un baño de vapor. Había subido a la carrera las escaleras con un par de calcetines de gimnasio. Podía llevar puesta la sudadera de Katie, pero no sus zapatos.

Estaba fría, cansada y mi cara dolía, sin embargo, el dolor de cabeza desapareció. Tal vez fue por estar mojada en agua helada. Quizá por el toque del naga. No podía recordar ninguna historia que los asociara con la curación espontánea, pero había pasado mucho tiempo desde que estudié los nagas. Había sido de las últimas en las clases de bio-preternaturales. La única pista fue la perla y la piel de cobra. Iba a tener que desenterrar mi libro de texto y releer esa parte. Sin embargo, el doctor de guardia del

hospital, no importa cuál, donde le llevaron, iba a tener que leer aún más rápido. ¿Estarían los nagas en sus ordenadores? Por ley, a lo mejor estaban. ¿Tenía el naga alguien para demandarlos si no estuvieran? ¿Se levantaría de su lecho de muerte y se demandaría a sí mismo?

Estaba frente a mi apartamento por segunda vez en seis horas y no tenia llave. Sinceramente, apoyé la cabeza contra la puerta por un segundo y sentí lástima de mí misma. No quería ver a Richard esta noche otra vez.

Teníamos muchísimo de que hablar y no tenía nada que ver con su cambio. Deseé no haber pensado en niños. No quería discutir de pequeños niños traviesos esta noche. No quería discutir sobre nada. Quería arrastrarme hasta la cama y estar sola.

Respiré profundamente y me enderecé. No había necesidad de verme tan desolada como me sentía. Llamé a mi propio timbre y me prometí conseguir un conjunto adicional de llaves. No, no era para Richard. Ambas eran para mí.

Richard abrió la puerta. Tenía el pelo despeinado por el sueño, cayéndole en una masa pesada y ondulada alrededor de la cara, estaba descamisado y descalzo. El primer botón de los vaqueros estaba desabrochado. Súbitamente estuve contenta de verlo. La lujuria es una cosa maravillosa.

Agarré la cinturilla de sus vaqueros y lo acerque. Saltó cuando mis ropas mojadas tocaron su pecho desnudo, pero no se apartó. Su cuerpo humano era casi fiebre caliente de ensueño. Calenté las manos a lo largo de su columna vertebral y se sobresaltó, contorsionándose debido al frío, pero nunca apartándose. Dejé caer las ropas mojadas al suelo.

Nos besamos. Sus labios eran suaves. Mis manos trazaron el borde de su cinturón, los dedos peligrosamente bajos. Susurró junto a mi oreja.

Esperaba palabras de amor o promesas picantes.

—Tenemos compañía —fue lo que obtuve.

Me congelé. Tuve una visión de Ronnie, o peor, de Irving sentado en el sofá mientras nos acariciábamos mutuamente.

—Mierda —dije suavemente y con pasión.

—En casa por fin, *ma petite*. —Fue mucho peor que Irving.

Me quedé con la mirada fija sobre Richard con la boca abierta.

—¿Qué pasó?

—Entró mientras estaba dormido. Me desperté cuando la puerta se abrió.

Tuve repentinamente frío otra vez hasta mis dedos empapados.

—¿Están bien?

—¿Realmente quieres discutir esto en el vestíbulo, *ma petite*? —La voz de Jean-Claude fue, ¡oh!, tan razonable.

Quise quedarme en el vestíbulo simplemente porque había dicho que no, pero era infantil. Además, era mi apartamento.

Di un paso entrando a la habitación, Richard era una presencia consoladora a mi lado. Pateé las ropas mojadas a través de la puerta, manteniendo las manos libres. El arma estaba a la vista sobre la sudadera.

La pistolera cayó suelta sin un cinturón, pero podría sacar el arma si la necesitaba. Probablemente no la necesitaría, pero era bueno seguir recordándole al amo que se trataba de negocios.

Richard cerró la puerta y se apoyó contra ella, las manos detrás de la espalda. Su cara casi estaba escondida por la melena. Los músculos tensos de su estómago parecían invitarme a acariciarle, qué era probablemente lo que habríamos estado haciendo, si no hubiera un vampiro en mi sala de estar.

Jean-Claude estaba sentado en mi sofá. La camisa negra abierta alrededor de su torso desnudo. Los brazos estaban extendidos sobre el respaldo del sofá, levantando la camisa, revelando unos pezones que eran sólo dos sombras más oscuras que su piel blanca. Una leve sonrisa curvó sus labios. Estaba dramático y perfecto en el sofá blanco. Correspondía a la decoración. Mierda. Iba a tener que comprar mobiliario nuevo, algo ni blanco ni negro.

—¿Qué haces aquí, Jean-Claude? —¿Es esa la forma de saludar a tu nuevo pretendiente?

—No seas un grano en el culo esta noche, por favor. Estoy demasiado cansada y dolorida para eso. Dime por qué estás aquí y lo que quieres, luego te vas.

Se puso de pie como si fuese alzado por cuerdas, tan fácil como si no tuviera huesos. Por lo menos, la camisa cubrió la mayor parte de la perfección pálida de su cuerpo. Era algo.

—Estoy aquí para verte a ti y a Richard. —¿Por qué?

Se rió, y el sonido me rodeó como una oleada de pelaje suave y resbaladizo, cosquilleante y muerto. Aspiré profundamente y me quité la pistolera. No estaba aquí para herirnos. Estaba aquí para coquetear. Pasé por los dos y colgué la pistolera en el respaldo de una silla de cocina. Sentí

que sus ojos me seguían cuando me moví. Halagador, e incómodo como el infierno.

Volví la mirada hacia ellos. Richard estaba todavía al lado de la puerta viéndose desnudo e invitador. Jean-Claude estaba todavía de pie detrás del sofá, como un cuadro tridimensional de un sueño mojado, totalmente. El potencial sexual en el cuarto era astronómico. El hecho de que no fuese a ocurrir nada era casi triste.

Todavía había café en la jarra. Si bebía bastante café caliente y tomaba un baño realmente caliente, tal vez me deshelaría. Habría preferido una ducha caliente, más rápida a las cuatro en punto de la madrugada. Pero se lo había prometido a los paramédicos. Algo primordial para mi temperatura. —¿Por qué querías vernos? —Eché café en mi taza grande del pingüino recientemente lavada. Richard era habilidoso en las tareas domésticas.

—Me dijeron que *Monsieur* Zeeman planeo pasar la noche aquí.

—Si lo hizo, ¿qué pasa con eso?

—¿Quién te lo dijo? —preguntó Richard.

Se había apartado de la puerta y se había abotonado el botón superior de los pantalones. Lástima.

—Me lo dijo Stephen.

—No habría ofrecido voluntariamente información —contestó Richard.

Estaba de pie muy cerca de Jean-Claude. Físicamente surgía amenazadoramente por encima de él, solamente un poco. Medio vestido, debería haberse visto incierto, indeciso. Se veía completamente en casa. La primera vez que había conocido a Richard había estado desnudo en una cama. Tampoco estaba avergonzado.

—Stephen no me lo dijo voluntariamente —dijo Jean-Claude.

—Está bajo mi protección —contestó Richard.

—No eres líder de la manada aún, Richard. Puedes proteger a Stephen dentro de la manada, pero Marcus todavía gobierna. Él me ha dado a Stephen, como me entregó a ti.

Richard estaba allí. No se había movido, pero repentinamente, el aire alrededor de él fluctuó. Si parpadeaba, lo habría perdido. Un borde de poder se dispersó, arrastrándose, hormigueando a lo largo de mi piel.

Mierda.

—No le pertenezco a nadie.

Jean-Claude le miró. Cara agradable, voz conversacional.

—¿No admites el liderazgo de Marcus? —Era una pregunta capciosa y todos lo sabíamos.

—¿Qué pasa si dice que no? —pregunté.

Jean-Claude se volvió hacia mí. Su cara estaba cuidadosamente vacía.

—Él dijo que no.

—Y se lo dices a Marcus, entonces, ¿qué?

Entonces sonrió, una torsión lenta de labios que hizo que sus perfectos ojos azules brillaran intensamente.

—Marcus lo vería como un reto directo a su autoridad.

Dejé el café y rodeé la isla. Estando casi en medio de ellos, la energía de Richard se arrastraba sobre mi piel como insectos. De Jean-Claude no había nada. Los no muertos no hacen ningún ruido.

—Si consigues que maten a Richard, aún indirectamente, no hay trato.

—No necesito que me protejas —dijo Richard.

—Si resultas muerto oponiéndote a Marcus, es una cosa, pero si terminas muerto porque Jean-Claude esta celoso de ti, es culpa mía.

Richard me tocó el hombro. Su poder fue como un rayo de electricidad bajando por mi cuerpo. Temblé y dejó caer la mano.

—Podría ceder ante Marcus, admitir su liderazgo y así estaría a salvo.

Negué con la cabeza.

—He visto lo qué Marcus considera aceptable. No estás ni cerca de estar seguro.

—Marcus no sabía que filmaron dos finales —contestó Richard.

—¿Así que has hablado con él sobre eso?

—¿Te refieres a las encantadoras películas que Raina dirigió? —preguntó Jean-Claude.

Ambos le miramos. Un roce de poder arremetió, volviéndose más firme. Fue difícil respirar al estar de pie a su lado, como intentar tragarme una tormenta.

Negué con la cabeza. Un problema cada vez.

—¿Qué sabes sobre las películas? —pregunté.

Jean-Claude nos miró, primero a uno y después al otro. Terminó mirándome fijamente a los ojos.

—Tu voz lo hace sonar más importante de lo que es, ¿qué ha hecho Raina ahora?

—¿Cómo sabes sobre las películas? —preguntó Richard.

Se movió un paso más cerca. Su pecho tocó mi espalda y me quedé sin

aliento. La piel de mi espalda hormigueó como si alguien le hubiera conectado un alambre, pero no dolió. Fue simplemente una sensación casi abrumadora. Apacible, pero sabía que si no se detenía pronto, comenzaría a doler.

Me alejé de él, estando de pie entre ambos, sin dar la espalda a ninguno. Ambos me miraron. Con expresiones casi idénticas en sus caras. Extraño, como si se concentraran en pensamientos que nunca habían soñado, escuchado música que yo no podía oír. Era el único humano en este cuarto.

—Jean-Claude, simplemente dime lo que sabes de las películas de Raina. ¿Ok? Sin juegos.

Clavó los ojos en mí durante un latido de corazón, luego se encogió elegantemente de hombros.

—Muy bien. Su hembra alfa me invitó a unirme a ella en una película porno. Me ofreció un papel protagonista.

Supe que no había aceptado. Era un exhibicionista, pero le gustaba cierto decoro en su atracción secundaria. Las películas porno habrían estado más allá de lo tolerable para él.

—¿Disfrutarías teniendo relaciones sexuales con ella en pantalla? —preguntó Richard. Su voz era baja y esa energía inundaba el cuarto.

Jean-Claude se giro hacia él, la cólera danzaba en sus ojos.

—Ella presume de ti, mi peludo amigo. Dice que fuiste magnífico.

—Golpe bajo, Jean-Claude —dije.

—No me crees. ¿Estás tan segura de él?

—De que no tuvo relaciones sexuales con Raina, sí.

Una mirada extraña cruzó la cara de Richard. Clavé los ojos en él.

—¿No lo hiciste?

Jean-Claude se rió.

—Tenía diecinueve años. Ella era mi hembra alfa. No pensé que tuviera opciones.

—Bravo, genial.

—Escoge entre los nuevos machos. Es una de las cosas que quiero detener.

—¿Te acuestas con ella todavía? —pregunté.

—No, no una vez que pude elegir —contestó Richard.

—Raina habla tan cariñosamente de ti, Richard. Con tantos detalles cariñosos. No ha podido pasar mucho tiempo.

—Fue hace siete años.

—¿De verdad? —Esa palabra contenía un universo de duda.

—No te miento, Anita —contestó Richard.

Richard dio un paso adelante. Jean-Claude se movió hacia él. La testosterona se elevaba más alto que los poderes sobrenaturales. Íbamos a ahogarnos en ambos.

Di un paso entre ellos, colocando una mano sobre cada pecho. Al instante que mi mano tocó la piel desnuda de Richard, el poder se la tragó, como algún frío liquido eléctrico. Mi mano tocó a Jean-Claude un segundo más tarde. Algún truco de la tela, o del vampiro, colocó mi mano en su piel desnuda. La piel estaba fresca y suave, y sentí que el poder de Richard cruzaba mi cuerpo y chocaba contra esa piel perfecta.

En el momento que le toqué, apareció un rollo de poder brotando del vampiro. Las dos energías no pelearon la una con la otra, se mezclaron dentro de mí, derramándose de vuelta en cada uno de ellos. El poder de Jean-Claude era una ráfaga de viento fresco. Richard era todo calor y electricidad. Cada uno alimentó al otro como madera y llama. Y bajo todo eso podía sentir esa cosa dentro de mí que me deja llamar a los muertos.

Magia, por falta de una palabra mejor. Los tres poderes se mezclaron tan aprisa que hizo que se me erizara la piel, se acelerara el corazón y el estómago se oprimiera. Las rodillas se me doblaron y me quedé jadeante en el suelo, a cuatro patas. Mi piel se sentía como si tratara de separarse del cuerpo. Podía saborear el corazón en la garganta y no podía respirar. Todo tenía algo dorado alrededor de los bordes y puntos de luz bailaron ante mis ojos. Estaba corriendo el peligro de desmayarme.

—¿Qué diablos fue eso? —ese fue Richard.

Su voz parecía provenir más lejana de lo que debería de ser. Nunca le había oído despotricar antes.

Jean-Claude se arrodilló a mi lado. No trató de tocarme. Miré directamente a sus ojos, a centímetros de los míos. Lo blanco desapareció, sólo permaneció el azul precioso de la medianoche. Era la manera en que miraba cuando se ponía todo vampírico conmigo. No pensé que lo hubiera hecho a propósito esta vez.

Richard se arrodilló al otro lado. Tratando de tocarme. Cuando la mano estaba a unos centímetros, un poco del salto de poder corrió entre nosotros, como la electricidad estática. Sacudió con fuerza la mano, retirándola. —¿Qué es eso? —sonó un poco asustado. Yo también.

—*Ma petite*, ¿puedes hablar?

Incliné la cabeza. Todo estaba en híper-foco, de la forma en que el mundo se pone en un impulso de adrenalina. Las sombras en el pecho de Jean-Claude, donde su camisa se derramaba alrededor de él eran sólidas y tangibles. La tela se veía casi negra metálica, como la espalda de un escarabajo.

—Di algo, *ma petite*.

—Anita, ¿estás bien?

Gire con un movimiento lento hacia Richard. El pelo le había caído sobre uno de los ojos. Cada hebra era gruesa y perfecta, como una línea separada. Podía ver cada pestaña en sus ojos color café en un contraste sorprendente.

—Estoy bien. —Pero ¿lo estaba?

—¿Qué sucedió? —preguntó Richard.

No estaba segura de a quién le preguntaba. Esperaba que no fuese a mí, porque no lo sabía.

Jean-Claude se sentó a mi lado en el suelo, hacia atrás contra la isla. Cerró los ojos y tomó un aliento profundo, trémulo. Cuando lo expulso, abrió los ojos. Estaban todavía de ese color profundo, como si estuviera a punto de alimentarse de algo. Su voz sonó normal, o tan normal como alguna vez había sonado.

—Nunca he saboreado tanto poder, tan rápido, sin haber derramado sangre primero.

—Confiaba en ti para saber decir lo adecuado —contesté.

Richard revoloteaba sobre mí como si le gustase ayudar, pero con miedo a tocarme. Miró encolerizadamente a Jean-Claude.

—¿Qué nos hiciste?

—¿Yo? —La bella cara de Jean-Claude estaba casi floja, los ojos entreabiertos, los labios separados—. No hice nada.

—Eso es mentira —dijo Richard.

Se sentó al estilo de los indios a unos pasos de mí, lo suficientemente lejos para asegurarse de que no nos tocaríamos accidentalmente, pero lo suficientemente cerca para que ese poder persistente se arrastrase entre nosotros. Me alejé lentamente y me encontré más cerca de Jean-Claude, lo que no era mucho mejor. Independientemente de lo que fuera, no había desaparecido. El potencial todavía estaba allí, en el aire, bajo nuestra piel.

Miré a Richard.

—Suena terriblemente seguro de que está haciendo algo. Estoy

dispuesta a creerlo. ¿Pero qué sabes que yo no?

—Yo no lo hice. Tú no lo hiciste. Sé de magia cuando la huelo. Tuvo que ser él.

—¿Olerlo? —Me volví a Jean-Claude—. ¿Bien?

Se rió. El sonido se arrastro por mi columna vertebral rozando mi piel, suave, resbaladizo, sorprendente. Era demasiado poder precipitado en tan poco tiempo después de lo que habíamos compartido. Me estremecí y se rió más fuerte. Me dolió y supe que no lo debería estar haciendo, pero también se sintió demasiado bueno como para detenerse. Su risa fue siempre peligrosamente deliciosa, como un caramelo envenenado.

—Juro por, no importa qué juramento, que confiarías en que no hice nada a propósito.

—¿Qué hiciste por accidente? —pregunté.

—Pregúntatelo a ti misma, *ma petite*. No soy el único maestro de lo sobrenatural en este cuarto.

Pues bien, ahí me tenía.

—¿Me estás diciendo que uno de nosotros lo hizo?

—Digo que no sé quién lo hizo, ni conozco lo que es. Pero *Monsieur* Zeeman está en lo correcto, fue mágico. Un poder brutal para alzar los pelos erizados de cualquier lobo.

—¿Qué se supone que significa? —preguntó Richard.

—Si pudieses utilizar tal poder, mi lobo, incluso Marcus podría someterse a él.

Richard subió las rodillas abrazándoselas al pecho. Sus ojos se veían distantes y pensativos. El pensamiento me intrigó.

—¿Soy la única persona en este cuarto que no está tratando de consolidar un reino?

Richard me miró. Se vio casi lleno de pesar.

—No quiero matar a Marcus. Si pudiese hacer un acto de poder lo suficientemente grande, él podría echarse atrás.

Jean-Claude me sonrió. Fue una sonrisa muy satisfecha.

—Admites que no es humano y ahora quiere el poder para así ser líder de la manada.

Su sonrisa se amplió hasta una corta risa.

—No sabía que eras un admirador de la música de los años sesenta —dije.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí, *ma petite*.

Sólo clavé los ojos en él. La imagen de Jean-Claude yendo al Shangri-Las fue la más extraña que había visto esta noche. Después de todo, creía en nagas, no creía que Jean-Claude tuviese pasatiempos.



TREINTA Y UNO

Un baño de vapor. Otra vez con una camiseta de talla muy grande, malla y calcetines. Iba a ser la peor vestida de la habitación. Pensé cambiarme a la primera oportunidad por mi vestido negro.

Estaban sentados en el sofá, lo más alejados el uno del otro como podían. Jean-Claude parecía un maniquí, un brazo al dorso del sofá, el otro en el brazo del sofá. Un pie estaba colocado sobre su rodilla mostrando la perfección de sus botas suaves. Richard estaba acurrucado al otro lado del sofá, una rodilla cerca del pecho desnudo, la otra rodilla doblada sobre el sofá.

Richard estaba cómodo. Jean-Claude se veía como si estuviera esperando a un fotógrafo para realizar unas tomas. Los dos hombres en mi vida. Apenas los podía aguantar.

—Tengo que tratar de dormir así que todo el mundo fuera.

—Si te refieres a mí, *ma petite*, no tengo intención de salir. A menos

que Richard salga conmigo.

—Stephen te dijo por qué estoy aquí —dijo Richard—. Está muy lastimada y no debe quedarse a solas.

—Mírala, Richard. ¿Se ve herida? —Sostuvo en alto una mano llena de gracia—. Admito que ha recibido algún daño. Pero no necesita tu ayuda. Quizás ni siquiera necesite la mía.

—Invité a Richard a quedarse. No te invité.

—Excepto que tú me invitaste, *ma petite*.

—En primer lugar deja de llamarme así. En segundo lugar, ¿cuándo te invité?

—La última vez que estuve aquí. Creo que en agosto.

Mierda, lo había olvidado. Me estaba volviendo descuidada. Había puesto en peligro a Richard. Las cosas resultaban, pero no había sabido eso cuando lo había dejado aquí solo, a solas en un lugar donde Jean-Claude podía moverse libremente.

—Puedo cuidarme ahora mismo —dije.

—Si un gesto dramático te complace, entonces sé mi invitado. Pero Richard no debe pasar la noche. —¿Por qué no?

—Creo que eres una de esas mujeres que si das tu cuerpo humano, allí también estará tu corazón. Si te acuestas con nuestro *Monsieur* Zeeman, pienso que podría ser un punto sin retorno.

—El sexo no es un compromiso —dije.

—Para la mayoría de la gente, no, pero para ti, pienso que lo es.

El hecho que me conociera tan bien me hizo sonrojar. Que lo partiera un rayo.

—No tengo planes de acostarme con él.

—Te creo, *ma petite*, pero veo la manera que sus ojos te siguen. Se sienta allí viéndote apetitosa, afectuosa y muy viva. Si no hubiera estado aquí cuando volvías a casa, ¿podrías resistirlo?

—Sí.

Se encogió de hombros.

—Quizás. Tu fuerza de voluntad da miedo, pero no puedo tomar esa posibilidad. —¿No confías en mí para no molestarlo?

Otra vez se encogió de hombros, eso pudo haber querido decir cualquier cosa. Su sonrisa era invitadora y condescendiente.

—¿Por qué? ¿Estás celoso de él?

La pregunta lo cogió desprevenido. La sorpresa en su cara valió la

apariencia ultrajada en la de Richard. Jean-Claude miró a Richard. Le prestó toda la atención. Clavó los ojos en Richard, los ojos vagaron por su cuerpo humano en un baile lento e íntimo. La fija mirada acabó no en la ingle o el pecho, sino en el cuello.

—Es verdad que la sangre de un cambiaformas puede ser más dulce que la sangre humana. Es un viaje descabellado si puedes manejarlo sin ser desgarrado.

—Suena como a un violador —dije.

Su sonrisa se transformó en un flash sorprendido de colmillos.

—No es una mala comparación.

—Fue un insulto, lo sabes —dije.

—Sé que lo fue.

—Pensé que teníamos un acuerdo —dijo Richard.

—Lo tenemos.

—Puedes sentarte allí y puedes hablarme como si fuera comida, y todavía tendríamos un acuerdo.

—Sería agradable tomarte por muchas razones, pero tenemos un acuerdo, no me retractaré de eso.

—¿Qué acuerdo? —pregunté.

—Exploramos nuestros poderes mutuos —dijo Jean-Claude.

—¿Qué quiere decir eso exactamente? —pregunté.

—No estamos seguros —dijo Richard—, no hemos resuelto aún los detalles.

—Sólo hemos acordado en no matarnos, *ma petite*. Danos un poco de tiempo para planear algo más.

—Perfecto. Entonces ustedes dos se van.

Richard se irguió en el sofá.

—Anita, oíste a Lillian, necesitas ser despertada cada hora por si acaso.

—Colocaré una alarma. Mírame, Richard, estoy bien. Vístete y vete.

Se veía perplejo y un poco herido.

—Anita.

Jean-Claude no se veía herido o intrigado. Se veía presumido.

—Richard no se queda a pasar la noche. ¿Contento?

—Sí.

—Y tú tampoco te quedas.

—No lo había pensado.

Se puso de pie girando para afrontarme.

—Me iré tan pronto como me hayas dado mi beso de buenas noches.

—¿Tu qué?

—Mi beso.

Caminó alrededor del sofá hasta estar frente a mí.

—Confesaré que te había visualizado llevando puesto algo un poco más… —tiró fuertemente de mi manga—, lujurioso, pero uno toma lo que puede conseguir.

Saqué de un tirón la manga de sus dedos.

—No has obtenido nada aún.

—Es verdad, pero tengo esperanzas.

—No sé por qué —dije.

—El acuerdo entre Richard y yo se basa en el hecho de que todos nosotros salgamos con alguien. Tú tienes una cita con Richard, y también tienes otra conmigo. Ambos te hacemos la corte. Una pequeña familia acogedora.

—¿Puedes apresurarte en irte? Quiero irme a la cama.

Un pequeño ceño fruncido apareció entre sus ojos.

—Anita, no lo haces fácil.

—Hurra —dije.

Otra vez frunció el ceño levemente cuando suspiró.

—Pensaste que perdería las esperanzas si lo haces fácil.

—Sí —dije—, lo pensé.

—Un buen beso de buenas noche, ma… Anita. Si de verdad tienes la intención de salir conmigo, no será el último.

Lo miré encolerizadamente. Quise decirle que se fuera al infierno, pero había algo en la manera en que él estaba allí.

—Si no te doy ningún beso, ¿qué pasa luego?

—Me voy esta noche.

Tomó ese paso más cercano a mí casi tocándonos. La tela de su camisa rozó el frente de mi camisa playera.

—Pero si le das besos a Richard y no me permites tales privilegios, entonces el acuerdo se rompe. Si no te puedo tocar y él sí lo puede hacer no es justo.

Había estado de acuerdo en salir con él, me había parecido una buena idea en ese momento, pero en este momento… realmente no había pensado detenidamente en todas las implicaciones. Saliendo en citas, besándonos, haciéndolo. ¡Yikes!

—No beso hasta después de la primera cita.

—Pero ya me has besado, Anita.

—No voluntariamente —dije.

—Dime que no te gustó, *ma petite*.

Me habría gustado mentir, pero ninguno de ellos me habría creído.

—Eres un bastardo irritante.

—No tan irritante como me gustaría ser —dijo.

—No tienes que hacer nada que no quieras hacer —dijo Richard.

Estaba arrodillado en el sofá, sus manos agarrando el respaldo el sofá.

Negué con la cabeza. No creía que pudiera explicarlo en voz alta, pero si fuéramos realmente a hacer esto, Jean-Claude estaba en lo correcto.

No podía sujetar la mano de Richard y la suya no. Aunque eso me dio un incentivo real para no ir todo el camino con Richard. Diente por diente y todo eso.

—Después de nuestra primera cita puedo complacerte con un beso, no antes —dije. Iba a darle el mismo trato que en la universidad.

Negó con la cabeza.

—No, Anita me dijiste que te gusta Richard, no sólo lo amas. Que podías verte pasando la vida con él, pero no conmigo. Quizá es un tipo más amable. No puedo competir contra la amabilidad.

—Eso es ciertamente una revelación —dije.

Se quedó con la mirada fija en mí con sus ojos azules. Ningún rastro de poder, pero había un peso en su mirada fija. No era magia, pero era peligrosa de todos modos.

—Pero en un área puedo competir.

Podía sentir su mirada fija en mi cuerpo humano como si me hubiera tocado. El peso de su mirada me hizo temblar.

—Detenlo.

—No.

Una palabra, una suave caricia. Su voz era una de sus mejores armas.

—Un beso, Anita, o lo podemos acabar aquí, esta noche. No te perderé sin luchar.

—Te enfrentarías a Richard esta noche, solamente porque no te bese.

—No es el beso, *ma petite*. Es lo que vi esta noche cuando lo encontraste en la puerta. Los veo formando una pareja ante mis ojos. Debo intervenir ahora, o lo perderé todo.

—Usarás tu voz para atraparla —dijo Richard.

—Prometo, ningún truco esta noche.

Si dijo que nada de los trucos, es lo que quiso decir. Una vez que daba su palabra la mantenía. Lo que también quería decir que se enfrentaría a Richard esa noche por un beso. Había dejado mis armas en el dormitorio. Había pensado que estábamos seguros por esta noche. Estaba demasiada malditamente cansada para hacer eso.

—Está bien —dije.

—No tienes que hacer nada que no quieras hacer, Anita —dijo Richard.

—Si todos vamos a acabar en un cruento desorden, que sea sobre algo más importante que un beso.

—Quieres hacerlo —dijo Richard—. Quieres besarlo.

No pareció contento. ¿Qué se suponía que tenía que decir?

—Lo que quiero en este momento es ir a dormir, a solas. Quiero dormir algo.

Eso al menos era verdad. Tal vez no toda la verdad, pero lo suficiente como para ganarme un perplejo ceño fruncido de Richard y un suspiro exasperado de Jean-Claude.

—Entonces si es un deber tan desagradable que cumplir, terminémoslo rápidamente —dijo Jean-Claude.

Estábamos de pie tan cerca que no tuvo que dar un paso completo para presionar la línea de su cuerpo humano contra el mío. Intenté levantar mis manos, para conservar nuestros cuerpos humanos separados.

Mis manos se deslizaron sobre la piel desnuda de su estómago. Sacudí hacia atrás mis manos en puños. La percepción de su piel se había pegado a mis manos.

—¿Qué te sucede, *ma petite*?

—Déjala en paz —dijo Richard.

Estaba parado al lado del sofá, sus manos en puños. La energía corrió a lo largo de mi piel. El poder avanzaba lentamente como un viento moviéndose despacio. El pelo se había movido hacia un lado de la cara.

Nos miraba a través de una cortina de pelo. La cara estaba en sombras. La luz brillaba a lo largo de su piel desnuda, pintándola en sombras de grises, dorado y negro. Estaba allí viéndose repentinamente primitivo. Un sonido grave, como si su columna vertebral cambiase sobrenaturalmente en la habitación.

—Detén eso, Richard.

—Está usando sus poderes en ti.

Su voz era irreconocible. Un sonido grave, un gruñido que se deslizaba irreconocible lejos de la voz humana. Me alegré por las sombras. Contenta de no poder ver lo que le ocurría a su rostro.

Había estado tan preocupada de que Jean-Claude iniciara una disputa y no se me había ocurrido que Richard podría escoger iniciarla él.

—No está usando sus poderes en mí. Toqué su piel desnuda. Eso es todo.

Dio un paso adelante hacia la luz y su cara estaba normal. ¿Qué estaba ocurriendo dentro de esa suave garganta, tras esos labios besables, para que su voz se escuchara feroz?

—Vístete y sal.

—¿Qué?

Sus labios se movieron pero sólo salía esa voz gruñidora. Era como observar una película mal doblada.

—Si a Jean-Claude no se le está permitido atacarte, entonces tú sin duda alguna no tienes permiso de atacarlo. Pensé que era el único monstruo con quien tenía que tratar. Si no puedes comportarte civilizadamente como una persona, Richard, entonces vete.

—¿Qué hay de mi beso, *ma petite*?

—Nos has empujado a ambos casi hasta el borde, casi tan lejos como iremos esta noche —dije—. Todo el mundo fuera.

La risa de Jean-Claude llenó la oscurecida habitación.

—Como gustes, Anita Blake. Repentinamente no estoy tan preocupado sobre ti y *Monsieur* Zeeman.

—Antes de que comiences a felicitarte, Jean-Claude, revoco mi invitación.

Hubo un sonido como al abrir una lata de gaseosa, un sonido bajo, después un gran rugido llenó el cuarto. La puerta se abrió completamente dándose contra la pared. Un aire entró rápidamente como un río invisible tirando de nuestras ropas, echando nuestro pelo sobre nuestros ojos.

—No tienes que hacer eso —dijo Jean-Claude.

—Sí —dije—, tengo que hacerlo.

Era como si una mano invisible lo apartase de un empujón a través de la puerta, dejando de un golpe la puerta cerrada tras él.

—Lo siento —dijo Richard.

El gruñido disminuía gradualmente. Su voz era casi normal.

—Está demasiado cercana la luna llena para lograr enojarme.

—No quiero oírlo —dije—. Sólo vete.

—Anita, lo siento. Normalmente no pierdo el control así como así. Aún estando cerca la luna llena.

—¿Qué es diferente esta noche?

—Nunca he estado enamorado antes. Parece romper mi concentración.

—Los celos te hacen eso —dije.

—Dime que no tengo motivos para estar celoso, Anita. Hazme creerlo.

Suspiré.

—Vete, Richard. Todavía no he conseguido limpiar mis armas y mi cuchillo antes de que pueda irme a la cama.

Sonreía y negaba con la cabeza.

—Adivino que esta noche no te tranquilizó ver qué tan humano soy.

Caminó alrededor del sofá y se inclinó, recuperó su suéter del suelo donde estaba pulcramente doblado. Metió el suéter por su cabeza. Sacó una cinta del bolsillo de los pantalones vaqueros y se ató el pelo en una cola. Podía ver los músculos de sus brazos moviéndose a través del suéter. Se puso rápidamente sus zapatos, doblándose para atarlos. El abrigo era largo, le llegaba hasta los tobillos, a media luz se veía como una capa.

—No creo que consiga un beso tampoco.

—Buenas noches, Richard —dije.

Aspiró profundamente y lo dejó expulsar lentamente.

—Buenas noches, Anita.

Se marchó. Le eché el cierre a la puerta. Limpié mis armas y me fui a la cama. Después de la actuación que Richard y Jean-Claude habían realizado, la Browning se convirtió en lo único que quería conmigo en la cama esta noche. Bien, el arma y un pingüino relleno.



TREINTA Y DOS

El teléfono estaba sonando. Parecía estar sonando desde hacía mucho tiempo. Me quedé en la cama escuchándolo, preguntándome cuándo diantres saltaría el contestador. Giré tratando de alcanzar el teléfono. Fallé. El sonido venía del otro cuarto. Carajo. Había olvidado traerlo anoche.

Salí gateando de debajo del caliente edredón y me tambaleé hacia la sala de estar. El teléfono debía haber sonado quince veces antes de que llegara. Me senté sobre el suelo con el auricular colocado en la oreja.

—¿Quién es?

—¿Anita?

—¿Ronnie?

—Suenas horrible.

—Me veo peor —contesté.

—¿Qué pasó?

—Más tarde. ¿Por qué me llamas a estas horas? —Ojeé el reloj de

pulsera—, las siete en punto de esta insólita mañana. Mejor que sea bueno, Ronnie.

—Oh, es bueno, bien. Pensé que deberíamos atrapar a George Smitz antes de que vaya a trabajar.

—¿Por qué? —Mi cara palpitaba. Me tumbé sobre la alfombra colocándome el auricular en la oreja. La alfombra era muy suave.

—¿Anita? Anita, ¿estás ahí?

Parpadeé y me di cuenta que me había quedado dormida. Me senté apoyándome contra la pared.

—Estoy aquí, pero no oí una palabra de lo que dijiste después de algo sobre ir a hablar con Smitz antes de que fuera al trabajo.

—Sé que no eres una persona madrugadora, Anita, pero nunca te has quedado dormida mientras hablamos. ¿Cuánto dormiste anoche?

—Cerca de una hora.

—Oh, Dios mío, lo siento. Pero sabía que querrías saberlo. Encontré pruebas incriminatorias.

—Ronnie, por favor. ¿De qué hablas?

—Tengo fotografías de George Smitz con otra mujer.

Esperó en silencio un segundo o dos.

—Anita, ¿estás ahí?

—Estoy aquí. Creo.

Era más duro de hacer de lo que hubiera deseado. Nunca me encuentro en mi mejor forma por la mañana. Después de tan solo una hora de sueño, no estaba ni cerca de sentirme mejor.

—¿Por qué piensas que es una prueba incriminatoria?

—Bueno, en la mayoría de los casos un cónyuge informa de la desaparición de su pareja para desviar las sospechas de la policía.

—¿Crees que Smitz liquidó a su mujer?

—Qué poéticamente lo pones, pero sí, lo creo.

¿Por qué? Muchos hombres engañan a sus mujeres, pero la mayoría no las matan.

—Aquí tienes el argumento decisivo. Después de hacer las fotos visité algunas armerías de la zona. Él había comprado algunas balas de plata en una, cerca de la carnicería.

—No fue muy inteligente —dije.

—La mayoría de los asesinos no lo son.

Asentí con la cabeza, me dí cuenta que no lo podía ver y no me

importó.

—De acuerdo, la idea general es que el señor Smitz no es el viudo acongojado que nos hizo creer. ¿Qué quieres hacer con eso?

—Enfrentarlo en su casa.

—¿Por qué no ir a la policía?

—El dependiente de la tienda no me aseguró que fuera George.

Cerré los ojos.

—Increíble, realmente increíble.

—¿Crees que confesará?

—Podría. Ha compartido la cama con ella durante quince abriles. Era la madre de sus hijos. Es posible que se sienta demasiado culpable. —No discurro muy bien después de dormir solo una hora—. Policías, deberíamos tener policías respaldándonos, al menos.

—Anita, es un cliente mío. No entrego a mis clientes a la policía a menos que tenga algo concreto. Si confiesa, los traeré. Si no confiesa, entregaré lo que tengo. Pero tengo que intentarlo primero a mi manera.

—Muy bien, ¿le llamas y le dices que vamos, o me necesitas para acompañarte?

—Lo haré. Sólo pensé que te gustaría estar allí.

—Bravo, dime cuándo.

—Aún no ha llegado al trabajo. Le llamaré e iré a recogerte.

Quise decirle: «No, tengo que volver a dormir», pero ¿y si la hubiese matado? ¿Y si hubiese matado a los demás? George no me había parecido lo suficientemente peligroso como para haber secuestrado a los cambiaformas, pero había creído que realmente estaba desolado, verdaderamente preocupado por su esposa. ¿Qué diablos sabía yo?

—Estaré lista —dije.

Colgué el teléfono sin despedirme. Me hacía tan mala como Dolph. Me disculparía cuando llegara Ronnie.

El teléfono sonó antes de que pudiese levantarme.

—¿Qué pasa, Ronnie?

—Anita, soy Richard.

—Lo siento, Richard, ¿qué sucede?

—Suenas horrible.

—Tú suenas maravilloso. No dormiste más que yo. ¿Por qué suenas mejor? Por favor, dime que no eres una persona madrugadora.

Se rió.

—Lo siento, culpable.

Que fuera peludo se lo podía perdonar, pero que fuera una persona madrugadora, tenía que pensar en ello.

—Richard, no lo tomes a mal, pero ¿qué quieres?

—Jason ha desaparecido.

—¿Quién es Jason?

—El joven rubio que te siguió cuando fuiste al Café Lunático.

—Ah, lo recuerdo. ¿Desapareció?

—Sí. Jason es uno de los miembros nuevos de la manada del norte.

Esta noche hay luna llena. No se arriesgaría a salir fuera solo. Su padrino fue a su casa y no estaba.

—¿Un padrino como en Alcohólicos Anónimos?

—Algo parecido.

—¿Algún signo de lucha?

—No.

Me levanté arrastrando el teléfono en una mano. Intenté pensar, atravesando el pesado cansancio. ¿Cómo se atrevía Richard a estar tan alegre?

—El marido de Peggy Smitz. Ronnie lo atrapó con otra mujer. Un dependiente le pudo haber vendido balas de plata.

Hubo silencio en el otro extremo del teléfono. Podía oír la suave respiración, pero eso era todo. La respiración aumentó.

—Habla conmigo, Richard.

—Si mató a Peggy, entonces nos ocuparemos.

—¿Se te ha ocurrido pensar que también podría estar implicado en las demás desapariciones? —pregunté.

—No veo cómo.

—¿Por qué no? Una bala de plata eliminará a cualquier cambiaformas. Sin implicar ninguna gran habilidad. Sólo necesita ser alguien en el que el cambiaformas confíe.

Más silencio.

—Está bien, ¿qué quieres hacer?

—Ronnie y yo vamos a enfrentarlo esta mañana. Con Jason desaparecido no tenemos tiempo para ser suaves. ¿Me puedes enviar a un cambiaformas o dos para ayudarme a amenazar a Smitz? Tal vez con un poco de músculo podemos obligarlo a decir la verdad.

—Tengo clases en la escuela hoy y no puedo permitirme que sepan lo

que soy.

—No te pregunté para que vinieras. Simplemente si alguno de ustedes puede venir. Pero asegúrate que se vean intimidadores. Irving puede ser un hombre lobo, pero no es muy espeluznante.

—Enviaré a alguien. ¿A tu casa?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Tan pronto como puedas. Y, Richard…

—Sí.

—No le digas a nadie que sospechamos de George Smitz. No quiero encontrarlo destrozado por arañazos cuándo lleguemos.

—No haría eso.

—Tú no lo harías, pero Marcus podría y sé que Raina lo haría.

—Les diré que tienes a un sospechoso y que quieres un respaldo. No les diré quién es.

—Muchas gracias.

—Si encuentras a Jason antes de que muera, te deberé una.

—Tomaré el pago en favores carnales —dije.

Al segundo de decirlo deseé no haberlo hecho. Era casi verdad, pero después de anoche, no estaba segura Se rió.

—Hecho. Tengo que ir a trabajar. Te quiero.

Vacilé un solo segundo.

Yo también te quiero. Enseña bien a los chiquillos hoy.

Guardó silencio por un par de de latidos. Había oído la vacilación.

Lo haré. Adiós.

—Adiós.

Después de haber colgado el teléfono, me quedé allí de pie durante un minuto. Si alguien simplemente se acercaba y disparaba a los cambiaformas, entonces Jason estaba muerto. Lo mejor que podía hacer era localizar el cuerpo humano. Era mejor que nada, pero no mucho.



TREINTA Y TRÉS

Nos detuvimos en el camino delante de la casa de George Smitz un poco después de las nueve de la mañana. Conducía Ronnie. Yo iba armada con una escopeta. Gabriel y Raina estaban en el asiento trasero. Si me hubiesen preguntado, habría escogido a otras personas como respaldo.

Tampoco habría escogido a la anterior amante de mi novio como respaldo. ¿En qué rayos había estado pensando Richard? O tal vez Raina no le había dado la oportunidad de escoger. Venía con nosotros, no por sexo. Todavía no estaba segura cómo sentirme por ello. Bueno, sabía cómo me sentía.

Estaba enfadada. Pero también había dormido con alguien más. Casas de cristal y todo eso. En todo caso, Richard me había dado exactamente lo que le había pedido: Cambiaformas espeluznantes e intimidadores. No estaba acostumbrada a recibir exactamente lo que pedía. La próxima vez, sería más específica.

Gabriel estaba de nuevo vestido de cuero negro. Casi podía haber sido el mismo traje con el que le había visto la primera vez, hasta el guante metálico en la mano derecha. Tal vez tenía todo el armario lleno de cuero.

Los pendientes habían desaparecido. Los agujeros hasta en el cartílago más duro de la oreja se habían curado.

Raina estaba vestida casi de forma normal. Casi. Llevaba puesto un abrigo de piel de zorro hasta los tobillos. El canibalismo es una cosa, pero ¿llevar puesto la piel de un muerto? Me pareció demasiada sangre fría hasta para la perra psicópata del infierno. Bueno, era una loba no una zorra, pero caray, no llevo pieles por cuestiones morales. Ella presumía de él. Se recostó sobre el asiento.

—¿Qué estamos haciendo delante de la casa de Peggy?

Era el momento de descubrir el pastel. ¿Por qué no quería hacerlo?

Solté el cinturón de seguridad y empecé a girarme. Me miraba con una cara bastante agradable. Sobre la estructura ósea de licántropo tenía los pómulos altos y una boca deliciosa. Tal vez planeaba hacer algo nefasto hoy.

Gabriel se había envuelto en el asiento trasero. La mano enguantada se arrastraba sobre el brazo de Ronnie. Aun a través del abrigo de cuero de ante, ella tembló.

—Tóqueme otra vez y se comerá la mano.

Se escabulló tan lejos de él como el volante le permitía, lo que no era mucho. Gabriel la había tocado varias veces mientras conducía hasta aquí, molestándola, nada bochornoso, pero desagradable.

—Las manos son muy huesudas. Prefiero un corte más sensible. Mejor el pecho o el muslo —contestó Gabriel.

Los ojos grises eran sorprendentes aún a la luz del sol. Tal vez más. Tenían una claridad de luz que el gris era casi luminoso. Ya había visto ojos así, pero no podía recordar donde.

—Gabriel, sé que eres un dolor en el culo. Sé que disfrutas haciendo bromas infernales a Ronnie, pero si no paras, simplemente vamos a comprobar qué tan buenos son tus poderes curativos.

Se deslizó a través del asiento, acercándose. No era precisamente una mejora.

—Soy tuyo en el momento que quieras.

—¿Realmente la idea de morir es tu idea de sexo?

—Con tal de que duela —contestó Gabriel.

Ronnie nos miró sorprendida.

—Me dirás lo que sucedió esa tarde.

—En realidad, no quieres saberlo —dije.

—¿Por qué estamos aquí? preguntó de nuevo Raina.

No iba a distraerse por el Sr. Leather. Bien por ella. Mal por mí. Su mirada fija fue vehemente, como si mi cara fuera la cosa más importante del mundo. ¿Fue eso lo que Marcus vio en ella? La gran mayoría de hombres se sienten halagados por la atención sin reservas. Aunque, ¿no somos todos así?

—¿Ronnie?

Ella sacó las fotos del bolso. Eran del tipo de fotografías que no necesitaban explicación. George había dejado las cortinas corridas, muy descuidado.

Gabriel se giró de vuelta al asiento, hojeando las fotos con una gran sonrisa en la cara. Se detuvo en una fotografía en particular y se rió.

—Muy impresionante.

La reacción de Raina fue muy diferente. No se divertía. Estaba enojada.

—¿Nos hiciste venir hasta aquí para castigarlo por engañar a Peggy?

—No exactamente —contesté—. Creemos que es responsable de su desaparición. Y si es responsable de la desaparición, podría ser responsable de más.

Raina me miró. La concentración era tal que tuve que luchar contra el deseo de retorcerme. Su furia era pura y simple. George había hecho daño a un miembro de la manada. Pagaría por eso. No había incertidumbre en esa mirada fija, sólo una furia instantánea.

—Deja que Ronnie y yo hablemos. Ustedes están aquí para intimidarlo si es necesario.

—Si hay alguna posibilidad de que tenga a Jason, no tenemos tiempo para ser sutiles —contestó Raina.

Estaba de acuerdo con ella, pero no lo diría en voz alta.

—Nosotras hablamos, ustedes permanezcan al margen e intimiden con su presencia. A menos que preguntemos. ¿De acuerdo?

—Estoy aquí porque Richard me preguntó —dijo Raina—. Es un varón alfa. Obedezco sus órdenes.

—En cierta forma, no te imagino obedeciendo las órdenes de otro —dije.

Mostró una sonrisa torcida.

—Obedezco las órdenes que quiero obedecer.

La creí. Sacudí con fuerza un pulgar hacia Gabriel.

—¿Quién mandó llamarle?

—Le escogí yo. Gabriel es muy bueno intimidando.

Parecía grande, vestía de cuero, un guante de metal con clavos y dientes afilados. Bravo. Sí, diría que eso intimidaba.

—Dame tu palabra de que te mantendrás al margen a menos que te necesitemos.

—Richard dijo que debíamos obedecerte como si fueras él —dijo Raina.

—Bien. Como sólo obedeces a Richard cuándo esto te satisface, ¿qué quieres decir?

Raina se rió. Un sonido difícil, frágil. El tipo de risa que te hace pensar en científicos locos y estar encerrado demasiado tiempo en solitario.

—Te dejaré manejar esto, Anita Blake, mientras hagas un buen trabajo. Jason es miembro de la manada. No dejaré que tus remilgos le pongan en peligro.

Esto cada vez me gustaba menos.

—No soy remilgada.

Sonrió.

—Cierto. Perdón.

—Tú no eres un lobo —dije—, ¿qué ganas con esto?

Gabriel sonrió mostrando unos dientes puntiagudos. Todavía hojeaba las fotografías.

—Marcus y Richard me deberán un favor. La maldita manada al completo me deberá uno.

Incliné la cabeza. Era un motivo que creí.

—Devuélvanle las fotos a Ronnie. Ningún comentario gracioso, simplemente háganlo.

Hizo pucheros sobresacando el labio inferior. Habría surtido mejor efecto sin los colmillos. Pero devolvió las fotos a Ronnie. La punta del dedo rozó su mano demorándose un poco, pero no dijo nada. Debería haber preguntado. ¿Eran todos los cambiaformas tan malditamente literales?

Esos extraños ojos se clavaron en mí. Repentinamente recordé dónde los había visto antes. Detrás de una máscara en una película que preferí no haber visto. Gabriel era el otro hombre de la película porno. No había dormido lo suficiente para disimular el estremecimiento. Sentí que mi cara

se descomponía y no lo podía evitar.

Gabriel giró la cabeza hacia un lado, como un perro.

—¿Por qué me miras así, como si me hubiese salido una segunda cabeza? ¿Qué podía decir?

—Tus ojos. Acabo de recordar donde los he visto.

—Sí.

Se movió más cerca, colocando la barbilla en el respaldo del asiento, dejándome mirar bien esos ojos luminosos.

—¿Dónde?

—El zoológico. Eres un leopardo.

Mentirosa, mentirosa, sobrecogiéndome, pero no podía pensar nada mejor, no tan rápido.

Parpadeó, clavando los ojos en mí.

—Miau, pero eso no es lo que pensabas. —Sonó muy seguro de sí mismo.

—Aunque parezca mentira, me importa un comino. Es la mejor respuesta que obtendrás.

Se quedó allí, la barbilla presionando la tapicería. No podía ver los hombros, la cabeza se veía incorpórea, como en una pica. Exacto, si Edward averiguase quién era. Y Edward lo averiguaría. Se lo diría con mucho gusto, si eso detuviese que se hicieran más películas como esa.

Desde luego, no estaba segura que las detuviera. Eran obra de Raina.

Supuestamente, no sabía del final alternativo. Sí, claro, e hice pluriempleo con el Conejito de Pascua.

Ronnie clavaba los ojos en mí. Me conocía demasiado bien. No le había contado acerca de la película que vi. Ahora le había presentado a dos de las estrellas. Mierda. Salimos del coche a la luz del brillante sol moderadamente fría de invierno. Nos acercamos al camino con un cambiaformas siguiéndonos a nuestra espalda, a quien le había visto asesinar a una mujer en pantalla y comer el cuerpo humano aún tibio. Que Dios ayudase a George Smitz si era culpable. Que Dios nos ayudase a todos si no era él. Jason estaba desaparecido. Richard me había dicho que era uno de los miembros más nuevos de la manada. Si George Smitz no lo tenía, ¿quién entonces?



TREINTA Y CUATRO

Raina me sujetó la mano antes de que pudiera tocar el timbre de la puerta. Su agarre había sido muy rápido. No había tenido tiempo en absoluto para reaccionar. Las uñas eran largas y perfectas, pintadas con esmalte de color calabaza. Las uñas anaranjadas presionaron mi muñeca lo suficiente como para hundirme la piel. Me dejó sentir la fuerza de esa delicada mano. No me hizo daño, pero la sonrisa de su cara decía que podría. La miré. Era fuerte, pero no vampiro. Apostaba que podría llegar a una de mis armas antes de que lograse terminar de aplastar mi muñeca.

No la aplastó. Me soltó.

—Quizás Gabriel y yo deberíamos buscar una entrada posterior.

Dijiste que nos querías al margen.

Estaba sonriendo y mirándome, tan razonable. Las marcas de las uñas en mi piel aún no se habían borrado.

—Mírenos, Sra. Blake. Aunque no digamos nada, él no nos podrá

ignorar.

Tenía un buen punto.

—¿Cómo entrarán por la puerta trasera si está cerrada?

Raina me echó una mirada digna de Edward, como si le hubiera hecho una pregunta muy estúpida. «¿Era la única que no sabía cómo abrir una cerradura con ganzúa?».

—Muy bien, háganlo.

Raina sonrió y se alejó por la nieve. El pelo castaño rojizo brillaba en contraste con el abrigo de piel de zorro. Las botas de tacón alto y color café dejaban pequeñas huellas sobre la nieve. Gabriel fue detrás de ella. Las cadenas de la chaqueta de cuero tintineaban mientras caminaba. Las botas de vaquero con aplicaciones de metal se hundían sobre las huellas más delicadas de Raina con fuerte determinación.

—Nadie va a confundirlos por vendedores a domicilio —comentó Ronnie.

Recorrí con la mirada nuestros pantalones vaqueros, mis Nikes, sus botas para la nieve, mi chaqueta de cuero y su largo abrigo de cuero.

—A ninguno de nosotros —contesté.

—Buen punto.

Toqué el timbre.

Nos quedamos de pie en el pequeño porche delantero escuchando el goteo del alero, teníamos uno de aquellos extraños inviernos, los deshielos por los que Missouri es famoso. La nieve era suave y se derretía como una figura de nieve a la luz del sol. Pero no duraría. Conseguir mucha nieve en diciembre era inusual por aquí. Por lo general, no tendríamos nieve auténtica hasta enero o febrero.

El Sr. Smitz tardaba mucho en llegar a la puerta. Finalmente oí movimiento dentro. Algo lo suficientemente pesado como para ser una persona moviéndose hacia la puerta. George Smitz la abrió con un delantal manchado de sangre sobre sus vaqueros y una camiseta azul clara.

Había una mancha de sangre en un hombro, como si hubiese levantado media res y se hubiese desangrado sobre él. Limpió las manos en el delantal, apretando las palmas y frotándolas a lo largo de la tela, como si no pudiese limpiarlas del todo. Tal vez, simplemente no estaba acostumbrado a estar cubierto de sangre. O tal vez sus palmas sudaban.

Sonreí y le ofrecí la mano. La tomó. La palma estaba sudorosa.

Nervioso. Perfecto.

—¿Cómo está, Sr. Smitz?

Estrechó la mano a Ronnie y nos dejó entrar. Estábamos de pie en una entrada pequeña. Había un armario a un lado y un espejo en la pared de enfrente con una mesita. Un florero lleno de flores de seda amarillas sobre la mesa. Las paredes eran de un amarillo pálido y hacia juego con las flores.

—¿Puedo coger sus abrigos?

Si era un asesino, era el más cortés que había encontrado alguna vez.

—No, gracias, nos quedaremos con ellos.

—Peggy siempre se molestaba conmigo si no pedía los abrigos a las visitas. «George, no fuiste criado en un granero, pregúntales si puedes colgar sus abrigos».

La imitación sonó exacta.

Pasamos a la sala de estar. Estaba empapelada en amarillo pálido con diminutas flores marrones. El sofá, la chaise longe, el sillón reclinable, todos eran de un pálido amarillo, casi blanco. Había más flores de seda en la mesa de madera pálida. Amarillas.

Los cuadros en la pared, los adornitos en los estantes, incluso la alfombra debajo de los pies eran amarillos. Era como estar dentro de una pastilla de limón.

Lo que se mostró en mi cara. Eso, o George ya estaba acostumbrado a ello.

—El amarillo era el color favorito de Peggy. —¿Era?

—Quiero decir es. Oh, Dios mío.

Se desplomó en el pálido sofá limón con la cara escondida entre las manos grandes. Era lo único en el cuarto que no hacia juego con los cordones de las cortinas amarillas.

—Eso ha sonado tan horrible, estoy perplejo.

Nos observó. Las lágrimas brillaban en sus ojos. Era digno de un premio de la academia.

—La señora Sims me dijo que tenía noticias sobre Peggy. ¿La ha encontrado? ¿Está bien?

Los ojos eran tan sinceros que dolía mirarlo directamente. Todavía no podía asegurar que mentía. Si no le hubiera visto en las fotos con otra mujer, no lo habría creído. Por supuesto, el adulterio no era asesinato.

Podría ser culpable de uno y no del otro. Seguro.

Ronnie se sentó en el sofá, tan lejos de él como podía ponerse, pero aún

lo suficientemente cerca como para parecer sociable. Lo más cerca que quería estar del hijo de puta. Si alguna vez lograba casarme y mi marido me engañaba, no sería yo quien terminaría mal.

—Por favor siéntese, Sra. Blake. Siento no ser un buen anfitrión.

Me apoyé en el borde del sillón reclinable amarillo.

—Pensaba que trabajaba en la construcción, Sr. Smitz. ¿Qué hace con el delantal?

—El padre de Peggy no puede dirigir la tienda solo. Me lo ofreció hace unos años, debía dejar de trabajar en la construcción. Pero ya sabe, es mi familia. No puedo abandonarle en este momento. Peggy hacía la mayor parte del trabajo. Su padre tiene casi noventa y dos años. No puede hacer todo eso solo.

—¿Heredará la carnicería? —pregunté.

Automáticamente nos habíamos convertido en el poli bueno y poli malo. Adivina cuál era yo.

Parpadeó.

—Pues bien, sí. Supongo que así es.

Esta vez no preguntó si ella estaba bien. Sólo me miró con esos ojos entrañables.

—¿Ama a su esposa?

—Sí, claro está. ¿Qué clase de pregunta es esa? —Ahora parecía menos triste y más enojado.

—Ronnie —dije suavemente.

Ella sacó las fotos del bolso y se las dio. La primera fotografía le mostró abrazando a una mujer de pelo oscuro. Peggy Smitz había sido rubia.

El color subió lentamente hasta su cara. Ni rojo, ni morado. Dejó de un golpe las fotografías en la mesita de café sin mirar el resto. Se deslizaron a través de la mesa, imágenes de él y la mujer en diversos momentos desvistiéndose. Besándose, toqueteándose, casi haciéndolo de pie.

Su cara cambió del rojo al morado. Los ojos se hincharon. Se puso de pie con la respiración agitada, boqueando frenéticamente.

—¿Qué diablos es esto?

—Creo que las fotografías son obvias —dije.

—La contraté para encontrar a mi esposa, no para espiarme. —Se volvió contra Ronnie, elevándose sobre ella. Las grandes manos cerradas en puños los hacía parecer más grandes aún. Los músculos de los brazos se

hincharon, las venas sobresalieron como si fueran gusanos.

Ronnie se puso de pie, usando a su favor su 1,72 cm. Estaba tranquila. Si estaba preocupada por enfrentarse a un hombre que pesaba 50 kilos más que ella, no se notaba.

—¿Dónde está Peggy, George?

Me recorrió con la mirada, después regreso a Ronnie. Levantó una mano como si fuera a golpearla.

—¿Dónde escondió el cuerpo?

Giró rápidamente hacia mí. Sólo me quedé sentada allí mirándolo.

Tenía que rodear la mesita para alcanzarme. Estaba segura de poder mantenerme fuera de su alcance. O si tenía un arma. La opción era lanzarlo por la ventana. Esto último sonaba cada vez mejor.

—Salgan de mi casa.

Ronnie había dado un paso atrás fuera de su alcance. Él estaba allí como una montaña de color púrpura, balanceándose entre nosotras.

—Salgan de mi casa.

—No puedo hacer eso, George. Sabemos que la mató.

Tal vez fue una frase demasiado fuerte, pero «Casi estamos seguros de que usted la mató» no tenia peso legal.

—A menos que en realidad pienses comenzar a balancearte, me sentaría, Georgie.

—Sí, por supuesto siéntese, George.

No miré detrás de mí para ver dónde estaba Raina. Realmente no creía que George me hiciese daño, pero es mejor ser cauteloso. Apartar la vista de un tipo que pesaba más de 90 kilos parecía una mala idea.

Clavó los ojos en Raina. Se veía confundido.

—¿Qué diablos es esto? —dijo Ronnie.

—Oh, Dios mío.

Se quedó con la mirada fija detrás de mí con la boca abierta.

Algo estaba ocurriendo a mis espaldas, ¿pero qué? Estaba de pie, los ojos centrados exclusivamente en George, pero él ya no me miraba. Me alejé de él simplemente para estar a salvo. Cuando estuve a bastante distancia para estar segura, pude mirar la puerta.

Raina llevaba puesto una camisola de seda marrón, botas altas de tacón y nada más. El abrigo de piel estaba abierto y perfilaba su cuerpo espléndidamente.

—Creía que ibas a quedarte al margen, a menos que te pidiera ayuda.

Dejó caer la piel en un charco enrollado en el suelo. Caminó con paso majestuoso por el cuarto, contoneándose llamativamente.

Ronnie y yo intercambiamos miradas. Ella pronunció las palabras:

—¿Qué sigue ahora?

Me encogí de hombros. No tenía la más remota idea.

Raina se inclinó sobre las flores de seda de la mesita de café, dando a George Smitz una vista larga y completa de su trasero delgado.

El color se reducía drásticamente de su cara. Lentamente las manos se aflojaron. Se veía confundido. Bienvenido al club.

Raina le sonrió. Se puso de pie muy lentamente, dando a George una buena vista de los pechos altos y turgentes. Los ojos fueron atraídos por el atrevido escote. Ella se levantó, dirigiendo sus manos al bajo de la camisola, parando a un paso de la ingle. George parecía tener problemas para tragar.

Raina se acercó a él hasta que estuvo a la distancia de un dedo. Lo miró y susurró con los labios llenos, sensuales.

—¿Dónde está Jason?

Frunció el ceño.

—¿Quién es Jason?

Ella acarició su mejilla con las uñas pintadas, que se deslizaron por su piel largas y más largas, hasta que fueron grandes garras enganchadas.

Las puntas todavía eran de color negro anaranjado. Enganchó esas garras bajo su barbilla, aplicando sólo la presión adecuada, sin romper la piel.

—La más pequeña presión y estarás aullándole a la luna una vez al mes.

Era mentira, todavía se encontraba en forma humana. No era contagiosa. Todo el color se fue de su cara. La piel tenía el color del periódico sin blanquear.

—¿Dónde está el cuerpo humano de su esposa, Sr. Smitz? —pregunté.

Fue una buena amenaza que valía más que una pregunta.

—No lo sé… no sé lo que quiere decir.

—No me mienta, George, no me gusta.

Levantó la otra mano delante de su cara y las garras se deslizaron fuera como si fuesen cuchillos desenfundados.

Él lloriqueó. —¿Dónde está Peggy, George? —susurró.

La voz todavía era seductora. Podía haber susurrado, «Te amo», en

lugar de una amenaza.

Mantuvo las garras mientras él berreaba y bajó la otra mano lentamente. Sus ojos siguieron esa mano. Intentó bajar la cabeza, pero las garras lo detuvieron. Se quedó sin aliento.

Raina partió el delantal ensangrentado. Dos rebanadas rápidas. Las ropas de debajo estaban ilesas. La práctica.

—Yo… la maté. Maté a Peggy. Oh, Dios mío. Le disparé.

—¿Dónde está el cuerpo humano? —le pregunté.

A Raina parecía gustarle el juego más de lo debido para poner atención a todos los detalles.

—En el cobertizo de atrás. Tiene el suelo sucio.

—¿Dónde está Jason? —preguntó Raina.

Tocó con las garras los pantalones vaqueros, sobre la ingle.

—Oh, Dios mío, no sé quién es Jason. Por favor, no lo sé. No lo sé. —Su voz sonaba entrecortada.

Gabriel entró en el cuarto. Había perdido la chaqueta en alguna parte y llevaba puesta una camisa playera negra apretada dentro de los pantalones de cuero, y las botas.

—No tiene agallas para haber cogido a Jason, o a los demás.

—¿Es verdad, George? ¿No tiene agallas? —Raina presionó los pechos contra su pecho, con las garras aún en su mandíbula y en su ingle.

Las garras inferiores presionaban la tela de dril, sin desgarrarla completamente.

—Por favor, por favor, no me haga daño.

Raina acercó su cara. Lo forzó a estar de pie sobre las puntas de los dedos o, arañarse la barbilla.

—Eres patético. —Apartó de un empujón las garras de sus pantalones vaqueros, despedazando la tela.

George se desmayó. Raina tuvo que separar bruscamente las manos para evitar cortarlo en pedazos. Dejó un círculo perfecto en los pantalones vaqueros. Los calzoncillos cortos blancos se veían a través del hueco de los pantalones.

Gabriel se arrodilló junto al cuerpo humano, balanceándose sobre los pies.

—Este humano no cogió a Jason.

—Qué pena —dijo Raina.

Era una lástima. Alguien había tomado a ocho, no, a siete

cambiaformas. El octavo había sido Peggy Smitz. Teníamos a su asesino sobre la alfombra con la bragueta arrancada a zarpazos. ¿Quién los había cogido y por qué? ¿Por qué querría alguien a siete licántropos? Algo hizo clic. El naga había sido desollado vivo. Si hubiera sido un licántropo en lugar de un naga, una bruja podía haber usado la piel para convertirse en una serpiente. Era una forma de convertirse en un cambiaformas con todas las ventajas y ningún inconveniente. La luna no la controlaría.

—Anita, ¿qué sucede? —preguntó Ronnie.

—Tengo que ir al hospital y hablar con alguien.

—¿Por qué? —Una mirada fue suficiente para que Ronnie entendiera mi punto de vista—. Bien, llamaré a la policía. Pero conduzco yo.

—Maldición.

Miré hacia la calle y vi un coche que pasaba. Era una Mazda verde.

Conocía ese coche.

—Puedo conseguir que alguien me lleve.

Abrí la puerta y caminé por la acera haciendo gestos con las manos.

El coche desaceleró y luego aparcó en doble fila, al lado del coche de Ronnie.

La ventana zumbó deslizándose hacia abajo al presionar el botón.

Edward estaba dentro de él, con un par de gafas oscuras cubriéndole sus ojos.

—He estado siguiendo a Raina durante días. ¿Cómo me descubriste?

—Estúpida suerte.

Sonrió abiertamente.

—No tan estúpida.

—Necesito un viaje. —¿Qué pasa con Raina y su pequeño amigo de cuero?

Se me ocurrió decirle que Gabriel era el otro cambiaformas de la película, pero si hiciese eso ahora, entraría y lo mataría. O por lo menos, no querría llevarme al hospital. Ordena tus prioridades.

—Les podemos llevar a casa o pueden coger un taxi.

—Taxi —contestó.

También lo prefiero.

Edward condujo alrededor de la manzana para esperarme. A Raina y Gabriel les convencí para llamar un taxi y que los recogiera delante de otra casa. No querían hablar con la policía. Habrase visto. George Smitz recobró el conocimiento y Raina lo convenció para que confesara a la

policía cuando llegase. Me disculpé ante Ronnie por abandonarla y me fui andando por la calle para encontrarme con Edward. Nos dirigíamos al hospital para hablar con el naga. Esperaba que hubiera recobrado el conocimiento.



TREINTA Y CINCO

Había un oficial fuera de la habitación del naga. Edward se quedó en el coche. Después de todo, estaba siendo buscado por la policía. Una de las desventajas de trabajar con Edward y la policía era que, necesariamente, uno no puede trabajar con ambos al mismo tiempo.

El policía de la puerta era una mujer pequeña con una cola de caballo rubia. Había una silla al lado de la puerta, pero estaba de pie con una mano en el extremo del arma. Sus ojos pálidos se entrecerraron suspicazmente sobre mí.

Hizo una inclinación brusca con la cabeza.

—¿Es usted Anita Blake?

—Sí.

—¿Puedo ver su identificación? —preguntó de forma directa, nada de tonterías. Tenía que ser una novata. Sólo un novato tendría esa actitud tan dura. Los veteranos me habrían pedido la identificación, pero no habrían

intentado hacerlo tan agresivo.

Le mostré mi distintivo de identificación plastificado. El mismo que coloqué en mi camisa cuando tuve que cruzar la línea policial. No era el distintivo de un policía, pero era lo mejor que tenía.

Lo cogió con la mano y lo miró durante mucho tiempo. Me opuse al deseo de preguntarle si iba a ser examinada después. Nunca ayuda molestar demasiado a la policía. Especialmente sobre trivialidades.

Finalmente me devolvió el distintivo. Sus ojos eran azules y fríos como un cielo invernal. Muy dura. Probablemente, veía esa imagen en el espejo cada mañana.

—Nadie puede interrogar al hombre si un policía no está presente. Cuando pidió permiso para hablar con él, contacté con el sargento Storr. Está de camino.

—¿Cuánto tiempo tendré que esperar?

—No lo sé.

—Tiempo desperdiciado, cualquier retraso podría costarle la vida a un hombre.

Ahora tenía toda su atención.

—El sargento Storr no mencionó a ninguna persona desaparecida.

Mierda. Me había olvidado de que los policías no estaban al tanto de los cambiaformas desaparecidos.

—No tengo que suponer que ganar tiempo sea lo primordial. ¿Qué hay sobre las vidas implicadas?

Sus ojos cambiaron de aburridos a interesados. Estaba impresionada.

—El sargento Storr fue muy específico. Quiere estar presente cuando interrogue al hombre.

—¿Me asegura que habló con el sargento Storr y no con el detective Zerbrowski?

Si fue con Zerbrowski, lo echaría todo a perder sólo por molestarme.

—Sé con quién hablé, Sra. Blake.

—No tenía la intención de asumir que no lo hizo, oficial. Sólo quise indicar que Zerbrowski pudo haberse hecho un lío sobre cuánto acceso se me permite con el… ah, testigo.

—Hablé con el sargento y sé lo que me dijo. Usted no entra hasta que él llegue. Esas son mis órdenes.

Comencé a decir algo desagradable y me detuve. La oficial Kirlin hacía lo correcto. Tenía sus órdenes y no iba a cambiarlas.

Recorrí con la mirada la placa con su nombre.

—Muy Bien, oficial Kirlin. Me sentaré en la sala de espera, a la vuelta de la esquina. Cambié de dirección y me marché dando media vuelta antes de que dijese algo no tan agradable. Quise entrar por la fuerza a la habitación, pero no tenía ninguna autoridad. Esta era una de aquellas veces que me recordaban enérgicamente que era una civil. No me gustaba recordarlo.

Me senté sobre un sofá multicolor colocado en una zona con plantas reales. La altura de las plantas creaba la ilusión de paredes, dividiendo la sala de espera en tres pseudo habitaciones. Ilusión de privacidad por si lo necesitabas. Un televisor estaba montado en lo alto de una pared. Nadie se había molestado aún en encenderlo. Había quietud en el hospital. El único ruido era el de la calefacción a través de las paredes.

Odiaba esperar. Jason estaba desaparecido. «¿Estaba muerto? Si estuviera vivo, ¿durante cuánto tiempo lo estaría? ¿Cuánto tiempo me haría esperar Dolph?».

Dolph llegó doblando la esquina. Bendito fuese, no me había hecho esperar por mucho tiempo.

Me puse de pie.

—La oficial Kirlin comenta que le mencionaste que había una persona desaparecida. ¿Me ocultas información?

—Sí, pero no adrede. Tengo a un cliente que no irá a la policía. He intentado persuadirlo… —me encogí de hombros. Sólo porque yo esté en lo correcto y ellos equivocados, no quiere decir que pueda contar sus secretos sin precisarlo primero con ellos.

—No existen privilegios reanimador/cliente, Anita. Si te pido información estás legalmente obligada a dármela.

No había dormido lo suficiente para tratar con esto.

—¿O qué?

Frunció el ceño.

—O vas a la cárcel por obstrucción a la Justicia.

—Muy bien, vamos —contesté.

—No me presiones, Anita.

—De acuerdo Dolph, te diré todo lo que sé en cuándo me den el visto bueno. De todas formas, puedo decirte por qué son estúpidos, pero no te contaré una mierda sólo porque me intimides.

Respiró hondo por su nariz y lo expulsó despacio.

—Muy bien, vamos a olvidar esta conversación y vayamos con nuestro testigo.

Aprecié que se refiriera al naga siendo aún nuestro testigo.

—Muy bien, vayamos.

Dolph me hizo señas para que saliera de la sala de espera. Fuimos andando juntos por el vestíbulo, en silencio. Pero el silencio era amistoso.

No había necesidad de llenarlo con cháchara ociosas o acusaciones.

Un doctor con bata, con un estetoscopio colocado sobre los hombros como una serpiente, abrió la puerta. La oficial Kirlin estaba todavía de pie, siempre vigilante. Me mostró su mejor mirada dura como el acero. Debía de haberla ensayado. Pero cuando eres rubia, pequeña, mujer y policía, tienes al menos que intentar verte dura.

—Puede hablar por un breve periodo de tiempo, es un milagro que esté vivo y más aún que pueda hablar. Vigilaré el interrogatorio. Si se molesta, detendré la entrevista.

—Estoy de acuerdo, Dr. Wilburn. Es víctima y testigo, no sospechoso. No queremos dañarle de ninguna forma.

El doctor no se quedó plenamente convencido, pero retrocedió y mantuvo la puerta abierta para nosotros.

Dolph surgió amenazadoramente por encima de mí. Era como una fuerza inamovible a mi espalda. Podía ver por qué el doctor pensaba que lograríamos acobardar al testigo. Dolph no se vería inofensivo ni aunque lo intentará, así que ni lo intentó.

El naga estaba en la cama rodeado de tubos y cables. Su piel crecía. Podías verla extendiéndose de forma salvaje, como parches dolorosos, pero crecía. Aún daba el aspecto de haber sido hervido vivo, pero era una mejoría.

Giró sus ojos para mirarnos. Movió la cabeza muy lentamente para vernos mejor.

—Sr. Javad, ¿recuerda al sargento Storr? Ha venido con una persona para hablar con usted.

—La mujer… —susurró. Su voz sonó débil y dolorosa. Tragó cuidadosamente e hizo otro intento—. La mujer del río.

Caminé hacia delante.

—Sí, estaba en el río.

—Me ayudó.

—Lo intenté.

Dolph dio un paso adelante.

—Sr. Javad, ¿puede decirnos quién le hizo esto?

—Brujas —contestó.

—¿Ha dicho brujas? —preguntó Dolph.

—Sí.

Dolph me miró. No tuvo que preguntarme. Éste era mi área.

—Javad, ¿conocía a las brujas? ¿Sus nombres?

Tragó de nuevo y sonó seco.

—No.

—¿Dónde le hicieron esto? —Cerró los ojos—. ¿Sabe dónde estaba cuándo… le desollaron?

—Me drogaron.

—¿Quién le drogó?

—La mujer… los ojos.

—¿Qué pasa con sus ojos?

—El océano.

Tuve que inclinarme sobre él para oír lo último que había dicho. Su voz se desvanecía. Abrió los ojos de repente, de forma amplia.

—Los ojos, el océano.

Dejó salir un sonido gutural bajo, como si se tragara sus gritos.

El doctor se acercó. Comprobó sus órganos vitales, tocando la carne arruinada lo más amablemente que podía, aunque el toque le hizo contorsionarse de dolor. El doctor presionó un botón al lado de la cama.

—Es la hora de la medicación del Sr. Javad. Tráigala ahora.

—No —dijo Javad.

Agarró mi brazo, se quedó sin aliento pero me agarró. Su piel se sentía como carne cruda caliente.

—No el primero.

—¿No el primero? No entiendo.

—Otros.

—¿Hicieron esto con otros?

—Sí. Deténgalas.

—Lo haré. Lo prometo.

Cayó de vuelta a la cama, pero no podía estarse quieto. Dolía demasiado. Cada movimiento dolía, pero no podía estarse quieto a causa del dolor.

Una enfermera con una chaqueta rosada entró presurosa. Metió la aguja

en su IV. Momentos después comenzó a tranquilizarse. Sus ojos agitados se cerraron. El sueño llegó y algo en mi pecho se soltó. Demasiado dolor era difícil de aguantar, aun cuando sólo lo observabas.

—Se despertará y tendremos que volver a sedarle. Nunca he visto a nadie que pudiera curarse como él. Pero sólo porque pueda curar el daño, no quiere decir que no duela.

Dolph me llevó a parte.

—¿Qué fue todo eso acerca de los ojos y los otros?

—No lo sé. Una verdad a medias. No sé lo que quiso decir con lo de los ojos, pero sospecho que los demás son los cambiaformas desaparecidos.

Zerbrowski entró, le hizo señales a Dolph y salieron al vestíbulo. La enfermera y el doctor oscultaban al naga. Nadie me pidió salir al vestíbulo, pero era lo justo. No colaboraba con ellos, ¿por qué iban a colaborar ellos conmigo?

La puerta se abrió y Dolph me indicó que saliera. Salí. La oficial Kirlin no estaba en su puesto. Probablemente, le permitieron ausentarse por un momento mientras estábamos nosotros.

—No pude encontrar ningún caso de personas desaparecidas asociado con tu nombre —me comentó Dolph.

—¿Hiciste que Zerbrowski me investigara?

Dolph sólo me miró. Me miró con los ojos fríos y distantes de un policía.

—Excepto por lo de Dominga Salvador —contestó Zerbrowski.

—Anita alegó que no sabía nada de lo que le pasó a la señora Salvador —aseguró Dolph.

Todavía me mostraba su apariencia dura. Era muchísimo mejor que la oficial Kirlin. Me opuse al deseo de retorcerme. Dominga Salvador estaba muerta. Lo sabía porque había visto cómo ocurría. Había tirado de gatillo, metafóricamente hablando. Dolph sospechaba que yo tenía algo que ver con su desaparición, pero no podía probarlo, y ella había sido una mujer muy mala. Si hubiese sido condenada por todo lo que se la había considerado sospechosa, habría recibido la pena de muerte inmediata. A la ley no le gustan las brujas mucho más que los vampiros. Había utilizado a un zombi para matarla. Era lo suficiente como para ganarme un viaje a la silla eléctrica.

Sonó mi busca. Fui salvada por la campana. Comprobé el número. No lo reconocí, pero no tenía por qué comunicarlo.

—Una emergencia, tengo que encontrar un teléfono.

Me fui rápidamente, antes de que Dolph pudiese decir cualquier otra cosa. Me pareció lo más seguro.

Me dejaron usar el teléfono del cuarto de enfermeras. Gente con clase. Richard cogió el teléfono al primer timbrazo.

—¿Anita?

—Bingo, ¿qué sucede?

—Estoy en la escuela. Louie no se ha presentado a sus clases matinales.

Bajó tanto su voz que tuve que taparme una oreja sólo para oírle.

—Esta noche hay luna llena. No faltaría a la escuela, la gente sospecharía.

—¿Por qué me llamas?

—Comentó que iba a encontrarse con tu amiga, la escritora, Elvira algo.

—¿Elvira Drew?

Cuando dije su nombre, pude imaginarme su cara. Ojos azul verdosos, el color de océano. Carajo.

—Creo que sí.

—¿Cuándo debía encontrase con ella?

—Esta mañana.

—¿Acordó él la reunión?

—No lo sé. Estoy trabajando. Aún no he llegado a mi oficina.

—Temes que algo le haya ocurrido, ¿no?

—Sí.

—No acordé la reunión. Llamaré al trabajo y averiguaré quién lo hizo. ¿Estarás en este número?

—Tengo que regresar a clase, pero te lo confirmaré tan pronto como pueda.

—De acuerdo. Te llamaré en cuanto sepa algo.

—Tengo que irme —anunció.

—Espera, tengo una idea de lo que le sucedió a los cambiaformas desaparecidos.

—¿Qué?

—Es una investigación policial en curso. No puedo hablar sobre ello, pero si le pudiese contar a la policía sobre los cambiaformas desaparecidos, podríamos encontrar a Louie y a Jason más rápido.

—¿Marcus te dijo que no lo contaras?

—Sí.

Guardó silencio por un minuto.

—Diles que me hago responsable.

—Genial. Me pondré en contacto contigo después. —Colgué. No fue hasta que oí el tono de llamada que me di cuenta de que no le había dicho, te amo. Oh, bien.

Llamé al trabajo. Mary contestó. No esperé a que me saludase.

—Comunícame con Bert.

—¿Estás bien?

—Sólo hazlo.

No discutió, buena mujer.

—Anita, mejor que sea una emergencia. Estoy con un cliente.

—¿Hablaste con alguien hoy acerca de encontrar a un hombre rata?

—De hecho, lo hice.

Me dolió el estómago.

—¿Cuándo y dónde estableciste la reunión?

—Esta mañana, sobre las seis. El señor Fane quería hacerlo antes de ir al trabajo.

—¿Dónde?

—En su casa.

—Dame la dirección.

—¿Qué sucede?

—Creo que Elvira Drew pudo haberle engañado para asesinarle…

—Estás de broma, ¿verdad?

—La dirección, Bert.

Me la dio.

—No puedo ir a trabajar esta noche.

—Anita…

—Ahórratelo, Bert. Si es asesinado, lo será porque le hicimos caer en una trampa.

—Está bien. Haz lo que tengas que hacer.

Colgué el teléfono. Era la primera vez que Bert cedía en algo. Si no supiera que las visiones de pleitos bailaban en su cabeza, habría estado más impresionada.

Volví a nuestro pequeño grupo. Nadie hablaba.

—Hay siete cambiaformas desaparecidos en esta zona.

—¿De qué hablas? —preguntó Dolph.

Negué con la cabeza.

—Simplemente escucha.

Le conté todo acerca de las desapariciones. Terminé con: «dos cambiaformas más han desaparecido. Pienso que quien fuese el que desolló al naga, pensó que era un licántropo. Es posible hacer un ritual para tomar la piel de un cambiaformas y usarla en uno mismo. Obtienes todas las ventajas, toda la fuerza extra, la velocidad, etcétera…, y no estás atado a la luna».

—¿Por qué no funcionó con el naga? —preguntó Zerbrowski.

—Es inmortal. El cambiaformas tiene que morir al final del hechizo.

—Sabemos por qué. Ahora, ¿dónde diablos están? —preguntó Dolph.

—Tengo una dirección —contesté.

—¿Cómo?

—Se los explicaré por el camino. El hechizo no surte efecto hasta el anochecer, pero no podemos suponer que los mantendrá vivos. Tiene que estar preocupada de que el naga se cure lo suficiente como para hablar.

—Después de verlo anoche, no lo creería —añadió Zerbrowski.

—No eres una bruja —afirmé.

Salimos. Me habría gustado tener a Edward cubriéndome las espaldas. Si íbamos a hacer una redada en busca de brujas renegadas y unos cambiaformas durante una noche de la luna llena, tener a Edward cubriéndome no era una mala idea. Pero no sabía cómo manejarlo. Dolph y Zerbrowski no se iban a quedar de brazos cruzados, eran policías. No se les permite disparar a la gente sin darles la oportunidad de rendirse.

Elvira Drew había pelado a un naga. No estaba segura de que quisiera darle una oportunidad. No estaba segura que fuéramos a sobrevivir.



TREINTA Y SEIS

La casa de Elvira Drew era una construcción de dos pisos con una línea gruesa de arbustos y árboles, y un estrecho camino lejos de la autopista. No se podía ver el patio a menos que se llegara al camino de acceso. El bosque se extendía alrededor del pequeño patio, como si alguien hubiera puesto la casa allí y se hubiera olvidado de decirlo.

Un coche patrulla nos seguía por el camino de grava. Dolph estacionó detrás de un Grand Am verde vivo. El coche hacia juego con el color de sus ojos.

Había un letrero de alquiler en el patio. Otro yacía al lado, en el suelo, como esperando ser clavado. Probablemente sería colocado en el camino.

Había dos bolsas de ropa dentro del coche. El asiento trasero estaba abarrotado con cajas. Había perspectivas de una rápida huida.

—Si ella es la asesina, ¿por qué te daría su dirección real? —preguntó Zerbrowski.

—Revisamos a los clientes. Tienen que tener un lugar de residencia o alguna forma para comprobar quienes son. Exigimos más identificaciones que la mayoría de bancos. —¿Por qué?

—Porque a veces nos conseguimos a algún chiflado. O un reportero de algún periódico sensacionalista. Tenemos que saber con quién negociamos. Apuesto que intentó pagar al contado sin identificación, y cuando se le pidió tres diferentes no estuvo preparada.

Dolph nos guió por el camino hacia la puerta. Lo seguimos como buenos soldados. La oficial Kirlin era una de los polis de uniforme. Su compañero era un tipo mayor, con el pelo gris, con un pequeño y redondo vientre. Apuesto que no temblaba como un tazón de gelatina. Tenía una expresión agria en su cara que me hizo saber que había visto todo esto y no le gustaba nada de ello.

Dolph llamó a la puerta. Silencio. Tocó más fuerte. La puerta vibró.

Elvira abrió. Llevaba puesta una túnica verde y brillante atada en la cintura. Su maquillaje era todavía perfecto. El brillo de sus uñas hacia juego con la túnica. Su largo cabello rubio peinado hacia atrás estaba sostenido por un pañuelo que era sólo un tono de verde más azulado que la túnica. Sus ojos brillaban con ese color.

—Ojos como el océano —mascullé Dolph.

—Perdóneme, ¿de qué va todo esto?

—¿Podemos entrar Sra. Drew?

—¿Para qué?

No habíamos tenido tiempo para conseguir una orden. Dolph noestaba seguro de poder obtenerla con lo que teníamos. El color de los ojos de alguien no era exactamente una prueba.

Miré más allá de Dolph.

—Hola, Sra. Drew, necesitamos hacerle algunas preguntas sobre Louis Fane —dije.

—Sra. Blake, no sabía que trabajaba con la policía.

Ella sonrió, sonreí, ¿estaba Louie aquí? ¿Estaba distrayéndonos mientras alguien lo mataba? Maldición. Si la policía no hubiese estado aquí, habría sacado mi arma y habría entrado. Hay desventajas al estar al lado de la ley.

—Investigamos la desaparición del Sr. Fane. Usted fue la última en verlo.

—Ah, querida. —No retrocedió de la puerta.

—¿Podemos entrar y hacerle algunas preguntas? —preguntó Dolph.

—Pues bien, no sé que le puedo decir, el Sr. Fane nunca llegó a nuestra reunión. No lo vi en absoluto.

Estaba allí como una pared sonriente.

—Necesitamos entrar y echar una mirada, Sra. Drew, por si acaso.

—¿Tiene una orden?

Dolph la miró.

—No, Sra. Drew, no la tenemos.

Su sonrisa era deslumbrante.

—Entonces lo siento, pero no los puedo dejar entrar.

La agarré de la túnica, atrayéndola bruscamente, tan fuerte como para darme cuenta de que no llevaba sostén.

—Nosotros entramos después de usted o a través de usted.

La mano de Dolph se posó sobre mi hombro.

—Lo siento, Sra. Drew. La Sra. Blake tiende a ser un poco entusiasta. —Las palabras fueron masticadas entre sus dientes, pero las dijo.

—Dolph…

—Suéltala, Anita, ya.

Alcé la mirada hacia sus extraños ojos. Todavía sonreía pero ahora había algo más. Miedo.

—Si él muere, usted muere.

—Ellos no la tienen para matar sospechosos —dijo.

—No hablo de una ejecución legal.

Sus ojos se agrandaron. Dolph se estremeció, tocando mi hombro.

Me empujó para que bajara las escaleras. Zerbrowski ya se disculpaba por mi metida de pata.

—¿Qué diablos piensas que estás haciendo? —preguntó Dolph.

—Él está allí, lo sé.

—No lo sabes. He llamado para pedir una orden. Hasta que la obtengamos, a menos que nos deje entrar, o él alcance una ventana y pida auxilio a gritos, no podemos entrar. Esa es la ley.

—Pues bien, apesta.

—Tal vez, pero somos policías. Si no obedecemos la ley, entonces ¿Quién más lo hará?

Me abracé, mis dedos aferrando mis codos. Era eso, o corría y le partía la perfecta cara a Elvira Drew. Louie estaba allí adentro, y era mi culpa.

—Da un paseo, Anita, cálmate.

Lo contemplé. Me podía haber dicho que me sentara en el coche, pero no lo había hecho. Intenté leer su cara, pero se había vuelto vacía.

—Un paseo, es una buena idea.

Me dirigí hacia los árboles. Nadie me detuvo. Dolph no me volvió a llamar. Tenía que imaginar lo que pensaba hacer. Caminé entre los árboles desnudos por el invierno. Gotitas de nieve derretida caían sobre mi cabeza y cara. Seguí andando hasta que ya no los podía ver claramente. En invierno se puede distinguir cosas a gran distancia, pero estaba lo suficientemente lejos para intentar nuestro pequeño juego de simular.

Caminé hacia la parte trasera de la casa. El aguanieve mojaba mis Nikes. Las hojas eran una alfombrilla empapada debajo de mis pies. Tenía las dos armas y los dos cuchillos. Había reemplazado lo único que Gretchen no me devolvió. Era un juego de cuatro que había mandado hacer para mí. Era difícil encontrar un cuchillo con un alto contenido de plata para matar a los monstruos y a pesar de eso, conservar un filo duro.

Pero no podría matar a nadie. Mi trabajo era entrar, encontrar a Louie, y pedir auxilio a gritos. Si alguien en la casa pedía auxilio a gritos, la policía podría entrar. Esas eran las reglas. Si Dolph no tuviera miedo de que mataran a Louie, no me habría dejado hacer esto. Pero con ley o sin ley, sentarse afuera mientras el sospechoso mata a su siguiente víctima era difícil de asimilar.

Me escondí agachada por la línea de los árboles mirando hacia la parte trasera de la casa. Una puerta trasera conducía a un pórtico. Había una puerta de cristal que daba entrada a la casa, y una segunda puerta delante de ella hacia un lado. La mayoría de las casas en St. Louis tienen sótanos. Algunas de las casas más viejas, originalmente tenían el acceso sólo por el exterior. Añade un porche pequeño y una puerta pequeña si escondes a alguien, un sótano sonaba un buen lugar. Si fuese el armario de la escoba, simplemente no entraría.

Comprobé las ventanas del piso superior. Las cortinas estaban cerradas. Si había personas allá arriba observando, no las podía ver.

Esperaba que no me pudiesen ver.

Crucé el terreno abierto sin sacar un arma. Eran brujas. Por regla general las brujas no te disparan. De hecho, las brujas, las verdaderas brujas, no practican la violencia. Un Wiccan no habría tenido nada que hacer ante sacrificios humanos. Pero las palabras de una bruja a veces quieren decir muchas cosas diferentes. Algunas de ellas pueden ser bastante

aterradoras, pero rara vez te disparan.

Me arrodillé al lado de la puerta que conducía al pórtico. Mantuve mi mano tan cerca del pomo como pude sin tocarlo. Ningún calor, no…

Infiernos no hay ninguna palabra para esto. Pero no había ningún hechizo en el picaporte. Aún las brujas buenas realizan hechizos en sus puertas principales, así son alertadas de la presencia de un ladrón o algo que ocurra. Oiga, uno entra a la fuerza y no consigue nada. El hechizo se te pega y, hará que la bruja y sus amigas te encuentren. Las brujas malas pueden poner peores cosas sobre las puertas. Ya habíamos establecido que clase de bruja había dentro, así que la precaución me parecía una buena idea.

Deslicé la punta de mi cuchillo a través del borde de la puerta. Un poco de zarandeo y la puerta estaba abierta. Sin ruptura aún, pero definitivamente, había entrado. «¿Me arrestaría Dolph por eso?».

Probablemente no. Si Elvira me obligaba a dispararle fuera de la vista de testigos, lo podría hacer.

Fui a la segunda puerta. La que esperaba que me condujera al sótano.

Acerqué mi mano a ella, y allí estaba. Un hechizo. No soy bruja. No sé cómo desentrañar hechizos. Percibir es mi límite. Oh, otra cosa. Los puedo romper. Pero es un despliegue violento y duro de poder dirigido al hechizo. Solo evocar lo que sea eso que me deja resucitar a los muertos y agarrar la manija de la puerta. Se quiebra en ese punto, pero es como meterle una patada a una puerta sin saber qué hay al otro lado.

Accidentalmente, puedes conseguir un tiro de escopeta en la cara.

El verdadero problema era que si lo traspasaba sin peligro, quienquiera que colocara el hechizo, lo sabría. Demonios, una buena bruja sentiría la acumulación de poder antes de que la tocase. Si Louie estaba detrás de esta puerta, perfecto. Entraría y lo protegería hasta que mis gritos trajeran a la caballería. Si no estaba detrás de esa puerta, podrían entrar en pánico y matarlo.

La mayoría de brujas, buenas o malas, son creyentes de la naturaleza hasta cierto punto. Si hubiera sido Wiccans, el área ceremonial habría estado fuera, en alguna parte. Pero para ésta, la oscuridad y un terreno cerrado podía ser suficiente.

Si fuera a realizar un sacrificio humano, lo querría guardado tan cerca de la zona ceremonial como me fuera posible. Esto era una suposición. Si me equivocaba y mataban a Louie… No… No debo pensar en el peor

escenario.

Era todavía de día. Era tarde. La luz del sol de invierno era de un suave gris, pero no estaba oscuro. Mis habilidades no surgen hasta después del anochecer. Puedo detectar a los muertos y otras cosas a cierta luz del día, pero estoy limitada. La última vez que hice eso, había estado oscuro. Abordé la magia de la misma forma en que hago todo lo demás.

Directamente, con fuerza bruta. En lo que realmente apostaba era en que mis poderes fueran mayores que los de quien colocó el hechizo. La teoría era que podría aguantar mejor una paliza de lo que ella o él podrían repartir. ¿Era posible a la luz del día? Nos enteraríamos. La pregunta era, «¿estaba el hechizo solo en la manija de la puerta?». Tal vez le habría echado la llave a la puerta, con hechizo o sin hechizo. ¿Por qué no sólo abrirla como una persona normal?

Saqué la Browning y retrocedí. Me puse en el centro, me concentré en un punto cerca del cerrojo pero no en él. Esperé hasta que ese pedazo de madera fue todo lo que había. Un profundo silencio en mis oídos. La pateé con todo lo que tenía. La puerta se estremeció pero no se abrió. Dos patadas más y la madera se astilló. La cerradura cedió.

No fue un despliegue violento de luz. Si alguien había estado observando, no habían visto una maldita cosa, solo a mí cayendo hacia atrás. Mi cuerpo entero zumbó como si hubiera metido mi dedo en un enchufe eléctrico.

Oí el sonido de pasos que corrían dentro de la casa. Gateé hacia la puerta abierta. Me detuve ayudándome con el pasamanos. Una brisa de aire fresco barrió mi cara. Empecé a bajar las escaleras antes de estar segura de que podía caminar. Tenía que encontrar a Louie antes de que Elvira me atrapara. Si no encontraba la prueba, me podrían arrestar por allanamiento de morada y estaríamos peor de lo que estábamos antes.

Tropecé bajando las escaleras, con una mano tomé el pasamanos en un agarre de muerte, en la otra mi arma. La oscuridad era negra como el terciopelo. No podría ver una maldita cosa más allá de un dedo. Incluso mi vista nocturna necesita un poco de luz. Oí ruido de pasos detrás de mí.

—¿Louie, estas aquí abajo?

Algo se movió entre la oscuridad debajo de mí. Sonó grande.

—¿Louie?

Elvira estaba de pie al comienzo de la escalera. Iluminada por la luz, como en un halo dimensionado en un cuerpo humano.

—Sra. Blake, debo insistir en que salga de mi propiedad en este momento.

Mi piel todavía florecía a brincos con lo que fuera que había estado en la cerradura. Sólo mi mano en el pasamanos me mantenía de pie.

—¿Hizo el hechizo de la puerta?

—Sí.

—Usted es buena.

—No lo bastante buena aparentemente. Ahora, de verdad, debo insistir en que suba las escaleras y salga de mi propiedad.

Un gruñido bajo surgió de la oscuridad. No sonó como una rata, y ciertamente, no sonó humano.

—Salga fuera, salga de dondequiera que esté —dije.

Los gruñidos se hicieron más fuertes, más cercanos. Algo grande y peludo se lanzó a través de la franja pálida de luz. El vistazo fue suficiente.

Siempre podría decir que pensé que era Louie. Me apoyé contra el pasamanos y grité. Pedí a ayuda gritos con cada sonido que pude hacer.

Elvira regreso sobre sus pasos rápidamente. Oí los gritos distantes de la policía llegando por la puerta principal.

—La maldigo.

—Las palabras son baratas —dije.

—Serán más que palabras cuando tenga tiempo.

—Me dejas pasmada.

Regresó corriendo hacia la casa, no a fuera. «¿Estaba equivocada? ¿Y si Louie estaba dentro de la casa todo este tiempo, y yo estaba aquí abajo con un tipo diferente de peludo? ¿Era eso Jason?».

—¿Jason?

Algo llegó a las escaleras y miró con atención hacia la tenue luz de arriba. Era un perro. Un perro grande, peludo como un perro mestizo, del tamaño de un pony, pero no era un cambiaformas.

—Mierda.

Me gruñó otra vez. Me levanté y comencé a retroceder por las escaleras. No quería lastimarlo si no tenía que hacerlo. «¿Dónde estaba Dolph?». Para este momento ya debería haber estado aquí.

El perro me dejó subir las escaleras. Aparentemente sólo le correspondía proteger el sótano. Bien para mí.

—Buen perrito.

Me tranquilicé cuando pude tocar la puerta quebrada. La cerré de golpe,

sujetando la manija de la puerta. El perro la golpeó con un choque arrollador. Su propio peso mantuvo la puerta cerrada.

Abrí despacio la puerta trasera. La cocina era larga y estrecha, y en su mayor parte blanca. Las voces llegaban desde más lejos, desde el interior de la casa. Un gruñido bajo retumbo. El sonido me erizó el vello del cuello.

—Nadie tiene que salir herido —dijo Dolph.

—Así es —dijo Elvira.

—Salgan ahora, y nadie será lastimado.

—No podemos hacer eso.

Un pasillo formado por una pared y las escaleras me condujo fuera de la cocina hacia el salón, y a las voces. Comprobé las escaleras; vacías. Continué aliviada hacia las voces. El gruñido se escuchó otra vez, más cerca.

—Anita, ¡trae tu trasero hasta aquí! —gritó Dolph.

Me hizo brincar. No podía haberme visto aún. La entrada a la sala de estar era un portal abierto.

Me incliné sobre una rodilla y miré con atención por la pared. Elvira estaba de pie afrontándolos. Un lobo del tamaño de un pony estaba a su lado. Si se lo mira rápidamente, se podría confundir con el perro grande.

Era una buena tapadera. Los vecinos ven eso y piensan que el lobo es un perro.

El otro era un leopardo. Un leopardo negro que avergonzaba a cada gato del catalogo de Halloween. Tenía a Zerbrowski apoyado en una esquina. Su lisa y peluda espalda le llegaba a la cintura. Grande como un gato del infierno. Jesús. ¿Por qué no habían disparado? La policía tenía permiso de disparar en autodefensa.

—¿Son ustedes Louie Fane o Jason? —preguntó Dolph.

Me percaté que le preguntaba a los cambiaformas. No le había dicho que clase de cambiaformas era Louie, y Jason era un lobo. El lobo podía ser Jason. Sin embargo, no sabía por qué ayudaba a Elvira. Tal vez no tenía que saber.

Me puse de pie y me acerqué. Quizás el movimiento fue demasiado repentino. Tal vez el gato solo se había impacientado. El leopardo brincó hacia Zerbrowski. Su arma se disparó.

El lobo se volvió hacia mí. Todo se hizo más lento. Tuve mucho tiempo para mirar el cañón y amarillar el gatillo. Cada arma del cuarto disparó. El lobo cayó con mi bala en su cerebro. No estaba segura quien había

conseguido un pedazo de él.

Los gritos de Zerbrowski llenaron el silencio resonante. El leopardo estaba sobre él, acuchillándolo.

Dolph disparó una vez más, luego tiró el arma al suelo y fue hacia allí. Agarró al gato y éste se volvió contra él, acuchillándolo con sus garras parecidas a dagas. Gritó pero no desistió.

—Dolph, abajo y le dispararé. Intentó alejarse pero el gato se abalanzó sobre él, llevándoles a ambos al suelo. Me adelanté, con el arma extendida. Eran una masa rodante. Si le disparase a Dolph, quedaría tan muerto como lo estaría el leopardo.

Me arrodillé cerca de ellos y metí de un empujón el arma en ese cuerpo humano caliente cubierto de piel. Las garras acuchillaron mi brazo, pero tiré del gatillo dos veces. El animal cayó bruscamente, se retiró dando brincos y murió.

Dolph parpadeó cuando me miró. Tenía un corte ensangrentado en su mejilla. Pero estaba vivo. Me puse de pie. Mi brazo izquierdo estaba insensibilizado, lo que quería decir que estaba realmente herido. Cuando el entumecimiento se fuera, querría estar en algún lugar con médicos.

Zerbrowski se puso boca arriba. Había mucha sangre. Caí de rodillas a su lado. Coloqué la Browning sobre el suelo y busqué el pulso en su cuello. Estaba allí, pendía de un hilo, pero estaba allí. Quise llorar de alivio, pero no tenía tiempo. Había una mancha negra de sangre en la parte inferior de su cuerpo, cerca del vientre. Le retiré el abrigo y casi vomité sobre él. No se reiría de eso. El gato había estado malditamente cerca de destriparlo. Sus intestinos salían por la hendidura Intenté quitarme la chaqueta para colocarla sobre la herida, pero mi brazo izquierdo no quiso funcionar.

—Que alguien me ayude —nadie lo hizo.

La oficial Kirlin esposó a la Sra. Drew. Su túnica verde estaba abierta y estaba claro que estaba desnuda bajo ella. Estaba llorando, llorando por sus camaradas caídos.

—¿Está vivo? —preguntó Dolph.

—Sí.

—He pedido por teléfono una ambulancia —dijo el oficial de uniforme.

—Venga acá y ayúdeme a detener la hemorragia.

Sólo me miró, algo avergonzado, pero ni él ni Kirlin se movieron para ayudarme.

—¿Qué diablos sucede con ustedes dos? Ayúdenme.

—No queremos contagiarnos.

—¿Qué?

—La enfermedad —dijo.

Gateé de regreso al leopardo. Parecía grande, incluso estando muerto. Casi tres veces el tamaño de un gato normal. Hurgué en su vientre y encontré la unión. No un botón, no un cinturón, solo la unión donde el pelaje se separaba. Dentro había un cuerpo humano desnudo.

Moví hacia atrás la piel, así podrían ver.

—Son cambiaformas, pero no son licántropos. Es un hechizo. No es contagioso, no me venga con esa mierda, hijo de puta.

—Anita, no te metas con él —dijo Dolph.

Su voz sonó tan extraña, tan distante, que le presté atención.

El hombre se sacó su propia chaqueta y la colocó encima de Zerbrowski. Hizo presión cautelosamente, como si todavía no confiase en la sangre.

—Apártese de él.

Me apoyé en el abrigo, usando todo mi peso para mantener dentro sus intestinos. Se movieron bajo mi mano como algo vivo, blando y después se entibiaron, manteniendo su calor.

—¿Cuándo diablos vas a conseguir balas de plata para tu brigada? —pregunté.

Dolph casi se rió.

—Pronto, espero.

Tal vez les podría comprar algunas cajas para navidad. Por favor, estimado Dios, deja que sea navidad para todos. Contemplé la cara pálida de Zerbrowski. Sus gafas se habían caído durante la lucha. Miré alrededor y no podía verlas. Pareció importante encontrar sus gafas. Me arrodillé sobre su sangre y lloré porque no podía encontrar sus malditas gafas.



TREINTA Y SIETE

A Zerbrowski lo estaban cosiendo. Ninguno de los médicos nos decía nada. Cautelosos. Su diagnóstico era reservado. Dolph también estaba en el hospital. No muy mal, pero lo suficiente como para tener que quedarse durante un día, más o menos.

Zerbrowski no había recobrado el conocimiento antes de que se lo llevaran. Esperé. Katie, su esposa, llegó en algún momento del día, en medio de toda aquella espera. Sólo era la segunda vez que nos habíamos visto. Era una mujer pequeña, con una melena de pelo oscuro atado en una cola de caballo suelta. Sin una gota de maquillaje, era encantadora.

Nunca había entendido cómo Zerbrowski había conseguido echarle el guante.

Ella caminó hacia mí, sus oscuros ojos amplios. Agarraba su monedero como un escudo, con los dedos clavados en el cuero. —¿Dónde está? —Su voz era alta y entrecortada, como la de una niña. Siempre sonaba así.

Antes de que pudiera decir algo, el médico salió por las puertas de vaivén del final del pasillo. Katie lo contempló. Toda la sangre había desaparecido de su cara.

Me levanté y me acerqué para estar de pie a su lado. Contempló al médico como si fuera el monstruo de sus peores pesadillas.

Probablemente era más exacto que lo que deseaba que lo fuera. —¿Es usted la Sra. Zerbrowski? —preguntó el médico.

Afirmó con la cabeza. Sus manos, donde agarraban el monedero, estaban moteadas, temblando con la tensión.

—Su marido está estable. Se le ve bien. Va a superarlo.

La Navidad llegaba después de todo.

Katie soltó un pequeño suspiro y sus rodillas no la sostuvieron. La agarré y soporté todo su peso muerto. No podía pesar más de 40 kg.

—Tenemos una salita aquí si puede… —Me miró, luego se encogió de hombros.

Levanté a Katie Zerbrowski en mis brazos, conseguí mantener el equilibrio.

—Vaya delante —dije.

Dejé a Katie sentada al lado de la cama de Zerbrowski. Su mano se aferró alrededor de la suya, como si supiera que ella estaba allí. Tal vez lo sabía. Lucille, la esposa de Dolph, también estaba allí para sostener su mano, por si acaso. Quedándome con la vista fija en la pálida cara de Zerbrowski, recé, «por si acaso».

Quise esperar hasta que Zerbrowski despertara, pero el médico me dijo que probablemente no sería hasta mañana. No podría pasar sin dormir todo ese tiempo. Mis nuevas puntadas hicieron que la cicatriz de la quemadura cruciforme de mi brazo izquierdo se arqueara. Marcas de garras torcidas hacia un lado, perdiendo parte de la elevación del tejido de cicatricial en la curva de mi brazo.

Llevar a Katie había abierto algunos de mis puntos y sangraban en la venda. El médico que había trabajado en Zerbrowski y lo había cosido de nuevo personalmente, me miró mucho las cicatrices.

Me dolía el brazo y estaba vendado desde la muñeca al codo. Pero estábamos todos vivos. Sí.

El taxi me dejó en mi edificio en lo que habría sido una hora decente.

Louie había sido drogado y atado en el sótano. Elvira se había confesado culpable de tomar la piel de un hombre lobo, un hombre

leopardo e intentar llevarse la del naga. Jason no había estado en la casa. Ella negó haberle visto alguna vez. ¿Para qué necesitaría otra piel de hombre lobo?

La piel de hombre rata habría sido para ella, o eso dijo. Cuando le preguntamos para quién habría sido la piel de serpiente no lo dijo, pero había al menos otra persona implicada que no estaba dispuesta a entregar.

Era una bruja y había usado la magia para matar. Era una sentencia de muerte automática. Una vez condenada, la acción sería realizada dentro de cuarenta y ocho horas. Sin posibilidad de recurso. Sin perdón.

Muerta. Los abogados intentaban conseguir que se confesase culpable de las otras desapariciones. Si se confesaba culpable, ellos podrían conmutar la acción. Podrían. Una bruja asesina. No creí que aligeraran la sentencia, pero quizás lo harían.

Richard estaba sentado junto a mi puerta. No había esperado verle, era noche de luna llena y todo eso. Le había dejado un mensaje en el contestador automático sobre el descubrimiento de Louie y que estaba bien.

La policía trataba de guardar todo esto en silencio, sobre todo la identidad secreta de Louie. Esperaba que lo pudieran manejar. Pero al menos estaba vivo. Control de animales tenía al perro.

—Recibí tu mensaje —dijo él—. Gracias por salvar a Louie.

Puse la llave en la cerradura.

—De nada.

—No hemos encontrado a Jason. ¿Realmente crees que las brujas se lo llevaron?

Abrí la puerta. Me siguió dentro y la cerró.

—No lo sé. Eso también ha estado inquietándome. Si hubiera cogido a Jason, debería haber estado allí. —La piel de lobo había sido de una mujer que no conocía.

Anduve hacia el dormitorio como si estuviera sola. Richard me siguió. Me sentía débil y distante, y ligeramente irreal. Habían cortado la manga de la chaqueta y del suéter. Había tratado de salvar la chaqueta pero supongo que habría sido arruinada de todos modos. También habían cortado la funda del brazo izquierdo. La tenía junto con el cuchillo metida en el bolsillo de la chaqueta. ¿Por qué siempre lo cortan todo en la sala de emergencias?

Siguió detrás de mí, conmovedor, sus manos se cernieron sobre mi brazo.

—No me dijiste que te habían herido.

El teléfono sonó. Respondí sin pensar.

—¿Anita Blake? —dijo la voz de un hombre.

—Sí.

—Soy Williams, el naturalista del Centro de Audubon. Volví a escuchar algunas de las cintas del búho que registré por la noche. Una de ellas tiene lo que yo juraría que eran hienas. Se lo dije a la policía, pero no parecieron comprender el significado. ¿Comprende usted lo que significa que haya sonidos de hiena aquí?

—Un hombre hiena —dije.

—Sí, eso pensé también.

Nadie le había dicho que el asesino era probablemente un hombre lobo. Pero uno de los cambiaformas desaparecidos era una hiena. Tal vez Elvira realmente no sabía lo que había pasado con todos los licántropos desaparecidos.

—¿Ha dicho usted que se lo dijo a la policía?

—Sí, lo hice.

—¿A quién se lo dijo?

—Llamé a la oficina del Sheriff Titus.

—¿Con quién habló?

—Aikensen.

—¿Sabe usted si se lo dijo a Titus?

—No, pero ¿por qué no lo haría?

Por qué, en efecto.

—Hay alguien en la puerta. ¿Puede esperar un minuto?

—No creo…

—Volveré enseguida.

—¡Williams, Williams, no abra la puerta! —Pero le hablaba al vacío.

Oí cómo atravesaba la habitación. La puerta se abrió. Emitió un sonido de sorpresa. El sonido de pasos más pesados se escuchaba sobre el suelo.

Alguien recogió el teléfono. Podía oír la respiración. No dijeron nada.

—Hábleme, hijo de perra.

La respiración se hizo más pesada.

—Si le hace daño, Aikensen, le alimentaré con su pene a punta de cuchillo.

Se rió y colgó. Y nunca sería capaz de declarar en un tribunal quién estaba al otro lado del teléfono.

—Mierda, maldición, infiernos.

—¿Qué ocurre?

Llamé a información para conseguir el número del Departamento de Policía de Williton. Presioné el botón de marcado automático.

—Anita, ¿qué pasa?

Levanté la mano para indicarle que esperara. Una mujer contestó.

—¿Es la ayudante Holmes?

No lo era. Pero conseguí al Jefe Garroway, después de impresionar a la telefonista con que esto era un asunto de vida o muerte. No le grité. Merecía muchos puntos por eso.

Le di la versión resumida de The Reader's a Garroway.

—No puedo creer que Aikensen esté implicado en algo como esto, pero enviaré un coche.

—Gracias.

—¿Por qué no llamaste al 911? —preguntó Richard.

—Ellos llamarían a la policía del condado. Podrían asignarle la llamada Aikensen. —Luchaba con mi chaqueta destrozada. Richard me ayudó a sacarla de mi hombro izquierdo, si no nunca podría haberme liberado. Cuando lo conseguí, comprendí que no me quedaban abrigos.

Había destrozado dos en tan poco tiempo. Agarré el único que me quedaba. Era rojo, largo y grande. Me lo había puesto dos veces. La última vez fue en Navidad. El abrigo rojo me haría visible hasta por la noche. Si tuviera que moverme sigilosamente sobre alguien, tendría que quitármelo.

Richard tuvo que ayudarme a introducir el brazo izquierdo en la manga. Todavía dolía.

—Vayamos por Jason —dijo él.

Le miré.

—Tú no vas a ninguna parte, salvo a dondequiera que van los licántropos cuando hay luna llena.

—No puedes ponerte ni tu propio abrigo. ¿Cómo vas a conducir?

Tenía razón.

—Esto puede ponerte en peligro.

—Soy un hombre lobo adulto y esta noche hay luna llena. Creo que puedo manejarlo. —Tenía una mirada perdida en los ojos, como si oyera voces que yo nunca conocería.

—Bien. Vamos, pero vamos a salvar a Williams. Creo que los cambiaformas están cerca de ese lugar, pero no sé exactamente dónde.

Estaba allí, de pie, con su abrigo largo de paño. Llevaba puesta una camiseta blanca, unos vaqueros con una rodilla rota y un par de zapatos menos que respetables.

—¿Por qué la ropa desgastada?

—Si cambio con la ropa, siempre son desgarradas. Precaución. ¿Estás lista?

—Sí.

—Vamos —dijo. Había algo en él que era diferente. Una tensión en espera, como el agua justo antes de desbordarse. Cuando examiné sus ojos marrones, algo se deslizó detrás de ellos. Alguna forma cubierta de piel, esperando para salir.

Comprendí lo que sentía. Impaciencia. La bestia de Richard miraba hacia fuera con sus verdaderos ojos marrones y estaba impaciente por hacer su trabajo. ¿Qué podía decir? Nos fuimos.



TREINTA Y OCHO

Edward se apoyaba contra mi Jeep, los brazos cruzados, el aliento confundiéndose con el aire. La temperatura había caído unos dos grados bajo cero al llegar la noche. La helada había vuelto. Todo el agua derretida se había vuelto a congelar. La nieve crujía bajo mis pies.

—¿Qué haces aquí, Edward?

—Estaba a punto de subir a tu piso, cuando te vi bajar.

—¿Qué quieres?

—Quiero jugar —contestó.

Le contemplé.

—Así, sin más. No sabes en qué estoy implicada, pero quieres un pedazo.

—Si me mantengo a tu alrededor puedo matar a mucha gente.

Triste, pero cierto.

—No tengo tiempo para discutir. Entra.

Se deslizó al asiento trasero.

—Exactamente, ¿a quién vamos a matar esta noche?

Richard arrancó el motor. Me retorcí.

—Vete tú a saber. Hay un policía renegado, y quien quiera que sea, ha secuestrado a siete cambiaformas.

—¿Las brujas no lo hicieron?

—No todo.

—¿Crees que conseguiré matar algún licántropo esta noche?

Estaba vacilando a Richard, creo. Richard no estaba ofendido.

—He estado pensando en quién podría habérselos llevado sin luchar. Tuvo que ser alguien en quien ellos confiaran.

—¿En quién confiarían? —pregunté.

—En uno de nosotros —contestó.

—Ah, muchacho —añadió Edward—, licántropo para el menú de esta noche.

Richard no le corrigió. Si estaba bien para él, lo estaba para mí.



TREINTA Y NUEVE

Williams estaba encogido en una esquina. Le habían pegado un tiro en el corazón a quema ropa. Dos tiros. Tanto por su doctorado.

Una de sus manos rodeaba una Mágnum 357. Apostaría a que había hasta pólvora en su piel, como si realmente hubiera disparado el arma.

La ayudante Holmes y su compañero, cuyo nombre no podía recordar, estaban en la nieve, muertos. La Mágnum se había llevado la mayor parte de su pecho. Sus rasgos, parecidos a los de un duendecillo, estaban flojos y ya no era tan bonita. Con sus ojos mirando fijamente hacia arriba, no parecía dormida. Sólo parecía muerta.

Su compañero había perdido la mayor parte de la cara. Estaba derrumbado en la nieve, sangre y sesos esparcidos sobre la nieve congelada. El arma todavía sujetada en su mano. Holmes también había sacado el arma. Para lo que le sirvió. Dudé de que alguno de ellos hubiera disparado a Williams, pero habría apostado la paga de un mes a que una de

las armas lo había hecho.

Me arrodillé en la nieve y mascullé: «Mierda».

Richard se acercó a Williams. Le contemplaba como si quisiera memorizarlo.

—Samuel no tenía ningún arma. No creía ni en la caza.

—¿Le conocías?

—Estoy en Audubon, recuerdas.

Afirmé con la cabeza. Nada parecía real. Parecía organizado. ¿Se libraría de esto? No.

—Está muerto —comenté suavemente.

Edward se acercó a mí.

—¿Quién está muerto?

—Aikensen. Todavía anda y habla, pero está muerto. Sólo que no lo sabe aún.

—¿Dónde lo encontraremos? —preguntó Edward.

Buena pregunta. Yo no tenía ninguna buena respuesta. Mi busca sonó, y grité. Uno de esos pequeños gañidos que son siempre tan embarazosos. Comprobé el número con el corazón tronándome en el pecho.

No reconocí el número. ¿Quién podía ser? Y, ¿podía ser lo bastante importante como para devolver la llamada esta noche? Había dejado el número de mi busca en el hospital. Tampoco conocía ese número. Tenía que contestar. Demonios, tenía que llamar al Jefe Garroway y decirle que su gente había caído en una emboscada. Podía hacer ambas llamadas desde la casa de Williams.

Caminé con dificultad hacia la casa. Edward me siguió. Llegamos hasta el porche antes de comprender que Richard no estaba con nosotros.

Retrocedí. Se había arrodillado al lado de Williams. Al principio pensé que rezaba, entonces comprendí que tocaba la nieve ensangrentada. ¿Realmente quería saberlo? Sí.

Volví hacia atrás. Edward se quedó en el porche sin preguntar. Punto para él.

—Richard, ¿estás bien?

Era una pregunta estúpida, con un hombre al que conocía muerto a sus pies. Pero ¿qué se suponía que iba a preguntar? Su mano se cerró sobre la nieve ensangrentada, aplastándola. Sacudió la cabeza. Pensé que sólo era ira, o pena golpeándole, hasta que vi el sudor en su cara.

La giró hacia arriba con los ojos cerrados. La luna brillaba con un

blanco lleno y brillante, pesado y de plata. La luz era casi como la de un día brillante lejos de la ciudad. Briznas de nubes surcaban el cielo, brillando con la claridad de la luna.

—¿Richard?

—Le conocía, Anita. Hemos ido juntos a avistar aves. Hablamos sobre su tesis doctoral. Le conocía, y ahora todo en lo que puedo pensar es en el olor a sangre y en que todavía está caliente.

Abrió los ojos y me miró. Había pena en ellos, pero ante todo había oscuridad. Su bestia miraba hacia fuera a través de sus ojos.

Me alejé. No podía sostener su mirada.

—Tengo que hacer esa llamada telefónica. No te comas ninguna prueba.

Me alejé a través de la nieve. Había sido una noche demasiado larga.

Llamé desde el teléfono de la cocina de Williams. Primero a Garroway, le dije lo que habíamos encontrado. Una vez que pudo respirar, blasfemó un poco y afirmó que habría venido él mismo. Probablemente estaba preguntándose si las cosas hubieran sido diferentes si hubiera venido él en primer lugar. Las decisiones de mando son siempre difíciles.

Colgué y marqué el número de mi busca.

—Hola.

—Soy Anita Blake. Este número ha aparecido en mi busca.

—Anita, soy Kaspar Gunderson. El hombre cisne.

—Sí Kaspar, ¿qué quieres?

—Suenas horrible. ¿Ha pasado algo?

—¿Qué parte quieres? ¿Por qué me llamaste?

—He encontrado a Jason.

Me enderecé.

—Estás de broma.

—No, le encontré. Ahora le tengo en mi casa. He estado tratando de ponerme en contacto con Richard. ¿Sabes dónde está?

—Conmigo.

—Perfecto —añadió—. ¿Puede venir para llevarse a Jason antes de que cambie?

—Bien, sí, supongo, ¿por qué?

—Soy un pájaro, Anita. No soy ningún depredador. No puedo controlar a un hombre lobo inexperto.

—Bien, se lo diré. ¿Dónde está tu casa?

—Richard sabe dónde es. Tengo que regresar con Jason, calmarle. Si cambia antes de que llegue Richard, me pongo a cubierto. Si no contesto al timbre, ya sabes lo que pasó.

—¿Estás en peligro?

—Sólo apresúrate —colgó.

Richard había entrado. Estaba de pie en la entrada, pasmado, como si escuchara una música que sólo él podía oír.

—¿Richard?

Su cabeza se movió despacio, hacia el sonido de mi voz, como un vídeo a cámara lenta. Sus ojos eran de un dorado pálido, de color ámbar.

—Jesús —exclamé.

No apartó la mirada. Parpadeó y sus ojos me enfocaron.

—¿Qué pasa?

—Kaspar ha llamado. Encontró a Jason. Ha estado tratando de despertarlo. Dice que no puede controlarle una vez que cambie.

—Jason, bien —afirmó. Lo pronunció con ese deje inquisitivo.

—Sí. ¿Estás bien?

—No, tengo que cambiar pronto o la luna escogerá el momento por mí.

No entendí exactamente qué quería decir, pero podría explicármelo en el coche.

—Edward puede conducir, por si la luna decide salir en el mejor momento, camino de la carretera cuarenta y cuatro.

—Buena idea, pero la casa de Kaspar está encima de la montaña.

—¿Qué quieres decir?

—Kaspar vive por encima de la carretera.

—Genial, vamos.

—Tendrás que dejarnos a Jason y a mí allá arriba —aseguró.

—¿Por qué?

—Puedo asegurarme de que no dañe a nadie, pero tiene que cazar. Le llevaré fuera. Hay ciervos en el bosque.

Le contemplé. Todavía era Richard. Aún era mi amorcito, pero… sus ojos eran del color del ámbar pálido, asustaban sobre su cara oscura.

—No vas a cambiar en el coche, ¿verdad? —pregunté.

—No. Nunca te pondría en peligro. Tengo control completo sobre mi bestia. Esa es la manera de un lobo alfa.

—No me preocupa ser comida —presumí—. Es sólo que no quiero que ensucies por completo mis asientos nuevos.

Me dirigió una sonrisa. Habría resultado más consolador, si sus dientes no hubieran sido más puntiagudos de lo habitual. ¡Jesús!



CUARENTA

La casa de Kaspar Gunderson estaba hecha de piedra, o al menos parte de ella. Trozos de granito formaban las paredes. Era en blanco, las tejas del techo de madera en pálido gris. La puerta era igualmente blanca.

Estaba limpia, ordenada y todavía lograba verse rústica. Estaba igualmente limpia toda el área de la montaña. El camino terminaba a un lado de la casa. Había una vuelta en U pero la carretera no pasaba por allí.

Richard tocó el timbre. Kaspar la abrió. Se veía sorprendido de vernos.

—Richard, gracias a Dios. Es muy difícil para él seguir en forma humana, pero no creo que consiga aguantar mucho tiempo más.

Mantuvo la puerta abierta para nosotros.

Entramos y encontramos a dos extraños hombres sentados en la sala de estar. El hombre a la izquierda era pequeño, oscuro y llevaba gafas con montura metálica. El otro hombre era más alto, rubio y con barba rojiza.

Eran las únicas cosas que no hacían juego con la decoración. La sala de

estar era enteramente blanca; la alfombra, el sofá, las sillas, las paredes.

Era como estar en mitad de un cono de helado de vainilla. Tenía el mismo sofá que yo. Necesitaba mobiliario nuevo. —¿Quiénes son? —preguntó Richard.

—No son de los nuestros.

—Podría decir eso —dijo Titus.

Estaba en la puerta que conducía a la cocina, con un arma en su mano.

—Que nadie se mueva —dijo.

Su acento sureño era grueso como el pan de maíz.

Aikensen apareció en la puerta que comunicaba con el resto de la casa. Tenía otra Magnum en la mano. —¿Atrapó a estos por lo que hablamos? —pregunté.

—Me gustó la amenaza por teléfono. Me puso caliente.

Di un paso hacia delante, no había pensado en complacer.

—Por favor —dijo Aikensen.

Apuntaba hacia mi pecho con el arma. Titus apuntaba a Richard. Los dos hombres de las sillas también sacaron sus armas. Una gran fiesta feliz.

Edward se encontraba todavía a mi espalda. Casi le podía sentir sopesando las probabilidades. El disparo de un rifle sonó detrás de nosotros. Todos saltamos, incluso Edward. Otro hombre nos atajó por la puerta. Tenía canas grises en una cabeza casi calva. El hombre gris tenía un rifle en las manos, señaló la cabeza de Edward. No había tiempo suficiente como para sorprenderlo.

—Manos arriba, ¡ya!

Levantamos nuestras manos. ¿Qué más podíamos hacer?

—Coloquen las manos encima de la cabeza —dijo Titus.

Edward y yo lo hicimos como lo habíamos hecho antes. Richard fue más lento.

—Ahora lobito, o le dispararé donde usted está, y su pequeña novia podría recibir algunos tiros durante la confusión.

Richard levantó sus manos.

—Kaspar, ¿qué sucede?

Kaspar estaba sentado en el sofá, no, acostado era la palabra. Se veía cómodo, feliz como un gato bien alimentado… errr, cisne.

—Esos caballeros han pagado una pequeña fortuna para cazar licántropos. Les suministro las presas y un lugar donde cazar.

—Titus y Aikensen se aseguran que nadie los encuentre, ¿es correcto?

—Le dije que hacían un poco de caza, Sra. Blake —dijo Titus.

—¿El hombre muerto era uno de los cazadores?

Los ojos pestañearon, no exactamente apartando la mirada, pero sobresaltándose.

—Sí, Sra. Blake, lo era.

Miré a los dos hombres con las armas. No me gire para ver al de las canas en la puerta.

—¿Creen que vale la pena morir por lastimar a un cambiaformas?

El moreno me miró a través de las gafas redondas. Los discernimientos estaban distantes, calmados. Si le molestaba apuntar el arma en seres humanos del mismo tipo, no lo demostraba. Los ojos del barbudo chasquearon alrededor del cuarto, sin decidirse por algo. No pasaba un buen momento.

—¿Porqué Aikensen y usted no limpiaron el desorden antes de que Holmes y su compañero vieran el cuerpo humano?

—Cazábamos al hombre lobo —dijo Aikensen.

—Kaspar, somos su gente —dijo Richard.

—No —dijo Kaspar.

Se puso de pie.

—Usted no lo es. No soy un licántropo. No tengo una condición heredada. Fui maldecido por una bruja hace tanto tiempo que no consigo recordarlo.

—¿Se supone que eso es para hacernos sentir lástima por usted? —pregunté.

—No. De hecho, no creo que tenga que hacerme aclaraciones a mí mismo. Ambos fueron decentes conmigo. Supongo que me siento culpable sobre eso.

Se encogió de hombros.

—Ésta será nuestra última cacería. Un acontecimiento por todo lo alto.

—Si usted hubiera asesinado a Raina y Gabriel, casi podría comprenderlo —dije—. ¿Pero qué le hicieron alguna vez los licántropos asesinados?

—Cuando la bruja me dijo lo que había hecho, recuerdo haber pensado que ser una gran bestia voraz sería algo increíble. Todavía podría cazar. Aún podría matar violentamente a mis enemigos. En lugar de eso me convirtió… —esparció sus manos anchas.

—Los mata porque son lo que usted quiere ser —dije.

Me dio una pequeña sonrisa.

—Los celos, Anita, envidia. Son emociones muy amargas.

Pensé acerca de llamarlo bastardo, pero no ayudaría. Siete personas habían muerto porque a ese hijo de puta no le gustaba ser un pájaro.

—La bruja le debería haber matado, lentamente.

—Quiso que aprendiera mi lección y me arrepintiera.

—No estoy a favor del arrepentimiento —dije—. Me gusta más la venganza.

—Si estuviera confiado en que morirá esta noche, me podría preocupar.

—Preocúpese —dije.

—¿Dónde está Jason? —preguntó Richard.

—Los llevaremos con él, chicos —dijo Titus.

Edward no había dicho una sola palabra. No estaba segura de lo que pensaba, pero esperaba que no fuese un arma. Si lo hiciera, la mayoría de las personas en este cuarto estarían muertas. Tres de ellos seríamos nosotros.

—Revíselos Aikensen.

Aikensen sonrió abiertamente. Enfundó el arma. A la izquierda teníamos un revólver, dos automáticas y un rifle de alta potencia. Era demasiado. Siendo un equipo de ensueño, Edward y yo aún teníamos límites.

Palmeó a Richard, en una búsqueda rápida. Pasó un buen rato hasta que vio los ojos de Richard. Se volvió pálido simplemente con mirar a los ojos del lobo. Nervioso estaba bien. Pateó mis piernas separándolas. Lo fulminé con la mirada. Las manos revolotearon sobre mis pechos, no era donde yo iniciaría una búsqueda.

—Si hace cualquier movimiento aparte de buscar mis armas, voy a sacarla y correré el riesgo.

—Aikensen, trata a la Sra. Blake como una dama. Ningún engaño.

Aikensen se arrodilló ante mí. Deslizó claramente la palma de su mano sobre mi pecho, rozando mis pezones. Embestí mi codo derecho contra su nariz. La sangre brotó hacia fuera. Rodó en el suelo, las manos sobre la nariz lastimada.

El hombre de pelo oscuro estaba de pie. Apuntaba el arma muy firmemente hacia mí. Las gafas reflejaban la luz escondiendo los ojos.

—Todo el mundo se calma, ahora —dijo Titus—. Aikensen supongo que se lo mereció.

Aikensen se puso de rodillas, la sangre cubría la mitad inferior de la cara. Buscó palpando el arma.

—Si esa arma sale de la pistolera, le dispararé —dijo Titus.

Aikensen respiraba rápido y pesadamente por la boca. Unas cuantas burbujas de sangre asomaron por la nariz cuando intentó respirar a través de ella. Estaba definitivamente rota. No era tan bueno como eviscerarlo, pero era un comienzo. Conservó la mano sobre el arma, pero no la sacó. Se quedó de rodillas durante mucho tiempo. Pude ver la lucha en sus ojos.

Deseaba dispararme lo suficiente como para intentarlo. Bien. El sentimiento era mutuo.

—Aikensen —dijo Titus suavemente.

La voz era muy seria, como si justamente se diera cuenta de que Aikensen podía decidirse por ello.

—Haré lo que dije, chico. No juegue conmigo.

Se puso de pie, escupiendo sangre, intentando sacarla de la boca.

—Va a morir esta noche.

—Tal vez, pero no por ti.

—Sra. Blake, si pudiera dejar de hacerle pullas a Aikensen el tiempo suficientemente para que yo lo aparte de usted, lo apreciaría.

—Siempre es agradable cooperar con la policía —dije.

Titus se rió. El muy bastardo.

—De acuerdo, ahora los criminales le pagan mejor, Sra. Blake.

—Jódase.

—No hay necesidad de ponerse ofensiva.

Guardó el arma en la pistolera lateral.

—Ahora, sólo voy a registrarla para buscar armas. Uno más de esos disparates y vamos a tener que dispararle a uno de ustedes para probar que hablamos en serio. No quiere perder a su amor. O a su amigo. —Sonrió. Sencillamente el veterano buen comisario Titus. Amistoso. ¡Jesús!

Encontró ambas armas, luego me palmeó por segunda vez. Debí sobresaltarme porque dijo:

—¿Cómo se lastimó el brazo, Sra. Blake?

—Ayudaba en otro caso a la policía.

—¿Dejan a un civil lastimarse?

—El sargento Storr y el detective Zerbrowski están en el hospital. Fueron heridos en el cumplimiento del deber.

Algo pasó por encima de la cara regordeta. Podía haber sido pena.

—Los héroes sólo se hacen al morir Sra. Blake. Mejor recuerde eso.

—Los tipos malos también mueren, Titus.

Levantó la manga de mi abrigo rojo y tomó el cuchillo. Lo subió, probando su balance.

—¿Lo hizo a la medida?

Asentí con la cabeza.

—Admiro el buen equipo.

—Consérvelo. Lo conseguiré más tarde.

Se rió ahogadamente.

—Tiene agallas, chica, respeto eso.

—Y usted es un cobarde hijo de puta.

La sonrisa desapareció.

—Siempre teniendo que decir la última palabra, es un mal rasgo, Sra. Blake. La gente se cabrea completamente.

—Esa es la idea.

Se movió hacia Edward. Diría una cosa de Titus; era cuidadoso.

Tomó las dos automáticas, una derringer y un cuchillo lo suficiente grande como para confundirlo con una pequeña espada. No tenía ni idea de donde había estado escondiendo el cuchillo.

—¿Dónde piensan que están ustedes dos? ¿En la caballería maniática?

Edward no dijo nada. Si él podía guardar silencio, entonces yo también lo haría. Había demasiadas armas como para que alguno se enojase e intentase saltar sobre el resto. Estábamos excedidos en número y desarmados. No era una buena manera de comenzar la semana.

—Ahora todos vamos a bajar por la escalera —dijo Titus.

—Queremos que se unan a nuestra cacería. Serán liberados en el bosque. Si pueden alejarse de nosotros, entonces serán libres. Si llegan al policía más próximo nos pueden delatar. Hacen cualquier cosa graciosa antes de que les dejemos ir, y les mataremos. ¿Todos lo comprenden?

Sólo lo miramos.

—No le puedo oír.

—Oí lo que dijo —dije.

—¿Qué me dice rubio?

—Le oí también —dijo Edward.

—Lobito, ¿usted me oye?

—No me llame así —dijo Richard. No sonó asustado en particular.

Bien. Si iba va a morir, que fuera al menos valiente. Disgustaba mucho

a los enemigos.

—¿Podemos bajar nuestras manos ahora? —pregunté.

—No —dijo Titus.

Mi brazo izquierdo comenzaba a latir. Si eso era lo más doloroso que me pasaría esta noche, lo soportaría.

Aikensen salió primero. Richard después con el hombre de pelo oscuro y ojos tranquilos tras él. El barbudo. Después yo. Titus. Edward. Canitas y el rifle después. Kaspar cubrió la retaguardia. Era un desfile.

Las escaleras llevaban a la entrada de una caverna natural debajo de la casa. Era, aproximadamente, de 18 x 10 m. con un cielo raso que no era más alto de cuatro metros. Un túnel conducía a una pared lejana. Las luces eléctricas le daban un resplandor amarillo rudo a todo. Dos jaulas estaban colocadas en las paredes de granito. En la más alejada estaba Jason en posición fetal. No se movió cuando entramos.

—¿Qué le ha hecho? —dijo Richard.

—Intentamos conseguir que cambiase para nosotros —dijo Titus.

—El pajarito aquí dijo que sería una presa fácil.

Kaspar se veía incómodo. Si era por el comentario del pajarito o por la obstinación de Jason, era difícil saber.

—Cambiará para ustedes.

—Eso es lo que dice —dijo Canitas.

Kaspar le miró ceñudamente.

Aikensen abrió la jaula vacía. La nariz seguía sangrándole. Sujetaba un montón de kleenex, pero no ayudaba mucho. Los kleenex eran carmesíes.

—Entre ya, Lobito —dijo Titus.

Richard vaciló.

—Sr. Carmichael, el muchacho, por favor.

El de pelo oscuro sacó su 9mm. y la 22mm. de la pretina. Apuntó a la forma acurrucada de Jason.

—Hemos estado discutiendo en meterle una bala de cualquier manera. A ver si eso ayudaría a persuadirlo a cambiar para nosotros. Ahora entre en la jaula.

Richard estaba allí.

Carmichael apuntó el arma a través de las barras, apuntando por debajo del brazo.

—No lo haga —dijo Richard—. Lo haré.

Entró en la jaula.

—Ahora usted, Rubio.

Edward no discutió. Sólo entró. Tomaba eso mejor que lo que pensaba.

Aikensen cerró la puerta. Le echó el candado, después atravesó la sala andando hacia la segunda jaula. No la abrió. Esperó con el kleenex empapado presionado la nariz. Una gota de sangre cayó al suelo.

—Consigue compartir alojamiento con nuestro joven amigo.

Richard agarró las barras de su jaula.

—No la puede poner allí dentro. Cuando cambie, necesitará alimentarse.

—Dos cosas ayudan a que ocurra el cambio —dijo Kaspar—, el sexo y la sangre. Vi cuánto le gusta a Jason su amiga.

—No haga esto, Kaspar.

—Demasiado tarde —dijo.

Si entraba en la jaula, iba a terminar comida viva. Eso era, de hecho, una de mis cinco formas de no morir en mi lista. No me iba a meter en la jaula. Los haría dispararme primero.

—Aikensen abra la jaula, después entre, Sra. Blake.

—No —dije.

Titus me miró.

—Sra. Blake, el Sr. Fienstien le disparará, ¿lo hará usted Sr. Fienstien?

El barbudo, de ojos inciertos y demás, me apuntó con una Beretta 9 mm. Un arma bonita, si no insistiese en comprar lo americano. El barril se veía muy grande y firme del lado equivocado.

—Estupendo, dispáreme.

—Sra. Blake, no estamos bromeando.

—Ni yo. Mis opciones son recibir un disparo o ser comida viva. Así que dispáreme.

—Sr. Carmichael, apunte su 22mm. hacía aquí. —Carmichael lo hizo.

—La podemos herir, Sra. Blake. Meterle una bala en la pierna y después colocarla de un empujón en esa jaula.

Miré directamente a los pequeños ojos en forma de abalorios, y supe que lo haría. No quería entrar en la jaula, pero en realidad, no quería entrar herida.

—Voy a contar hasta cinco, Sra. Blake, después Carmichael le disparará y la meteremos sin oposición en esa jaula. Uno… dos… tres… cuatro…

—Está bien, está bien, maldito sea. Abra la maldita puerta.

Aikensen lo hizo. Entré. La puerta sonó como una campana que se cerraba tras de mí. Estaba cerca a la puerta. Jason temblaba como si tuviese fiebre, pero no se movía.

Los hombres de fuera parecieron decepcionados.

—Pagamos bastante dinero para cazar un hombre lobo —dijo Canitas.

—No sacamos provecho de lo pagado.

—Tenemos toda la noche, caballeros. No resistirá esta deliciosa delicadeza siempre —dijo Kaspar.

No me gustó que me llamara una delicadeza, deliciosa o de otra manera.

—Llamé a Garroway antes de que llegásemos en coche aquí. Le conté sobre los agentes siendo emboscados. Le dije que era Aikensen.

—Mentirosa.

Miré directamente a Titus.

—Cree que miento.

—Tal vez, solamente les dispararemos a todos y escapemos, Sra. Blake.

—¿Devolverá a esos caballeros el dinero?

—Queremos una cacería, Titus.

Los tres hombres armados no estaban dispuestos a irse antes de que la diversión acabara.

—La policía no sabe nada de la participación del hombre pájaro —dijo Carmichael, el de la 22mm.—, puede quedarse arriba. Si vienen haciendo preguntas, las puede contestar.

Titus se limpió las palmas contra sus pantalones. ¿Sudándole las palmas, nervioso? Esperaba que sí.

—No llamó por teléfono. Simplemente está fanfarroneando —dijo Aikensen.

—Hágalo transformarse —dijo Carmichael.

—No le está prestando atención —dijo Canitas.

—Denle tiempo, caballeros.

—Dijo que no tenemos tiempo.

—Usted es el experto, Kaspar. Piense en algo.

Kaspar sonrió, clavó los ojos en algo tras de mí.

—No creo que tengamos que esperar demasiado.

Me giré lentamente, mirando detrás. Jason estaba todavía acurrucado en el suelo, pero la cara estaba vuelta hacia mí. Rodó por encima de las extremidades con un movimiento fácil.

Los ojos me miraron rápidamente, luego clavó los ojos en los hombres en el exterior de la jaula.

—No lo haré. No cambiaré para usted.

La voz estaba tensa, pero normal. Sonó humano.

—Se ha mantenido firme mucho tiempo, Jason —dijo Kaspar—, pero la luna se levanta. Huela el miedo de ella, Jason. Huela su cuerpo humano. Sabe que la quiere.

—¡No!

Dobló su cabeza hacia atrás, las manos y los brazos hasta el suelo, las rodillas encogidas. Negó con la cabeza, la cara apretada contra la roca.

—No.

Levantó la cara.

—No lo haré como un monstruo de atracción secundaria.

—¿Cree que ayudaría darle a Jason y a la Sra. Blake un poco de intimidad? —preguntó Titus.

—Puede ser —dijo Kaspar.

—A él no parece gustarle la audiencia.

—Sólo le daremos un pequeño respiro, Sra. Blake. Si no está viva cuando regresemos, pues bien, fue agradable conocerla.

—No puedo decir lo mismo, Titus —dije.

—Bien, eso es una verdad honesta de Dios. Adiós, Sra. Blake.

—Púdrase en el infierno, perra. —Era el tiro de despedida de Aikensen.

—Me recordará cada vez que se mire en un espejo, Aikensen.

Su mano se dirigió a la nariz. Aunque el toque dolió, me miró ceñudamente, pero era difícil de verse fiero con un kleenex taponándose la nariz.

—Espero que muera despacio.

—De la misma forma que usted —dije.

—Kaspar, por favor —dijo Richard—. No lo haga. Cambiaré para usted. Le dejaré cazarme. Sólo saque a Anita de allí.

Los hombres se detuvieron y le miraron.

—No me ayudes, Richard.

—Les daré la mejor cacería que alguna vez hayan tenido.

Se presionaba contra las barras, las manos aferrándolas.

—Usted sabe que puedo hacerlo, Kaspar. Dígaselo.

Kaspar lo miró por un largo rato. Negó con la cabeza.

—Creo que usted los mataría.

—Le prometo que no.

—Richard, ¿qué estás diciendo?

Me ignoró.

—Por favor, Kaspar.

—La debe amar mucho.

Richard clavaba los ojos sobre él.

—No importa lo que hagas, Richard, no van a dejarme ir. —No me escuchaba—. ¡Richard!

—Lo siento —dijo Kaspar.

—Confío en usted, Richard, pero la bestia… Pienso que la bestia no es tan de confianza.

—Vámonos, perdemos tiempo. Garroway no sabe dónde mirar pero podía pasar por aquí. Démosle algo de privacidad —dijo Titus.

Todos salieron en grupo siguiendo al comisario regordete. Kaspar fue el último en subir las escaleras.

—Ojalá que hubiesen sido Gabriel y Raina los de las jaulas. Lo siento.

El hombre cisne desapareció en el túnel de roca.

—Kaspar, no nos abandone aquí. ¡Kaspar!

Los gritos de Richard resonaron en la caverna. Pero nada contestó a los ecos. Estábamos solos. Sonidos de lucha me hizo girar, Jason estaba de rodillas otra vez. Algo se movió tras sus ojos azul claro, algo monstruoso y nada acogedor. No estaba la mitad de sola de como quería estar.



CUARENTA Y UNO

Jason dio un paso reptante hacia mí y se detuvo.

—No, no, no.

Cada palabra era un gemido bajo. La cabeza cayó hacia adelante. El pelo rubio cayó hacia el frente el tiempo suficiente como para rozar el suelo. Llevaba puesta una camisa azul de talla muy grande y pantalones vaqueros. La ropa que a uno no le importaría arruinar si sufrieras un cambio con ellas puestas.

—Anita —dijo Richard.

Me moví, así podía ver la otra jaula sin perder de vista a Jason.

Richard intentaba alcanzarme a través de las barras. Una mano extendida hacia mí como si pudiera cruzar el espacio y en cierta forma me pudiese arrastrar hacia él.

Edward gateó hacia la puerta y empezó a trabajar en el cerrojo.

Realmente no podía ver el cerrojo desde el interior de la jaula. Presionó

la mejilla contra las barras y cerró los ojos. Cuando no podías usarlos, no se convertían en una distracción.

Se reclinó y sacó una delgada tira de cuero del bolsillo. Lo abrió y reveló un juego de herramientas diminutas. Desde esa distancia no los podía ver claramente, pero supe lo que eran. Edward iba a abrir el cerrojo.

Podríamos salir y estar en el bosque antes de que supieran que faltábamos.

La noche iba mejorando.

Edward se reacomodó contra las barras, un brazo al lado del cerrojo, una mano a cada lado. Los ojos estaban cerrados, la cara en blanco, totalmente concentrado en las manos.

Jason hizo un pequeño sonido con el pecho. Gateó hacia mí, dos pasos lentos, arrastrándose. La cabeza arrojada hacia arriba. Los ojos eran todavía azules como el cielo en primavera, pero no había nadie en casa.

Me miró como si pudiera ver dentro de mi cuerpo humano, observando mi corazón latir pesadamente en mi pecho, oliendo la sangre en mis venas.

No tenía apariencia humana.

—Jason —dijo Richard—, aguanta. Seremos libres en pocos minutos.

Simplemente aguanta.

Jason no reaccionó. No creía que le hubiese escuchado.

Pensé que esos pocos minutos eran excesivamente optimistas, pero oye, estaba dispuesta a creerlo si Jason lo hacía.

Jason gateó hacia mí. Apreté mi espalda contra las barras de la jaula.

—Edward, ¿cómo vas con ese cerrojo?

—Éstas no son las herramientas que habría escogido para este cerrojo en particular, pero lo conseguiré.

Había algo en la forma en que Jason gateaba hacia mí, como si tuviera músculos en sitios que no debía tener.

—Hazlo pronto, Edward.

No me contestó. No tuve que mirar, sabía que trabajaba en el cerrojo Tenía fe en que abriría la puerta. Me eché para atrás contra las barras, era difícil mantener distancia entre el hombre lobo y yo. Edward podía abrir la puerta, pero ¿sería a tiempo? Esa era la pregunta del millón.

Un sonido en la entrada causó que echara un vistazo tras de mí.

Carmichael entró en la caverna. Tenía la 9mm en la mano. Sonrió. Era lo más feliz que le había visto.

Edward le ignoró, trabajando en el cerrojo como si un hombre armado

no hubiera entrado en el cuarto.

Carmichael levantó el arma y apuntó a Edward.

—Apártese del cerrojo, ahora. —Amartilló el arma, no era necesario, sino simplemente teatral.

—No le necesitamos vivo. Deje… de manipular… el… cerrojo. —Dio un paso al frente con cada palabra.

Edward le miró. La cara estaba todavía en blanco, como si la concentración estuviera todavía en las manos, sin enfocarse completamente en el arma que estaba siendo apuntada hacia él.

—Tire fuera las herramientas, lejos. Ahora.

Edward clavó los ojos en él. La expresión no cambió, pero tiró descuidadamente las dos pequeñas herramientas.

—Saque el juego completo del bolsillo y tírelo fuera de la jaula. No intente decirme que no tiene uno. Si tiene esas dos piezas, tiene el resto.

Me pregunté qué había hecho Carmichael en la vida real. Algo no agradable. Algo en donde sabia cuantas herramientas eran necesarias para romper un cerrojo.

—No le advertiré otra vez —dijo Carmichael—. Tírelo al suelo o aprieto del gatillo. Estoy cansado de este desastre.

Edward tiró al suelo la delgada tira de cuero. Hizo un pequeño sonido al rebotar en las rocas. Carmichael no hizo el intento de recogerla.

Estaba fuera de nuestro alcance. Era todo lo que importaba. Caminó atrás, manteniéndonos a la vista a todos. Dirigió una parte de su atención a Jason y a mí. Oh, alegría.

—Nuestro pequeño hombre lobo está despierto. Esperaba que lo estuviera.

Un gruñido quedo, roto, salió de la garganta de Jason.

Carmichael se rió a carcajadas, muy contento.

—Quería verlo cambiar. Qué bien que vine a comprobarlo.

—Estoy emocionada que esté usted aquí —dije.

Se acercó fuera de alcance de nuestra jaula. Clavaba los ojos en Jason.

—Nunca los he visto cambiar.

—Déjeme salir y lo observaremos juntos.

—¿Por qué haría eso? Pagué por el espectáculo completo.

Sus ojos brillaban con anticipación. Brillantes y luminosos como un niño en la mañana de Navidad. Mierda.

Un gruñido llevó mi atención completamente de regreso a Jason.

Estaba agachado en el suelo de roca, las manos y las piernas recogidas debajo de él. Observar ese gruñido salir de entre los labios humanos erizó el pelo de mi nuca.

No me tenía a la vista.

—Pienso que le gruñe a usted, Carmichael.

—Pero no estoy en la jaula —dijo.

Tenía mucha razón.

—Jason, no te enojes con él —dijo Richard—. La cólera alimentará a la bestia. No puedes permitirte el lujo de enojarte. —La voz de Richard era asombrosamente calmada, incluso sosegada. Estaba tratando de acallar a Jason, o independientemente de lo que hablase, evitar que el hombre lobo emergiera.

—No —dijo Carmichael—, enójese, lobo. Voy a cortarle la cabeza completamente y la colocaré en mi pared.

—Regresará a la forma humana después de que haya muerto —dije.

—Lo sé —dijo Carmichael.

Dios.

—El que le descubran con una cabeza humana en su posesión, puede resultar un tanto sospechoso.

—Tengo una buena cantidad de trofeos que no querría que la policía descubriera —dijo.

—¿Qué hace en la vida real?

—Esto es real.

Negué con la cabeza. Era difícil discutir con él, pero quería hacerlo.

Jason gateó hacia las barras, en cuclillas. No era elegante, pero tenía una energía como si fuera a lanzarse por los aires. Como si pudiese volar.

—Cálmate, Jason, cálmate —dijo Richard.

—Ven, chico, inténtalo. Acércate a las barras y apretaré el gatillo.

Le observé agrupar cada músculo y lanzarse hacia las barras. Golpeó fuerte contra ellas, las manos dándole arañazos. Los brazos estirados cuanto podía. Acuñaba un hombro entre las barras como si se escabullese.

Por un momento Carmichael se vio inseguro, luego se rió.

—Dispáreme —dijo Jason.

Su voz era más gruñido que palabras.

—Dispáreme.

—Creo que no —dijo Carmichael Jason agarró las barras con las manos y se deslizó hasta ponerse de rodillas, la frente presionada contra las barras.

La respiración estaba acelerada, jadeante, como si hubiera corrido una milla en una maratón. Si hubiese sido humano habría híper ventilado y se habría desmayado. La cabeza se volvió lentamente hacia mí, dolorosamente lenta, como si no quisiera hacerlo. Había intentado obligar a Carmichael a dispararle. Se arriesgó a ser asesinado para no abalanzarse sobre mí. No me conocía lo suficiente como para arriesgar su vida. Consiguió una buena cantidad de puntos en mi libro.

Me miró y la cara estaba desnuda, dura con necesidad. No por el sexo, no por el hambre, o ambos, o ninguno, no comprendía la apariencia de sus ojos, y no quería hacerlo.

Gateó hacia mí. Retrocedí, casi corriendo hacia atrás.

—No corras —dijo Richard—. Lo excita.

Miré perdidamente la expresión vacía de Jason, agarré todo lo que tenía para mantenerme en pie. Mis manos aferraban las barras tras de mí, lo suficientemente fuerte como para lastimarme, pero dejé de correr.

Correr era malo.

Jason se detuvo cuando lo hice. Se agachó fuera de alcance. Puso una mano sobre la tierra y gateó hacia mí. Era lento, como si no quisiera, pero siguió acercándose. —¿Más ideas brillantes? —pregunté.

—No corras. No luches. Es excitante. Intenta estar tranquila. Intenta no estar asustada. El miedo es muy excitante.

—¿Hablando por experiencia personal? —pregunté.

—Sí —dijo.

Quería cambiar de dirección, ver mi cara, pero no lo podía hacer.

Tenía ojos sólo para el hombre lobo que gateaba hacia mí. El hombre lobo en la otra jaula podía cuidarse.

Jason se arrodilló a cuatro patas a mis pies, como un perro esperando una orden. Alzó el cuello y me miró. Los ojos eran de un color verde pálido. El azul del iris se había ahogado en un remolino de color nuevo.

Cuando terminaron de cambiar, los ojos eran del color de la hierba primaveral nueva, verde pálido, y nada humano en absoluto.

Me quedé sin aliento. No lo podía ayudar. Se movió más cerca, inhalando por la nariz el aire alrededor de mí. Las yemas de sus dedos rozaron mi pierna. Avancé a brincos. Dejó salir un largo suspiro y restregó su mejilla contra mi pierna. Había hecho más que eso en el Café Lunático, pero los discernimientos todavía habían sido en su mayor parte humanos.

Había estado armada. Habría dado casi cualquier cosa por tener un

arma.

Jason agarró el dobladillo de mi abrigo, convirtiéndolo en una bola con las manos formando puños, tirando de la tela. Iba a tirarme al suelo.

De ninguna manera. Me lo quité de los hombros. Jason lo apartó de mí.

Me salí del círculo de tela. Acercó el bulto del abrigo hacia la cara con ambas manos. Giró sobre la tierra con ello presionado al cuerpo humano como un perro con un pedazo de carroña. Revolcándose en el perfume.

Se arrodilló. Asechó hacia mí, moviéndose con una gracia fluida que era inquietante como el demonio. Los seres humanos no gateaban graciosamente.

Retrocedí lentamente, sin correr. Pero no quería que me tocara otra vez. Aceleró el paso, cada movimiento era preciso. Los ojos verdes centrados en mí como si fuera todo lo que existía en el mundo.

Comencé a retroceder más rápido. Se movió conmigo.

—No corras, Anita, por favor —dijo Richard.

Mi espalda chocó con la esquina de la jaula. Di un pequeño grito.

Jason cubrió la distancia entre nosotros en dos movimientos simples. Las manos tocaron mis piernas. Me tragué un grito. Mi pulso amenazaba con ahogarme.

—Anita, controla tu miedo. Cálmate, piensa con tranquilidad.

—Joder, quieres que me calme. —Mi voz sonaba estridente, entré en pánico.

Jason enganchó las puntas de los dedos en mi cinturón. Presionó su cuerpo humano contra mis piernas, inmovilizándome contra las barras.

Tomé un aliento pequeño y lo odié. Demonios, no iba a lloriquear. Escuchaba los latidos de mi corazón en mis oídos, y tomé alientos lentos, calmados. Miré perdidamente hacia esos ojos verdes primaverales y recordé cómo se respiraba.

Jason presionó la mejilla contra mi cadera, deslizándose alrededor de mi cintura. Mi corazón dio un pequeño salto y me atraganté. Me concentré en mi corazón hasta que mi pulso desaceleró. Era el tipo de concentración utilizada para conseguir ese nuevo golpe en judo. La concentración que alimentaba a un nuevo zombi.

Cuando Jason levantó la cabeza y me miró otra vez, mis ojos estaban calmados. Sentí mi cara vacía, neutra, calmada. No estaba segura de cuánto tiempo duraría, pero era lo mejor que podía hacer.

Los dedos se deslizaron bajo mi suéter, hacia mi torso. Tragué y mi

latido se aceleró. Intenté retardarlo, intenté concentrarme, pero las manos se deslizaban por mi cintura, sobre mi piel. Los dedos rastrearon ascendiendo mis costillas. Agarré sus muñecas, deteniéndole las manos en seco sobre mis pechos.

Como se levantó, mis manos quedaron en los brazos. Con las manos todavía bajo mi suéter, levantó la tela, dejando al descubierto mi estómago. A Jason pareció gustarle la vista de la piel desnuda. Se arrodilló otra vez, dejándome amarrarle los brazos. Sentía el aliento caliente en mi estómago desnudo. La lengua dio un golpecito fuera, un toque rápido por un lado de mi ombligo. Los labios rozaban mi piel, suaves, acariciantes.

Le sentí tomar un aliento profundo, tembloroso. Presionó la cara en la carne suave de mi vientre. La lengua bebió a lengüetazos de mi estómago, su boca presionando duro. Los dientes rasparon mi cintura. Me hizo retorcerme, y no de dolor. Sus manos en puños bajo mi suéter, mis manos estremeciéndose. De verdad que no quería soltarle las muñecas, pero le quería fuera de mí.

—Va a comerme o…

—Follarte —añadió Carmichael.

Casi le había olvidado. Había descuidado al hombre con el arma. Tal vez eso me indicaba que no era un peligro para mí. El peligro estaba arrodillado a mis pies.

—Jason sólo ha sido uno de los nuestros durante unos meses. Si puede canalizar la energía en el sexo en lugar de en la violencia, te tomará.

Yo intentaría mantenerlo lejos del deseo de matar.

—¿Qué se supone que quieres decir con eso?

—Mantenlo lejos de tu garganta y de tu estómago.

Me quedé con la mirada fija en Jason. Me contemplaba, poniendo los ojos en blanco. Había una oscuridad en esos ojos pálidos, una oscuridad intensa como para ahogarme dentro.

Quité las manos de Jason de debajo de mi suéter. Deslizó las manos en las mías, mis dedos intentaron bloquearlo. Acarició con la nariz mi estómago, intentaba enterrar la cara donde el suéter se había deslizado de mi piel. Lo levanté con nuestras manos todavía juntas.

Levantó nuestras manos hacia arriba, presionando mis brazos hacia atrás contra las barras. Me opuse al deseo de luchar, de apartarlo. Luchar era excitante, y eso era algo malo.

Teníamos casi la misma altura. Los ojos estaban alarmantemente a unos

centímetros de distancia. Los labios se abrieron y vi, momentáneamente, colmillos. Jesús.

Restregó la mejilla a lo largo de la mía. Los labios se movieron por mi mandíbula. Giré mi cabeza intentando mantenerlo a distancia del pulso fuerte en mi cuello. Se levantó y rozó su boca contra la mía. Presionó su cuerpo humano contra el mío lo suficientemente duro, y supe que le gustaba estar ahí. O al menos al cuerpo humano le gustaba. Enterró la cara en mi pelo y se presionó contra mí, nuestras manos contra las barras de la jaula.

Podía sentir el pulso en su cuello latiendo pesadamente contra el hueso de mi mandíbula. La respiración era demasiado acelerada, el pecho levantándose y cayendo como si estuviera haciendo mucho más que acariciarme. ¿Estaba a punto de pasar de acariciarme a convertirme en un aperitivo?

El poder hormigueó a lo largo de mi piel pero no era Jason. Había probado ese particular poder antes. Era el espectáculo. ¿Estaba excitando a Richard? ¿Le gustaría observarme morir? ¿Sería tan excitante como el ver a la mujer en la película?

—Ella es mía, Jason.

Era la voz de Richard pero con un matiz bajo. El cambio se originaba.

Jason lloriqueó. Era la única palabra para eso.

El poder de Richard montó el aire como un trueno distante, acercándose.

—Aléjate de ella, Jason. ¡Ahora!

Esa última palabra se convirtió casi en un grito. Pero era el tipo de grito que los pumas hacían. Sin miedo, sólo una advertencia.

Sentí que Jason sacudía la cabeza contra mi pelo. Las manos se agitaron contra las mías. La fuerza de eso me hizo gritar ahogadamente.

Era el movimiento equivocado a hacer.

Soltó mis manos tan repentinamente que habría tropezado, pero la línea del cuerpo humano me mantuvo derecha. Avanzó a brincos lejos de mí y tropecé. Me agarró alrededor de los muslos y me levantó en el aire, demasiado rápido para conseguir detenerlo. Me golpeó contras las barras.

Recibí el golpe en mi espalda. Amoratada, pero viva.

Me sujetó con un brazo y apartó de un empujón mi suéter hacia arriba con el otro. Le aparté de un empujón, regresando el suéter a su sitio, cubriéndome. Hizo un sonido quedo con la garganta y me dejó caer

ruidosamente al suelo. Pegarle a la roca me había quitado de la pelea por sólo un minuto. Desgarró el suéter como si fuera papel, esparciéndolo fuera de mi estómago. Alzó la cabeza hacia el cielo y gritó, pero la boca que abrió no era humana.

Si yo hubiera tenido suficiente aire habría gritado.

—¡Jason, no! —La voz no era humana. Con eso el poder de Richard inundó la jaula, tan espeso como para atragantarnos. Jason luchó como si el poder fuera más denso que aire. Le dio un golpe a la nada y pude ver que las manos tenían garras en lugar de dedos—. Detrás, lejos —las palabras eran un gruñido, apenas reconocible.

Jason gruñó de regreso, dientes rompiendo el aire, pero no a mí. Rodó lejos de mí, gateando a lo largo de la roca, gruñendo.

Sólo yací allí, sobre mi espalda, asustada de moverme. Asustada que cualquier movimiento le hiciera perder el balance y le hiciera terminar lo que había empezado.

—Mierda —dijo Carmichael—. Voy y ya regreso, chicos, y el hombre pájaro mejor que piense sobre algo que para hacer que cambie.

Se fue, dejándonos en un silencio que fue sustituido por un sonido bajo, estable. Me di cuenta de que no era Jason.

Me levanté lentamente sobre mis codos. Jason no intentó comerme.

Richard estaba todavía de pie junto a las barras de la jaula, pero la cara se había alargado. Tenía un hocico. El pelo café grueso era más largo. Parecía haber crecido hacia la espalda, como si se atase a la columna. Se sujetaba de su humanidad con una cuerda. Una cuerda débil, brillante.

Edward estaba de pie muy cerca de la puerta. No había intentado correr cuando Richard se volvió aterrador. Edward siempre tenía nervios de acero.



CUARENTA Y DOS

Titus fue el primero en atravesar la puerta.

—Estoy muy decepcionado con todos ustedes. Carmichael me dijo que casi lo consiguió y aquel interfirió.

Kaspar clavó los ojos en Richard como si nunca le hubiese visto antes. Tal vez nunca lo había visto como medio humano, medio lobo, pero algo en la forma en que se quedó con la mirada fija me indicó que era algo más.

—Marcus no pudría haber hecho lo que usted hizo.

—Jason no quiere lastimarla —dijo Richard—. Quiere hacer lo correcto.

—Pues bien, hombre pájaro —dijo Carmichael—, ¿y ahora qué?

Me quedé allí sentada sobre el suelo de roca. Jason estaba acurrucado contra la pared más lejana, sobre las manos y las rodillas, meciéndose de acá para allá, de acá para allá. Un sonido bajo, un gemido, salía de su garganta.

—Está al borde —dijo Kaspar—. La sangre lo hará reaccionar. Ni siquiera un alfa lo puede sujetar en presencia de sangre fresca.

No me gustaba el sonido de eso.

—Sra. Blake, si se acerca a las barras, por favor.

Me moví, así podría vigilar al hombre lobo que gemía y al hombre armado de fuera.

—¿Por qué?

—Haga eso o Carmichael le disparará. No me haga comenzar a contar otra vez, Sra. Blake.

—No creo que quiera acercarme a las barras.

Titus sacó la 45mm. y caminó hacia la otra jaula. Edward estaba sentado. Me miró a través del cuarto, y sabía que si alguna vez salíamos, ellos morirían. Richard todavía estaba de pie aferrado a las barras, con las manos envolviéndolas.

Titus se quedó con la mirada fija en la cara animal de Richard e hizo un silbido bajo.

—Buen Dios.

Apuntó el arma hacia el pecho de Richard.

—Éstas son balas de plata, Sra. Blake. Si llamó a Garroway, no tenemos tiempo para dos cacerías, de todas formas. Garroway no sabe que está aquí, así que tenemos un poco de tiempo, pero no tenemos toda la noche. Además, creo que el hombre lobo podría ser demasiado peligroso.

Así que si sigue contrariándome mucho le mataré.

Crucé mi mirada con Richard.

—Van a matarnos de cualquier manera. No lo hagas —dijo.

La voz era todavía de un bajo profundo que avanzó lentamente por mi columna vertebral.

Iban a matarnos. Pero no podía estar allí y quedarme tranquila, no si pudiese encontrar la forma de prolongar lo inevitable. Caminé hacia las barras más cercanas a ellos.

—¿Ahora qué?

Titus mantenía el arma apuntada sobre Richard.

—Pase sus brazos a través de las barras, por favor.

Quería decirle que no, pero ya habíamos establecido que no estaba dispuesta a ver morir a Richard. Deslicé mis brazos a través de las barras, lo cual me ponía cerca del hombre lobo. No estaba bien.

—Agarren sus muñecas, caballeros.

Formé puños con mis manos, pero no eché marcha atrás. Iba a hacer eso, de acuerdo.

Carmichael agarró mi muñeca izquierda. El Fienstien barbudo tomó mi derecha. Fienstien no me agarraba muy duro. Podía haberme apartado, pero la mano de Carmichael era como acero ardiente. Miré perdidamente hacia los ojos, y no encontré piedad allí. Fienstien era remilgado. Canitas, con su rifle, estaba en medio del cuarto, distanciándose de ellos.

Carmichael estaba aquí para la función completa.

Titus se acercó y comenzó a desenvolver el vendaje de mi brazo. Me opuse al deseo de preguntarle por lo que estaba haciendo. Tenía una idea.

Esperaba estar equivocada.

—¿Cuántos puntos le colocaron, Sra. Blake?

No estaba equivocada.

—No lo sé. Dejé de contar en la veinte.

Dejó caer los vendajes al suelo. Sacó mi cuchillo y lo sostuvo en alto donde se reflejaba la luz. Nada como un poco de talento para el espectáculo.

Presioné mi frente contra las barras de la jaula y aspiré profundamente.

—Voy a reabrir esta herida. Cortaré sus puntos.

—Ya lo sabía —dije.

—¿No luchará?

—Siga con eso.

Aikensen se acercó.

—Déjeme hacerlo. Me debe un poco de sangre.

Titus me miró, casi como si me estuviera pidiendo permiso. Le concedí mi mejor mirada inexpresiva. Le dio el cuchillo a Aikensen.

Aikensen sujetó el cuchillo sobre el primer punto cerca de mi muñeca. Sentí mis ojos agrandarse. No sabía qué hacer. Me parecía una mala idea. No mirar me parecía peor. Rogarles que no lo hicieran me pareció inútil y humillante. Algunas noches no existían buenas opciones.

Cortó el primer punto. Lo sentí chasquear, pero sorprendentemente no me lastimó tanto. Aparté la mirada. Las puntadas fueron cortadas, cortadas y cortadas. Podría soportar eso.

—Necesitamos sangre —dijo Carmichael.

Miré hacia atrás a tiempo para ver a Aikensen colocar el cuchillo contra la herida. Iba a reabrir la herida, lentamente. Eso me iba a doler. Vi momentáneamente a Edward en su jaula. Estaba de pie ahora.

Mirándome. Estaba tratando de decirme algo. Los ojos me hablaban.

Canitas se había alejado de la escena. Estaba de pie cerca de la otra jaula. Evidentemente, le podía disparar, pero a él no le gustaba la tortura.

Edward me miraba. Pensaba que sabía lo que quería. Esperaba que así fuera.

El cuchillo le dio un mordisco a mi piel. Me quedé sin aliento. El dolor era intenso e inmediato, como todas las heridas poco profundas, pero esa iba para largo. La sangre fluyó en una línea gruesa por mi piel.

Aikensen cortaba un punto casi del tamaño de unos dos centímetros. Tiré repentinamente de mis brazos. Fienstien perdió su agarre. Intentó cogerme del brazo. Carmichael apretó su agarre. No podía librarme pero me podía dejar caer hacia el suelo y hacer un movimiento con mi brazo para usar el cuchillo.

Comencé a gritar y a pelear en serio. Si Edward necesitaba una distracción, se la podía dar.

—Una mujer en una jaula y ustedes tres no la pueden controlar.

Titus caminó como un pato. Agarró mi brazo izquierdo mientras Carmichael cogía mi muñeca. Mi mano derecha estaba de vuelta en la jaula, conmigo.

Fienstien revoloteaba cerca de la jaula, sin estar seguro de qué hacer.

Si iba a pagar dinero por cazar monstruos, debería ser más violento. La pistolera estaba próxima a las barras.

Grité repetidas veces, sacudiendo mi brazo izquierdo. Titus lo sujetó, fijándolo al lado del cuerpo. El agarre de Carmichael en mi muñeca me lastimaba. Me tenían a fin de cuentas. Aikensen colocó el cuchillo sobre la herida y comenzó a hacer un corte.

Fienstien se inclinó para ayudarle. Grité y me apoyé en las barras. No saqué el arma. Agarré el gatillo y lo empujé con fuerza sobre el cuerpo. El disparo le dio en el estómago. Cayó de espaldas.

Un segundo disparo hizo eco en la cueva. La cabeza de Carmichael estalló sobre Titus. El sombrero Smokey Bear estaba cubierto de sangre y materia gris.

Edward estaba de pie con el rifle en el hombro. Canitas estaba caído contra las barras de la jaula. El cuello estaba en un ángulo extraño. Richard estaba arrodillado sobre el cuerpo humano. ¿Lo había matado?

Hubo un sonido detrás de mí. Un grito gutural quedo. Titus había sacado el arma. Todavía me tenía sujeta. Fienstien rodaba en la tierra. El

arma estaba fuera de su alcance.

Se escuchó un gruñido bajo viniendo desde detrás de mí. Oí movimiento. Jason regresaba para jugar. Demonios.

Titus sacudió con fuerza mi brazo hacia adelante, casi extrayéndolo de mi hombro. Colocó de un empujón su 45mm. contra mi mejilla. El cañón estaba frío.

—Suelte el rifle o disparo.

Mi cara se apretó contra las barras y el arma. No podía mirar atrás, pero podía oír algo avanzando lentamente, cada vez más cerca.

—¿Cambió?

—Todavía no —dijo Richard.

Edward todavía tenía el rifle alzado, apuntando a Titus. Aikensen parecía congelado, allí de pie con el cuchillo ensangrentado.

—Póngalo en el suelo, rubio, ahora mismo, o ella muere.

—Edward.

—Anita —dijo.

La voz sonó como siempre lo hacía. Ambos sabíamos que podía acertar a Titus, pero si el dedo del hombre se movía nerviosamente mientras moría, también moriría yo. Las elecciones.

—Hazlo —dije.

Tiró del gatillo. Titus cayó contra las barras. La sangre salpicó mi cara. Un globo de algo más grueso que la sangre se deslizó por mi mejilla.

Respiré en bocanadas vacías. Titus cayó en recesión a lo largo de las barras, todavía tenía el arma agarrada en las manos.

—Abra la jaula —dijo Edward.

Algo tocó mi pierna. Me sacudí y giré rápidamente. Jason agarró mi brazo sangrante. La fuerza era increíble. Podía haber aplastado mi muñeca. Acercó la cara hacia la herida y bebió a lengüetadas la sangre, como un gato con un bol de leche.

—Abra la puerta ahora o también morirá.

Aikensen sólo estaba allí, congelado.

Jason lamió mi brazo. La lengua acarició la herida. Dolió, pero me tragué el jadeo. Sin ruido. Sin lucha. Lo había hecho malditamente bien al oponerse para no saltar sobre mí mientras me oponía a los hombres de fuera. Pero la paciencia de un hombre lobo no era infinita.

—¡Ahora! —dijo Edward.

Aikensen saltó, luego fue hacia la puerta. Dejó caer mi cuchillo por la

puerta y hurgó en la cerradura.

Jason le dio un mordisco a mi brazo, simplemente uno pequeño. Me quedé sin aliento. No lo podía ayudar. Richard gritó, ronco y ruidoso.

Jason retrocedió a brincos lejos de mí.

—Corre —dijo.

Enterró la cara en un charco de sangre en el suelo, chapoteó en ella. La voz era forzada, más gruñido que palabra.

—Corre.

Aikensen abrió la puerta. Caminé de espaldas como un cangrejo. Jason levantó su cabeza hacia el cielo y gritó.

—¡Corre!

Me puse de pie y corrí. Aikensen cerró de golpe la puerta detrás de mí. Jason se contorsionaba en el suelo. Cayó en él con convulsiones. La espuma escapaba de su boca. La mano le temblaba, alcanzado nada que pudiera ver. Había visto a las personas transformarse antes pero nunca tan violentamente. Me pareció a un viaje malo o alguien muriendo de estricnina.

El lobo salió precipitadamente de la piel como un producto casi acabado, como una cigarra quitándose la vieja piel. El hombre lobo corrió rápidamente hacia las barras. Las garras hacia nosotros. Ambos dimos marcha atrás. La espuma caía de la mandíbula del hombre lobo. Los dientes chasqueaban en el aire. Y sabía que me mataría y me comería después. Era lo que él hacía, lo que él era.

Aikensen clavaba los ojos en el hombre lobo. Me arrodillé y recogí el cuchillo que había dejado caer.

—¿Aikensen?

Me miró, todavía alarmado y pálido.

—¿Le gustó dispararle en el pecho a la ayudante Holmes?

Me miró ceñudamente.

—La dejé ir. Hice lo que él me pidió.

Di un paso acercándome a él.

—¿Se acuerda de lo que le dije que ocurriría si lastimaba a Williams?

Me miró.

—Lo recuerdo.

—Bien.

Deslicé el cuchillo hacia arriba por su ingle. Lo empujé hasta la empuñadura profundamente. La sangre manó sobre mi mano. Clavó los

ojos en mí, unos ojos que se volvieron vidriosos.

—Una promesa es una promesa —dije.

Cayó y dejé que el peso del cuchillo rajara el abdomen. Los ojos se cerraron y lo saqué.

Pasé el cuchillo sobre la chaqueta y le quité las llaves de la mano inerte. Edward se colgó el rifle sobre el hombro por la correa. Richard me observaba como si nunca me hubiera visto antes. Aún con la cara de forma extraña, los ojos ámbar podían decirme que lo desaprobaba.

Abrí la puerta. Edward salió andando. Richard entendía, pero clavaba los ojos en mí.

—No tenías que matarlo —dijo.

Las palabras eran de Richard, aún así no era su voz.

Edward y yo miramos al hombre lobo alfa.

—Sí, tenía.

—Matamos porque tenemos que hacerlo, no por placer y no por orgullo —dijo Richard.

—Tal vez tú lo haces —dije—. Pero el resto de la manada, el resto de cambiaformas no son tan selectivos.

—La policía puede estar en camino —dijo Edward—. No debemos estar aquí.

Richard recorrió con la mirada a la bestia voraz en la otra jaula.

—Dame las llaves. Sacaré a Jason a través del túnel. Puedo oler el exterior.

Le di las llaves. Las yemas de sus dedos rozaron mi mano. La mano convulsionó sobre las llaves.

—No puedo aguantar mucho tiempo más. Váyanse.

Miré directamente esos extraños ojos ámbar. Edward tocó mi brazo.

—Debemos irnos. Escucho sirenas. Han debido oír los disparos.

—Sé precavido —dije.

—Lo seré.

Dejé a Edward tirar de mí mientras subíamos las escaleras. Richard cayó al suelo, la cara escondida entre las manos. La cara surgió y los huesos se alargaron. Brotaron de la cara como si fuera arcilla.

Tropecé con las escaleras. Sólo la mano de Edward evitó que me cayera. Di la vuelta y subimos corriendo las escaleras. Cuando miré hacia atrás, Richard no estaba a la vista.

Edward dejó caer el rifle en las escaleras. La puerta se abrió de golpe y

la policía entró a través de ella. Sólo entonces me percaté de que Kaspar se había ido.



CUARENTA Y TRES

Ni Edward ni yo fuimos a la cárcel, si bien los policías encontraron a las personas que matamos. Todo el mundo pensó que era un milagro que hubiésemos escapado con vida. La gente había quedado impresionada.

Edward me había asombrado mostrándome la identificación de un tal Ted Forrester, caza recompensas. La muerte de un montón de cazadores ilegales de licántropos había realzado la reputación de todos los caza recompensas, y de Ted Forrester en particular. Obtuve una buena cantidad de publicidad. Bert estaba encantado.

Le pregunté a Edward si Forrester era su apellido real. Sólo sonrió.

Dolph fue dado de alta a tiempo para las Navidades. Zerbrowski tuvo que quedarse un poco más. Les compré a ambos una caja de balas de plata. Sólo era dinero. Además, no quería ver a alguno de los dos mientras la vida les goteaba de unos tubos.

Hice una última visita al Café Lunático. Marcus me dijo que Alfred

había matado a la chica y que todo era idea suya. Gabriel no sabía qué iba a ocurrir, pero una vez que estuvo muerta, no quiso desperdiciar. Los licántropos eran prácticos. Raina había distribuido la película por la misma razón. Realmente no les creía. Era horriblemente conveniente culpar a un hombre muerto. Pero no se lo dije a Edward. Les dije a Gabriel y Raina que si alguna otra película de ese tipo se filmaba, le podían dar el beso de despedida a sus culos peludos. Me incitaban a atacarlos con Edward. Aunque no les dije eso.

Le regalé a Richard una cadena con una cruz de oro y le hice prometer que la llevaría puesta. Me regaló un pingüino de peluche que decía Paraíso invernal, un bolso de pingüinos blanquinegros, y una caja pequeña de terciopelo, como lo que se usan para los anillos. Pensé que me tragaría el corazón. No había un anillo allí, simplemente una nota que decía: Promesas que conservar.

Jean-Claude me regaló una escultura de pingüinos de cristal en un témpano de hielo. Era bella y cara. Me habría gustado más si hubiera sido de Richard. ¿Qué se le regalaba al Amo de la Ciudad por Navidad? ¿Una pinta de sangre? Me conformé con un camafeo antiguo. Se veía grande en el cuello de una de las camisas de encaje.

En algún momento de febrero me llegó una caja de Edward. Era una piel del cisne. La nota decía: Encontré a una bruja para romper la maldición. Levanté la piel con plumas de la caja, y una segunda nota revoloteó al suelo. Esta decía: Marcus me pagó. Debí haber sabido que encontraría la manera de ganar dinero de una matanza que había hecho gratis.

Richard no entendía por qué maté a Aikensen. Intenté explicárselo, excepto lo de decirle que había matado a un hombre porque había dicho que lo haría ya que sonaba como a orgullo. Pero no era orgullo. Era por Williams, quien nunca terminaría su doctorado o vería sus búhos otra vez. Por Holmes, quien nunca llegaría a ser la primera mujer jefe de la policía. Por toda la gente que había matado, que nunca tendrían una segunda oportunidad. Si no la podían tener, entonces él tampoco. No perdí el sueño por matar a Aikensen. Tal vez eso me debería haber molestado más que el asesinato, el hecho es que no me molestó en absoluto. Nah.

Coloqué la piel del cisne en un cuadro de buen gusto, detrás de un cristal. Lo colgué en la sala de estar. Hacía juego con el sofá. A Richard no le gustaría. A mí me gustaba simplemente por eso.